
BILOGÍA
HERMANOS
CHILTON
2
Su
Conde
Oscuro
ANN J BRANDLEY

Su Conde Oscuro

ANN J. BRANDLEY



Copyright 2025 de Ann J. Brandley

- Todos los derechos reservados –

Romance Histórico

Libros de Afrodita



Entre la tentación y el escándalo, nace una pasión imposible de resistir.

Un secreto en la sombra

Alis Huntly-Chilton llega a la alta sociedad decidida a vivir la temporada sin compromisos ni ataduras, pero se ve irremediablemente atraída por lord Stanhope, un conde marcado por un oscuro pasado que todos prefieren olvidar. A pesar de su reticencia, no puede negar el magnetismo que emana de él ni la promesa de una pasión prohibida.

Entre rumores y alianzas

Stanhope sabe que un matrimonio con Alis no solo podría limpiar su manchada reputación, sino también asegurar un futuro brillante para Emily, su joven protegida. Sin embargo, convencer a una mujer libre y testaruda no será tarea fácil, especialmente cuando los fantasmas del pasado acechan en cada esquina. ¿Será el amor lo suficientemente fuerte para vencer las sombras que amenazan con separarlos?

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Epilogo

Capítulo 1

Norbert Chase, Devon Finales de junio de 1816

Al principio, nadie reparó en su presencia. Vestido de negro, con el cabello azabache y la piel morena heredada de su madre francesa, casi se confundía con las sombras del fondo de la capilla de los Norbert. Cualquiera pensaría que un hombre tan alto y apuesto llamaría la atención en cualquier lugar, pero Stanhope poseía la habilidad de permanecer inmóvil, tan inmóvil que uno podía olvidar que estaba allí, salvo cuando sus ojos, oscuros como la noche, se posaban con intensidad sobre aquello que captaba su interés.

Como era de esperar, se mantenía en silencio mientras contemplaba a su amigo de la infancia.

Nadie habría advertido su presencia, tan discreta como constante, mientras observaba al conde de Norbert unirse en matrimonio con la encantadora lady Eleanor Edgerton. Fue lady Farvendale, la abuela de la novia, quien lo notó primero, y solo por casualidad: la larga pluma rizada de su sombrero le hizo cosquillas en el ojo. Al girar la cabeza para recolocarla, distinguió entonces la figura sombría de Stanhope, apoyado contra la pared del fondo.

Un peculiar sonido ahogado escapó de sus labios, atrayendo la atención de quienes la rodeaban. Con una débil sonrisa, fingió toser y volvió su mirada hacia los novios. Sin embargo, apenas unos instantes después, su mirada se desvió de nuevo hacia el fondo.

Lady Agatha Strathwaite, abuela del novio, percibió la inquietud de lady Farvendale y siguió la dirección de su mirada. Al descubrir a Stanhope, frunció el ceño, no con ira, sino con perplejidad. ¿Qué hacía allí? ¿Qué pretendía al asistir a aquella ceremonia?

Una a una, como ondas en un estanque, las cabezas comenzaron a volverse. Por un instante, pareció que la boda se había detenido, toda la atención centrada en la figura solitaria del fondo.

Pero, claro está, no era habitual invitar a un asesino a una boda.

La señorita Alyson Huntly-Chilton, nieta del duque de Wessex y prima del novio, comprendió que algo iba mal cuando el reverendo Starks vaciló al recitar los votos. Aquel hombre se enorgullecía de su elocución precisa, y ella estaba convencida de que había ensayado tantas veces la ceremonia que debía recitarla incluso en sueños. Sin embargo, tropezó, sustituyendo la palabra «vida» por «esposa», y luego dirigió una mirada tan fija hacia el fondo de la capilla que Alis no dudó de que el mismísimo Lucifer se había presentado allí.

Sin embargo, al volver la cabeza, no vio nada que justificara semejante reacción. Solo distinguió a un hombre alto, de cabello oscuro, impecablemente vestido de negro, que contemplaba con notable intensidad a la pareja situada ante el altar. Su rostro, alargado y delgado, de pómulos marcados y boca sensual, poseía la belleza inquietante de un ángel caído. Bien podía perdonarse al reverendo por creer que el mismísimo diablo había asistido a la ceremonia. Pero no: solo era un hombre. Rico, a juzgar por el porte; sin duda atractivo, aunque a ella no logró impresionarla. Había aprendido por las malas que un rostro hermoso no garantizaba un alma noble.

Y, aun así, el rostro era hermoso.

Reflexionó un instante, estudiando aquella faz aristocrática como quien contempla una majestuosa obra de arte. Tal vez

intuyendo su escrutinio, él la miró, fijando en ella sus ojos oscuros con la misma intensidad con la que había observado a los novios. Ella no apartó la vista, ni siquiera cuando un escalofrío de atracción le recorrió la espalda. En su lugar, le dedicó una leve sonrisa y asintió con cortesía.

Volvió a centrarse en la ceremonia, aunque, por el rabillo del ojo, percibió la incredulidad que se dibujó en el rostro del desconocido antes de que sus rasgos se tensaran en un gesto de irritación.

No le dio importancia. Ya había conocido a hombres como él: tan guapos y carismáticos que atraían a las mujeres como la miel a las moscas. Pero ella no pensaba dejarse deslumbrar. Sin duda, el sujeto esperaba que se sonrojara y tartamudeara al ser notada por alguien de su magnificencia.

No iba a suceder.

El hombre que lograra conquistar el corazón de Alis Chilton tendría que demostrar que era mucho más que un rostro agraciado y una buena percha. Debería poseer principios firmes y preocuparse más por los demás que por el estado de sus botas.

Exceptuando a su primo Norbert, aún no había conocido en Inglaterra a un caballero así.

Y, aun así, mientras los murmullos crecían y la atención de los presentes seguía centrada en la figura del fondo, se preguntó si volvería a verlo en el banquete de bodas.



Michael Everton, conde de Stanhope, ignoró las miradas. Que lo observaran. Que cuchichearan. Lo había previsto.

Los susurros crecieron, semejantes al murmullo de las hojas agitadas por el viento. La ropa crujía mientras los invitados se

volvían hacia él. Los enfrentó con impasibilidad. Que pensaran lo que quisieran. Él sabía bien por qué había acudido.

Intentó concentrarse en los novios, pero un movimiento atrajo su atención hacia una joven de cabello oscuro, sentada en las primeras filas. Lo observaba como si fuese una mariposa atravesada con un alfiler. Su escrutinio, analítico e imperturbable, le resultaba inquietante. Le dirigió su mirada más fiera, la misma que había hecho desmayarse a la señorita Prudence Gunn en la única velada a la que había asistido desde su regreso a Inglaterra. Pero aquella muchacha no se desmayó. Tampoco se sonrojó, ni rió con tontería, ni coqueteó.

Le sonrió.

No habría podido quedar más perplejo aunque hubiese sacado una pistola y le hubiese disparado. Y, tras sonreírle, tuvo la osadía de volver la atención a la boda, como si ya lo hubiera olvidado.

Frunció el ceño, sintiendo cómo una irritación irracional se apoderaba de él. ¿Estaba loca? ¿O simplemente era una necia? Tenía que haber algo defectuoso en ella, algo que explicara semejante atrevimiento. ¿Acaso no le importaba su reputación? ¿No sabía quién era él?

No apartó la vista, empeñado en comprenderla, tan absorto en sus pensamientos que apenas percibió cómo los cuchicheos crecían, transformándose en un rumor persistente. El reverendo alzó la voz para pronunciar las palabras que sellarían la unión.

Y, de pronto, la ceremonia concluyó. Norbert se volvió para presentar a su flamante esposa, y Stanhope supo con precisión el instante en que su amigo lo vio. La sonrisa de puro placer que iluminó el rostro del novio fue inconfundible.

Maldita sea. Estaba atrapado.

Ya no podía marcharse. Tendría que quedarse para asistir al banquete. Solo entonces podría escabullirse, desaparecer sin

alboroto en ese anonimato al que la sociedad parecía tan decidida a relegarlo, y retomar su imposible búsqueda.

Malditos chismosos, pensó, clavando una mirada fulminante en los curiosos. Y maldita esa mocosa de cabello negro, que lo había entretenido hasta hacerlo perder la oportunidad de escabullirse.



El champán y los buenos deseos fluyeron con igual abundancia durante el banquete. Lady Norbert se sonrojaba y miraba con adoración a su nuevo marido. Norbert, por su parte, parecía tan orgulloso que casi se le saltaban los botones de la chaqueta.

Stanhope se mantenía apartado, en un rincón, con el rostro distante y una copa de champán olvidada entre los dedos.

Nadie se le acercó.

No lo esperaba. Permanecería el tiempo justo para cumplir con las convenciones y luego se marcharía. No es que le importaran lo más mínimo, pero no deseaba que se dijera que el conde oscuro «como la sociedad gustaba de llamarlo ahora» había arruinado la boda de su amigo.

Por hoy, se ataría al decoro.

Observó a los presentes: terratenientes rurales, bien alimentados y vestidos con sus mejores galas; jóvenes de la alta sociedad, antiguos camaradas suyos, que fingían no verlo; matronas que lo escudriñaban con el rostro pétreo y vírgenes casaderas que se sonrojaban, reían tontamente o fingían ignorarlo...

Todas salvo una.

Allí estaba ella, la muchacha de la iglesia, sentada al borde del jardín, charlando con la abuela del novio. Parecía ajena a la atención que atraía, aunque no podía pasar desapercibida: no con aquel

vestido color lila claro que realzaba el tono de su piel y contrastaba con la oscuridad de su cabello.

Todas menos una.

Allí estaba ella, la muchacha de la iglesia, sentada al borde del jardín, charlando con la abuela del novio. Parecía ajena a la atención que atraía, aunque no podía pasar desapercibida: no con aquel vestido color lila claro que realzaba su piel nívea y el contraste de su cabello oscuro.

No se percató de que la observaba. O tal vez sí. Tal vez lo ignoraba deliberadamente, lo cual resultaba tan inusual que Stanhope no sabía cómo interpretarlo.

De pronto, le hizo un leve gesto con la cabeza y su expresión pasó de la concentración a la determinación. Empezó a abrirse paso hacia él.

Estaba loca. Tenía que estarlo. Solo una insensata se atrevería a acercarse al conde de Stanhope a la vista de toda la sociedad.

Pero, si estaba loca, era una loca hermosa.

Se movía entre la multitud como un cisne en un lago, toda gracia y esbelta hermosura. Su piel, de un blanco perlado, contrastaba con el azabache de su cabello, aunque un leve rubor, signo de salud, teñía sus mejillas. El vestido azul pálido realzaba aquel contraste inusual, al igual que su figura de suaves curvas. Stanhope se sorprendió observando con detenimiento sus pechos, algo más generosos de lo esperado en una joven tan delgada... antes de elevar de nuevo la mirada hacia su rostro. Cuando ella estuvo a su lado, reparó en que sus ojos tenían el mismo tono azul que un lago en un día claro de verano, y que, al sonreír, dos hoyuelos encantadores se formaban en sus mejillas.

Aquellos pensamientos desconcertaron al conde. Por todos los cielos, ¿la soledad lo había vuelto un poeta sentimental? No era más que una joven… y, además, osada.

—Hola —saludó ella al llegar junto a él—. Soy Alyson Huntly-Chilton, la prima del novio. ¿Y usted es...?

Su acento la delataba. No era una insensata: era estadounidense.

—Stanhope —respondió tras una breve pausa. Luego aguardó.

Ella no se paralizó por el miedo. No huyó de la sala ni rompió a gritar. Le sostuvo la mirada… y volvió a sonreír.

—¿Ese es su título? —preguntó—. He observado que la mayoría de los caballeros ingleses prefieren ser llamados por él.

—Sí —respondió él, mirándola con curiosidad. Aquellos inocentes ojos azules denotaban inteligencia, pero era evidente que poseía el instinto de supervivencia de un bebé.

Aun así, al menos le estaba hablando. Quedarse apartado como un paria no era la mejor manera de evitar que las lenguas viperinas empañaran el día de la boda de Norbert.

Bebió un sorbo de champán y aguardó el momento oportuno. Sin duda, alguien vendría a buscar a la joven en cualquier instante, en cuanto se dieran cuenta de con quién estaba conversando.

—Es estadounidense, ¿verdad?

—Supongo que mi acento me ha delatado —repuso con una risa suave.

—Tiene razón.

Su risa resultó más baja de lo que él habría anticipado, más ronca. Sensual.

—¿Cuánto tiempo lleva en Inglaterra?

—Desde el comienzo de la temporada —respondió ella, parpadeando con aquellos preciosos ojos y sonriendo con sus característicos hoyuelos—. No recuerdo haberle visto por aquí.

—He estado fuera del país.

—¡Qué emocionante! Me encanta viajar, aunque hasta ahora solo he estado aquí, en Inglaterra, y, por supuesto, en Estados Unidos.

—Por supuesto.

Él recorrió la sala con la mirada. No había ni madres escandalizadas, ni maridos furiosos ni hermanos protectores a la vista.

—¿Y dice que es prima de Norbert?

—Prima segunda. ¿O tercera? —Se encogió de hombros con desenfado, y los rizos oscuros danzaron sobre sus hombros—. Nunca consigo recordar esas cosas, pero todos los ingleses que conozco pueden recitar su árbol genealógico hasta el Conquistador.

Ella lo observó en silencio un instante, frunciendo apenas los labios.

—¿Puedo hacerle una pregunta muy grosera?

—Por supuesto —concedió él, intrigado a su pesar.

—¿Quién es? Me he fijado en que nadie más se ha acercado a hablar con usted. ¿Ha estado tanto tiempo fuera que ya nadie le recuerda?

Una sonrisa sombría curvó los labios de Stanhope.

—Oh, me recuerdan.

—Debe de ser por su aspecto —musitó ella, dando golpecitos con el dedo contra el vaso de limonada—. Tiene un aire muy feroz, ¿sabe?

—¿Sí? —replicó, llevándose la copa de champán a los labios mientras lanzaba una ojeada fugaz a su alrededor.

Aun así, nadie vino a buscarla.

—Estoy segura de que lo sabe. Sus ojos son tan oscuros que casi parecen negros.

Como su corazón, si había que creer a la sociedad.

—Mi madre era francesa —se limitó a decir.

—La mía, irlandesa —repuso ella—. Me pregunto si ganaré.

Él la miró con curiosidad, y su sonrisa pícara le arrancó otra en respuesta.

—¿Ganar qué?

—Ganar el premio a la más deshonrosa. Muchos caballeros me han asegurado que estarían dispuestos a pasar por alto mi desafortunada ascendencia irlandesa si les concediera el gran honor de casarme con ellos. Sin duda, la dote que me ha dejado mi abuelo compensaría con creces ese defecto en mi aceptabilidad. Pero, dada la reciente guerra, quizá ser mitad francesa sea incluso peor que ser mitad irlandesa. ¿Qué opina?

La miró fijamente durante un largo instante, y luego se echó a reír, con tal fuerza que atrajo las miradas de todos los presentes en la sala.

Ningún padre furioso corrió a separarlos. Ningún pretendiente indignado exigió una satisfacción a primera hora de la mañana. Tan solo vio que Norbert les dirigía una rápida mirada y esbozaba una sonrisa. Nada más.

Y se alegró de ello.

Volvió a mirar a Alyson. ¿Quién era esa muchacha? ¿Cómo podía conversar tan tranquilamente con un hombre condenado por la sociedad sin manchar su propia reputación? O bien era un modelo de virtud incuestionable, o bien había cometido un pecado aún mayor que el suyo.

Se inclinó hacia la primera opción.

Cautivado, preguntó:

—¿De dónde viene una mujer como usted?

—De América —respondió ella, y sus ojos brillaron con traviesa alegría.

Él volvió a reír.

Alis sonrió, complacida. Su risa resonó con tal fuerza que parecía que no lo hubiera hecho en mucho tiempo, y se alegró de haberle provocado ese momento de ligereza. Había en él algo que la atraía, una soledad que le resultaba dolorosamente familiar.

Lo observó con atención. No dejaba de mirar en derredor, como si esperase que alguien acudiera a arrastrarla lejos. Era evidente que no gozaba del favor de la alta sociedad. Se preguntó si sería un recién llegado. O tal vez pobre. O, Dios no lo quisiera, comerciante.

Cuando él volvió a lanzar una ojeada por encima de su hombro, ya no pudo contenerse.

—Si está buscando a mi chaperona —anunció—, solo tiene que buscar al novio.

Él alzó las cejas, genuinamente sorprendido.

—¿Norbert es su dama de compañía?

—Por el momento. —Bajó la mirada a su copa, y una fugaz sombra de preocupación surcó su rostro—. Mi abuelo está muy enfermo y no ha podido acompañarme. Y lady Agatha, que suele hacerlo, ha sufrido un mareo y ha subido a descansar. No es tan joven como cree.

—Lamento que su abuelo esté enfermo. Y su chaperona —añadió, con una calidez en la voz que suavizó la opresión en su pecho.

Ella suspiró.

—El abuelo parecía estar bien al comienzo de la temporada, cuando Alex vino, pero después de que se casara con Caroline y regresara a Estados Unidos, su salud decayó gravemente. No ha salido de Wessex Abbey desde entonces.

Stanhope se quedó muy quieto.

—¿Quién es su abuelo, señorita Huntly-Chilton?

—El duque de Wessex —respondió ella—. Lady Agatha, su hermana, es...

—...La abuela de Norbert —concluyó él por ella.

—Por eso somos primos.

—¿Y quién es Alex?

—Mi hermano. Se casó con Caroline Crawford y se fueron a Estados Unidos. Volverán en marzo para la temporada.

Stanhope dejó la copa sobre una mesa cercana.

—Señorita Huntly-Chilton, no debería hablar conmigo.

—Tonterías —replicó ella con un gesto desdeñoso—. Sé que, en la mayoría de los casos, las mujeres solteras no hablan a solas con caballeros, pero no estamos solos: hay toda una sala llena de gente.

—No lo entiende. —Titubeó—. No soy el tipo de hombre con el que su abuelo querría que hablara.

—Si es tan terrible, ¿cómo le invitaron a la boda? —lo desafió.

—Norbert y yo somos amigos desde la infancia. Mi finca linda con la suya.

—¿Es un libertino? —inquirió ella con una media sonrisa—. ¿Un cazafortunas?

—Por supuesto que no. —La irritación se coló en su voz.

—Señorita Huntly-Chilton, por favor, créame cuando le digo que pone en peligro su buen nombre al dejarse ver conmigo.

—Señorita Huntly-Chilton es muy largo —puntualizó—, Alis estará bien. Y mientras no pretenda romperme el corazón ni robarme la fortuna, mi abuelo no tendrá nada que objetar a que converse con usted.

—Quizá se lleve una sorpresa.

Antes de que pudiera contestar, un sirviente se acercó con una nota.

—Disculpen. Lord Stanhope, acaba de llegar esto para usted. —Con una reverencia, el criado se retiró.

Stanhope desdobló el papel. Una sombra de preocupación cruzó su rostro y Alis tuvo que contenerse para no asomarse por encima del hombro. Cuando volvió a alzar la vista, su expresión era impasible, cortés.

—¿Son malas noticias?

—Emily, mi pupila, se ha fugado. —Apretó la nota con fuerza hasta arrugarla—. Si me disculpa, debo despedirme de los novios.

Su angustia era palpable, por más que intentase disimularla. Ella apoyó una mano en su brazo.

—Espero que la encuentre pronto.

—Yo también. —Hizo una leve reverencia antes de dirigirse a Norbert y Eleanor. Cumplido su deber, no volvió a mirarla al salir de la sala.

Alis se mordió el labio inferior mientras lo observaba alejarse. Qué hombre tan fascinante. Y esos ojos oscuros... Dios mío, su corazón seguía latiendo con fuerza, aunque él ya no estaba presente. ¿Quién era exactamente? ¿Y por qué un caballero tan guapo y encantador era rechazado de forma tan tajante por la sociedad?

—Por Dios, señorita Huntly-Chilton, ¿se encuentra bien? —Lady Farvendale, vestida de pies a cabeza con su inconfundible tono favorito de morado, se acercó apresuradamente—. ¿Le ha dicho algo ese hombre que la haya molestado?

—Por supuesto que no —repuso Alis, ocultando su irritación tras un sorbo de limonada—. Lord Stanhope fue muy agradable.

—Más le vale que se haya comportado. —La viuda se llevó una mano cargada de anillos a su amplio pecho—. No sé qué se le ha pasado por la cabeza a lord Norbert para invitar a alguien así a la boda de mi querida Eleanor. Apenas pude evitar desmayarme cuando lo vi en la capilla.

—¿Por qué? —preguntó Alis con fingida ligereza—. ¿Se dedica al comercio?

—No, querida. —Lady Farvendale la miró con severidad—. Es un asesino.

—Ah. —Alis parpadeó—. Bueno, supongo que al final él gana.

Capítulo 2

Stanhope Hall, Devon Dos semanas más tarde

Emily Everton estaba encorvada en su silla, con una postura que era la viva imagen de la juventud incomprendida. Su cabello castaño claro estaba revuelto, la cinta torcida y el dobladillo del vestido roto y sucio. Sus delicados zapatos, cubiertos de barro, parecían haber perdido toda gracia. Y si esos ojos azules fueran armas, lo habrían abatido en el acto.

Stanhope no se atrevió a mostrar debilidad ante aquel desafío. Recordaba a Emily como una niña dulce, de rizos al viento, cuya risa había calentado las frías estancias de Stanhope Hall. Mucho había cambiado en los seis años de su exilio. De algún modo, aquella adorable ahijada se había convertido en la mujer rebelde que tenía delante.

Su misión parecía clara: volverlo loco.

—Emily, ya te he advertido que tienes prohibido salir del palacio sin una escolta adecuada —la reprendió, manteniendo un semblante imperturbable. Dios sabía que la niña tenía el don de torcer cada una de sus palabras y gestos—. Podría ocurrirte algo, y nadie se enteraría hasta que fuera demasiado tarde.

—No me pasará nada —replicó ella—. Llevo recorriendo la finca desde que era un bebé.

—Lo sé —cedió Stanhope, tratando de imponer la sensatez, aunque le ardían las ganas de estrangularla al oír ese tono tan

altanero—. Pero los tiempos han cambiado. Ahora eres una señorita, no una niña pequeña. Debes comportarte como tal.

—¿Para qué? ¿Para casarme y deshacerte de mí? —Saltó de la silla—. ¡Jamás me casaré! ¡No puedes obligarme!

Él se estremeció ante la estridencia en su voz.

—Siéntate, jovencita.

Ella cruzó los brazos sobre el vestido embarrado.

—Prefiero estar de pie.

—Muy bien. Entonces yo también me quedaré de pie. —Se incorporó, y su altura de más de metro ochenta lo hacía aún más imponente frente a ella—. A partir de ahora, si quieres montar, llevarás contigo a un mozo de cuadra.

—¿O qué? —Alzó la barbilla con desafío.

—O no se te permitirá montar jamás.

Ella abrió la boca, sorprendida.

—¡No puedes impedirlo! ¡Guinevere es mi yegua y la montaré cuando me plazca!

Él arqueó las cejas.

—En realidad, Stanhope Hall y todas sus tierras me pertenecen a mí.

Emily lo miró con los ojos entrecerrados.

—Te odio.

—No eres la primera —su voz reflejó cansancio, y al parecer, Emily lo percibió. Por un instante, su expresión rebelde se suavizó, y él creyó entrever un destello de cariño en sus ojos. Anheló acercarse, tocar el corazón de aquella niña alegre que fue. Mas no se atrevió. Solo le quedaba la responsabilidad de educarla y moldearla en la dama que había nacido para ser. Nada podía interferir en eso.

—Ahora vete a tu habitación hasta que sea hora de cenar —ordenó, y observó cómo el brillo de calidez se desvanecía de su rostro.

Emily lo contempló con ira durante un largo instante, sus ojos azules reducidos a dos rendijas malévolas sobre aquella adorable nariz pecosa. Luego alzó la punta de la nariz, dio media vuelta y salió de la estancia con una dignidad indignada que cualquier mártir habría envidiado.

En cuanto la puerta se cerró tras ella, Stanhope se desplomó en su silla y se frotó el rostro con gesto fatigado. Prefería mil veces enfrentarse al desprecio de las matronas más severas de la alta sociedad que lidiar con los constantes altibajos emocionales de aquella criatura femenina, tan parecida a la querida ahijada que una vez había conocido.

Dos semanas atrás lo había aterrorizado al escaparse de casa. Había abandonado la boda de Norbert y logró interceptarla justo antes de que abordara la diligencia con destino a Londres. En las últimas semanas había espantado a cinco institutrices con sus travesuras salvajes y ahora creía que podía montar a caballo por toda la finca sin informar a nadie. Y si alguien se atrevía a reprenderla, especialmente él, respondía con acciones aún más escandalosas.

En otro tiempo la había adorado. Entonces no deseaba más que pasar cada instante a su lado. Cómo añoraba aquellos días.

Su relación con Emily era otra víctima más del asesinato de Ophelia.

Apoyó la cabeza hacia atrás, exhausto. A veces estaba harto de todo. ¿Cuánto debía pagar un hombre por un crimen, sobre todo si no lo había cometido? A falta de pruebas, no se le había acusado formalmente del asesinato de Ophelia, pero su familia lo expulsó de Inglaterra para sofocar el escándalo. Fuera inocente o culpable, poco importaba. La sociedad lo consideraba responsable, y esa sentencia bastaba.

Durante seis años vagó por el mundo sin poder regresar a las verdes colinas inglesas. Y con la guerra en marcha, ni siquiera podía refugiarse en la tierra natal de su madre. Así que recorrió otros lugares: India, África, las Indias Occidentales, América. Y prosperó. Pero siempre añoró volver a Inglaterra.

Levantó la vista hacia el retrato del anterior conde que colgaba sobre la repisa de la chimenea. Su tío, Alfred Everton, había creído firmemente en su culpabilidad. Igual que el hijo y heredero de Alfred, Desmond. Tras la muerte de su prometida, Desmond se alegró enormemente cuando lo desterraron. Stanhope solía preguntarse cómo Desmond, un hombre tan cruel, podía tener una hija tan dulce como Emily. Pero últimamente había empezado a notar un parecido familiar.

Hace poco más de un año, cuando su tío y su primo murieron en un incendio al regresar de cazar urogallos en Escocia, él heredó el título y la tutela de la joven Emily. Regresó ansioso a Inglaterra y a Stanhope Hall, solo para descubrir que la dulce niña de seis años se había convertido en una pequeña de doce, malhumorada e intratable, y que la sociedad no había olvidado ni perdonado.

Oh, había intentado ignorar los rumores. Cuando llegó la primera invitación, acudió con entusiasmo, esperando que sus anfitriones hicieran caso omiso de las habladurías y confiaran en su inocencia.

Qué necio.

Lo habían invitado por simple curiosidad, para mirarlo de reojo y cuchichear a sus espaldas. Las jóvenes se desmayaban al cruzarse con él, las matronas lo contemplaban como si fuera el mismísimo diablo, y los hombres lo escrutaban con recelo, como si en cualquier momento pudiera estrangular al primero que se acercara solo por diversión. No aceptó ninguna invitación hasta que Norbert le rogó que asistiera a su boda. Y acudió solo por la lealtad que le profesaba a su amigo en medio del escándalo. él nunca creyó en su culpabilidad, bendita sea su alma risueña.

Pero la alta sociedad sí lo consideraba un asesino. Y Desmond y el tío Alfred fallecieron creyendo en su culpa. Apretó las manos con fuerza. ¿Cómo podían albergar tal pensamiento? Se reprochó en silencio. ¿Acaso su sangre francesa era un anatema para sus propios parientes, quienes preferían la especulación antes que confiar en su palabra? Tío Alfred... Desmond... ¿acaso no me conocíais de verdad?

Con esfuerzo, apartó aquel dolor. Ahora debía pensar en Emily. ¿Qué futuro podría tener la niña bajo la tutela de un presunto asesino? Nadie, salvo los cazafortunas más desesperados, querría desposarla, y ella merecía algo mejor. Aunque en ese instante le estaba haciendo la vida imposible, sabía que, en algún lugar dentro de aquella joven malhumorada, seguía habitando la niña dulce que tanto había amado. Y él haría lo justo por ella.

Pero antes debía demostrar su inocencia.



Abadía de Wessex, Hampshire. Mismo día.

Alis contempló a su abuelo con consternación.

—Pero quiero ir contigo.

El viejo duque negó con lentitud, y Alis se desesperó al ver la fragilidad de aquel gesto. Apenas unos meses atrás, su abuelo recorría los pasillos de la abadía de Wessex dando órdenes a los sirvientes y enfrascándose en acaloradas disputas con su hermano Alex. Pero en pocas semanas, la enfermedad que había ocultado durante tanto tiempo se volvió devastadora, y parecía haber envejecido de golpe sus ochenta y cinco años.

—Eres joven, Alyson —murmuró con voz áspera—. Has cuidado de mí desde que terminó la temporada. Deberías salir a la sociedad, bailar y relacionarte con gente de tu edad.

—Fui a la boda de Algie —replicó ella—. Conocí a mucha gente joven. Ahora quiero ir a Bath contigo y con la tía Agatha. Allí hay personas de mi edad.

El duque volvió a negar con la cabeza.

—Has rechazado muchas invitaciones para cuidar de un anciano, Alyson, y aunque mi corazón agradece tu atención, no puedo ser egoísta. —Tosió y permaneció quieto, jadeando un momento antes de continuar—. Voy a Bath a tomar las aguas por mi salud, no para socializar. Tú te quedarás en Devon, en casa de Norbert Chase, y visitarás a tu primo y a su esposa, ahora que han vuelto de su viaje de novios. Lady Eleanor te cuidará.

—¿Y tú? —insistió ella—. Agatha puede ocuparse de mí.

—Pero...
—¡No quiero que me veas así, hija! —rugió con fuerza, mientras sus ojos, casi negros, brillaban con un destello de aquella antigua arrogancia que aún permanecía en su rostro pálido y demacrado—. Por favor, haz lo que te pido. Ve a Norbert Chase. Pasa un mes más o menos asistiendo a fiestas en casas y eventos locales con Lady Eleanor. Me reconfortará saber que disfrutas de tu juventud en vez de encerrarte con un anciano enfermo como yo. —Se inclinó hacia ella—. Hazlo por mí, Alyson.

Ella no pudo resistir aquella súplica.

—¿Estás seguro, abuelo?

—Eres una niña encantadora por querer ayudar —respondió—, pero mi decisión está tomada.

—Entonces haré lo que me pides. —Se acercó y le besó la frágil mejilla—. Pero te echaré mucho de menos.

Él acarició su mano con ternura.

—Y yo a ti, querida. Pero es lo mejor. Ahora vete. Seguro que tienes mucho que preparar para tus vacaciones.

Al ver su cansancio, Alis obedeció y salió del estudio, aunque se detuvo justo al traspasar el umbral. Las lágrimas le ardían en los ojos. Lo estaba perdiendo. Día tras día, el duque de Wessex se debilitaba más. Temía que algún día fuese a buscarlo y descubriera que había fallecido. Apenas había llegado a conocerlo en estos últimos meses; no estaba preparada para perderlo tan pronto.

Un lacayo pasó junto a ella y Alis se secó rápidamente las lágrimas con el dorso de la mano. Apartando la mirada del personal, avanzó con paso ágil por el pasillo y se deslizó dentro de la biblioteca.



La habitación olía a libros antiguos y a cera de abejas. Se acercó a la ventana que daba al espléndido jardín de rosas de Wessex y se quedó mirando sin ver realmente, perdida en el luminoso día de verano. La belleza de Inglaterra nunca dejaba de asombrarla, y sin embargo, a veces un dolor punzante la invadía al pensar en los muelles familiares de Boston. Echaba de menos a su hermano Alex y también a su nueva cuñada, Caroline. Aunque su vida en Boston había distado mucho de ser perfecta, seguía siendo su hogar.

Y al menos allí no estaría condenada a quedarse sentada, impotente, viendo cómo su abuelo se consumía poco a poco.

Vivir como la nieta debutante del duque de Wessex resultaba mucho más restrictivo que hacerlo como la hermana del capitán Alex Chilton. Al principio, los vestidos elegantes y los grandes bailes le parecían emocionantes, pero pronto aquella emoción se fue desvaneciendo. A veces sentía que, si un caballero más le hacía un cumplido sobre el color de sus ojos, acabaría gritando.

Aunque su abuelo había asegurado en alguna ocasión que adoraba ese color en ellos.

Tenía que superar todo eso. Reprimiendo con firmeza su pesar, se obligó a pensar en otra cosa, cualquier otra cosa. Pero todo lo que venía a su mente le parecía trivial en comparación.

Si al menos pudiera ayudar...

Con un suspiro, se dejó caer en un sofá cercano y observó distraída a un gorrión que saltaba entre las ramas de los arbustos justo frente a la ventana. Todos a su alrededor parecían tener un lugar y un propósito. Su abuelo, el duque, tenía su título. Su hermano, Alex, su negocio naviero y el honorífico título de heredero. Caroline, su papel como esposa de Alex. Norbert, Eleanor, incluso Lady Agatha, todos poseían su lugar en el mundo.

Pero ella no tenía ninguno.

Había intentado contribuir cuidando de su abuelo, pero cada vez que trataba de ayudar, alguien la apartaba. Ahora la enviaban a Devon para quedarse con Algie y Eleanor en lugar de permitirle cumplir con su deber. ¿Bailes? ¿Fiestas? ¿Cómo se suponía que iba a marcharse a divertirse mientras su abuelo se consumía en la enfermedad? ¿De verdad la consideraban tan superficial? ¿Solo un adorno? ¿Una joven guapa e inútil?

Inaceptable. Debía existir algo significativo que pudiera hacer con su vida. Algo que fuera exclusivamente suyo. Algo a lo que aferrarse cuando la realidad se volviera demasiado sofocante.

Le había gustado Boston, pero si regresaba, su hermano controlaría cada uno de sus pasos como si fuera una niña pequeña. No sería más que la hermana de Alex Chilton, sin identidad propia, relegada al margen del feliz matrimonio de él y Caroline.

Le gustaba Inglaterra, pero si permanecía allí, su abuelo esperaría que se casara con algún noble inglés.

Y aunque lo quería mucho, haría lo que él pidiera. Pero, aunque anhelaba tener algún día marido e hijos, siempre había imaginado enamorarse de verdad. Lo último que deseaba era un esposo inglés, sin duda poco acostumbrado a las mujeres

americanas con ideas liberales. Por ley, un marido inglés controlaría su dinero y su cuerpo, y nadie podría impedirle abusar de ninguno de los dos.

Lo había visto una y otra vez durante su estancia: un esposo inglés la abandonaría a marchitarse en alguna finca rural mientras él se divertía con amantes en Londres. Una vez más, se quedaría sin nada, salvo la soledad que la ahogaría.

De alguna manera, tenía que encontrar su propio camino.

—¿Alyson, estás aquí? —La puerta se abrió con un clic, y Alis se apresuró a borrar los últimos rastros de angustia de sus mejillas cuando su tía abuela, Lady Agatha Strathwaite, entró en la estancia. Lady Agatha era una mujer menuda y regordeta, con el cabello blanco como la nieve, y poseía una peculiar afición por vestir colores poco convencionales, un hábito lamentable que, sin embargo, no empañaba su indiscutible prestigio social. Aquella mañana llevaba un vestido de un extraño tono amarillo mostaza, adornado con tres hileras de perlas rosas, una combinación que hacía a Alis pensar en un cuenco de fruta, todo peras y uvas.

—Ahí estás, niña —comentó Lady Agatha—. ¿Qué haces en esta biblioteca tan mal ventilada en un día tan hermoso?

—Solo estaba pensando —contestó Alis, deseando creer que había logrado ocultar su preocupación, aunque Lady Agatha tenía una vista tan aguda como la de cualquier mujer de ochenta y siete años. Se sentó junto a ella en el sofá y le acarició la mano.

—Vamos, querida. Has ido a ver a mi hermano, ¿verdad?

Alis asintió y las lágrimas regresaron a sus ojos pese a sus esfuerzos.

—No soporto verlo así —murmuró.

—La vejez no es agradable —convino Lady Agatha con un suspiro resignado—. Y, Dios sabe, tampoco es maravillosa. Pero es una realidad inevitable, cariño. Como el nacimiento. Como la muerte.

—¡No menciones la muerte! No quiero que muera el abuelo, ¡ahora que apenas acabo de encontrarlo!

Lady Agatha soltó una risa suave.

—No planifiques todavía el funeral, Alyson. Mi hermano es muy testarudo. Es un rasgo de la familia Huntly. Si hay manera de burlar a la muerte, Thaddeus la encontrará. Ojalá me permitiera acompañarte a Bath. Detesto quedarme atrás.

—Sabes que tu abuelo odia que lo vean tan enfermo. Es mejor que pases estas semanas con mi nieto y su esposa.

—¡Solo quiero ayudar! —Alis se levantó y se acercó a la ventana—. Tía Agatha, no pude hacer nada por mi madre cuando estaba muriendo, solo verla apagarse poco a poco. Y ahora que apenas conozco al abuelo, está tan enfermo... Ya soy una mujer adulta. Siento que si pudiera hacer algo, cambiar las cosas de alguna forma... —Sus palabras se perdieron cuando la emoción la dejó sin voz.

—No hay nada que puedas hacer —respondió Lady Agatha con dulzura—, salvo cumplir con lo que él te pida.

Alis negó con la cabeza.

—No puedo seguir con mi vida alegremente, asistiendo a fiestas y cosas por el estilo, sabiendo lo enfermo que está. Aunque me quede con Algie y Eleanor, no dejaré de preocuparme por él.

—Alyson, escúchame. —El tono firme de Lady Agatha hizo que Alis la mirara sorprendida—. No puedes permitir que perciba tu preocupación. Es un hombre orgulloso. Quiere lo mejor para ti. Si deseas hacerlo feliz, cásate bien y quédate aquí, en Inglaterra, para criar a tus hijos.

—¿Casarme? —exclamó Alis, con los ojos abiertos de par en par—. ¡Como si pudiera pensar en el amor en un momento como este!

Lady Agatha soltó una risa contenida.

—Nadie ha mencionado el amor, querida.

—Ni siquiera podría concebir casarme con un hombre a quien no amo. Así no se hacen las cosas en Estados Unidos.

—Pero así se hacen a menudo en Inglaterra —replicó Lady Agatha—. El deber de una joven hacia su familia es asegurarse un buen matrimonio.

—¿Y el deber de una muchacha para consigo misma? Tía Agatha, si me caso, Alis Chilton dejará de existir. Desaparecerá para convertirse en una esposa más de la alta sociedad.

La anciana negó con suavidad.

—No necesariamente. El matrimonio otorga poder, querida. Y más libertad de la que imaginas.

Alis hizo oídos sordos a sus palabras.

—Quiero hacer algo con mi vida, algo que solo yo pueda lograr y nadie más.

—El matrimonio puede ser muy satisfactorio para ambas partes. Un hombre necesita una esposa para tener hijos. Una mujer, un marido que la sostenga. Así todos obtienen lo que desean.

—Eso no es lo que yo anhelo —respondió Alis, apretando los puños—.

—Aspiro a ser más que la sombra de un hombre. Más que una posesión. Debe existir algo más que pueda hacer, algo que dé sentido a mi existencia.

—Piensa en el matrimonio —repuso Lady Agatha, levantándose del sofá—. Al final, es la elección de la mayoría de las jóvenes.

Alis observó cómo la anciana se retiraba.

—Pero yo no soy como la mayoría, —susurró—. Eso es lo que nadie comprende.

Capítulo 3

Devon

Una semana más tarde

El baile de verano de Lady Denniston era uno de los acontecimientos más esperados de Devon. Siempre se celebraba a mediados de julio, con la intención de aliviar el tedio estival con un toque de sofisticación. Todos los que eran alguien recibían invitación al evento, que prometía ser un auténtico tumulto. Y a nadie se le ocurría rechazarla.

Alis llevaba apenas una hora en el baile y ya se encontraba aburrida. Había bailado con varios caballeros solteros, pero ninguno se interesaba en mantener una conversación más profunda que el color exacto de sus ojos o la posibilidad de que el calor aumentase al día siguiente. Cuando pensaba que podría estar en Bath ayudando a su abuelo, las ganas de gritar por la frustración se apoderaban de ella.

En lugar de eso, permanecía de pie en un salón abarrotado y tan caluroso que dos jóvenes ya se habían desvanecido, observando a los bailarines tomar sus posiciones para una nueva ronda. Entre ellos estaban Norbert y su novia, Lady Eleanor.

Durante su presentación en sociedad, Eleanor había sido apodada «Eleanor Perfecta» gracias a su impecable belleza rubia y modales inmaculados. Que fuera hija de un conde y poseyera una dote considerable no hacía sino reforzar la imagen de la debutante inglesa ideal.

Norbert también era rubio, aunque con un tono mucho más oscuro que el de Eleanor. Había heredado las cejas marcadas y la nariz prominente de su abuelo y hermano, pero sus ojos verdes y carácter jovial provenían de la familia paterna.

Como recién casados, Algie y Eleanor estaban perdidamente enamorados. A menudo, como ahora, se miraban fijamente y se olvidaban de la presencia de los demás. Alis casi había aprendido a aceptarlo, aunque tenía que reconocer que se sentía como una rueda de repuesto en un carruaje de cuatro ruedas desde que llegó a Norbert Chase dos días atrás.

Por supuesto, los recién casados no tenían intención de excluirla. Pero a veces se perdían en su mutua adoración y olvidaban que Alis existía. Otras veces desaparecían juntos durante largos ratos, dejándola sola. Incluso esa noche, mientras avanzaban para saludar a los anfitriones, Norbert y Eleanor entraron al salón sin ella. Por suerte, se acordaron en el último instante y la esperaron, lo que les permitió llegar los tres juntos.

Alis no guardaba rencor por estar tan absortos el uno en el otro. Eran recién casados y además se amaban, así que era comprensible. Sin embargo, la experiencia solo reforzaba su determinación de encontrar algo que llenara su tiempo. No podía pasar la vida colgando de los márgenes familiares como un hilo suelto en una camisa preferida.

—¡Señorita Huntly-Chilton! —la llamó una voz masculina y juvenil.

Se sobresaltó. Estaba tan inmersa en sus pensamientos que no advirtió la presencia del señor Edward Barrington, su pareja para la siguiente pieza. Barrington resultaba inofensivo. De hecho, cuando hizo una reverencia exagerada, le pareció que sus grandes orejas y su pelo desordenado lo asemejaban a un cachorro entusiasta y torpe.

—Buenas noches, señor Barrington —respondió, esbozando una sonrisa forzada.

—Esta es nuestra pieza, señorita Huntly-Chilton —le dijo él con entusiasmo—. Y, si me permite decirlo, ese vestido realza sus ojos. Son como zafiros.

Alis contuvo con esfuerzo la tentación de poner los ojos en blanco. Su rostro sonrojado y la mirada demasiado brillante la hicieron preguntarse si habría bebido demasiado champán. De repente, supo que no podría seguir bailando con él. No podía soportar otra conversación social vacía mientras forzaba una sonrisa que le dolía en el rostro.

No sin perder la razón.

—Por favor, disculpe, señor Barrington —dijo con la mayor dulzura posible—, pero hace tanto calor aquí que temo desmayarme si intento bailar. ¿Sería tan amable de traerme una copa de ponche?

Los ojos marrones del joven se agrandaron.

—¿Quiere que le traiga ponche? ¡Por supuesto! Lo haré de inmediato y luego me sentaré con usted mientras lo bebe. —Tras otra reverencia exagerada, salió apresurado hacia la ponchera.

Alis, aliviada, se dirigió a la terraza y se deslizó por las puertas francesas con un suspiro de liberación.

Probablemente no debería haber acudido.

Stanhope entró en el salón de baile sin prestar atención al silencio momentáneo que su nombre provocó. Con habilidad, tomó una copa de champán de la bandeja que portaba un criado y se apartó hacia un rincón para buscar entre la multitud al hombre que había venido a encontrar. En un principio no tenía intención de asistir al baile de Lady Denniston, pero supo que Lord y Lady Aggerly estarían presentes.

Ambos habían formado parte de la fiesta celebrada en aquella casa seis años atrás, cuando Ophelia murió.

Había recopilado durante sus años de exilio todo lo que pudo sobre los invitados de aquella velada, y sus pesquisas le revelaron

un dato intrigante: solo tres personas carecían de coartada sólida para el momento de la muerte de Ophelia.

Entre ellas se encontraba lord Aggerly.

Stanhope deseaba plantear algunas preguntas al arrogante conde, y esa era la única razón que lo llevaba a la fiesta de Lady Denniston.

La anfitriona estuvo a punto de desmayarse cuando apareció en su puerta. Aunque lo había invitado, claramente no esperaba su presencia. No obstante, mantuvo la compostura y le dio la bienvenida, permitiéndole vagar por los márgenes del salón, intentando localizar al viejo Aggerly y a su esposa entre el mar de cuerpos que llenaban la estancia.

Quince minutos después, había constatado dos cosas: Aggerly aún no había llegado y nadie deseaba acercarse al conde oscuro.

Agobiado por las miradas y las conversaciones que cesaban cuando se aproximaba, se volvió y salió a la terraza. Quizás allí podría esperar en paz.

Al salir, alzó el rostro para disfrutar del fresco aire nocturno, que contrastaba con el sofocante calor del salón. La noche estaba limpia y clara; las estrellas salpicaban el cielo como gotas de tinta, y una luna creciente pendía, semejante a un colgante, sobre el firmamento.

Un ruido metálico proveniente de la parte baja de la terraza captó su atención.

—¿Quién anda ahí? —preguntó en voz baja.

—Yo. —La voz susurrada se acompañó de la aparición de una joven entre las sombras. Su cabello oscuro caía en elegantes rizos sobre sus hombros níveos, y él alcanzó a distinguir sus ojos claros antes de que ella bajara la cabeza—. Perdone, milord. Voy a volver al interior.

—Espere un instante —la detuvo Stanhope cuando ella se disponía a pasar apresurada a su lado—. La conozco. Coincidimos en

la boda de Norbert.

—Sí, así es. —Por algún motivo, evitaba mirarlo a los ojos. Juntó las manos ante sí y entrelazó los dedos—. Ahora, si me disculpa...

—No recordaba que fuera tan tímida —comentó frunciendo el ceño—. Señorita Huntly-Chilton, ¿verdad?

Ella se tensó.

—En efecto, milord.

El ceño de Stanhope se marcó con mayor intensidad. La recordaba como una morena simpática y locuaz, con un sentido del humor mordaz. ¿Qué le ocurría para mostrarse ahora tan retraída?

—Acérquese —exigió, y la mezcla de desconcierto y hastío impregnó su voz, tornándola más áspera de lo deseado.

Dudó apenas un instante, pero dio un paso vacilante hacia él. Su timidez solo agravó el mal humor que ya lo consumía.

—Por piedad, milady, no pretendo devorarla.

Ella alzó el rostro y entonces él pudo ver con claridad aquellos ojos.

Miedo.

Aquella revelación le golpeó como un puñetazo en el estómago. La joven que tres semanas atrás fue la única que se atrevió a acercarse y conversar con él en la boda de Norbert ahora le temía.

Algo se quebró dentro de él. ¿Cuánto podía soportar un hombre? El rechazo social, la rebelión de Emily, la impotencia de no poder limpiar su honor... Lo había resistido todo con estoicismo. Pero aquello, que la única mujer que había iluminado su vida ahora se apartara aterrada, le rompía el corazón.

¿En qué momento se creyó capaz de lograr algo? ¿Resolver un asesinato de hace seis años? ¿Criar a una niña para que se convirtiera en mujer? ¿Estaba realmente loco?

No podía sostener la mirada de aquellos hermosos ojos azules que se habían reído con él solo semanas atrás y que ahora reflejaban una desconfianza que apenas lograba soportar.

Dándole la espalda, murmuró:

—No importa. Será mejor que vuelva dentro. —Se preparó para escuchar el eco de sus pasos alejándose.



Alis había reconocido al conde de Stanhope nada más asomarse a la terraza. A la luz de la luna, su porte era imponente, con rasgos tallados en mármol helado y unos ojos oscuros que escrutaban sin tregua. Cuando lo conoció en la boda de Norbert, su imponente presencia le pareció menos temible, pues creyó que aquel hombre necesitaba una amiga. Sin embargo, ahora no podía evitar la imagen de un Lucifer liberado: salvajemente hermoso, pero con un aura que desafiaba la virtud misma.

Su piel oscura, sus facciones cinceladas y el traje negro que vestía alimentaban la imaginación morbosa de Alis, especialmente al recordar los rumores que le rodeaban.

Un asesino. Nunca probado, pero considerado peligroso. Y ella sola con él en la terraza.

Pensó que si se comportaba como un ratón, él la dejaría pasar. Y su plan había funcionado. Solo le ordenó que volviera adentro... pero el pesar en su voz la retuvo.

¿Podría ser cierto aquello? Nadie había presentado pruebas. Y ella no podía olvidar la preocupación que aquel hombre mostró el día que lo conoció, cuando supo que su pupila había huido. ¿Un asesino tendría ese cariño por un niño?

Alis se quedó contemplando la espalda rígida del conde. A pesar de todo, no tenía motivo para temerlo. Ningún indicio que

confirmase su culpabilidad, solo habladurías. Además, seguía siendo invitado a eventos, lo que indicaba que no estaba del todo relegado. Y Algie le había pedido que asistiera a la boda.

—Dios mío, ¿qué he hecho? ¿Habré ofendido a un hombre inocente? —se preguntó, aclarándose la garganta mientras se acercaba con cautela.

—¿Cómo está su pupila, milord? —inquirió con voz temblorosa.

Él se giró, sorprendido.

—¿Qué ha dicho?

—Le pregunté por su pupila —dijo, tragando saliva mientras su corazón palpitaba con fuerza—. La última vez que nos vimos tuvo que marcharse de prisa porque su pupila se había escapado.

—Sí... —la palabra flotó entre ellos. Inclinó la cabeza y la miró con interés, sus ojos insondables—. Mi pupila. Sí, la encontramos. Está sana y salva en casa.

—Me alegra saberlo. Estaba preocupada —confesó, llevándose la mano al pecho y dando un paso más cerca.

—¿Sucede algo? —la voz grave vibró cerca, provocándole un escalofrío. Era un hombre hermoso, y esa mezcla de peligro y misterio que lo rodeaba la atraía sin remedio.

—Solo es el calor del salón de baile —sonrió con cortesía, aunque su pulso se aceleraba. Al recibir su sonrisa, el corazón le dio otro vuelco.

—Contén tus nervios, Alis.

—Hace un calor insoportable dentro, ¿no le parece? Aquí afuera se está mucho mejor.

—Así es. Pero, milord, ¿tenemos que hablar del clima?

Se percató de que lo había tomado por sorpresa.

—En absoluto. ¿De qué desea hablar?

Respiró hondo.

—He oído rumores sobre usted, milord. ¿Son ciertos?

Él se quedó inmóvil, sin siquiera pestañear. Sus ojos oscuros se clavaron en los de ella con una intensidad que la desarmó.

—Esa —musitó con voz grave— es una pregunta atrevida, señorita Huntly-Chilton.

—Quizá —tragó saliva—. Pero no me gusta fiarme de habladurías. Me dijeron que usted mató a alguien. ¿Es verdad?

Guardó silencio largo rato. Los grillos cantaban en el jardín y, dentro, la orquesta iniciaba una danza campestre.

Ella permaneció firme, a pesar del miedo. No entendía qué la impulsaba a tal audacia, ni por qué sentía una certeza tan extraña de que él no la dañaría.

—No —respondió finalmente—. No he matado a nadie. ¿Sabe? Creo que usted es la primera persona de la alta sociedad que me pregunta si soy inocente o culpable.

—¿Cómo es posible? —se extrañó ella—. Seguro hubo una investigación.

—Por supuesto —respondió seco, volviendo la mirada hacia la noche—. Llamaron al magistrado, pero no había pruebas. Al parecer, la señora se cayó por las escaleras en mitad de la noche.

—¿Una mujer? —exclamó, atraída por la tristeza que emanaba de él, uniéndose a su lado en la balaustrada.

—¿Fue una mujer la que murió?

Él la miró fijamente.

—Creía que había oído las historias.

Ella negó con la cabeza.

—No, solo sabía que alguien había muerto. Pensé que tal vez fue un duelo por honor o algo parecido.

Él rió, un sonido grave que se acomodaba a la oscuridad que los rodeaba.

—Vaya, qué imaginación tiene, señorita Huntly-Chilton.

—Oh, deje de llamarme así —replicó ella con una sonrisa—. Me llamo Alis.

Él arqueó una ceja, divertido.

—No sería nada apropiado que me dirigiera a usted por su nombre de pila.

—Tampoco es apropiado que esté aquí sola con usted —replicó Alis—, pero aquí estoy. Por favor, esta es la conversación más interesante que he tenido en toda la noche.

—Me halaga.

—Usted es interesante —corrigió ella—. Y no ha mencionado ni una sola vez el color de mis ojos. Le estaré eternamente agradecida por ello.

Él volvió a reír y sus hombros parecieron perder algo de rigidez.

—Esta es la chica intrépida que recuerdo de la boda —comentó con una sonrisa sesgada—. ¿Quién era esa criatura tímida que intentó escabullirse hace un momento?

Ella puso los ojos en blanco con exasperación.

—Milord, me habían asegurado que usted era un asesino, y me encontré sola con usted en una terraza oscura. ¿Qué esperaba que hiciera?

—Entiendo lo que quiere decir. —Se volvió hacia ella y apoyó un codo en la barandilla—. Sin embargo, sigue estando sola conmigo en una terraza oscura.

—Es cierto —dijo ella, encogiéndose de hombros y apoyándose también en la barandilla—. Pero ya sé que me respeta, milord. Recuerdo cómo intentó preservar mi reputación en la boda de mi primo.

Él guardó silencio un instante y luego musitó, con voz baja:

—No me confunda con un perro faldero, milady. Soy tan hombre como cualquiera, y usted es una mujer muy hermosa.

Alis percibió la advertencia en su tono, pero la ignoró con imprudencia. El aire parecía cargado de una energía que hacía vibrar su piel. Se sentía viva. Dejó caer la cabeza hacia atrás y contempló el cielo nocturno.

—¿No es una noche preciosa?

—¿Me está escuchando?

Ella lo miró de reojo.

—Por supuesto. Volveré dentro en un minuto.

—No me está escuchando —murmuró él—. ¿Cree que soy inofensivo solo porque he dicho que soy inocente?

Se movió y, de repente, se cernió sobre ella, presionando su cuerpo contra la barandilla y rodeándole la cintura con las manos. Sus ojos oscuros se clavaron en los de ella a pocos centímetros.

—¿Qué está haciendo? —Intentó que sus palabras sonaran a orden, pero salieron como una súplica.

—Dulce Alis —susurró él, rozándole el cuello con la nariz. Su aliento rozó la parte superior de los pechos que el escote de su vestido de baile dejaba al descubierto. Al instante, sus pezones se endurecieron y ella dejó escapar un pequeño grito de sorpresa cuando algo crudo y primitivo se apretó en lo más profundo de su vientre.

—Dulce Alis —repitió—. ¿No sabe que todos los acusados de asesinato se declaran inocentes?

Antes de que ella pudiera responder, su boca se encontró con la de él.

No tenía nada que ver con los castos besos que le habían dado sus pretendientes en Boston; ese era el beso de un hombre.

Sus labios se separaron y entrelazó su lengua con la de ella. Otra sacudida la atravesó, calentándole las entrañas y haciéndola

doler. Cuando su lengua acarició el paladar de Alis, un gemido escapó de su garganta. Las rodillas le flaquearon y apretó los dedos contra la chaqueta de él.

En cuanto a besos, aquel estaba muy, muy lejos de su ámbito de experiencia.

Él apartó la boca de la de ella con una lentitud que permitió que sus labios se aferraran un instante antes de separarse. Aun así, no se alejó.

—Confías demasiado —advirtió, clavándole los ojos—. Si quisiera, podría hacerte cualquier cosa y nadie lo sabría jamás. Recuérdalo la próxima vez que le hagas preguntas atrevidas a un hombre en la oscuridad.

Se apartó y se adentró en el salón de baile, dejándola temblorosa, dolorida y sola en la noche.



Stanhope no sabía a quién debía dirigir con más furia su ira: ¿a sí mismo o a la confiada joven a la que acababa de dejar en la terraza?

¿Qué demonios la había poseído para interrogar a un hombre conocido por ser un asesino sobre si había cometido el crimen? Y encima, hacerlo estando solos en la oscuridad, era la cúspide de la imprudencia.

Sin embargo, a nadie más se le había ocurrido plantear tal cuestión. Le parecía extraordinario que fuera una muchacha tan delicada quien osara cuestionar los rumores que todos los demás habían aceptado como verdad.

Pero luego ella le creyó y lo descartó como amenaza potencial, y eso, de algún modo, le irritaba más que la propia acusación.

Era un hombre, maldita sea, no una mascota domesticada. Y tan susceptible a los encantos de una mujer hermosa como

cualquier otro. La señorita Alyson Huntly-Chilton bien haría en aprender a estar en guardia con los hombres antes de verse comprometida por el primer insensato impetuoso que la atrapara a solas a la luz de la luna.

Pero ella no era la única responsable.

¿Por qué la había besado? Podía justificarse diciéndose que solo intentaba darle una lección, pero la verdad era que lo había deseado con todas sus fuerzas. Era hermosa, inteligente y encantadora, y le recordaba cosas que ya no podía tener. Su precioso cuerpo y mente ágil despertaban en él necesidades que había reprimido durante meses en Inglaterra. La deseaba. Tan simple como eso. Tan imposible como eso. Ella era una chica inocente.

Y él era el conde oscuro.

Frunció el ceño ante un joven que lo observaba boquiabierto, y luego se burló al ver cómo aquel jadeó y se apartó de su camino. A lo lejos, distinguió al lord Aggerly hablando con otro caballero. La esposa de Aggerly estaba a su lado, con aire aburrido. Acababan de llegar.

La gente se apartó mientras Stanhope avanzaba hacia su objetivo. El caballero con quien charlaba Aggerly se retiró y, al levantar la vista, Aggerly lo vio acercarse. El corpulento caballero palideció. La esposa de Aggerly siguió la mirada de su marido justo cuando Stanhope alcanzaba a la pareja. Por un instante, ella lo miró directamente a los ojos.

Luego, con un gesto ostensible, le dio la espalda y tiró de su marido en dirección contraria.

Los transeúntes soltaron exclamaciones de sorpresa y Stanhope quedó paralizado. ¡Lady Aggerly acababa de desairearlo!

La rabia lo sacudió. Contempló la espalda de Lady Aggerly, que se alejaba, su voluptuosa figura vestida de seda azul nublándole la vista mientras luchaba por controlar su temperamento. Le llegaron

unas risitas. Miró hacia el sonido y varios espectadores apartaron la mirada con rapidez.

La humillación le quemaba como una bola de fuego en las entrañas, pero se negó a mostrarlo. En otra época, cuando no era más que el sobrino empobrecido del conde de Stanhope, habría salido de la sala avergonzado. Pero ahora...

Ahora era el conde oscuro. Lanzó una mirada gélida a los espectadores reunidos, quienes, al notar su furia, bajaron la cabeza y se escabulleron entre la multitud. Desdeñoso, despreció con un gesto arrogante a quienes lo observaban y aceleró el paso; en tres zancadas interceptó a los Aggerly.

—Lord Aggerly —se presentó con elegancia, plantándose en el camino de la pareja—. ¿Podemos hablar?

Las cejas gris acero de Aggerly se arquearon con confusión.

—Stanhope —musitó, sorprendido—. No esperaba encontrarle aquí.

—Estoy seguro —replicó con frialdad.

Lady Aggerly, de mejillas sonrojadas, lo miró boquiabierta, sin saber bien cómo reaccionar ante semejante falta de etiqueta.

Aggerly carraspeó.

—Disculpa, Stanhope, pero tenemos conocidos que nos aguardan en otro evento...

Stanhope depositó una mano firme sobre el hombro del corpulento caballero, quien se estremeció al contacto.

—Creo que puede concederme un momento antes de marcharse.

Lady Aggerly se irguió, lanzándole una mirada cargada de desdén por encima de la nariz respingona.

—Lord Stanhope, hemos llegado demasiado tarde.

Él arqueó una ceja.

—¿Demasiado tarde para mostrar buenos modales? Pero, querida lady Aggerly, si no la hubiera detenido, todos habrían malinterpretado su... eh... prisa... como una afrenta hacia mí.

—Qué pena habría sido —contestó ella, levantando el mentón con desafío.

Stanhope esbozó una sonrisa que mostraba los dientes. La hostilidad de Lady Aggerly vaciló y se tornó en incertidumbre. Dio un paso atrás.

—Mi asunto con su marido no durará más que un instante, milady —dijo con un tono que contenía apenas un dejo amenazador —. Quizá prefiera despedirse de nuestra anfitriona mientras converso con lord Aggerly.

Lady Aggerly abrió la boca, pero se quedó muda.

Lord Aggerly hinchó el pecho con evidente indignación.

—Ya ve usted, Stanhope...

—O —murmuró con estudiada cortesía—, podemos resolver ahora mismo ese asunto pendiente… con la encantadora presencia de su esposa.

La arrogancia de Aggerly se desinfló como vela al viento.

—Haz lo que dice milord, Eloisa.

—Pero...

—Vete —le espetó—. Despídete de Lady Denniston. Mi conversación con lord Stanhope será breve.

—Está bien. —Visiblemente molesta, Lady Aggerly se alejó con paso firme.

Lord Aggerly fijó la mirada en Stanhope.

—¿Qué desea de mí, Stanhope?

—Salga a dar un paseo conmigo.

Muy satisfecho con el giro de los acontecimientos, Stanhope se dirigió hacia las puertas de la terraza, seguido a regañadientes por Aggerly.



Alis había regresado al interior y se reunió con Norbert y Eleanor justo a tiempo para ver cómo Lady Aggerly ignoraba a Stanhope.

Alis y Eleanor permanecieron boquiabiertas junto al resto de invitados, mientras Norbert soltaba un taco, su rostro marcado por la ira.

—Esa víbora insoportable —gruñó—. ¿Qué se cree que está haciendo?

—Le ha dado plantón, Algernon —susurró Eleanor, angustiada.

—Maldita sea —murmuró él, observando a Stanhope avanzar para enfrentarse a los Aggerly—. ¿Por qué la gente concede tanta importancia a los chismes?

—¿Entonces es inocente? —preguntó Alis.

Norbert asintió con solemnidad.

—Lo juro por mi vida. Conozco a Michael desde niños. Es tan inocente como yo.

—¿Estás seguro?

Algie la miró con dureza.

—Tan seguro como que estoy aquí. Michael Everton no es un asesino, y algún día los que lo acusan lo sabrán también. Se arrepentirán de cómo lo trataron.

Alis observó con curiosidad cómo Stanhope intercambiaba unas palabras con la pareja. Entonces, Lady Aggerly se marchó furiosa,

mientras Stanhope y lord Aggerly salían hacia la calle. Esperaba que nadie saliera herido.

Eleanor tiró suavemente de la manga de Norbert.

—Vamos a casa, Algernon. Me duele la cabeza.

—Por supuesto, querida. Además, este lugar ya no me agrada —respondió él, guiando a Eleanor hacia las puertas del salón de baile, seguida por Alis, cuya mente bullía en mil pensamientos.

No podía desechar por completo la opinión de Algie acerca de Stanhope, a pesar del escandaloso comportamiento del conde en la terraza. Solo por lo que le había confesado Algie, se sentía inclinada a creer en la inocencia de Stanhope.

Pero, ¿por qué la habría besado?

Sumida en sus reflexiones, no advirtió la presencia de Lady Aggerly junto a la anfitriona, cerca de la puerta, hasta que estuvieron casi encima.

—¡Lord Norbert! —exclamó Lady Aggerly con fingida alegría—. Permítame felicitarle por su reciente enlace.

Norbert pasó junto a ella como si fuera invisible.

—Ven, querida —le susurró a Eleanor en voz alta—. Creo que nos encontraremos con mi buen amigo Lord Stanhope en la fiesta de los Hattersley.

Un murmullo se extendió entre los invitados al notar que Lady Aggerly había sido ignorada por los poderosos lord y lady Norbert. Alis se apresuró a seguir a su primo y a su novia, pero se detuvo un instante para saborear la expresión de sorpresa y desconcierto en el rostro de Lady Aggerly.

Solo deseaba que Stanhope estuviera allí para contemplarlo.

Nadie más se había refugiado en la fresca penumbra de la terraza. Aggerly se volvió hostil hacia Stanhope en cuanto salieron.

—¿Qué quieres de mí? —inquirió con dureza.

—La verdad.

—Tú deberías saberla mejor que nadie —respondió Aggerly con desprecio.

—Quizá —replicó Stanhope con una leve sonrisa—. Yo conozco la verdad sobre tu amante, esa espía bonapartista. Y sobre los dos hijos que le engendraste. Tengo entendido que le diste a elegir entre ser tu amante o morir como traidora. Eligió la casita donde la tienes recluida en el sur de Francia. —Se acarició pensativo la barbilla—. Me pregunto qué diría la sociedad al respecto.

—Baja la voz —advirtió Aggerly, sonrojado, echando una mirada furtiva hacia el abarrotado salón de baile—. ¿Cómo lo has descubierto?

—Tuve tiempo para viajar durante mi exilio. La señorita Rondelle es encantadora —espetó Stanhope con sorna—. Por fortuna, tus hijos se parecen a su madre y no a su pobre excusa de padre.

—Te mataré si pronuncias una palabra de esto a alguien —siseó Aggerly.

—¿Eso le dijiste a Ophelia?

Los rasgos de Aggerly se tensaron.

—Así que ese es tu juego. Crees que puedes culparme de la muerte de esa chica. No va a funcionar, Stanhope. Yo no lo hice.

—Entonces, ¿dónde estabas aquella noche? Desde luego, no dormías plácidamente en tu lecho, como afirmas.

—¿Qué? ¿Qué has dicho?

Stanhope sonrió al notar el pánico en la voz del hombre.

—Tu ayuda de cámara entró en tu habitación esa noche. Tu cama estaba vacía.

Aggerly retrocedió.

—Aléjate de mí, Stanhope. No quiero tener nada que ver con tus teorías descabelladas.

—Oh, es un hecho —susurró Stanhope, cautivado por la preocupación que inundaba los ojos de Aggerly—. Encontré a tu antiguo ayuda de cámara y firmó una declaración que confirma todo. Deberías cuidar mejor a tus sirvientes, Aggerly.

—Que te den —gruñó Aggerly—. No pienso seguir tu juego. Y si oigo una sola palabra sobre la ciudad de Presque-à-Mer, lo lamentarás, Stanhope. —Con sus palabras cargadas de ira, se dio media vuelta y regresó furioso al salón.

—Uno de los dos lo lamentará —murmuró Stanhope en la oscuridad—, pero dudo que sea yo.

Con una pequeña sonrisa de satisfacción, giró y caminó por la terraza hacia una de las puertas menos concurridas. Había cumplido su misión; ya no tenía motivo para soportar más las burlas de la sociedad. Sin decir palabra, abandonó la casa de Lady Denniston con un rayo de esperanza en el alma.

Lord Aggerly ocultaba algo. Quizás un asesinato.

Capítulo 4

¿Por qué no podía quitarse ese beso de la cabeza?

Alis estaba sentada en un banco de piedra del jardín, la mañana siguiente al baile de Lady Denniston, jugando con Pudding, el pequeño perro blanco de Eleanor, mientras trataba desesperadamente de olvidar su encuentro con lord Stanhope la noche anterior. Aquél beso en la terraza había burlado por completo sus cuidadosas defensas. Era demasiado emocionante, demasiado tentador para su paz interior.

Algie y Eleanor se hallaban frente a ella, en otro banco, completamente absortos el uno en el otro, como era habitual. Sus suaves murmullos y miradas adoradoras dificultaban mucho que Alis apartara a lord Stanhope de sus pensamientos. ¿Cómo sería que alguien la mirara como si tuviera el mundo en sus manos?

¿Cómo sería que lord Stanhope la mirara así?

Apartó esa idea peligrosa de su mente. Lo último que necesitaba ahora era un romance con un inglés cualquiera, y mucho menos con uno sospechoso de asesinato. Stanhope era un hombre envuelto en oscuros secretos, incluso contando con la palabra de Algie sobre su inocencia.

Pero besaba como el pecado.

En un instante, su recuerdo la arrastró de nuevo a la terraza, a sus brazos. Dios mío, su tacto había derretido todas sus defensas como si nunca hubieran existido. Estuvo tentada a desoír su educación y quedarse allí para siempre, para descubrir los dulces placeres y la oscura sensualidad que ocultaba.

Sí, sin duda, lord Stanhope era un hombre muy peligroso, y no por su reputación.

Antes de perderse más en sus fantasías, Pudding le dio un codazo en la mano, con un trozo de tela colgando de la boca, aquel juguete con el que le gustaba jugar. Agradecida por la distracción, tomó la tela y observó divertida cómo el perro tiraba de ella, echando todo su peso hacia atrás, gruñendo y ladrando como si intentara arrebatarle su posesión.

Norbert y su dama no levantaron la vista, ni siquiera cuando el cachorro tiró tan fuerte que la tela se rompió en dos, y su pequeño cuerpo cayó hacia atrás. Alis rió ante las travesuras del cachorro y miró a la pareja, esperando que compartieran su alegría, pero estaban absortos en su propio mundo.

De repente, Norbert se levantó y tendió la mano a su novia. Eleanor aceptó la ayuda, y ambos se dirigieron hacia la casa, con la mirada fija en los ojos del otro. Entonces Norbert miró por casualidad y vio a Alis. Se detuvo bruscamente, haciendo que Eleanor chocara con él.

—Prima —dijo Norbert, un poco más alto de lo debido, pensó Alis.
—Prima, milady y yo vamos a entrar para… eh… ver el invernadero. Sí, eso es exactamente adonde vamos. ¿Estarás bien aquí sola en los jardines?

—Por supuesto —respondió ella, fijándose en el rubor de Eleanor y en la mirada furtiva y ardiente que Norbert le lanzó a su esposa. ¡El invernadero, claro!

Reprimiendo una sonrisa, cedió a un impulso travieso y dijo:
—Quizá debería acompañaros. Siempre he querido ver un invernadero.

—¡No! —respondió Eleanor con rapidez—. Es que... el querido Pudding necesita hacer ejercicio. Te aburrirías muchísimo en el huerto...

—Invernadero —murmuró Algie.

—...en el invernadero —prosiguió Eleanor con una suavidad que Alis no pudo evitar admirar—. Quédate aquí afuera, al sol, con Pudding, mientras Algernon y yo nos ocupamos de nuestras tediosas tareas.

Alis se mordió el interior del labio para no reírse.

—Si estáis seguros de que no necesitáis ayuda —dijo solemnemente.

—¡En absoluto! —se apresuró a asegurar Norbert—. Lady Eleanor y yo tenemos todo bajo control.

—O lo tendremos pronto —susurró Eleanor al oído de su marido.

Él se sonrojó y le lanzó una mirada ardiente, y Alis fingió no haber escuchado el comentario.

—Muy bien, entonces. ¿Nos vemos esta tarde?

—¡Sí! —Norbert le dedicó a Alis su sonrisa más encantadora, aunque ella sabía que sus pensamientos estaban muy lejos. Quizás en el invernadero—. Esta tarde. Exacto. Hasta entonces.

Norbert tomó la mano de Eleanor y se dirigió hacia la casa con paso acelerado.

—Que disfrutes la mañana —se despidió Eleanor, casi corriendo para seguir el paso impaciente de su marido.

Cuando se hubieron marchado, Alis soltó una carcajada.

—¡El invernadero! —exclamó, dirigiéndose a Pudding—. ¿Te lo imaginas? Solo quieren estar a solas, pero, claro, no esperan que yo sepa por qué. Ninguna chica inglesa lo sabría, eso seguro.

El perrito ladró y movió el rabo como si estuviera de acuerdo. Recogió el pequeño trozo de tela que había quedado de su juego y se lo llevó a ella, empujándole la mano.

—Supongo que serás mi única compañía hoy —musitó Alis—. Apuesto a que te vendría bien un paseo.

Se puso en pie y comenzó a caminar por el sendero, contenta de que el animal la siguiera. No pudo evitar reírse de sus travesuras mientras avanzaban, observándolo olfatear los arbustos y ladrar a las mariposas. En un momento, asustó a una bandada de pájaros, que salieron volando en pánico con sus ladridos emocionados.

—Hasta el maldito perro sabe cuál es su lugar —pensó con nostalgia—. Pero, ¿cuál es el mío?

Tenía una oportunidad única, una que no había considerado entre la angustia por la enfermedad de su abuelo. Con Alex en Estados Unidos y su abuelo y su tía Agatha en Bath, nadie vigilaba cada uno de sus movimientos. Algie y Eleanor estaban demasiado ocupados el uno con el otro para prestar mucha atención a lo que ella hacía, lo que le permitía explorar sus opciones a su antojo.

No era tonta. Sabía que algún día tendría que casarse; así eran las cosas, así sobrevivían las mujeres en aquel mundo. Pero antes, aprovecharía ese tiempo para hallar algo propio, alguna causa o afición a la que entregarse, para redescubrirse a sí misma cuando las obligaciones comenzaran a abrumarla.

Quizás la jardinería. Siempre le habían gustado las flores, en especial las rosas. O mejor aún, la botánica. Una vez que su abuelo regresara, se vería limitada a las actividades propias de una dama. Más valía comenzar la búsqueda por ahí.

Su abuelo la quería y deseaba que se casara y permaneciera en Inglaterra. Aunque estaba harta de hacer de debutante, no quería que el duque lo notara. Ya estaba bastante enfermo como para preocuparse por ella. Así que seguía entreteniendo a sus pretendientes, aunque ninguno le interesaba en realidad.

Hasta ahora, el único hombre que le había acelerado el corazón era considerado un asesino por la sociedad. Claro que Algie respondía por su inocencia.

Pero, ¿y si Algie se equivocaba?

Algie conocía a Stanhope desde niños y era extremadamente leal a sus amigos. ¿Y si la larga amistad lo cegaba y no veía la verdadera naturaleza de Stanhope?

Su corazón latía con fuerza al pensar en esa posibilidad. Su instinto le decía que lord Stanhope no era un asesino, pero aquel mismo instinto le había fallado antes. Se había equivocado con Gabriel, y eso casi le arruinó la vida.

Incluso ahora, se estremecía al recordar lo cerca que había estado de una existencia infeliz. La temporada anterior, Gabriel, vizconde de Arndale, la había seducido para fugarse con él a Gretna Green, pero antes de que pudiera reunirse con él, secuestró a su amiga Caroline y mostró su verdadera cara. Solo había usado a Alis para llegar hasta Caroline.

Todo había salido bien, pues el hermano de Alis, Alex, estaba enamorado de Caroline y la había rescatado. Más tarde, se casaron, y Alex demostró al mundo lo deshonroso que era Arndale cuando el vizconde intentó hacer trampa en un duelo de honor.

Todos habían reconocido a lord Arndale como el embustero que era… excepto Alis. ¿Cómo podía confiar ahora en su instinto, después de haberse equivocado tanto?

Su destino con Arndale habría sido el matrimonio, aunque su vida a su lado habría sido una infelicidad constante. Y si ahora se equivocaba con lord Stanhope, el precio podría ser su propia vida.

Todo era un desastre.

Llegó a la verja de hierro que daba al jardín. La finca de los Norbert se extendía hasta donde alcanzaba la vista: un vasto campo verde coronado por el cielo azul, con la sombra oscura del bosque en el horizonte.

—Es precioso —le dijo al perro—, pero no siento que sea mi hogar.

Él ladró y movió la cola, los ojos oscuros brillando bajo su peludo hocico. Asomó la cabeza por la verja, miró hacia el campo, y de repente se apretó entre los barrotes, pasando al otro lado.

—¡Pudding! —exclamó Alis—. ¡Vuelve aquí ahora mismo!

Al otro lado, el animal se dio la vuelta y ladró, como animándola a seguirlo.

—No, no voy a salir ahí fuera. Vuelve antes de perderte.

El perro ladeó la cabeza.

—No te hagas el tonto, que sé perfectamente de lo que hablo —le advirtió. Lentamente, abrió el pestillo de la verja y la empujó de par en par—. Ven, Pudding —llamó, palmoteándose la pierna en señal de invitación—. Vamos, vamos.

El perro ladró, movió la cola, pero no avanzó. La miró expectante, con la lengua fuera.

—¡Pudding, ven aquí!

Él dio un paso atrás y volvió a ladrar.

Alis soltó un suspiro frustrado y cruzó la puerta.

—Entonces te cogeré en brazos, animal tonto.

Pudding le ladró dos veces, esperando mientras ella se acercaba. Pero justo cuando iba a atraparlo, el perro giró sobre sus patas y salió corriendo por el campo, hacia el bosque.

—¡Pudding! ¡Vuelve aquí! —gritó, agarrándose la falda mientras lo perseguía, segura de poder alcanzarlo. Después de todo, solo era un perro pequeño.

Un perro pequeño y rápido, se corrigió al rato, jadeando mientras la mancha blanca que era Pudding se alejaba hacia los árboles. Eleanor quería mucho a ese perro, y ella no podía permitir que le pasara nada.

Se detuvo para recuperar el aliento y miró hacia la casa. Quizás debería buscar ayuda para atrapar al animal.

Pero justo entonces, Pudding se detuvo al borde del bosque, ladrándole y correteando en círculos, como si todo fuera un juego tonto. Si volvía a la casa, seguramente perdería al perro, y Eleanor quedaría desconsolada.

El destino le sonrió en forma del hijo del jardinero, que apareció de repente junto a la verja.

—¡Detente! —gritó Alis. El chico se sobresaltó y se protegió los ojos con la mano para mirarla—. ¿Podrías llamar a un lacayo? El perro de lady Eleanor se ha escapado.

Él dudó, pero asintió, dejó caer las herramientas y corrió hacia la casa.

—Perfecto —dijo Alis con satisfacción—. Esperaré aquí al lacayo.

Entonces, Pudding se internó de nuevo en el bosque y desapareció de su vista.

—Maldito perro —murmuró—. Muy bien, vamos al bosque.

Levantó las faldas hasta los tobillos y se internó entre los árboles tras el canino fugitivo.



Stanhope no sabía qué le inquietaba más: si la osadía de Lady Aggerly al rechazarlo públicamente la noche anterior, o la insistente presencia de Alis en sus pensamientos.

Sentado frente al escritorio de su estudio, contemplaba los dibujos que la luz del sol proyectaba sobre el suelo, mientras ignoraba las páginas llenas de notas que yacían ante él. Aquella negativa social le había revelado lo arduo que resultaría limpiar su nombre.

Cuanto más se mostraba en sociedad, más cómoda parecía esta para despreciarlo. Pero para demostrar su inocencia, necesitaba respeto. Quizá incluso que le temieran.

Debía convertirse en el conde oscuro en su versión más temible.

Nada tenía que perder. Su honor estaba mancillado y, dado el trato que recibía de la pequeña nobleza, como Lady Aggerly, poco podía empeorar su reputación. Encontraría la verdad, malditos todos ellos. Hallaría la manera de prevalecer.

Si lograba expulsar de su mente a la señorita Alyson Huntly-Chilton.

El beso de la noche anterior aún lo atormentaba. Estaba tan cerca ahora que no podía permitirse distraerse de su búsqueda. Pero cada vez que trataba de concentrarse, la imagen de Alis acudía a su memoria: sus inquietantes ojos azules, el cabello oscuro, la piel de marfil...

Su boca deliciosa.

Esa boca, dulce y sensual.

Había cedido a la tentación y besado aquellos labios rosados… y, para su sorpresa, le había gustado. Hacía demasiado que no disfrutaba la suavidad femenina. Pero no debía haberlo hecho. No importaba que ella lo hubiera provocado. Él era un caballero, por Dios, aunque pareciera el único en saberlo, y los caballeros no robaban besos a doncellas inocentes bajo la luz de la luna.

A pesar de lamentar su falta de honor, no se arrepentía del beso. Había sido demasiado dulce, demasiado inocentemente apasionado. Néctar para un hombre hambriento. Pero ya había concluido y debía relegarlo a un rincón apartado de su mente, un recuerdo agradable para evocar en la soledad y tras algunas copas. No podía ser más.

Ella no podía ser más. Solo un delicioso interludio en una noche de verano.

Con renovada determinación, volvió a las páginas ante él. Durante los años de su exilio, había empleado los fondos que le legó su tío para invertir. Sus negocios prosperaron, dejándolo en una posición económica cómoda y capaz de investigar a las catorce personas que asistieron a aquella fatídica fiesta donde Ophelia murió. Como sabía que él no era culpable, era lógico que alguno de ellos guardara secretos.

Repasó los nombres: anotó los suyos, junto con los de su tío Alfred y Desmond, ambos fallecidos. Sir Charles Wraxton, soltero, había sido el compañero de caza favorito de su tío.

Lord Tilton y Lord Aggerly, vecinos y amigos del tío Alfred. Laertes, Lord Fenton, hermano de Ophelia y antiguo compañero de colegio de Desmond.

Entre las damas, Lady Tilton y Lady Aggerly habían asistido con sus esposos, y Lady Tilton llevó consigo a su hija, Catherine.

Catherine se había casado desde entonces con lord Nussburton. Estaba también la señora Imogene Pelton, el amor actual del tío Alfred. Lady Alston, viuda desde hacía poco, había sido objeto del afecto de sir Charles. La señorita Eugenia Minor, tía soltera de lord Fenton, había servido como dama de compañía de Ophelia.

Y, por supuesto, la propia Ophelia.

La bella y ambiciosa Ophelia. Hermana de lord Fenton y prometida de Desmond. De cabellos y ojos oscuros, no muy alta, pero de figura exuberante y curvas pronunciadas. Cada paso que daba y cada palabra que pronunciaba eran un susurro de seducción. No resultaba difícil entender por qué Desmond la deseaba.



A primera hora de aquel fatídico martes, una criada encontró a Ophelia al pie de la escalera, con el cuello quebrado. Todo habría debido descartarse como un accidente trágico.

Si no la hubieran hallado muerta tan cerca de su dormitorio. Si Desmond no hubiese sido tan celoso. Tan sospechoso.

Stanhope suspiró y se frotó las manos sobre el rostro. Ophelia no ocultaba que sentía cierta atracción por él, y Desmond había creído lo peor. Intentó calmarlo asegurándole que no tenía interés en robarle a su prometida, pero su primo no le prestó atención. Desmond siempre había envidiado el atractivo físico de Michael y su habilidad con las mujeres, a pesar de que él era el heredero del título y Michael, un pariente humilde. Orgulloso de haber conquistado a Ophelia como esposa, le volvía loco que ella pareciese preferir a Michael antes que a él. No es que ella pensara romper el compromiso. Oh, no.

Ophelia tenía claro que llegaría a ser condesa. Solo pensaba disfrutar de su título coqueteando con el primo de su marido.

Tras el incidente, Desmond fue el más vehemente entre sus acusadores, recordaba Stanhope. Su convencimiento de que Michael tenía algo que ver en la muerte de Ophelia desató rumores que mancharon a la familia Everton. La angustia de Desmond llevó al tío Alfred a desterrar a Michael de Inglaterra, una deshonra para el linaje.

¿Quién hubiera imaginado que regresaría para heredar el título del hombre que lo expulsó? En algún lugar, el destino se reía.

Con esfuerzo, Stanhope volvió a concentrarse en sus notas. Durante la investigación, se localizó a todos los sirvientes, pero tres de los catorce invitados ofrecieron coartadas que no pudieron ser verificadas: lord Aggerly, lord Fenton y la señora Pelton.

Durante su exilio, Stanhope había aprovechado para indagar en las excusas de todos. A través de una red compleja de contactos, entrevistó a criados, familiares, socios comerciales y antiguos amantes.

La noche del suceso, lord Aggerly afirmó que dormía en su habitación. Sin embargo, su antiguo ayuda de cámara entró en mitad de la noche y lo halló ausente. La pesquisa reveló que la amante bonapartista de Aggerly y sus hijos vivían tranquilamente en el sur de Francia, un dato que Stanhope no dudó en emplear en su búsqueda de la verdad.

Lord Fenton declaró haber estado en la terraza fumando un cigarro al momento de la muerte de su hermana. Como padecía insomnio, aquello no resultaba extraño. Las pesquisas posteriores no encontraron nada relevante sobre él. Es cierto que la familia Fenton atravesaba problemas económicos, pero aquello no era nada fuera de lo común. El dinero era la razón por la que Ophelia se casaba con Desmond, y nunca fue un secreto.

Incluso si Fenton fuera capaz de acabar con su propia hermana, algo que a Stanhope le costaba imaginar, jamás haría nada que pudiera arruinar la alianza con la familia Everton. De hecho, tras la muerte de Ophelia, Fenton había sufrido graves reveses económicos, hasta que el tío Alfred, arrepentido por aquel matrimonio que nunca se celebró, le entregó una suma de dinero.

Eso dejaba a la señora Imogene Pelton. Stanhope la conocía bien: en más de una ocasión había intentado seducirlo. En los seis años transcurridos desde la muerte de Ophelia, la antigua amante del difunto conde se había casado y enviudado por cuarta vez. Ahora se hacía llamar señora Imogene Warington y aseguraba haber estado presente cuando Ophelia exhaló su último aliento.

Sin embargo, el tío Alfred era propenso a los Alisrim, y Stanhope sabía por su ayuda de cámara que esa noche el conde había tomado su tónico habitual, un brebaje que solía dejarlo inconsciente. Si bien la señora Warington había estado en su compañía al principio, el criado entró justo antes del asesinato y encontró al conde roncando, sin rastro de la señora.

Tanto Aggerly como la señora Warington tenían motivos para odiar a Ophelia: ella había rechazado a Aggerly y se había ganado la ira de la señora Warington al coquetear con el viejo conde. Ophelia y

la señora Warington incluso llegaron a las manos, y el conde junto con Desmond tuvieron que intervenir para separarlas. Stanhope pensó que ambos podrían haber estado involucrados. Y la viuda Warington, voraz en sus deseos, era la siguiente en su lista de sospechosos.

Un golpe en la puerta lo arrancó de sus pensamientos.

—Adelante —espetó, molesto por no haber conseguido concentrarse plenamente.

Grimm, su mayordomo, asomó la cabeza. El anciano tenía un rostro alargado, semejante al de un burro, cabello canoso y ralo, y unos ojos azul pálido que parecían no perderse nada.

—Disculpe, milord —anunció el viejo sirviente.

—¿Otra vez? —exhaló Stanhope, recostándose en su silla y fijando la mirada en Grimm, que mostraba un semblante serio—. ¿Qué ha sucedido esta vez?

—Creo que la señorita Emily descubrió que ya no se le permitía montar a caballo. Eso fue lo que se le ordenó, ¿verdad, milord? —Grimm arqueó sus pobladas cejas.

—No hace falta que me mires así, Grimm —respondió Stanhope, que conocía al mayordomo desde niño y se sentía más como si dialogara con un tío excéntrico que con un sirviente—. Emily debe comprender que ya no puede correr libre por la finca. Ha llegado el momento de comportarse como una señorita.

—Por supuesto, milord. Sin embargo, la «señorita» se ha escapado al bosque. ¿Desea que envíe a un lacayo en su búsqueda?

Stanhope suspiró y se puso en pie.

—Por supuesto que no, Grimm. Iré yo mismo a buscarla.

Una leve expresión de ternura cruzó el rostro del mayordomo antes de que recuperara su habitual estoicismo.

—Muy bien, milord.

Rodeada de árboles y sin rastro de Pudding, Alis empezó a perder el ánimo. Su pálido vestido azul de tarde no era, precisamente, la prenda idónea para adentrarse en el bosque. Las ramas se enredaban en la falda y, en un par de ocasiones, una piedra le rasguñó la planta del pie a través del fino tejido de sus zapatillas. A pesar de todo, siguió adelante, llamando al perro y atenta a cualquier sonido que indicara que avanzaba entre la maleza o, mejor aún, que algún lacayo la seguía de cerca. Pero lo único que llegaba a sus oídos era el viento entre los árboles y el canto esporádico de los pájaros.

A medida que se internaba en el bosque, el suave murmullo de un arroyo se hizo perceptible. Y, sobre ese delicado goteo, emergió el sonido de alguien sollozando.

—Hola —llamó Alis, guiándose por el sonido.

Se oyó el crujir de ramas y luego un ladrido emocionado. ¡Pudding! Alis se abrió paso entre la maleza y encontró al pequeño perro blanco lamiendo las lágrimas del rostro de una niña sentada junto al arroyo. La niña reía entre sollozos y abrazaba con fuerza al cachorro.

—Hola —saludó Alis. La niña levantó la cabeza, la miró con recelo y guardó silencio—. Me llamo Alis. ¿Estás bien?

—Vete —murmuró la niña, ocultando el rostro en el pelaje del perro.

—No puedo dejarte sola en el bosque —replicó Alis—. Aunque, en realidad, no estás sola, ¿verdad? Pudding te hace compañía.

Al oír su nombre, el perro ladró e inclinó la cabeza, como diciendo:

—¿Me hablabas a mí?

La niña apretó los brazos alrededor de Pudding y entrecerró los ojos para mirar a Alis.

—¿Es tu perro?

—Es de una amiga mía —contestó Alis, sentándose con cautela en una roca cercana, temerosa de manchar su vestido pero aún más preocupada por asustar a la niña—. Se pondrá muy triste cuando descubra que ha desaparecido. Pero puedo esperar a que termines con él antes de llevarlo a casa.

—Aún no he terminado con él.

Alis se encogió de hombros.

—Ya te lo he dicho, esperaré.

—Podría tardar mucho —advirtió la niña—. Quizá horas.

—Espero que no —respondió Alis con serenidad—. Imagino que tendremos hambre. Al final, querrás ir a casa a cenar.

—¡No volveré nunca a casa!

La vehemencia de la afirmación sorprendió a Alis, aunque disimuló su desconcierto. En cambio, replicó con calma:

—Estoy segura de que tus padres te extrañarían.

—No tengo padres —contestó la niña, abrazando con más fuerza a Pudding, y una lágrima resbaló por su mejilla—. Murieron.

Dios mío. Alis cerró los ojos un instante, invadida por la compasión. Sabía cuánto dolía perder a los padres; ella ya era adulta cuando murió su madre. ¡Pobre niña!

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Emily.

—Emily, ¿quién te cuida ahora?

—Mi padrino. Lo odio —respondió la niña, bajando la cabeza y mostrándose muy interesada en rascar las orejas de Pudding—. Nunca me deja hacer nada.

—Seguro que no es tan malo.

La niña levantó la cabeza y miró a Alis con los ojos azules, llenos de lágrimas.

—Antes me quería, pero luego se fue durante mucho tiempo y ahora ha vuelto y no deja de decirme lo que tengo que hacer, ¡como si fuera mi padre!

—Seguro que él hace todo lo posible por cuidarte.

—Tú no sabes nada —replicó Emily—. Es muy malo. ¿Sabes que ni siquiera me deja montar a caballo? ¡Mi caballo!

—Recuerdo lo enfadada que me ponía con mi hermano —comentó Alis, asintiendo con simpatía—. Mi padre murió cuando yo tenía solo tres años y mi hermano decidió actuar como mi padre, solo porque era ocho años mayor que yo.

—¿Te decía lo que tenías que hacer todo el tiempo? —Emily se secó las lágrimas con la mano.

—Todo el tiempo —respondió Alis—. ¿Y sabes qué era lo peor? Siempre se iba al mar y nos dejaba solas a mi madre y a mí. Nunca comprendió que deseábamos que se quedara con nosotras.

—Recuerdo cuando el primo Michael, que es mi padrino, estaba siempre por aquí. Jugaba conmigo y me llevaba a hombros —su rostro juvenil se entristeció—. Luego se marchó durante años y años, y no volvió hasta que papá murió.

—¿Acaso estuvo en el ejército?

La niña negó con la cabeza.

—No. Recuerdo que pasó algo malo y, un día, se marchó.

—¿Y ahora que ha regresado, está distinto?

La joven asintió con énfasis.

—Ya no quiere jugar conmigo. Siempre está encerrado en su estudio, trabajando.

—Bueno, ya no puede llevarte a hombros —Alis sonrió.

—No, soy demasiado grande —rió Emily.

—Y sería muy indecoroso —añadió Alis—. Quizás tu primo está abrumado por los asuntos de la herencia. Normalmente hay mucho alboroto con esas cosas.

—Bueno, no tiene por qué ser tan malo —la niña jugueteaba con la oreja de Pudding, pensativa.

—Quizá solo necesita tiempo para resolver sus asuntos —dijo Alis—. Estoy segura de que te quiere mucho.

Emily guardó silencio, aunque su ceño fruncido delataba sus dudas.

Permanecieron en calma junto al arroyo; Emily acariciaba al perro mientras Alis la observaba con atención. La niña vestía ropas elegantes y, por su modo de hablar, Alis supuso que pertenecía a una buena familia. Su cabello castaño claro estaba peinado en rizos gruesos entrelazados con una cinta, aunque el paseo por el bosque lo había dejado algo despeinado. Su mejilla mostraba manchas de barro y polvo mezclados con lágrimas.

No quiso dejar sola a Emily, y dado que Pudding estaba seguro, decidió esperar hasta que el lacayo de Norbert Chase las encontrara. Además, la niña parecía necesitar la paz del bosque y el consuelo que el perro le proporcionaba. No tenía intención de separarlos tan pronto.

Se sentaron entonces junto al arroyo, contemplando los pájaros que saltaban de rama en rama. La luz del sol brillaba sobre el agua y el murmullo suave del arroyo calmaba sus inquietudes. Poco a poco, Emily cesó de llorar, y sus sollozos se hicieron más leves mientras se aferraba a Pudding.

De repente, el crujido de pasos entre la maleza quebró la quietud. Alis suspiró aliviada, aunque Emily giró la cabeza hacia el ruido.

—No temas, Emily —sonrió Alis—. Seguro que solo es un criado que viene a buscarnos a Pudding y a mí.

La niña le lanzó una mirada recelosa.

—Quizá —respondió con voz dubitativa.

—¡Estamos aquí! —exclamó Alis. Los pasos vacilaron un instante y luego avanzaron hacia ellas.

—¿Por qué hiciste eso? —jadeó Emily—. ¡No quiero que me encuentren!

Alis se levantó y se sacudió la parte trasera del vestido mientras se acercaba a la niña.

—Tonterías. Yo ya te he encontrado. El lacayo nos acompañará a casa de mi primo y, después de devolver a Pudding, me aseguraré de que llegues sana y salva a tu hogar.

Emily frunció el ceño.

—Creía que te caía bien.

—Me caes bien, pero nadie ha resuelto un problema huyendo de él —Alis se agachó y apartó un mechón de cabello de la frente de la niña—. ¿Quieres que hable con tu tutor? ¿Que le explique lo que ha pasado?

Emily dudó un instante y luego asintió.

—Pero probablemente no me escuchará —murmuró—. Probablemente me gritará.

—Dudo que me grite a mí.

—Él le grita a todo el mundo —respondió la niña con tristeza —. Ya lo verás.

El crujir de los pasos cesó de repente y un hombre apareció en el claro cubierto de hierba. No era el lacayo que Alis esperaba. Se incorporó lentamente cuando lord Stanhope emergió a la vista.

Él, al parecer, era el «primo Michael» de Emily.

Sus miradas se cruzaron en un instante cargado de tensión. El recuerdo de su beso se encendió entre ellos y ella entreabrió los labios en respuesta. Por un momento, pareció que él daría un paso

hacia ella, pero su atención volvió a Emily. Su expresión se endureció.

—¡Emily! —ladró—. ¿Tienes idea del problema que has causado? ¿Acaso careces de sentido común?

Su voz retumbó por todo el claro. Emily miró de reojo a Alis.

—Te dije que gritaría.

—Así es —respondió Alis, con las manos en la cintura—. Milord, ninguna de las dos es sorda, así que le agradecería que bajara el tono.

Emily y Stanhope la miraron atónitos, pero pronto el lord recuperó la voz.

—Señorita Huntly-Chilton, ¿acostumbra usted a dar órdenes a los miembros de la nobleza?

—Creo que sí, milord —replicó ella—. Mi hermano es marqués y mi abuelo, duque, y les digo lo que pienso constantemente.

—Mi más sentido pésame para ambos.

—¡Y mi más sentido pésame para su familia si les grita como nos ha gritado a nosotras!

Pudding ladró en señal de apoyo.

Stanhope la observó con el ceño fruncido, y aunque la expresión de su rostro era desagradable, Alis no pudo evitar pensar en lo guapo que era. Lástima que su actitud no estuviera a la altura de su atractivo.

—Emily —musitó, apartándose de Alis con desdén—, ya sabes las consecuencias de escaparte sin compañía.

Emily alzó la barbilla.

—Ya me has impedido montar a Guinevere. ¿Qué vas a hacer ahora, encerrarme en los calabozos?

—Stanhope no tiene calabozos —espetó él con impaciencia—. No, muchacha, estás confinada a tu habitación hasta nuevo aviso.

—¡No puedes hacerme eso! —El llanto de Emily se alzó a la par que el grito de su tutor, y Alis se estremeció. Pudding ladró y corrió en círculos.

—Puedo y lo haré. Te advertí lo que pasaría si volvías a salir sin acompañante.

—¡Te odio! —Emily apretó los puños, con lágrimas brillando en los ojos, y luego se apartó de él, quedándose mirando fijamente hacia el bosque. Sus delgados hombros temblaban por el esfuerzo de contenerse.

Una mirada de dolor e impotencia cruzó el rostro de Stanhope al contemplar a su pupila. Después dirigió la mirada a Alis y volvió a ser el arrogante lord Stanhope.

—Mis disculpas por este espectáculo, señorita Huntly-Chilton —pronunció con voz tensa.

—¡Por el amor de Dios! ¿No puede relajarse un momento y comprender que está confundida y sufriendo? —Alis se acercó a Emily y la abrazó—. Ya está, Emily. Estoy segura de que milord no quería gritarte. Sin duda estaba preocupado por tu seguridad.

—Lo odio —sollozó Emily, acogiendo el abrazo de Alis.

—No, no es verdad —replicó Alis—. Solo deseas que tu padre estuviera aquí, ¿verdad?

Alis cruzó la mirada con Stanhope mientras Emily lloraba desconsolada.

—Perdí a mi padre cuando tenía tres años, milord —murmuró ella—. Pero perder a un progenitor a esta edad tan confusa debe ser muy difícil para su pupila.

—No me escucha —respondió él, aunque el fuego había desaparecido de su voz. En su rostro solo vio cansancio—. ¿Cómo puedo protegerla si no me presta atención?

—Intente hablar con ella, milord. A ella —subrayó.

—He intentado hablar con ella, pero se niega a ser razonable.

—Yo también lo haría si me hablara así.

Él la observó fijamente, con la arrogancia tallada en el rostro como si fuera parte de él.

—Señorita Huntly-Chilton, le agradezco su ayuda, pero ahora me haré cargo de mi pupila —anunció, dirigiéndose hacia Emily.

—No lo creo, milord —lo detuvo Alis—. Está demasiado enfadado para tratar con compasión a Emily en este momento, que es justo lo que necesita.

—¿Cómo dice? —Habría reído ante el asombro en su voz, si la situación no fuera tan grave—. No puedo permitir que se lleve a esta chica a casa con usted en ese estado. Le sugiero que vuelva conmigo a Norbert Chase. Tomaremos un té, todos se calmarán y luego podrá llevarse a Emily a casa.

—¡No quiero ningún maldito té!

—Pues yo sí. Y apuesto a que Emily también.

—Me encantaría, señorita Huntly-Chilton —aceptó Emily, sorbiendo por la nariz—. ¿Podemos llevarnos a Pudding?

—Por supuesto —contestó Alis, cogiendo al perro con cuidado para evitar sus patas embarradas, y lo puso en brazos de un sorprendido Stanhope. Pudding apoyó de inmediato sus dos patas delanteras sucias sobre el pecho de Stanhope, manchando de barro la fina tela de su abrigo de alta costura—. Sujete bien a Pudding, milord, que tiende a escaparse.

Ignorando la expresión de asombro en el rostro de Stanhope, Alis se dio la vuelta y tomó la mano de Emily. Se detuvo al borde del claro y miró hacia atrás.

—¿Viene, milord?

Con el semblante tormentoso, Stanhope se puso en marcha tras ellas, con el perro retorciéndose entre sus brazos.

Capítulo 5

Stanhope no tenía claro cómo se había visto envuelto en aquella comedia de errores, pero tenía la firme intención de desentenderse cuanto antes. Solo esperaba que Alis le entregara a su protegida sin más complicaciones.

Frunció el ceño al observar la espalda de Alis mientras caminaba delante de él, la falda ondeando suavemente con cada paso. Ella y Emily mantenían una animada conversación femenina que, por su propia naturaleza, lo excluía por completo, interrumpida únicamente por los ocasionales ladridos del perro que portaba en brazos. De vez en cuando, Alis se giraba para asegurarse de que él seguía con ellas, pero en general lo ignoraba sin disimulo.

¿Acaso había olvidado el beso de la noche anterior?

Mientras Emily parloteaba sin cesar «quién sabía si la niña era capaz de articular algo más allá de monosílabos hosco», Alis volvió a lanzar una mirada hacia él. Esta vez, Stanhope atrapó su vista y le correspondió con una sonrisa lenta y pícara.

Recordaba perfectamente el sabor de sus labios.

Sentía aquellas palabras vibrar en su mente, y su cuerpo se tensó al rememorar la pasión de aquel instante. No hizo el más mínimo esfuerzo por disimularlo.

La alarma se reflejó en el rostro de ella; sus pasos firmes vacilaron. Rápidamente recuperó el ritmo, aunque le lanzó una mirada aguda y llena de advertencia.

Stanhope rió entre dientes. Sabía que ella lo recordaba.

Emily volvió a captar la atención de Alis y, mientras seguía charlando como una pequeña cotorra, Stanhope quedó impresionado por la brillante sonrisa que iluminaba su rostro. ¿Cuándo había sido la última vez que la niña había sonreído así? Su expresión se mostraba animada mientras entretenía a Alis con su relato, los ojos azules brillando y los rizos rebotando con cada paso.

Aquella emoción le oprimió el pecho. En ese instante, Emily se parecía tanto a la niña que él recordaba, la misma que tanto había echado de menos durante su exilio forzoso. Pero ella nunca le dirigía esa sonrisa a él. De alguna manera, su querido primo Michael se había convertido en el diablo encarnado para la joven mente de Emily. Sin embargo, él no tenía alternativa. Ahora era su tutor, y ella necesitaba que fuera más padre que compañero de juegos, aunque no lo comprendiera.

¿Cómo era posible que no supiera cuánto la amaba? Haría cualquier cosa por ella, incluso enfrentarse a la imposible tarea de resolver un asesinato ocurrido seis años atrás, con tal de que pudiera tener el futuro que merecía.

Sintiéndose desolado, observó cómo las dos mujeres interactuaban. Alis poseía un don especial con Emily. Las lágrimas que momentos antes habían surcado el rostro de la niña se habían secado, y aquella criatura histérica había desaparecido como si nunca hubiese existido. Por mucho que ansiara marcharse, valía la pena soportar cualquier inconveniente por verla tan feliz. Decidió que se quedarían a tomar el té y, después, llevaría a Emily a casa para ocuparse de sus asuntos.

Al llegar a la puerta del jardín de Norbert Chase, se toparon con un lacayo que los había estado buscando. Stanhope le entregó agradecido el perro mientras Alis le daba instrucciones para que lo bañara y luego condujo a Stanhope y a Emily hacia el interior de la casa.

Al pie de la gran escalera, detuvo a una criada que pasaba. —Por favor, lleva a la señorita Everton arriba para que se refresque, Polly —ordenó—. Este es el salón. Cuando termines de lavarte,

vuelve aquí con Polly y avisaré a la cocinera para que traiga té y pasteles.

—Gracias, señorita Huntly-Chilton —respondió Emily con una mirada cautelosa a su tutor, antes de seguir a la criada escaleras arriba.

—No es la única que está sucia —observó Stanhope.

—Quiero hablar con usted antes de que suba —dijo Alis, señalando hacia el salón—. Por aquí, milord.

Él esbozó una reverencia y extendió la mano al frente.

—Oh, no, querida. Las damas primero.

Ella lo miró entrecerrando los ojos y entró en el salón. Él la siguió, disfrutando plenamente de la vista de sus caderas que se balanceaban suavemente.

Alis era muy consciente de que Stanhope la seguía al entrar en la habitación. Cerró la puerta tras ellos y, al volverse para mirarlo, él le dirigió una mirada burlona, con ambas cejas alzadas.

—¿Puedo ayudarla, señorita Huntly-Chilton?

El ronroneo aterciopelado de su voz confería a aquellas inocentes palabras un tono decadente que ni siquiera una mujer virtuosa como ella podía ignorar. Un calor abrasador invadió sus mejillas, pero alzó la barbilla y prosiguió con su cometido.

—Quería hablar con usted sobre Emily, donde los sirvientes no nos oyeran.

—Ah, entonces se trata de Emily. No de ese beso de anoche.

—¡Por supuesto que es por Emily!

—¿Está segura? —Su voz grave envolvió sus sentidos como una cuerda de seda.

El hombre la miró como si pudiera ver a través de su piel hasta llegar a su alma. La fuerza de su mirada la hizo temblar, aunque se esforzó en disimularlo. ¿Por qué tenía que ser tan malditamente

guapo? Oscuramente sensual, irresistible. El cabello negro azabache caía en rizos sobre la frente. Ojos oscuros y seductores. Pómulos altos y rostro delgado que no resultaba demasiado hermoso gracias a la imperceptible curvatura de la nariz y las cejas ligeramente gruesas. Piel morena heredada de su madre francesa. Boca carnosa y sensual.

Y, ay, cómo conocía esa boca.

—¿Señorita Huntly-Chilton?

El tono humorístico de su voz la sacó de su ensimismamiento adolescente. Aquel hombre era demasiado observador.

—Sí, lord Stanhope, estoy segura de que es por Emily —respondió con aire despreocupado—. Lo de anoche ya está olvidado.

—¿Ah, sí? —Se notaba claramente que aquello no le gustaba nada.

—Solo fue un beso, milord —le dedicó una sonrisa cómplice que ocultaba el temblor que la invadía—. Y no fue el primero.

—¿De verdad? —Cruzó los brazos sobre el pecho, adoptando de inmediato una actitud de hombre todopoderoso—. ¿Y qué tiene que decir Norbert al respecto?

—Nada, porque no es asunto suyo. —Interesante elección de palabras, señorita Huntly-Chilton.

Ella hizo un gesto con la mano restándole importancia.

—Lord Stanhope, estamos aquí para hablar de Emily, no de mis pretendientes.

—Así es —él ladeó la cabeza y la miró con tal intensidad que ella sintió ganas de retorcerse—. ¿Tienes muchos?

—¿Muchos qué?

—Pretendientes.

—¡Eres el hombre más exasperante que he conocido! —exclamó ella—. Mis pretendientes no son asunto suyo. Quiero hablar

con usted sobre Emily, sobre cómo la trata.

Él frunció el ceño al oír aquello.

—¿A qué se refiere con «cómo la trato»?

Ella hizo una pausa, escogiendo sus palabras con cuidado.

—Emily es una joven que está empezando a convertirse en mujer, milord. Una joven que hace solo un año perdió a su padre y a su abuelo.

—Ya lo sé —replicó él con tono seco.

—Debe intentar ser más paciente con ella —explicó Alis—. Ahora necesita comprensión.

—Lo que necesita, señorita Huntly-Chilton, es disciplina.

La expresión implacable de su rostro no presagiaba nada bueno para su entendimiento mutuo. Ella suspiró.

—Sí, necesita disciplina —admitió—, pero las chicas de esta edad son muy emocionales y excesivamente sensibles. Emily me ha contado que su madre murió hace unos años.

—Cuando Emily tenía dos años —respondió Stanhope—. Una enfermedad.

—Necesita una figura femenina en su vida en un momento tan importante. ¿No hay nadie a quien pueda recurrir? ¿Alguna tía, pariente? ¿Y su propia madre?

—Mi madre murió el año pasado. Y no tengo más parientes —sonrió con tristeza—. De lo contrario, el título no habría pasado a mí.

—Entonces usted es todo lo que tiene —lo miró fijamente durante un buen rato—. Ella le guarda rencor, ¿sabe? Por lo que me ha contado, lo adoraba cuando era pequeña.

Su rostro se suavizó.

—Era una niña encantadora.

—Y luego se fue. Nunca la visitó, nunca le escribió.

—No podía —su voz se quebró por el dolor y la rabia—. Me desterraron. Era una vergüenza. No querían que me acercara a ella.

—Bueno, ahora depende de usted —hizo una pausa—, pero ella cree que es demasiado autoritario.

—Hago lo que tengo que hacer para mantenerla a salvo —cuando la miró, sus ojos reflejaban una mezcla fascinante de seriedad y determinación—. Ella corre riesgos innecesarios.

—Quizá solo quiere llamar su atención. Dice que trabaja todo el tiempo.

—Estoy muy ocupado, sí —respondió con brevísima frialdad.

—Pero debe aprender a obedecer las normas para su propia seguridad.

—Y usted debe ser más sensible a sus necesidades.

—¡Yo soy sensible! —rugió él, y su grito hizo vibrar los cristales de la ventana.

—Por supuesto —replicó Alis con indiferencia.

Siguió un largo silencio.

—Señorita Huntly-Chilton... Alis —suspiró.

—Hago lo mejor que puedo con Emily. Estoy seguro de que mucho de lo que hace tiene que ver con su dolor, pero no puedo dejarla campar a sus anchas. Alguien debe mantenerla a salvo, aunque solo sea de sí misma.

Alis se conmovió ante la sinceridad de sus palabras. Era evidente que no tenía idea de cómo criar a una niña, ni remotamente conocía las travesuras que Emily le podía hacer pasar. Pero lo estaba intentando.

—Ojalá hubiera alguien que pudiera ayudarle —dijo ella—. Algún pariente que acompañara a Emily en los próximos años, mientras crece.

—No hay nadie —murmuró él, tomándole la mano y llevándosela a los labios—. Pero agradezco su preocupación.

Le rozó los dedos con los labios y ella sintió un escalofrío.

Lo miró a los ojos, indefensa, y supo al instante que él había notado el efecto de su contacto. Él apretó los dedos que aún sostenía, con una necesidad creciente que despertó en ella un anhelo recíproco. Las sacudidas y cosquilleos en su cuerpo eran inconfundibles.

¡Imposible! No podía sentirse atraída por él, ni involucrarse. No solo estaba la cuestión de su reputación, sino que ella tenía su propio objetivo: encontrar su verdadero camino, descubrir lo que solo Alis Chilton podía aportar al mundo. Encontrar un propósito para su vida, un lugar para ella.

Algo que debía descubrir por sí misma.

Sin embargo, permaneció allí, sin oponer resistencia, perdida en esos ojos oscuros y peligrosos, mientras el conde oscuro le acariciaba los nudillos con el pulgar. Tragó saliva de manera audible y, con un gesto malicioso, él le dio la vuelta a la mano y depositó un beso en la muñeca, justo sobre su pulso acelerado.

Dios mío.

Todo su cuerpo vibró al volver a mirarla. El hambre se reflejaba en sus facciones.

Que Dios la ayudara, pero lo deseaba.

Nunca se había acostado con un hombre, pero eso no la hacía ignorante de lo que sucedía. Había crecido en los muelles de Boston, rodeada de marineros, y era consciente del significado del acto físico del amor. Pero jamás había sentido la tentación de experimentarlo por sí misma.

Hasta ahora.

—Alis —le susurró, acariciándole la palma, abriéndole los dedos para entrelazarlos con los suyos—. Eres la primera mujer —la

primera dama— que me ha mirado así en muchos años.

—¿Cómo? —¿Era esa su voz? Suave, ronca, casi un suspiro.

—Como si fuera un hombre —le llevó la mano a la mejilla, presionando la palma contra su piel—. Un hombre que una dama querría como amante.

—Eres muy hombre —confesó ella, sin necesitar orientación, dejando que sus dedos recorrieran la piel morena de su rostro, deteniéndose en sus labios—. No puedo imaginar a ninguna mujer viva que no te desee.

Sus ojos se encendieron al escuchar aquello y giró la cabeza, atrapando uno de sus dedos entre los labios. Ella soltó un gritito de sorpresa y retiró la mano. ¿Estaba loca por comportarse así en privado con un hombre como Stanhope? Un instante más y podría acabar bajo él, en el sofá.

Podría suplicarle que la tomara allí mismo.

—Alis... —extendió la mano hacia ella, pero ella la levantó para detenerlo. Su palma chocó con un golpe seco contra el barro que manchaba el abrigo de él.

Ambos contemplaron sus dedos sucios durante un instante. Ella retiró la mano con rapidez y alzó la barbilla.

—Hemos terminado aquí, milord.

La firmeza de su voz resonó con claridad. Él vaciló un momento, luego asintió:

—Hemos terminado aquí.

Alis ignoró la insinuación y se aclaró la garganta.

—Haré que alguien le indique dónde puede limpiarse.

—Muchas gracias.

Él se dirigió a la puerta y la abrió con un empujón.

—Recuerde lo que le he dicho, milord. La paciencia y la sensibilidad son la clave.

—Por supuesto —asintió, siguiéndola al pasillo—. ¿Se refiere a mi pupila? ¿O a usted misma?

—Milord —le advirtió ella en un susurro, consciente de las miradas y los oídos curiosos que los rodeaban.

—No tema, señorita Huntly-Chilton —replicó él con un brillo astuto en los ojos—. Ya conozco la respuesta.



Cuando Alis regresó al salón unos minutos después, encontró a Emily sentada en un extremo de la estancia y a Stanhope en el opuesto. Ninguno pronunciaba palabra.

Habían traído la bandeja del té y la cocinera había enviado algunos de sus deliciosos pasteles de limón. Emily mordisqueaba uno con educación, observando a Stanhope como quien vigila a un lobo a punto de abalanzarse sobre su presa. Él parecía un depredador delgado y moreno, pese a su pose aparentemente relajada, y mientras sorbía el té de una fina taza de porcelana, Alis no pudo evitar fijarse en su boca.
Stanhope se giró y la sorprendió mirándolo; el silencio se llenó entonces de tensión.

Piensa en la niña.

Con esfuerzo, Alis apartó la atención de la sensual elegancia de Stanhope y enfocó su mirada en Emily.

—Veo que la cocinera ha enviado pasteles de limón —exclamó con alegría—. Son famosos, Emily. Algie me ha contado que lady Denniston ha intentado en más de una ocasión robarle a Norbert Chase tanto a la cocinera como la receta de esos pasteles, pero ella lleva aquí desde que Su Señoría era un niño y no tiene intención de marcharse.

Emily esbozó una leve sonrisa, aunque continuó comiendo en silencio.

—¿Lo recuerda, milord? —preguntó Alis, lanzando a Stanhope una mirada casi desesperada—. He oído que usted y Algie eran amigos desde la infancia.

—Es cierto —respondió él con una sonrisa nostálgica.

—Pasé muchos días correteando por Norbert Chase.

—Eso es verdad —intervino Norbert con voz alegre al entrar en la habitación—. Y ahora te encuentro sentado en mi salón, devorando todos los pasteles de la cocinera como si los años no hubiesen pasado. ¿Qué tienes que decir al respecto, Everton? O ahora es Stanhope, ¿no?

Stanhope sonrió.

—Diría que deberías llegar antes si quieres que te guardemos algo.

—Qué buen amigo eres —rió Norbert con ganas, dándole una palmada en la espalda con tal fuerza que la taza de té tintineó sobre el platillo.

—Hola, Algie —saludó Alis—. Como ves, lord Stanhope y su pupila han venido a visitarnos. —Levantó la taza y lo miró inocentemente por encima del borde—. ¿Has terminado de inspeccionar el invernadero?

Norbert se sonrojó y cogió una taza de la bandeja.

—El invernadero está muy bien, gracias.

—¿Qué es un invernadero? —preguntó Emily.

Norbert se atragantó con el primer sorbo de té.

—Es… eh… una caseta de jardín donde se cultivan naranjos.

—Me gustaría verlo —anunció Emily.

—Quizá más tarde —respondió él, mordisqueando apresuradamente su pastel.

—Sí, sin duda milord está cansado del invernadero, ya que él y Lady Norbert han pasado allí toda la mañana —comentó Alis con una sonrisa pícara dirigida a Stanhope—. ¿No le parece, lord Stanhope?

Una sonrisa divertida iluminó sus ojos oscuros al comprender lo que insinuaba.

—Ciertamente. Estoy seguro de que lord Norbert encontró sus obligaciones allí muy agotadoras.

Compartieron una sonrisa cómplice y, por un instante, la sala pareció vibrar con una energía invisible.

Norbert rió, rompiendo el hechizo.

—Ya basta, vosotros dos.

—De verdad, Alis, deberías avergonzarte.

—¿Qué? —Alis apartó la mirada de Stanhope con el corazón acelerado.

¿Se habría dado cuenta Algie de que no podía apartar los ojos de aquel hombre?

—Bromear así con un recién casado —la reprendió Norbert en tono juguetón—. Deberías avergonzarte.

—¿Es eso lo que hacen las mujeres en Estados Unidos? —preguntó Stanhope con voz despreocupada, aunque el brillo ardiente de sus ojos delataba la verdad—. ¿Bromear con los hombres?

—Yo diría que no —respondió Alis, indignada.

Norbert volvió a reír.

—Ya está, Stanhope. Has despertado su temperamento americano.

—¿Eres americana? —exclamó Emily—. ¿Una colona?

—No exactamente una colona —respondió Alis, más a Stanhope que a Emily. Luego suavizó el tono para la niña—. Mi familia es bastante acomodada y vivíamos en una ciudad muy parecida a Londres. Cuando mi madre murió el año pasado, vine a

vivir con mi abuelo, el duque de Wessex, para aprender sobre mi herencia inglesa.

—Ah, entonces está bien —comentó Emily, sorbiendo su té.

Alis rió entre dientes.

—Aprecio tu aprobación, Emily.

Norbert se adelantó a Stanhope y tomó otro pastel de limón.

—¿Conque esta es la hija de Desmond? Creo que no nos han presentado. Qué vergüenza, Stanhope —se burló Norbert.

—Así es. Emily —presentó Stanhope—, este es lord Norbert, tu anfitrión.

Su voz contenía una severa advertencia que hizo que Emily apretara los labios en señal de rebeldía.

Al ver las señales de peligro, Alis intervino.

—Algie, ¿conocías al padre de Emily?

—Sí, lo conocía —respondió Norbert, desviando inmediatamente la atención de Emily—. Y a su madre también. Estuve en su boda. Y en tu bautizo —añadió con una sonrisa afectuosa.

—¿Conocía a mi madre? —preguntó Emily con entusiasmo—. ¿Me hablaría de ella? Por favor, milord.

—Los dos la conocíamos —explicó Norbert, señalando a Stanhope—. Stanhope, seguro que le has hablado a la niña de su madre.

—Lo hizo cuando era pequeña —aclaró Emily—. Pero ahora no tiene tiempo.

Se produjo un silencio incómodo.

—Emily —replicó Alis en voz baja—, sería más prudente que mantuvieras tus disputas con tu tutor en privado. Deshonras la memoria de tu madre al no recordar tus modales.

La angustia desfiguraba el rostro de la niña.

—Lo siento, milord —murmuró a Norbert.

—No pasa nada —respondió Algie con alegría. Pero la mirada que le lanzó a Stanhope era inquietante.

Alis se inclinó hacia Emily.

—También deberías disculparte con lord Stanhope —susurró—. Lo has avergonzado.

Una luz obstinada se encendió en los ojos de la joven.

—No quiero.

Alis dejó la taza de té sobre la mesa.

—Señorita Everton, le debe una disculpa a su tutor.

Juntó las manos en el regazo y esperó, sin apartar la mirada de la joven.

Emily se resistió, pero finalmente miró a Stanhope.

—Lo siento si te he avergonzado, primo Michael —cedió a regañadientes.

Alis cogió su taza de té, divertida por la expresión atónita de Stanhope.

—Así está mejor. ¿Más té, lord Stanhope?

—Eh... sí, gracias —aceptó Stanhope, entregándole la taza para que Alis se la sirviera.

Eleanor eligió ese momento para entrar en la sala, con Pudding limpio y arreglado en brazos.

—Aquí estás, Algernon —comentó—. Veo que te estás comiendo todos los pasteles de limón otra vez.

—Yo no, querida —protestó Algie, tras tragar apresuradamente.

Tenía migas en los labios cuando él y Stanhope se levantaron.

—Es la pupila de Stanhope quien los devora como si llevara días sin probar bocado. Empiezo a sospechar que Stanhope no la alimenta adecuadamente —añadió con una sonrisa maliciosa.

—¡Sí que me da de comer! —exclamó Emily, provocando una mirada de sorpresa de Stanhope ante su inesperada defensa.

—Muy bien dicho —aprobó Alis—. Lord Norbert tiene un peculiar sentido del humor. Lord Stanhope, ¿conoce a la esposa de Algie?

—No formalmente —respondió Stanhope, aún desconcertado por el comportamiento solidario de su pupila—. Me temo que me fui de la boda antes de tener el placer.

—Qué torpe soy —se lamentó Norbert—. Stanhope, esta es mi hermosa esposa, lady Norbert. Querida, este es mi buen amigo, lord Stanhope, y su pupila, la señorita Everton.

—Encantada de conocerle por fin, lord Stanhope —saludó Eleanor.

Una vez sentada en el sofá, los dos hombres volvieron a ocupar sus lugares. Eleanor dejó a Pudding en el suelo y tomó una taza de té.

Una sonrisa divertida se dibujó en sus labios cuando Emily llamó suavemente al perro, tentándolo con un trozo de tarta de limón.

—Mi marido me ha hablado mucho de usted —continuó Eleanor, sirviéndose con elegancia otra taza.

—¿Ah, sí? —inquirió Stanhope, mirando a su amigo con curiosidad.

—Eleanor lo sabe todo —aseguró Norbert—. Y piensa lo mismo que yo. Ambos sabemos que tú no tuviste nada que ver con ese desagradable asunto.

—Por supuesto —asintió Eleanor.

—Estábamos en casa de los Denniston cuando esa vieja bruja de Lady Aggerly le hizo ese corte —comentó Norbert—. No te preocupes por esas cosas. La mitad de la sociedad no merece tu tiempo.

—¿Sabías que Algernon rechazó a Lady Aggerly después de que te fueras, lord Stanhope? —Eleanor le dedicó una sonrisa radiante a su marido.

—¿Lo sabías? —preguntó Stanhope, arqueando las cejas con sorpresa.

Alis miró a Emily, que estaba distraída con el perro.

—Quizá no sea el mejor momento para hablar de esto.

—Tienes toda la razón, Alis —replicó Eleanor—. Quizá a la señorita Emily le gustaría llevarse a Pudding al jardín para jugar con él.

—Oh, qué bien —exclamó Emily.

—Ten cuidado —advirtió Alis—. El pequeño diablillo se escapó una vez del jardín y no me gustaría tener que ir a buscaros a los dos por el bosque otra vez.

—Enviaremos a un lacayo con ella para que controle a Pudding —decidió Eleanor—. Yo me encargaré de ello.

Llamaron a un lacayo y Emily se marchó alegremente con Pudding trotando a sus talones.

—Ya está —comentó Eleanor, una vez que la puerta se cerró tras la niña—. Ahora podemos hablar de asuntos que no son aptos para los oídos de una niña. Tu pupila es encantadora, lord Stanhope. Cuando se presente en sociedad, sin duda causará sensación.

—Quizá —replicó Stanhope—. Pero lo dudo, con mi reputación pesando sobre ella.

—La sociedad está llena de idiotas sin cerebro —declaró Norbert—. Como si alguien pudiera creer que has asesinado a alguien, y mucho menos a una mujer inocente.

—Desmond lo creía. Mi tío lo creía —murmuró Stanhope, volviendo a colocar la taza de té en la bandeja, con expresión preocupada—. Desde que regresé a Inglaterra, he estado tratando de descubrir la verdad por el bien de Emily. Pero nadie quiere hablar conmigo. Nadie quiere verse mancillado por mi mala reputación.

—Pero no lo entiendo —confesó Alis, más conmovida de lo que quería admitir por la desesperación que se traslucía en sus palabras —. Si no lo hizo, si no se puede probar nada, ¿por qué le trata así la gente?

—Como ha dicho Algie, la sociedad puede ser muy tonta —explicó Eleanor—. —Alguien decidió que lord Stanhope podría haber cometido el crimen y, como la sociedad no puede resistirse a un cotilleo tan jugoso como tener a un asesino entre sus filas, prefirió creerlo. —Frunció los labios con disgusto—. No importa que le haya costado la reputación a un hombre.

—Nadie podía imaginar que tú lo heredarías —bromeó Algie con una sonrisa burlona.

—Cierto —reconoció Stanhope con una mueca de amargura—. Llamar asesino al pariente pobre del conde de Stanhope es una cosa. Yo no pude hacer nada para defenderme, ya que dependía completamente de mi tío.

—Pero ahora tú eres el conde —señaló Norbert con una sonrisa maliciosa—, y no saben qué hacer contigo. Eres rico y poderoso y nadie se atreve a insultarte, dada tu reputación.

—Y gran parte de esa riqueza es mía —esbozó Stanhope una sonrisa con cierta amargura—. He duplicado con creces la fortuna durante mi estancia fuera de Inglaterra.

Norbert soltó una carcajada.

—¡Oh, ver la cara de las viejas brujas si supieran ese pequeño detalle! Si no fuera por ese horrible rumor, Stanhope, sin duda serías el partido más codiciado de la temporada. Las mujeres no podrían apartarse de ti.

Stanhope miró de reojo a Alis.

—Algunas sí podrían.

Alis se entretuvo sirviendo más té.

—En Estados Unidos, se asume que un hombre es inocente hasta que se demuestra lo contrario.

—Bueno, en Inglaterra, señorita Huntly-Chilton, la sociedad decide el destino de un hombre con un simple chisme —replicó Stanhope, recostándose en su silla y cruzando las manos sobre el estómago—. Siga mi consejo y cuide su reputación.

—Sin duda, que me vean con usted sería suficiente para arruinar mi reputación —respondió Alis, acomodándose en su asiento con su taza de té—. Pero yo elijo a mis amigos, lord Stanhope.

—¡Vaya! ¡Bien dicho, Alis! —exclamó Norbert con una carcajada —. ¿No es así, Eleanor?

—Muy bien dicho —asintió Eleanor, esbozando una sonrisa mientras levantaba la taza de té.

—Ya te lo he dicho, Stanhope —se burló Norbert, señalando al conde con el dedo—. Las mujeres te adoran.

—Cierto. —Stanhope lanzó a Alis una mirada que la hizo sentir incómoda. ¿Tenía que mirarla como si fuera uno de los pasteles de limón?

—Desmond siempre estuvo celoso de eso —continuó Norbert, ajeno a las tensiones que se respiraban a su alrededor—. Él tenía el dinero y la posición, pero Stanhope había heredado toda la belleza de la familia. No era ningún secreto que Ophelia lo deseaba.

—¡Algie! —Eleanor miró de reojo a Alis—. Esa no es una conversación adecuada para una dama. Especialmente para una dama soltera.

—Tienes toda la razón —admitió Norbert—. Disculpa, Alis.

—Pero... —comenzó Alis.

—Lord Stanhope, cuéntenos las mejoras que ha realizado en su finca —intervino Eleanor.

Mientras Stanhope comenzaba a detallar los progresos que había hecho en la reparación de la finca, Alis hervía de impaciencia. ¿Qué quería decir Algie con que Ophelia prefería a Stanhope antes que a su prometido? ¿Era por eso por lo que la sociedad estaba tan dispuesta a creer que él la había matado? ¿Había sido su amante?

Cuanto más tiempo pasaba con lord Stanhope, más se convencía de que era una víctima inocente de los maliciosos rumores sobre el asesinato de Ophelia. Pero, ¿y si hubieran sido amantes? ¿Qué clase de hombre lo convertiría eso?

Dos veces le había permitido que la besara, aunque quizá los mordisquitos en los dedos que le había dado antes no se podían considerar un beso de verdad. Aun así, no había protestado por esas libertades, no solo porque se sentía completamente atraída por él, sino también porque confiaba en la opinión que Algie tenía de él. Pero ¿era lord Stanhope simplemente otro noble aburrido que quería conquistar sin piedad el afecto de una dama? ¿Era eso lo que le había pasado a Ophelia?

Quizá no había sido un asesinato. Quizá la dama, desconsolada por el rechazo de Stanhope, había puesto fin a sus días.

¿Y qué hay de Emily? Alis no podía quedarse de brazos cruzados y permitir que una chica inocente se dejara influir por un libertino y un asesino. Si quería formarse una opinión correcta sobre aquel hombre, tenía que averiguar la verdad. Y el mejor lugar para obtener información sobre cualquier miembro de la alta sociedad, especialmente uno tan cercano a casa y tan infame, sería la reunión local del viernes por la noche.

Alis decidió que asistiría ese viernes, asintiendo cortésmente mientras Stanhope seguía hablando de sus planes para construir otra escuela para los hijos de los inquilinos. Y entonces descubriría qué tipo de hombre era realmente Stanhope: un espectador acusado injustamente o un asesino inmoral.

Y si era lo segundo, no descansaría hasta que Emily estuviera a salvo de él.

Capítulo 6

Como siempre, la reunión del viernes por la noche era un auténtico caos. Sin embargo, Alis se consoló pensando que, aunque solo llevaba allí media hora, ya había dado el primer paso de su plan, en forma del señor Freddie Adderton, hijo de un barón local.

—Señorita Huntly-Chilton, me atrevo a decirle que sus ojos me recuerdan a un lago en un día de verano... ¿de esos días en los que se pueden pescar las truchas más gordas?

Alis esbozó una sonrisa tolerante mientras bailaba los pasos de la danza campestre.

—Muchas gracias, señor Adderton.

—Y su cabello. —Freddie tragó saliva con dificultad, y su prominente nuez sobresalió por encima de la corbata—. Su cabello me recuerda a mi perro de caza favorito, Argos. Es un sabueso espléndido, señorita Huntly-Chilton.

—Es un gran cumplido, señor Adderton, —murmuró ella, dividida entre el insulto y la diversión.

Freddie pareció animarse por sus respuestas moderadas.

—Tiene la elegancia de un halcón, señorita Huntly-Chilton, cuando se lanza en picado para matar. Sin duda, es usted una mujer espléndida.

—Señor Adderton, por favor. —Bajó la mirada en lo que esperaba que pareciera modestia—. Me va a dejar sin sentido con todos esos cumplidos.

—Lo siento mucho. —Alto y desgarbado, con una mata de pelo castaño rojizo que se le erizaba, Freddie se sonrojó—. No quería avergonzarla. Solo quería decirle lo mucho que la admiro.

Alis le dedicó una sonrisa deslumbrante y observó cómo se le abrían los ojos verdosos.

—Señor Adderton, es usted muy amable con una dama como yo, que no conoce prácticamente a nadie en esta reunión.

—Señorita Huntly-Chilton, sería un placer para mí presentarle a cualquiera que desee conocer. —Le dedicó una amplia sonrisa—. Es usted muy hermosa para ser estadounidense, y además encantadora.

Ella se rió.

—Vaya, señor Adderton, lo dice como si esperara otra cosa.

—Se oyen historias, señorita Huntly-Chilton, sobre los salvajes de América y sobre cómo los estadounidenses no tienen cultura ni refinamiento. Me alegra ver que hay algunas excepciones.

Alis apenas pudo resistir el impulso de pisarle los pies.

—Y yo había oído que Inglaterra estaba llena de fanfarrones arrogantes y engreídos —comentó con una dulce sonrisa.

Él soltó una risa ligera.

—Son rumores sin fundamento.

—Desde luego. —Alis reprimió la irritación que aquel joven distraído le provocaba y volvió su atención hacia su verdadero propósito—. Señor Adderton, me han dicho que es usted pariente de la señora Abigail Peacham.

—Así es —replicó, hinchando el pecho—. Es mi hermana.

—¡Qué suerte! —exclamó Alis, pestañeando—. Me encantaría conocerla. He oído que la señora Peacham es la primera dama de la moda aquí, en Devon.

Por no mencionar la mayor chismosa de la zona.

—Así es. ¿Y sabe qué más? —Freddie bajó la voz—. He oído que incluso podrían pedirle que sea la madrina de las reuniones de los viernes.

Alis abrió mucho los ojos.

—¡No! ¿En serio? ¡Qué maravilla!

Freddie asintió.

—Así es. Y si tiene en cuenta que, en el pasado, una madrina solía ser, como mínimo, una dama con título, comprenderá lo extraño y sorprendente que resulta que mi hermana, una simple señora, pueda ser considerada para un puesto tan prestigioso.

—Debe de ser un verdadero ejemplo a seguir —asintió Alis, aunque sospechaba que toda esa historia era una ficción inventada por la propia señora Peacham. Se mordió el labio inferior y luego esbozó su mejor sonrisa, con sus característicos hoyuelos—. Señor Adderton, ¿sería muy descortés por mi parte solicitarle que me la presentara?

—Por supuesto que no, señorita Huntly-Chilton. —Se irguió ligeramente y esbozó una sonrisa condescendiente—. Al fin y al cabo, a pesar de ser estadounidense, usted es nieta de un duque y, por tanto, socialmente igual a mi hermana. La presentaré cuando concluya la sesión.

—¡Oh, gracias, señor Adderton!

Alis rezó para que la sesión terminara pronto, antes de que la risa que había contenido durante tanto tiempo se desatara y arruinara todo.

La reunión del viernes por la noche debía de ser el evento más aburrido del mundo, concluyó Stanhope mientras su carruaje se aproximaba a la residencia donde se celebraba. Sin embargo, dado

que le resultaba difícil acorralar a su presa en ocasiones más privadas, albergaba la esperanza de tener mejor suerte en un entorno como aquel.

Los encuentros semanales estaban organizados por un comité compuesto por tres damas locales: Lady Denniston, Lady Ellworth y Lady Presting. Esforzándose por emular a las célebres patronas de Almack's, imponían una corrección rigurosa en cada detalle de la velada y ofrecían los refrigerios más insípidos que pudieran imaginarse. Afortunadamente, no exigían el uso de pantalones cortos a los caballeros, porque de ser así, la alta aristocracia jamás habría pisado el salón.

Al tratarse de un evento menos exclusivo que los bailes y fiestas privadas locales, también se invitaba a miembros de la baja nobleza. Stanhope confiaba en que la señora Warington asistiera aquella noche. Según le habían informado sus contactos, su presencia era esperada.

Lástima que tuviera que adentrarse en las aguas infestadas de tiburones de la sociedad para lograr su objetivo.

Como hombre que siempre había sido bien recibido, su situación actual le resultaba frustrante hasta el punto de enfurecerlo. No había cometido falta alguna, pero la sociedad parecía necesitar que se le pusiera la prueba delante de las narices para aceptar la verdad. Y, aun así, se le negaba el acceso a dicha prueba.

Aquella asamblea tenía que proporcionarle respuestas. Se estaba quedando sin alternativas.

Al entrar en el salón, oyó varios gritos de alarma y alguien susurró:

—¿Qué hace él aquí?

Una mirada de advertencia bastó para silenciar al responsable de la exclamación.

Lady Denniston se precipitó hacia él, abriéndose paso entre la multitud como una fragata a toda vela.

—Buenas noches, lord Stanhope.

Él se inclinó con cortesía.

—Lady Denniston. ¿Puedo decir que esta noche se ve usted particularmente encantadora?

—Puede decir lo que guste, milord —replicó ella con tono severo—. Pero no quiero problemas esta noche.

—Y no tengo la menor intención de causarlos.

—Más le vale —zanjó, y se alejó con aire altivo.

No había dado aún dos pasos cuando una voz resonó en la sala:

—¡Michael Everton!

Lady Denniston se volvió, boquiabierta, mientras el murmullo general se apagaba y un hombre se abría paso hacia Stanhope.

No era alto, pero sí robusto. Su cabello rubio, rizado y tan fino como el de un bebé, coronaba un rostro redondo e inexpresivo. Sin embargo, sus ojos oscuros estaban fijos en Stanhope con una intensidad difícil de ignorar.

—Michael Everton —repitió el hombre al llegar junto a ellos—. Oh, pero ahora es lord Stanhope, ¿no es así?

—Así es. —Todos los músculos de su cuerpo se tensaron. No había encontrado a la presa que buscaba, pero sí a alguien más que había estado presente en la fiesta. Alguien con quien esperaba evitar una escena. Se esforzó por que su tono sonara casual—. ¿Cómo está, lord Fenton?

El hermano de Ophelia esbozó una sonrisa triste.

—Tan bien como cabría esperar, dadas las circunstancias.

Lady Denniston dio un paso adelante.

—Lord Fenton, no sabía que estaba usted por aquí. Dígame si hay algo que pueda hacer por usted esta noche.

Su insinuación era clara. Stanhope casi esperaba que los lacayos vinieran a sacarlo de la sala en ese mismo instante.

Lord Fenton negó con la cabeza.

—No es necesario, lady Denniston. No me molesta que Stanhope esté aquí.

—¿Está seguro? —Lady Denniston lanzó una mirada de disgusto a Stanhope—. Sería muy fácil convencer a lord Stanhope de que se marchara.

—Le agradezco su preocupación, Lady Denniston, pero todo está bien. —Fenton miró a su alrededor—. Sin embargo, creo que la orquesta ha dejado de tocar.

—¡Cielos!

Efectivamente, la música había cesado y los bailarines se arremolinaban en la pista, observando el drama que se desarrollaba. Lady Denniston llamó la atención del director de la orquesta y le hizo un gesto imperioso con la mano. La Orquesta volvió a empezar y una mirada severa de la patrona hizo que los bailarines se apresuraran a ocupar sus lugares. Ella se abrió paso entre la multitud, ahuyentando a los curiosos, dejando a Stanhope cara a cara con Fenton.

—Salgamos del centro de la sala —murmuró Fenton—. Estamos atrayendo demasiada atención.

Mientras se dirigían juntos hacia un rincón apartado, Stanhope preguntó:

—¿Qué haces aquí, Laertes.

—Visitando a lord Presting. Una fiesta en su casa. Y tú**...** tú eres el conde de Stanhope. —Fenton sacudió la cabeza, con

evidente asombro en el rostro—. ¿Quién podría haber imaginado que tu tío y Desmond morirían en ese incendio?

—Nadie podría haberlo previsto.

—Lo siento —afirmó Fenton con gravedad—. Desmond era mi amigo.

—Y era mi primo. Lo quería, aunque él nunca lo creyó.

—Sí, Desmond siempre estuvo celoso de ti, incluso cuando éramos niños.

Laertes miró a Stanhope.

—Odiaba que lo enviaran a Eton con nosotros, ¿sabes? Él era el heredero, y tú, solo un pariente pobre.

—Mi tío cumplió con su deber. Sabía que mi padre deseaba que recibiera una educación acorde con mi posición.

—Bueno, tú eres un Everton.

—Lo soy. No has mencionado a Ofelia, Laertes.

Fenton soltó una risa breve y seca.

—Vas directo al grano, Michael, como siempre.

—No veo razón para andarme con rodeos. Lamento tu pérdida, Laertes, pero te ruego que creas que yo no tuve nada que ver.

Lord Fenton se quedó callado un momento. Luego suspiró y dijo:

—No sé qué pasó con Ofelia. Sé que su comportamiento no era el que nuestros padres hubieran deseado. Se te echó encima, a pesar de estar prometida con Desmond.

—Nunca la toqué. No deshonraría así a mi primo ni mi amistad contigo.

Fenton se encogió de hombros.

—No te habría culpado si lo hubieras hecho. Mi hermana era hermosa, pero tenía la moral de una gata en celo. Quería casarse

con Desmond por el título, pero era a ti a quien quería en su cama.

—Nunca sucedió.

—Por supuesto que no. —El tono condescendiente de Fenton indicaba que él creía lo contrario—. Pero no te preocupes, Michael. Sé que mi hermana podía ser muy decidida.

—Nunca fui su amante —insistió Stanhope.

Laertes le dio una palmada en el hombro.

—Por supuesto que no. Sin embargo, Ofelia siempre conseguía lo que quería.

—Esta vez no.

—Y yo sé que podía ser obstinada e irritante en su determinación. Estoy seguro de que solo fue una pelea de enamorados lo que provocó el accidente. Nunca dudé de que Ophelia se lo había buscado ella misma.

—Yo no la maté, Laertes.

—No. —El tono de Fenton se volvió triste—. Se suicidó, ¿verdad?



—¿De qué estarán hablando? —preguntó la señora Abigail Peacham. Una mujer bastante atractiva, de rostro anguloso y ojos almendrados tan oscuros como brillantes, que a Alis le recordaban a un hurón, estiró el cuello intentando ver por encima de la multitud hacia el rincón donde lord Fenton y Stanhope conversaban en voz baja.

—Pensaba que, a estas alturas, ya se habrían peleado —comentó Freddie—. Pero todo parece muy civilizado. Seguro que se lo debemos a Fenton.

Alis los fulminó con la mirada, aunque ninguno de los dos lo notó, absortos como estaban en los dos caballeros situados en el extremo más apartado del salón.

Ella también se preguntaba de qué estarían hablando, aunque no dudaba que Stanhope era tan responsable de la calma de la escena como lord Fenton.

Dios mío. *El hermano de Ophelia*. ¿Cómo se sentiría Stanhope al encontrarse cara a cara con ese hombre en medio de un salón lleno de gente?

—¿Es lord Fenton de esta zona? —preguntó.

La señora Peacham apartó la mirada del cuadro para mirar a Alis con un brillo en los ojos.

—No, su finca está cerca de la frontera con Escocia. Creo que está aquí esta noche porque es invitado en la fiesta de Lord Presting.

—Así que su presencia aquí era inesperada.

La señora Peacham soltó una risita.

—Yo diría que sí.

—Debe de ser muy difícil para lord Stanhope —comentó Alis.

—No realmente —respondió la señora Peacham—. Lord Fenton y lord Stanhope se conocían de la escuela, al igual que el primo del conde, Desmond Everton.

—¿Entonces eran todos amigos?

—Más o menos. Desmond y lord Fenton eran amigos. El actual lord Stanhope era solo el primo que siempre los seguía. —De repente, dio un grito ahogado y le dio un golpecito en el brazo a su hermano con el abanico—. Freddie, la señorita Corning ha terminado de bailar con el señor Lindsay. Date prisa y apúntate en su tarjeta de baile.

—Sí, Abigail. —Hizo una reverencia—. Señorita Huntly-Chilton, ha sido un placer estar en su compañía.

—Igualmente, señor Adderton.

Freddie se retiró, y la señora Peacham suspiró con pesar.

—Ese muchacho carece completamente de sentido social. Estoy tratando de educarlo, señorita Huntly-Chilton.

—Creo que está realizando un trabajo espléndido.

La señora Peacham miró hacia la esquina más alejada y soltó un grito de consternación.

—¿Dónde se han ido?

Alis se había dado cuenta de que los dos hombres se habían separado, pero deliberadamente no había dicho nada a la famosa chismosa.

—Imagino que ambos habrán vuelto al baile.

—Tonterías. Lord Stanhope nunca baila.

—Me estaba contando que todos eran amigos —comentó Alis.

La señora Peacham retomó la conversación con entusiasmo.

—No exactamente. Desmond era el heredero de su padre, claro, al igual que lord Fenton. Michael, el actual conde, era primo de Desmond, hijo del hermano menor de su padre. El padre de Michael murió en un accidente de caza cuando él apenas tenía cinco años. Su madre se casó con un conde italiano y abandonó Inglaterra casi de inmediato. Michael quedó atrás para ser educado y criado como un Everton.

—Qué horror —musitó Alis—. ¿Su propia madre lo abandonó?

—¿Qué iba a hacer? —respondió la señora Peacham, encogiéndose de hombros de un modo que crispó los nervios de Alis.

—Celeste dependía completamente del conde para vivir. Si él decidía no mantenerla, ella no tenía más remedio que volver a casarse. Creo que él le concedió una dote considerable, con la

condición de que dejara a su hijo en Inglaterra para que fuera criado como su padre hubiera deseado.

—Pobre chico —murmuró Alis.

—A medida que crecían, fue muy duro para Desmond, —continuó la señora Peacham con un suspiro compasivo—. Michael heredó el aspecto malvado de su madre, al que las damas parecen incapaces de resistirse. Y Desmond se parecía a la familia del conde: bajito, corpulento y calvo a los diecinueve años. Algunos incluso dicen que Desmond necesitaba gafas, pero si las necesitaba, nunca se ponía esas cosas horribles en público.

—Así que Michael era guapo y Desmond no.

—Cierto. Pero Desmond era el heredero, lo que le valió la atención que le correspondía por parte del público femenino. —Hizo una pausa dramática—. Y luego estaba Ophelia Haversham.

Alis se acercó un paso.

—Háble me de ella.

La señora Peacham frunció los labios.

—Usted comprende que no soy propensa a los chismes, señorita Huntly-Chilton.

—Por supuesto que no —asintió Alis.

—Pero —continuó la mujer sin perder el hilo—, Ophelia Haversham era rápida, señorita Huntly-Chilton. En aquella época corría el rumor de que había permitido al joven señor Etheridge libertades que ninguna dama debería permitir.

—¿En serio? —exclamó Alis, haciéndose la interesada—. ¡Qué escándalo!

La señora Peacham se pavoneó.

—Por supuesto, se silenció todo y el señor Etheridge fue llamado a casa por su padre y rápidamente prometido a una heredera que vivía cerca. Todavía no se le ve mucho por la ciudad.

—¿Y qué pasó con la señorita Haversham?

—Su hermano se hizo cargo de ella y la prometió a Desmond. Era un buen partido, ya que lord Fenton es vizconde y los condes de Stanhope se remontan al Conquistador. —La señora Peacham resopló con desdén—. Por supuesto, Ophelia Haversham quería ser condesa. Pero también quería al primo de su prometido. Michael Everton siempre fue demasiado guapo para su propio bien —añadió con aire sombrío—. Y al final recibió su merecido.

—¿Qué quiere decir?

—Todo el mundo sabe que él la mató —afirmó la señora Peacham con los labios temblorosos—. Ella estaba causando problemas y poniendo en peligro la vida de él con su tío al hacer público su romance.

—¡¿Qué?! —exclamó Alis. El Stanhope que ella conocía, el hombre que se preocupaba tanto por su pupila que estaba intentando lo imposible, nunca deshonraría a su familia de esa manera—. ¿Y se tiene pruebas de ello? —exigió, dejando que su furia creciera con cada palabra—. ¿De su relación? ¿Del asesinato? ¿De algo en concreto?

La boca de la señora Peacham se apretó, mostrando claramente su desaprobación.

—Señorita Huntly-Chilton, ¡no voy a discutir esos asuntos con una mujer soltera!

—No le ha dado ningún problema hacerlo hace un minuto.

—He dicho que no voy a discutir esto con usted. —La mujer miró a Alis de arriba abajo con desdén—. Usted es estadounidense, así que supongo que no tiene ni idea de cómo se espera que se comporten las jóvenes en Inglaterra. Tenga por seguro que esta vez pasaré por alto su terrible propensión al chisme.

—¿Mi propensión al chisme? —replicó Alis con firmeza—. Yo no soy quien difunde mentiras sobre alguien a quien ni siquiera conoce, ni condena a un hombre por un delito que nadie ha probado.

—Señorita Huntly-Chilton, —respondió la señora Peacham con frialdad—. Recuerde sus modales, no querrá que me vea en la obligación de echarla del salón.

—Como si pudiera —espetó Alis—. Puede que sea estadounidense, señora Peacham, pero también soy nieta del duque de Wessex, prima del conde de Norbert y amiga de lord Stanhope. Si vuelvo a oír su nombre mencionado en público, me encargaré de que la expulsen.

La señora Peacham se quedó boquiabierta, con los ojos desorbitados por la sorpresa. Varias conversaciones a su alrededor se apagaron al hacerse evidente que la estadounidense estaba desafiando la posición social de la señora Peacham.

La señora Peacham, al ver que eran el centro de atención, levantó su altiva nariz en el aire. Luego, deliberadamente, le dio la espalda.

Alis jadeó. ¡La habían *despreciado!*

La furia se apoderó de su sentido común y dio un paso hacia la mujer arrogante, apretando los puños. Pero alguien la agarró del brazo y ella se giró para enfrentarse a quien la retenía.

Los oscuros ojos de Stanhope le lanzaron una advertencia.

—¿Qué cree que está haciendo? —le preguntó en voz baja.

—Esa mujer acaba de ignorarme.

Él echó un vistazo a los espectadores que observaban con avidez.

—Baile conmigo.

—No quiero bailar.

Ella tiró de su brazo, pero él no la soltó.

—Déjeme ir —siseó ella.

—Señorita Huntly-Chilton, ¿me concede este baile? —dijo él, esta vez en voz más alta.

Se oyeron risitas entre los espectadores y Alis se dio cuenta de repente de que Stanhope estaba poniendo en juego su propia reputación. Podía aceptar su oferta de bailar y escapar con elegancia de la presencia de la señora Peacham. O podía rechazarlo delante de todos y dar pie a que los rumores volvieran a empezar.

Su corazón se derritió ante su acto desinteresado.

—Me encantaría bailar con usted, lord Stanhope —dijo, colocando la mano en su brazo.

Él la condujo a la pista.

Capítulo 7

El siguiente baile fue un vals.

Stanhope dudó.

—¿Las patronas de Almacks le permiten bailar el vals? Si no es así, será mejor que la acompañe de vuelta con lady Norbert.

Alis ladeó la barbilla, y sus ojos brillaron como piedras preciosas, con el temperamento avivado.

—Aunque no me lo permitieran, no me alejaría de aquí ni aunque me lo ordenara el propio príncipe regente.

Él le regaló una sonrisa pícara.

—Entonces, bailemos. —Le tomó una mano, maravillándose de lo delicada que era en comparación con la suya, mucho más grande. Colocó la otra sobre su esbelta cintura y la hizo girar en un vals.

Stanhope no recordaba cuándo había bailado un vals por última vez; probablemente durante su exilio, pero desde luego no desde que regresó a Inglaterra. La mujer entre sus brazos era tan ligera como una pluma. Observó con diversión que era muy menuda, apenas le llegaba al pecho. Por alguna razón, nunca antes se había fijado en su baja estatura. Quizá porque su ferocidad la hacía parecer más alta. Eso y su intrepidez americana.

—Bueno —preguntó él—, ¿va a contarme en qué pensaba conversando con la mayor chismosa de Devon?

La culpa brilló por un instante en esos inocentes ojos azules.

—En nada, milord.

—¿Quiere que le cuente mi teoría? —La hizo girar rápidamente, y ella se aferró a él para no perder el equilibrio—. Creo, señorita Huntly-Chilton, que estaba entrometiéndose en mis asuntos.

—¿Y por qué iba a hacer eso? —Su tono parecía bastante inocente, pero sus ojos se fijaron en su hombro, en su oreja**...** en cualquier sitio menos en su rostro.

—No lo sé —reflexionó él—. Quizá haya usted desarrollado un cierto aprecio por mí. Ella apartó la mirada con brusquedad. —¡De ningún modo!

—Es una explicación plausible —continuó él—, especialmente teniendo en cuenta la forma en que me besó.

—¡La forma en que yo le besé…! —balbuceó ella.

—Aunque, si tiene alguna otra explicación, estaré encantado de escucharla. —Entonces la hizo girar con tal rapidez que ella dejó escapar un chillido de sorpresa. Él arqueó las cejas—. ¿Sucede algo, señorita Huntly-Chilton?

—Lord Stanhope —jadeó ella—, si va a hacer sonar las campanas por mí, debería llamarme Alis.

—Mi querida niña, parece usted sin aliento. ¿Reducimos el paso? —Inmediatamente aminoró el ritmo, haciendo girar a Alis al compás pausado de sus latidos.

Mirando su dulce rostro, era muy consciente de que no debía hacer eso, que no debía seducirla a través del baile. Pero necesitaba averiguar qué había estado haciendo con esa chismosa empedernida, Abigail Peacham. Sabía que habían estado hablando de él, lo deducía de la forma en que la señora Peacham lo había estado mirando. Y esta era la única forma que conocía de desequilibrar a la formidable Alis.

Aunque tenía que admitir que disfrutaba tenerla de nuevo entre sus brazos.

Incapaz de resistir la tentación, movió sutilmente la mano que tenía en su cintura, acariciando brevemente con los dedos la curva

de su cadera de una manera que nadie más notaría. La conciencia brilló en sus ojos. Su rostro se suavizó y sus labios se entreabrieron.

Y entonces apretó la mano que descansaba sobre su hombro, devolviéndole la caricia.

Con esa facilidad, el deseo lo invadió. Maldita sea, ¿por qué había hecho eso? Se suponía que debía sentirse intimidada por su seducción, no responder como si fueran amantes desde hacía mucho tiempo.

—Señorita Huntly-Chilton, cuide usted su reputación —murmuró él—. Primero intenta abofetear a la señora Peacham y ahora pretende seducirme en plena pista de baile. Debería sentir vergüenza, jovencita.

—No la habría golpeado, como usted dice, aunque estuve a punto de darle una buena reprimenda. —Una docena de emociones bullían en sus hermosos ojos azules—. Y en cuanto a seducirle, lord Stanhope, fue usted quien comenzó.

—Y yo puedo ponerle fin. —Apretó deliberadamente su muslo contra el de ella mientras giraban, para luego volver, en un instante, a una postura más decorosa—. Así que ande con cuidado, señorita.

Alis lo miró fijamente mientras buscaba una respuesta ingeniosa, con el pulso acelerado como el de una potranca recién nacida que intenta ponerse de pie. La luz jugaba con los rasgos esculpidos de su rostro, haciéndolo parecer más que nunca un ángel caído. Pero no era un ángel, como revelaba claramente el brillo sensual de sus ojos. Se sentía atraído por ella y, Dios la ayudara, ella también se sentía atraída por él.

—Supongo que incluso usted tendría dificultades para hacer algo así en una sala llena de gente —repuso ella finalmente—. Así que no intente engañarme, lord Stanhope. No soy una de sus ingenuas señoritas inglesas.

—Desde luego que no —asintió él—. Es una estadounidense a la que poco le importa su propio bienestar.

—No le tengo miedo a *usted*, milord.

—Quizá debería tenerlo.

La tensión se palpaba entre ellos mientras él la observaba con esa mirada oscura y omnisciente. ¿Cómo sería Stanhope como amante? El escandaloso pensamiento hizo que su corazón latiera con fuerza, como si hubiera corrido kilómetros. Se humedeció los labios secos.

—Quizá me gusta el peligro, milord.

—Quizá sí. —La acercó unos centímetros y ella pudo sentir el calor que emanaba de su cuerpo. Podía oler el aroma de la colonia en su piel.

—Pero podría obtener más de lo que esperaba.

—Usted también, milord.

Se rió

—Es intrépida, ¿lo sabe?

—No, soy estadounidense.

—Incluso se enfrenta usted a la sociedad. —Su tono se tornó grave—. ¿Pero no se da cuenta del perjuicio que habría causado a su reputación si hubiese increpado a la señora Peacham, como claramente estaba a punto de hacer?

—Lo sé, pero esa mujer estaba difundiendo falsedades y me indignó. —Le dedicó una leve sonrisa—. Me temo que he heredado el temperamento irlandés de mi madre.

—Escandaloso —murmuró él—. Sin duda es usted una dama de emociones intensas, señorita Huntly-Chilton.

—Alis —lo corrigió ella.

—Alis —repitió él, y por alguna razón su nombre sonó como un pecado en sus labios—. Dígame, ¿de qué conversaban la señora Peacham y usted?

Alis puso los ojos en blanco.

—Ya sabe que hablábamos de usted, milord. ¿Por qué fingir lo contrario?

—Cierto. Lo que me lleva a preguntarme: ¿qué hay en mí que no se atrevió a preguntarme? ¿Por qué tuvo que enterarse por una chismosa?

El calor le subió a las mejillas.

—Solo sentía curiosidad por algunas cosas que había oído, milord. Cosas que nadie parece dispuesto a comentar conmigo.

—Alis, ten por seguro que no hay nada que no pueda preguntarme y que yo no esté dispuesto a responderle. —La hizo girar una última vez mientras la música llegaba a su fin. Se detuvieron—. Nada —repitió, inclinándose con una ligera reverencia —. Ahora, permítame acompañarla de regreso junto a su familia.

Stanhope volvió con Norbert y Eleanor con la naturalidad que le conferían los años de práctica. El baile lo había conmovido más de lo que estaba dispuesto a reconocer. ¿Qué tenía esa delicada mujer de cabello negro que lo había llevado a abrirse de un modo tan insólito?

¿Era la forma en que cuidaba a Emily, una niña a la que apenas conocía? ¿O la facilidad con la que había creído en su inocencia? ¿La feroz lealtad que la llevaba a enfrentarse a toda la sociedad?

Alguien tenía que protegerla de sí misma. Cuando se era la niña mimada de la sociedad, era difícil imaginar que alguien pudiera rechazarte, que un pequeño error pudiera convertirte en una paria social. Él sabía lo que se sentía y también sabía que Alis se ganaría enemigos poderosos si seguía metiéndose en asuntos que no le incumbían.

Tenía la firme sospecha de que ella había estado preguntando a la señora Peacham sobre su pasado, y que sin duda esa era la razón por la que la mujer la había rechazado. Tenía que poner fin a eso de inmediato. Como ya había caído en desgracia ante los ojos de la sociedad, no le suponía ningún problema hacer preguntas

incómodas, aunque seguía teniendo cuidado de no forzar ninguna confrontación por el bien de Emily.

Pero Alis era diferente. Era una chica soltera cuyo éxito social dependía de que no se viera envuelta en ningún escándalo. Nunca podría conseguir un matrimonio ventajoso si se alienaba a sí misma haciendo preguntas sobre los antecedentes de él. Era mejor que ella acudiera a él con su curiosidad.

Además, le halagaba que se molestara en preguntar. Quizás ella lo consideraba atractivo. Sin duda, ella era la única mujer en el mundo educado que lo trataba como a un ser humano y no como a una especie de monstruo. Después de haber sido marginado durante tanto tiempo, se encontraba deseando cada vez más su aceptación.

—Está muy callado, milord —repuso Alis.

—Solo estoy absorto en mis propios pensamientos. —Stanhope, más alto que la mayoría de los asistentes, divisó a Norbert y a Eleanor de inmediato—. Parece que su primo y su esposa han tomado posiciones para el siguiente baile. Seré su acompañante hasta que regresen.

Ella le dirigió una mirada divertida.

—Lord Stanhope, no soy una niña.

—No, es usted una joven hermosa. No se preocupe. Nadie se atreverá a molestarla mientras esté conmigo.

—Por supuesto —asintió ella, esbozando una sonrisa pícara—. Les da demasiado miedo lo que podría hacerles.

Él la miró, asombrado. ¿Acababa de hacer una *broma* sobre su reputación?

Ante su silencio, la expresión de ella se tornó preocupada.

—Por favor, perdóneme, lord Stanhope. No era mi intención restarle importancia a su situación.

Su angustia disipó su asombro.

—No hay por qué disculparse, Alis. —Sonrió; la carga que había estado soportando durante tanto tiempo de repente se sintió más ligera—. Solo estaba sorprendido. La mayoría de las mujeres hablan de mí en susurros asustados, pero usted parece contenta de tener al conde oscuro como perro guardián. ¿No le doy ni un poco de miedo?

—Oh, le tengo mucho miedo, milord, —respondió ella—, pero no temo por mi vida. —Lo miró directamente a los ojos, se humedeció los labios y dijo—: Me hace pensar cosas que ninguna dama debería pensar.

De todas las cosas que podría haber dicho, esa fue la más inesperada. Antes de que pudiera pensar en una respuesta, lady Denniston se acercó a ellos.

—Lord Stanhope, creo que hace años que no le veo bailar —comentó con una sonrisa amable—. Y he observado cómo rescató a la señorita Huntly-Chilton. Muy bien hecho.

—Gracias, milady —respondió él, desconcertado por la actitud amistosa de la matrona.

—Y usted, querida —añadió lady Denniston, volviéndose hacia Alis—, ¿qué le ha dicho a la señora Peacham para que se comportara de forma tan grosera?

Stanhope miró a Alis con interés, curioso por oír su respuesta.

Alis se mordió el labio inferior, con aire de inocencia arrepentida. Solo él captó el brillo astuto de sus ojos.

—Por favor, perdóneme, Lady Denniston. Me temo que he molestado a la señora Peacham al perder los estribos. Es un defecto lamentable que tengo.

El rostro de lady Denniston se endureció.

—Debe controlar sus emociones en todo momento, señorita Huntly-Chilton. Estoy segura de que no hace falta que se lo recuerde.

—No, milady. —Alis bajó la mirada—. Es solo que no supe qué hacer cuando la señora Peacham empezó a llenarme los oídos con esos chismes...

—¿Qué es eso? —espetó lady Denniston—. ¿La señora Peacham le estaba contando rumores? ¿A una chica soltera?

Alis asintió con vacilación.

—Lo admito, perdí los estribos cuando empezó a hablar de lord Stanhope. Es un amigo de la familia, ya sabe.

—La señora Peacham le estaba hablando de... Bueno, esto no puede ser. —Lady Denniston abrió mucho los ojos y Stanhope tuvo que reprimir la risa. En cinco minutos, Alis había puesto a la formidable matrona en contra de la pretenciosa chismosa sin siquiera adornar la historia.

—Estoy segura de que todo lo que dijo era mentira, —insistió Alis, con los ojos azules muy abiertos—. Las cosas que me contó, algo sobre una chica llamada Ofelia...

Lady Denniston dio un grito ahogado de horror y lanzó una mirada significativa a Stanhope, como pidiendo su apoyo. Él se limitó a fruncir el ceño en señal de desaprobación.

—Hace muy bien en no escuchar esas cosas —apuntó lady Denniston con brusquedad—. Sobre todo teniendo en cuenta que lord Stanhope es amigo de la familia.

—Me molestó mucho su reacción —murmuró Alis con un pequeño sollozo—. Nunca antes me habían rechazado socialmente. Mi abuelo se pondrá muy triste cuando se entere. Me temo que estuve a punto de cometer un gran error social al enfrentarme a la señora Peacham, pero lord Stanhope me detuvo.

—Y menos mal que lo hizo —replicó lady Denniston, dirigiéndole a Stanhope una sonrisa cargada de aprobación.

Luego le lanzó una mirada aún más elocuente, como si dijera que había actuado exactamente como debía.

—Hablaré con la señora Peacham sobre su comportamiento. No podemos permitir que el duque se enfade, y ella debe tener en cuenta su educación americana.

—Lo siento mucho —respondió Alis con dulzura—. Solo deseo actuar correctamente.

—Ya, ya —la tranquilizó lady Denniston, dedicándole una sonrisa maternal—. No es culpa suya. La señora Peacham debería saber comportarse.

—Espero no haber perjudicado a la señora Peacham con mi impulsividad —prosiguió Alis—. Sé que la estaban considerando como madrina para las reuniones de los viernes por la noche, y no quiero que mis actos la priven de tal honor.

—¡¿Qué?! —exclamó lady Denniston, con el rostro encendido por la indignación—. ¿Quién ha dicho que la señora Peacham, una simple señora, iba a ser madrina?

Alis frunció ligeramente el ceño.

—Pues… el señor Adderton me lo comentó. Como es su hermano, supuse que lo habría oído directamente de ella.

—Ya veremos *eso*. Si me disculpa...

—Sin esperar respuesta, Lady Denniston se dio la vuelta y se dirigió con paso firme hacia Lady Presting y Lady Ellworth, sus compañeras madrinas. Tras intercambiar unas palabras, las tres damas se volvieron al unísono y se abrieron paso entre la multitud para enfrentarse a la señora Peacham.

—Ha hecho muy mal, ¿sabe? —le susurró Stanhope a Alis mientras observaban cómo las tres mujeres más poderosas de Devon escoltaban a la señora Peacham fuera del salón.

—Solo he dicho la verdad —le respondió Alis con una sonrisa.

—Es cierto. Y eso es aún más aterrador.

—¿Ahora es usted quien tiene miedo, milord?

Su tono burlón le alegró el corazón.

—Mi querida Alis, me aterroriza.

—Bueno, al menos ha habido un acontecimiento redentor en todo este drama —comentó Alis—. Al parecer, lady Denniston ahora le considera un héroe, salvador de la americana de sus propios impulsos.

—Le da demasiada importancia a un instante —replicó Stanhope con una risa amarga—. Le aseguro que, antes de que termine la velada, volveré a ser el conde oscuro.

—Solo si usted lo permite, milord. —Y con esas palabras, su siguiente pareja la reclamó para la nueva ronda. Con un pequeño gesto, se deslizó hacia la pista de baile.



Sir Richard Ainsley había servido en la guerra contra Napoleón y se complacía en mencionarlo cada cinco frases. Alis sonreía en los momentos oportunos, animándolo a continuar con su monólogo, mientras su mente vagaba lejos de aquella conversación.

Lord Stanhope se había revelado como un enigma. Le agradaba aquel hombre y, cuanto más lo trataba, menos creía que hubiese tenido relación alguna con la muerte de Ophelia. De hecho, empezaba a estar convencida de que se había cometido una gran injusticia. Pero ¿qué podía hacer ella al respecto?

Ese pensamiento la hizo detenerse en seco, tanto que estuvo a punto de pisar los pies de sir Richard. ¿Por qué habría de intervenir? El conde era un hombre hecho y derecho, perfectamente capaz de ocuparse de sus propios asuntos. Si su hermano estuviera presente, sin duda le aconsejaría que no se entrometiese. Y, sin embargo, desde su perspectiva, resultaba evidente que lord Stanhope necesitaba un amigo.

¿Y qué sería de Emily? ¿Qué le depararía el futuro a aquella niña si las cosas no cambiaban, si los rumores no cesaban? Por lo que conocía de la sociedad inglesa, Alis no albergaba dudas: los pecados atribuidos a su tutor perseguirían a Emily como una plaga.

Como estadounidense, Alis al menos tenía opciones para su futuro. Podía vivir como la nieta del duque de Wessex o volver a Boston y vivir como una mujer independiente, al menos tan independiente como le permitiera su sobreprotector hermano Alex.

Pero Emily no tenía elección. Estaba bajo la tutela del malvado conde de Stanhope, y la vida en Inglaterra era todo lo que conocía. Si no hubiera habido ningún escándalo, Alis estaba segura de que Emily habría conquistado la sociedad y habría podido elegir entre muchos pretendientes. Pero con su tutor considerado un asesino, ¿qué le pasaría cuando estuviera lista para debutar en sociedad? ¿La aceptaría la sociedad?

Alguien tenía que descubrir lo que realmente había sucedido hacía tantos años. Stanhope lo estaba intentando, pero era un paria y nadie quería ayudarlo. Su propia incursión en el mundo de los chismes había sido tan desagradable que dudaba en involucrarse más.

¿Y si sus instintos la engañaban de nuevo? ¿Y si él *había sido* el autor de aquel terrible acto? Al intentar ayudar a lord Stanhope, podría estar poniendo su vida en peligro.

Si fuera inteligente, simplemente ignoraría todo el asunto.

¿Y hacer qué? ¿Volver con Norbert Chase y ver cómo Algie y Eleanor se miran a los ojos? ¿Seguir a su abuelo a Bath solo para que la envíen de vuelta a Devon a —disfrutar de su juventud—? ¿Volver a Estados Unidos para vivir bajo las órdenes de Alex? ¿Y qué pasaría con Emily?

Por el bien de la niña, no podía quedarse de brazos cruzados. Si Stanhope había tenido algo que ver en la muerte de Ophelia, Emily podría correr un grave peligro. Y si él no lo había hecho, Emily solo saldría beneficiada por la mejora de la reputación de su tutor.

De hecho, Alis podría ser la *única* persona capaz de liberar a Stanhope.

La euforia la invadió, pero se obligó a pensar con calma en el asunto. Como estadounidense, se esperaba que cometiera algún que otro desliz social, y la gente tendía a pasarlo por alto porque no quería ofender a su poderoso abuelo. Así que, si por casualidad hacía una pregunta atrevida o hablaba con la persona equivocada, la sociedad probablemente lo perdonaría y lo olvidaría.

Además, necesitaba formarse su propia opinión sobre Stanhope. ¿Cómo gestionaba sus propiedades? ¿Cómo trataba a sus sirvientes? ¿A sus caballos? ¿A sus arrendatarios? Sabía que era incapaz de manejar a Emily, pero eso podía deberse simplemente a la inexperiencia. Lo importante era si quería a la niña.

La sociedad lo creía culpable sin lugar a dudas. Algie y Eleanor lo creían completamente inocente. Alis se formaría su propia opinión.

Ayudar a lord Stanhope también demostraría a su familia que no era una niña a la que había que aislar del mundo real, aunque conocerlo mejor sería como acorralar a un león en su guarida. La atracción entre ellos no podía ignorarse. Aunque su vida podría correr peligro si Stanhope era culpable, su corazón corría peligro incluso si era inocente.

El conde de Stanhope no era un hombre al que se pudiera descartar a la ligera. Actuaría con cautela y no permitiría que nada la distrajera de su objetivo. Emily la necesitaba.

Y también el tutor de Emily. Todo lo que Alis tenía que hacer era convencerlo.



Stanhope observaba a Alis bailar con Sir Richard cuando Lady Presting se acercó para situarse a su lado. La matrona pelirroja

había sido una belleza alegre en su época, pero ahora era la más estricta de las tres patronas de la asamblea. Se preparó. Sin duda había venido a pedirle que se marchara.

—Lord Stanhope —dijo con su tono frío y culto—. Lady Denniston me ha informado de que no solo ha salvado a la señorita Huntly-Chilton de cometer un grave error social, sino que también ha hecho las paces con mi invitado, lord Fenton.

—Como usted dice —respondió Stanhope con un gesto de asentimiento.

—Su comportamiento esta noche hace que uno se replantee las historias que se han contado sobre usted, milord. Y la compañía que frecuenta garantiza sin duda que será bien recibido en todas las reuniones sociales. —Lanzó una mirada significativa a Alis, que estaba en la pista de baile con Sir Richard, y luego volvió su fría mirada verde hacia él—. No descarte las ventajas que se le ofrecen ahora, lord Stanhope.

—¿Milady?

Lady Presting chasqueó la lengua ante su evidente desconcierto.

—Aún no ha montado su cuarto para los niños, ¿verdad, milord? Me parece que una esposa adecuada podría ayudarle mucho a mejorar su reputación.

¿Una esposa? Miró pensativo a Alis.

—Buenas noches, milord. —Se dio la vuelta para marcharse, pero se volvió—. Ah, y tiene una pupila, ¿no es así? ¿La hija de su primo?

Sorprendido, Stanhope asintió.

—Se llama Emily.

—Quizá le gustaría venir a visitar a mi Anne algún día. Creo que son de la misma edad. Anne tiene doce años.

—Emily tiene trece. Y sí, sería perfecto.

—Entonces podría venir el jueves. Buenas noches, milord.

Stanhope hizo una reverencia y pronunció una respuesta apropiada mientras lady Presting se retiraba. Al incorporarse, sintió un leve mareo, aunque dudaba que fuera una reacción física. No, era un alivio casi vertiginoso. Lady Presting, una de las damas más influyentes de Devon, acababa de solicitar que Emily se relacionara con su propia hija. Nunca le habría hecho una invitación semejante si él no hubiera intervenido cuando Alis estuvo a punto de enfrentarse a la señora Peacham. Parecía que la impulsividad de Alis había restablecido, sin proponérselo, parte de la respetabilidad de su reputación. Y las conexiones familiares de la joven hacían que la sociedad se pensara dos veces rechazarlo cuando él estaba en su compañía.

La sugerencia de Lady Presting volvió a su mente con toda su fuerza. ¿Casarse con Alis? Había pensado que su mala reputación arruinaría la de una joven decente, pero tal vez fuera al revés. Quizás la excelente posición social de ella serviría para limpiar la suya, lo que le facilitaría demostrar su inocencia de una vez por todas.

Pero ¿qué podía ofrecerle ella? Un honor mancillado, rumores y especulaciones, y el eventual ostracismo. Y eso *si es que* su abuelo siquiera consideraba la idea.

En su búsqueda por demostrar su inocencia, no se atrevía a distraerse... por muy irresistible que le resultara Alis. Cortejarla era tentador, sí. Pero cortejarla con un nombre y un título que ofrecer a cambio lo era aún más.

Quizás Alis sería una condesa adecuada para él, pero hasta que no supiera que él sería un marido adecuado para ella, ni siquiera podía planteárselo.

Excepto en sus sueños...

Capítulo 8

-¡No iré!

Stanhope reprimió su impaciencia cuando Emily frunció los labios con su habitual expresión obstinada. Bajó la vista hacia la nota que tenía en la mano. El grueso y cremoso papel de carta llevaba el escudo del conde de Presting.

—Emily, debes ir. Lady Presting te ha invitado a visitar a su hija. No podemos rechazar una invitación así.

—Tú no puedes rechazar una invitación así. —Emily soltó un bufido muy poco femenino—. Tú eres el que ha estado yendo a todos los eventos sociales. Yo me he quedado aquí sentada en casa.

—Cuida tu tono —le advirtió él.

—No iré. —Se cruzó de brazos—. Sé cómo son las chicas como ella. Conocí a muchas en la Academia Flemington para Jóvenes Damas. Solo hablan de vestidos, fiestas y con quién se casarán algún día.

—No hay nada de malo en eso.

—Tú no eres el que tiene que sentarse allí y fingir interés en la conversación.

—Es cierto. Pero esto es importante, Em.

Su labio inferior tembló, pero luego se endureció.

—No iré.

Él cerró el puño y arrugó la invitación.

—Entonces vete a tu habitación hasta que te llame. Hablaremos de esto más tarde.

—¡Nunca me escuchas! —gritó Emily, y salió dando un portazo —. ¡Te comportas como una niña! —le gritó él. Su única respuesta fue dar un portazo al salir del estudio.

Maldiciendo, tiró la nota arrugada sobre su escritorio y se dejó caer en la silla, con la frustración revolviéndole las entrañas. ¿Por qué esa niña nunca hacía lo que se le decía? Pensó que quizá le gustaría visitar a alguien de su edad. ¿No se suponía que a las chicas jóvenes les gustaban esas cosas?

Echó un vistazo a la invitación arrugada, luego se inclinó hacia delante y la desplegó con cuidado. La alisó lentamente con las manos, aplastándola contra el escritorio varias veces para intentar quitarle las arrugas más profundas.

La salvación. Anoche, Lady Presting le había tentado con la idea de una visita como si fuera un caramelo, y ahora, como por arte de magia, la invitación estaba ante él. La disposición de Lady Presting a dejar que su hija se relacionara con Emily era el primer paso para recuperar su respetabilidad. Y Emily, maldita sea, no tenía ni idea de que su rebeldía estaba arruinando su mejor oportunidad de tener un futuro decente.

En su defensa, Emily solo tenía doce años y no sabía nada de los acontecimientos que habían mancillado su nombre. Su constante insubordinación era una especie de castigo emocional dirigido a él, para hacerle pagar por algún pecado que aparentemente había cometido en su mundo. Ojalá supiera qué era lo que había hecho.

Golpeando con los dedos sobre el escritorio, consideró la situación. De alguna manera tenía que conseguir que Emily fuera a casa de Lady Presting y se comportara una vez allí. Necesitaba consejo.

Necesitaba a Alis.

Norbert levantó la vista de sus libros de contabilidad, se quitó rápidamente las gafas de la nariz y las deslizó bajo una pila de papeles mientras se ponía de pie.

—Alis —dijo onc un tono demasiado jovial—. No te he oído entrar.

Desde la puerta del estudio, Alis contuvo una sonrisa y trató de actuar como si no hubiera visto su gesto furtivo.

—Me has llamado, Algie, así que he venido enseguida. La puerta estaba abierta.

—Por supuesto. Claro. Así es. —Claramente nervioso, Norbert señaló con la mano una silla cercana—. Siéntate. Estaba haciendo... bueno, asuntos de la finca, ya sabes.

Alis se sentó y juntó las manos con recato.

—Por favor, no dejes que te moleste.

—Tonterías. Te he llamado, ¿no? Es solo que no sé muy bien cómo abordar el tema.

—¿Qué tema?

—Quería hablarlo anoche, pero llegamos muy tarde de la reunión, ya sabes.

Alis apretó los dedos con fuerza, presa de una tensión repentina. ¿Se trataba de la señora Peacham?

—Algie, lo siento. No sabía que te habías enterado del incidente.

—Por supuesto que me he enterado. —Se volvió a sentar detrás del escritorio—. Era imposible *no* enterarse.

—No me di cuenta de en lo que me estaba metiendo**...**

—Eso es dolorosamente obvio, querida.

—Bueno, no llevo aquí tanto tiempo, —argumentó Alis—. Solo intentaba aprender**...**

—Podrías haber preguntado, ya lo sabes.

Ella se detuvo en su vacilante explicación.

—¿Preguntar?

—Es prudente preguntar antes de intentar algo de esta naturaleza —inquirió Norbert—. Al fin y al cabo, hay expertos en este tipo de cosas.

—Lo había olvidado. Nunca se le había ocurrido contratar a un investigador, pero ahora sopesaba la idea con cuidado. Quizá fuera algo que valía la pena investigar.

—No puedes lanzarte a las cosas sin más, —continuó Algie—. Hay cosas que hay que abordar con delicadeza, y me temo que esta es una de ellas.

—Por supuesto, tienes razón, —asintió Alis.

—Podrías haber acudido a mí, —dijo Algie.

—¿A ti? —Alis dudó—. En realidad, Algie, pensé que estabas demasiado involucrado en el asunto.

—Es cierto —admitió él con una mirada significativa—. Y por eso deberías haberme consultado.

—Por supuesto. —Por primera vez, se le ocurrió que Algie era una excelente fuente de información sobre Stanhope, ya que habían crecido juntos. —Te pido disculpas, Algie, y espero que no estés enfadado conmigo.

—En absoluto —dijo él con un gesto de indiferencia—. El asunto ya no tiene importancia.

—¿Pero qué dirá el abuelo?

Norbert frunció el ceño.

—Al duque no le preocupará una tontería así.

—¿No?

—Por supuesto que no —rió Norbert—. Alis, no esperarás que le lleve chismes al duque. Estos incidentes menores son de mi exclusiva competencia.

—¿Porque soy tu invitada? —Completamente desconcertada, Alis empezó a tener la sensación de que se le escapaba algo—. Pero el corte**...**

—Alis, créeme cuando te digo que a nadie, excepto al hombre implicado, le importa lo más mínimo un corte como ese. Le dije que hablaría contigo para asegurarme de que no vuelva a suceder.

—No tengo intención de que vuelva a suceder. —Ella negó con la cabeza—. Es solo que no sabía que él te había hablado de ello.

—¿A quién más se lo iba a decir?

—Y me sorprende que estés tan tranquilo con todo esto. Desde luego, no lo estabas la última vez que sucedió

—¿Ha vuelto a ocurrir? —Con un suspiro, Algie se frotó las sienes—. Solo sabía de un incidente.

—Bueno, yo no estuve involucrada la primera vez. Pero tú estabas allí cuando ocurrió. Y estabas furioso.

Algie dejó de frotarse las sienes y la miró con curiosidad.

—¿En serio?

—Por supuesto. Sé lo unidos que estáis, así que no quise contártelo.

—Bueno, supongo que lo conozco desde hace años. Al fin y al cabo, Raines ha sido el jardinero aquí en Norbert desde que era niño. Pero no recuerdo haberme enfadado por él.

—No al jardinero —corrigió Alis—. A lord Stanhope.

—¿Stanhope? ¿Qué tiene que ver él con que hayas cortado las rosas premiadas de mi jardinero para tus experimentos de botánica?

—¿Rosas cortadas? ¿De eso se trata?

—Por supuesto. ¿De qué otra cosa creías que se trataba?

—De cómo la señora Peacham me ignoró durante la reunión de anoche.

—¿Qué? —exclamó Algie poniéndose en pie de un salto—. ¿Por qué no me informaste de semejante atropello?

—Me dijiste que lord Stanhope te lo había relatado...

—¿Stanhope? ¿Qué tiene que ver él con esto? Te aseguré que Raines se había quejado porque le habías robado esquejes de sus preciosas rosas. Nunca mencioné a Stanhope.

—Ah —Alis le dedicó una débil sonrisa

—Creía que sí.

—En absoluto. —Sus ojos verdes se entrecerraron—. A ver si lo entiendo. ¿La señora Peacham te ha rechazado en la recepción de anoche? ¿Y a mí no me han dicho nada?

—Bueno, podría haber sido peor, —se apresuró a asegurarle Alis—. Cuando estaba a punto de decirle a esa horrible mujer lo que pensaba de ella, llegó lord Stanhope y me impidió montar una escena.

—Gracias a Dios —Algie se hundió en su silla. Apoyó los codos en el escritorio y se frotó la cara con ambas manos—. Así que Stanhope te salvó del suicidio social. Bastante irónico, ¿no crees? ¿Cómo lo hizo?

—Bailó conmigo.

—Stanhope no baila.

—Anoche sí.

—No lo creo.

—Y entonces se acercó Lady Denniston y pareció horrorizada por lo que había hecho la señora Peacham. Especialmente cuando le dije que esa mujer estaba difundiendo rumores de que ella iba a convertirse en la madrina de las reuniones de los viernes por la noche.

Norbert palideció.

—¿Le dijiste a Lady Denniston qué?

—Le conté exactamente lo que me había dicho la señora Peacham. Lady Denniston y las otras madrinas se acercaron a hablar con la señora Peacham.

Algie cruzó los brazos sobre el escritorio y bajó la cabeza sobre ellos.

—Estás buscando la ruina social, Alis.

—Tonterías. Todo salió bien.

Levantó la cabeza.

—Llevas una vida de lujo —bromeó él—. Pero por favor, no hagas que te echen de la sociedad mientras estés aquí. Thaddeus me mataría si pasara.

—Mi abuelo no haría algo así —respondió ella con una sonrisa.

—No conoces al duque tan bien como yo —replicó él.

—Y sobre las rosas —intervino Alis—, perdona que no te haya pedido permiso a ti ni a tu jardinero antes de cortar los esquejes. Solo era un experimento.

—Lo sé —contestó Norbert con paciencia—. Solo buscas un hobby, algo en lo que ser buena. Por eso le preguntaste a Eleanor sobre cómo criar a Pudding. Casi la haces desmayar.

Alis carraspeó y bajó la mirada hacia sus manos.

—Bueno, solo era una idea. Por favor, dile a Raines que sus rosas estarán a salvo de mí en el futuro. No se me da bien la botánica.

—¿Se han muerto todas?

Alis asintió.

—Todas y cada una.

Norbert suspiró.

—Yo calmaré al jardinero. Pero en el futuro, consulta conmigo estos planes antes de llevarlos a cabo.

—Lo haré. No temas, Algie, he terminado con la botánica.

—Oh, bien.

—He decidido probar a cantar —anunció ella.

—Excelente idea —dijo Norbert—. La mayoría de las jóvenes inglesas son expertas en música.

Llamaron a la puerta y él levantó la vista agradecido.

—¡Adelante!

Bolton, el mayordomo, entró en la habitación.

—Disculpe, milord, pero lord Stanhope ha venido a visitar a la señorita Huntly-Chilton.

—¿Stanhope? —Algie miró a Alis con recelo, y esta se encogió de hombros.

—No tengo ni idea de por qué ha venido —comentó ella.

—Que pase al salón —ordenó Algie—, y ofrézcale un refrigerio. Iremos enseguida.

—Muy bien, milord. —Bolton hizo una reverencia y salió de la habitación.

—¿Qué crees que quiere Stanhope? —Norbert sonrió y se recostó en su silla—. Quizás se ha encaprichado de ti, Alis.

—Tonterías. —La sola idea le hizo dar un vuelco al corazón.

—Oh, no lo sé. Es rico y tiene título. Sería un buen marido para ti.

—No tengo intención de casarme con él.

—Es un buen hombre, Alis —Norbert se inclinó hacia ella con seriedad—. No creas los rumores. Él fue tan víctima de aquel incidente de hace seis años como Ophelia.

—¿Y si te equivocas, Algie? ¿Y si me enamoro de él y luego descubrimos que *sí* tuvo algo que ver con la muerte de aquella mujer?

—Eso es una tontería.

—Hasta que alguien descubra la verdad, siempre es una posibilidad. —Se levantó—. Voy a ver qué quiere.

—¿Estás segura de que quieres quedarte a solas con él? —la provocó Norbert—. Al fin y al cabo, es un hombre peligroso.

Ella se detuvo en la puerta.

—Si es inocente, como tú dices, no tengo nada de qué preocuparme, ¿no?

—Deja la puerta del salón abierta —dijo Algie—. Así los sirvientes podrán oírte gritar.

Ella le dedicó una sonrisa pícara.

—O lo oirán gritar a *él*.

Él se rió entre dientes.

—Vete ya. Iré enseguida.

Ella salió de la habitación.

—Date prisa, Algie —le gritó—, por si acaso el conde necesita que lo rescates.



Stanhope paseaba por el salón, demasiado inquieto para quedarse quieto. Necesitaba el consejo de una mujer y, en ese momento, la única mujer decente dispuesta a hablar con él era Alis. Esa era la única razón por la que había corrido hasta allí en cuanto se le había ocurrido la idea. *No* porque quisiera volver a verla.

No porque hubiera pensado, ni siquiera por un momento, que ella sería una buena esposa.

Era una idea descabellada. No importaba lo que pensara Lady Presting, era imposible que la nieta del duque de Wessex se casara con un hombre con una reputación como la suya.

A menos que se enamorara de él.

La idea le tentaba, sobre todo si era cierto que casarse con Alis podría ayudarle a descubrir la verdad. Fíjate en lo que le había reportado su mera compañía: una invitación a la casa de Lady Presting. ¿Qué puertas se le abrirían si ella se convirtiera en su esposa?

Pero no, no podía hacerle eso.

—Lord Stanhope, qué agradable sorpresa.

Miró hacia la puerta y allí estaba ella. Hoy llevaba un vestido rosa pálido que hacía resaltar su tez. Su cabello oscuro estaba peinado con sus habituales rizos revueltos, y sus ojos azules, enmarcados por largas pestañas, brillaban con curiosidad. Y con cada respiración, sus exuberantes pechos se movían de una manera encantadora.

Su determinación se debilitó.

Él también se movió, esperando que su reacción física al movimiento de *ella* no lo delatara. Se había estado engañando a sí mismo. Reputación o no, quería a esta encantadora y franca estadounidense con una pasión que incluso a él le sorprendía por su intensidad.

Recordando sus modales, hizo una ligera reverencia.

—Buenas tardes, Alis. Por favor, perdone mi inesperada intrusión.

Ella sonrió, y sus hoyuelos se marcaron en las mejillas de una forma que lo cautivó.

—Qué educado —bromeó—. He pedido un refrigerio, ¿por qué no se pones cómodo?

—Estoy cómodo. —Y no podía sentarse, no con los pantalones tan ajustados, la mayoría de los cuales *no eran* obra de su sastre—. He venido a hablar con usted sobre Emily.

—Oh, Dios mío, ¿qué ha pasado? —Alis se sentó en el sofá y le prestó toda su atención.

Stanhope intentó ignorar el hecho de que su nueva posición situaba su rostro a la altura de sus... ajustados pantalones.

—Ah... Lady Presting ha invitado a Emily a visitar a su hija, Anne, el jueves.

Alis aplaudió.

—¡Qué maravilla!

Y también lo era la forma en que sus pechos se apretaban con el movimiento. Stanhope luchó por mantener la mente en la conversación.

—Sí, es una oportunidad maravillosa —asintió, forzando la mirada hacia el rostro de ella—. Pero Emily no quiere ir.

—Oh, vaya. —Alis se inclinó hacia delante, ofreciéndole sin querer una nueva vista de su suculento escote—. ¿Por qué no?

—Algo sobre las chicas del colegio y que solo hablan de pretendientes y ropa. No lo sé. —La frustración se apoderó de su tono—. No me habla desde que llegó la invitación.

—Claro que lo entiende —replicó Alis con una sonrisa—. Solo que usted, siendo hombre, no alcanza a captar lo que dice.

—Dice que no quiere ir. Lo comprendo perfectamente.

Alis soltó una risa y negó con la cabeza; la tentadora carne de su pecho se estremeció con el movimiento. Él apretó los puños y murmuró la palabra «caballero» una y otra vez en su mente. Todos sus músculos se tensaron mientras luchaba por no lanzarse hacia ella.

Pero cada gesto suyo lo seducía, cada palabra lo atraía más. Necesitaba su ayuda con Emily, pero también la deseaba de otras formas, formas que nada tenían que ver con su pupila y todo con la lujuria.

Lujuria. Esa palabra sonaba demasiado cruda para aplicársela a Alis. Pero lo que sentía era demasiado básico para llamarlo deseo, demasiado intenso para llamarlo necesidad. Demasiado duro para llamarlo amor. Pasión parecía una palabra demasiado débil. Y, sin embargo, era más que la necesidad de satisfacer un impulso biológico básico. Era más bien... un hambre. Sí, esa era una palabra mejor. Un hambre que solo Alis podía saciar. Ninguna otra mujer lo haría.

—Lord Stanhope, ¿se encuentra bien?

Su suave voz vibró sobre su piel, casi deshaciendo su control.

—Bien —logró decir. Intentó sonreír, pero su expresión le delató.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, levantándose. Dio un paso hacia él y extendió la mano.

Él retrocedió para evitar su contacto y casi tropieza con una mesita.

—Nada. Estoy bien.

—Cualquier tonto puede ver que no es así. —Se cruzó de brazos, y la parte superior de sus pechos se realzó por encima del escote del vestido. Él gimió y cerró los ojos—. Lord Stanhope —dijo ella en tono severo—. Veo que algo pasa. ¿Qué es?

—La deseo.

Las crudas palabras resonaron en el repentino silencio de la habitación.

¿Realmente había dicho eso? Stanhope abrió los ojos y la miró. Ella lo observaba con los ojos muy abiertos, los labios entreabiertos y los brazos colgando sin fuerza a los lados. Un rubor se extendió

lentamente por sus mejillas. Fascinado, observó cómo el color se extendía por su piel cremosa, incluso hasta la parte superior de sus pechos. Sus pechos, se dio cuenta, que subían y bajaban mucho más rápido que antes.

Y sus pezones se habían endurecido tanto que podía verlo claramente a través del vestido.

—Lord Stanhope —dijo ella finalmente, con la voz más ronca de lo normal—, creía que había venido para hablarme de Emily.

—Así es.

—Esto**...** —Se aclaró la garganta—. Esto no tiene nada que ver con Emily.

—Tiene razón.

Él dio un paso hacia ella; ella retrocedió.

—Esto nos concierne a usted y a mí —replicó él.

—No existe ningún usted y yo —su voz tembló.

—Sí que lo hay.

Ella negó con la cabeza.

—No. Imposible. —Lo miró a los ojos, con los ojos muy abiertos y asustados, como los de una cierva. Pero levantó la barbilla y se mantuvo firme.

Él la miró fijamente, sin ocultar nada, y la intensidad entre ellos aumentó hasta que casi les costaba respirar.

El ruido de una bandeja rompió la tensión.

—Han traído los refrescos —dijo Alis, que se giró para recibir al criado que había entrado en la habitación y se ocupó de colocar la bandeja sobre la mesa.

Stanhope se quedó de pie, con las manos apretadas, el deseo devorándole las entrañas, y observó a Alis inclinarse para ayudar a colocar la bandeja. Dudaba que ella se diera cuenta de la tentadora

vista que le ofrecía su dulce trasero, y solo el saber que era realmente inocente le impedía acercarse a ella.

El criado se marchó y Alis se volvió hacia él con expresión indecisa. Hizo un gesto con la mano hacia la bandeja.

—El cocinero ha enviado tartaletas de bayas. ¿Le apetece una?

Él negó lentamente con la cabeza, con la mirada fija en la boca de ella.

—No es eso lo que quiero.

—¿Quiere callarse? —Ella miró hacia la puerta, que seguía abierta—. Algie dijo que vendría enseguida.

—Estoy manteniendo las manos quietas, ¿no? —espetó él—. Y usted continúa vestida. Al menos déjeme decir lo que tengo que decir.

—Incluso sus palabras son escandalosas. —Volvió a cruzar los brazos sobre el pecho y él gimió, cerrando los ojos de nuevo al sentir cómo sus pechos se hinchaban tentadoramente.

—Mis palabras son la verdad. —Abrió los ojos y exhaló lentamente—. Alis, quizá quiera... ah... bajar los brazos.

—¿Por qué? —Ella miró hacia abajo, jadeó y bajó los brazos.

—Gracias. —Intentó sonreír—. Esa pequeña exhibición me estaba haciendo sentir bastante incómodo.

—Lord Stanhope. —Deliberadamente, se colocó detrás de la mesa donde estaba la bandeja con las tartaletas—. ¿Ha venido aquí con engaños? Creía que quería hablar de Emily.

—Lo quería. Lo quiero. Estaba distraído. Mis disculpas. —Se frotó la nuca con la mano—. Es solo que... Alis, es la primera mujer decente que me ha dirigido la palabra en meses.

—¿Así que su reacción es el resultado de una... eh... falta de compañía?

—¿Mi reacción?

Ella señaló con un gesto su parte inferior.

—Su... ya sabe, *reacción*.

Él se rió ante su nerviosismo juvenil.

—No creía que se hubieras dado cuenta.

—¿Cómo podría no haberlo visto?

—De nuevo, me halaga. —Con cada palabra que ella pronunciaba, su ánimo se elevaba. Ella lo deseaba. Habría apostado su reputación por ello—. La mayoría de las jóvenes no se habrían fijado en mi... eh... reacción.

—Yo no soy como la mayoría de las jóvenes.

—Desde luego que no. Es refrescantemente diferente.

—Diferente, lord Stanhope. No ingenua. —La miró directamente a los ojos—. Sé lo que ocurre entre los hombres y las mujeres, aunque nunca lo haya experimentado.

—Me alegra oírlo. —Dio la vuelta a la mesa y observó cómo se le abrían los ojos al ignorar descaradamente la barrera que ella había interpuesto entre ellos—. Un hombre quiere una esposa virgen en su lecho matrimonial.

—No tengo intención de casarme pronto —dijo Alis, levantando la barbilla en señal de desafío mientras él se cernía sobre ella—. Y usted, milord, está demasiado cerca.

—Ni siquiera he empezado a acercarme a usted tanto como pretendo. —Le recorrió la mejilla sonrojada con el dedo—. Quiero que sea mi esposa, así que más vale que se acostumbre a la idea.

Capítulo 9

-¡Su esposa! —exclamó ella, apartándose bruscamente su mano de la suya—. ¿Está loco? Apenas nos conocemos.

—¿Y eso qué importa? —frunció el ceño—. Nos llevamos más que bien. Yo soy un conde y usted la nieta de un duque. Además, nos deseamos el uno al otro. Eso nos hace parecer la pareja perfecta.

—El matrimonio es algo más que el linaje —replicó ella, dando un paso atrás.

—En Inglaterra no. —Su corazón latía tan fuerte que le sorprendió que no retumbara en la habitación. Apenas podía sostener la mirada de esos seductores ojos marrones por miedo a lanzarse sobre él. Había sin duda una atracción entre ambos. ¿Pero casarse? ¡Apenas eran amigos!

—Soy estadounidense —añadió—. Esta costumbre inglesa de que unos desconocidos se casen para preservar un título me resulta completamente incomprensible.

—Pero nosotros no somos desconocidos. —Esbozó una sonrisa lenta y el corazón de ella se derritió en el pecho—. Nos conocemos. Nos gustamos.

—No es suficiente. —Juntó las manos para evitar que le temblaran—. No conozco su mente ni su corazón. No conozco sus secretos. Además, no quiero casarme.

—Todas las mujeres quieren casarse.

—Pues yo no.

Él ladeó la cabeza, mirándola como si fuera una rareza en un museo.

—Si no desea casarse, ¿qué piensa hacer con el resto de su vida?

Se sonrojó, pero se negó a apartar la mirada.

—¿Por qué los hombres siempre piensan que una mujer necesita a un hombre para que su vida sea completa?

—Las mujeres necesitan a los hombres para que las mantengan.

—¿Por qué? —lo desafió ella—. Mi abuelo me va a dejar una herencia que será mía cuando cumpla los treinta años.

—El matrimonio tiene otras ventajas, Alis. —En dos pasos, se acercó tanto que ella tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarlo—. Déjeme mostrárselas.

Le acarició la mejilla con la mano, cálida y firme, que olía ligeramente a su colonia. El aroma la tentó, haciéndole la boca agua y provocándole un cosquilleo en el cuerpo. Y cuando él se inclinó hacia ella, el aroma pareció envolverla, invitándola a acercarse más a ese cuerpo duro y masculino, a enredar los dedos en el cabello negro azabache que parecía tan suave al tacto.

—Puede venir alguien —susurró ella.

—No me importa. —Su aliento le agitó el cabello en la sien—. Puede que esto sea todo lo que tenga de ti. Solo un... dulce... sabor.

Y entonces la besó, y ella no pudo pensar en nada.

Sabía a pecado. Sus labios eran suaves contra los de ella, hábiles, invitándola a abrir la boca para él. Era tan diferente de aquel beso furioso en la terraza del baile de Lady Denniston. Este beso seducía.

La atrajo hacia sí con un brazo alrededor de su cintura, mientras la otra mano se deslizaba desde su mejilla hasta la nuca. Un suave gemido de placer se le escapó y se aferró a él,

agarrándose a su abrigo mientras él le hacía perder la cabeza de placer.

Una mano se deslizó más abajo, acariciándole el trasero para presionar su vientre contra la dureza de su... eh... reacción. Ella se retorció un poco ante la sensación desconocida, y él gimió. La suave seducción de su boca se convirtió en pasión hambrienta. Entrelazó su lengua con la de ella y la presionó con más fuerza contra la protuberancia que tensaba sus pantalones, con las manos insistentes y los besos implacables.

Apenas podía respirar. La sangre le rugía en las venas como un animal salvaje y su cuerpo cobró vida con necesidades y exigencias que resonaban en su cerebro. Sentía los pechos hinchados y los pezones tan duros que casi le dolían. Un cosquilleo le recorrió la piel y su intimidad entre las piernas se humedeció y le empezó a doler. De repente, quiso conocer la textura de su piel, quiso quitarle la ropa de ese delicioso cuerpo masculino y explorar cada centímetro con su boca.

Él le mordió el labio inferior y una oleada de deseo fresco la recorrió. Ella le acarició el pecho con las manos, buscando botones, cierres, cualquier cosa que le permitiera sentir la piel desnuda de un hombre.

La voz de Algie, que se dirigía a uno de los sirvientes en el vestíbulo, apagó su pasión como un cubo de agua fría.

Con un grito de angustia, lo empujó, casi cayéndose ella misma al tropezar hacia atrás. Recuperando el equilibrio, se alisó el pelo, se arregló el vestido y respiró como si hubiera corrido kilómetros y necesitara beber agua.

Un trago de agua llamado Stanhope.

—Viene Algie —susurró, con voz temblorosa.

—Lo sé —respondió él, esbozando una sonrisa—. ¿Quieres una tarta de bayas? Parece que le han dado muchos besos.

Ella tragó saliva.

—Me han besado mucho.

—Desde luego que sí —gruñó él con satisfacción—, pero no quiero que Norbert lo sepa, ¿verdad?

—Claro que no.

Ella se dirigió hacia la bandeja de tartas, deseando aliviar la presión de aquel instante, pero él se interpuso suavemente, bloqueando su camino. Su mano rozó apenas la suya, y un escalofrío recorrió su piel.

Los ojos de él la estudiaban con una intensidad que la hizo contener el aliento. El silencio se hizo denso, casi tangible, mientras sus miradas se enredaban en un juego silencioso de promesas y desafíos.

Finalmente, él rompió el hielo con una voz baja, ronca, apenas un susurro que parecía sólo para ella.

—Mira, basta ya de esos «usted» y «señorita» —susurró, acercando un poco más el rostro—. Entre tú y yo, ¿por qué no te dejas llevar y olvidas las formalidades...? ¿Qué te parece?

Ella sonrió, aliviada y un poco sorprendida.

—Me parece bien. —Y sus ojos brillaron con un fuego nuevo—. Ya no somos extraños, ¿verdad?

—No, no lo somos —murmuró él, tomando su mano con suavidad—. Y me alegro de que no lo seamos.

Obediente, él se desplazó por la habitación para mirar por la ventana, dándole la espalda, y ella se deslizó hasta el sofá. Acababa de coger una tartaleta cuando Algie entró en la habitación. Rápidamente mordió el dulce pegajoso, y el relleno morado le cubrió los labios hinchados por los besos.

—¡Tartaletas de bayas! —exclamó Norbert—. Espero que me hayas guardado algunas.

—Por supuesto que sí, Algie —logró sonreír Alis. Se preguntó si él no notaba la tensión que se había acumulado en la habitación.

Una mirada a Stanhope le confirmó que seguía mirando por la ventana, de espaldas a ellos. Por alguna razón, eso la irritó. Él parecía completamente indiferente a su encuentro, mientras que ella tenía que esforzarse por articular dos palabras coherentes.

¿Cómo podía estar tan indiferente ante lo que había pasado entre ellos?

—A lord Stanhope no le gustan las tartas de bayas —dijo Alis con tono cortante—. Hay muchas para ti, Algie.

—¿A ti no te gustan las tartas de bayas, Stanhope? —Algie cogió una mientras hablaba—. ¿Por qué no?

—Quizá no le gusta el sabor. —No se molestó en ocultar la pregunta en su voz, y Stanhope se volvió lentamente hacia ella.

El hambre apenas controlada en sus ojos despejó toda duda. Le gustaba mucho el sabor.

—Me gustan mucho las tartas de bayas —murmuró, clavando la mirada en sus labios—. De hecho, creo que son mis favoritas.

—Entonces, por favor, sírvete, mi buen amigo —replicó Algie, señalando la bandeja con un gesto despreocupado.

—No, gracias, Norbert. —Stanhope esbozó una débil imitación de su habitual sonrisa maliciosa—. Me cuesta mucho parar una vez que empiezo a comer estas delicias.

—Sé exactamente lo que se siente —dijo Norbert—. Es difícil resistirse a esas tartaletas de bayas.

La mirada de Stanhope se fijó de nuevo en la boca de Alis.

—Cierto.

Alis cambió rápidamente de tema.

—Lord Stanhope está teniendo algunos problemas con Emily y ha venido a pedirme consejo, Algie.

Algie se rió entre dientes.

—Nunca pensé que vería el día en que *tú tuvieras* problemas con una mujer, Stanhope.

—Una niña de doce años no es precisamente el tipo de mujer con la que tengo experiencia, Norbert.

—Eso me lo creo. —Algie se rió y cogió otra tartaleta.

Alis se quedó paralizada. ¿Cómo había podido olvidar la reputación de Stanhope? Los rumores lo pintaban como un mujeriego empedernido antes de su exilio y, después de estar en sus brazos, ella estaba convencida de que era cierto. ¿No había aprendido nada de su experiencia con Michael sobre ese tipo de sinvergüenzas?

Lo miró, tan moreno, tan guapo y tan seguro de sí mismo. Era el conde oscuro en toda su esencia.

Era el amante por el que cualquier mujer habría dado la vida.

¿Había estado jugando con ella con sus comentarios sobre el matrimonio?

—¿Y qué ha hecho ahora la niña? —preguntó Algie, devolviendo a Alis a la conversación—. ¿Ha hecho que se marche su institutriz?

—No, renuncié a las institutrices después de que la última huyera, igual que hicieron las cinco anteriores. —Sacudiendo la cabeza, Stanhope se sentó en una silla frente a Algie—. Grimm y el resto del personal la vigilan. Si dejo a la niña sola un momento, se mete en problemas.

—¿Sin institutriz? —exclamó Algie—. No puedes dejar las cosas así, Stanhope. No es la forma adecuada de criar a una joven.

—¿Y desde cuándo eres tú un experto en criar niñas? —espetó Stanhope—. Lo estoy haciendo lo mejor que puedo, maldita sea.

Se hizo el silencio.

—Dios, hombre, estás al límite, ¿no? —Algie se acercó con preocupación—. Nunca te había oído hablar así delante de una

dama.

—Tienes toda la razón. Mis disculpas, señorita Huntly-Chilton.

—No hay por qué —respondió Alis con naturalidad, esperando que Algie no notara que Stanhope casi pronunciaba su nombre de pila—. Lleva una gran carga, lord Stanhope. Todos comprendemos que está fuera de su elemento, y estaré encantada de ayudarle.

—Sin duda, la opinión de una mujer sería de gran ayuda —comentó Algie con una sonrisa irónica—. Lástima que no estés casado, viejo amigo. Una esposa sería sin duda una gran ventaja en estos momentos.

Alis miró a Algie con recelo, pero él ni siquiera la dirigió una mirada.

—Es verdad —replicó Algie, con tono burlón—. Pero hasta que me case, me temo que no tengo a nadie más a quien recurrir. La señorita Huntly-Chilton parece entender a mi pupila de una manera femenina que yo, como hombre, soy incapaz de comprender.

—No es tan difícil —intervino Alis—. Emily está atravesando un momento complicado. Está de duelo por la pérdida de su padre y su abuelo. Además, está enfadada con usted, milord, porque la abandonó hace seis años sin una palabra, y ahora regresa a su vida dándole órdenes como si fuera su padre.

—¿Es eso? —El alivio que se reflejó en su rostro la hizo sentir humilde—. Me daba cuenta de que estaba enfadada conmigo, pero no tenía ni idea de lo que había hecho.

—Y luego se complica aún más porque su padre ha muerto y ella le guarda rencor por haber ocupado su lugar. —Alis se detuvo mientras ambos hombres la miraban con la boca abierta—. ¿Qué pasa?

—Estoy asombrado —fue todo lo que dijo Algie.

—¿Cómo lo sabe? —exigió Stanhope.

—Es obvio.

—Para mí no.

—Es fácil de deducir, teniendo en cuenta lo que me ha contado Emily —explicó Alis—. Está demasiado involucrado en el asunto, por eso no lo ve. Además, recuerdo cómo me sentía cada vez que mi hermano se iba al mar. Lo único que quería era que se quedara conmigo, pero siempre se marchaba, a veces tan temprano por la mañana que no podía despedirme. Imagino que Emily siente lo mismo por cómo se marchó hace seis años, milord.

—No tuve otra opción.

—Pero Emily no lo sabe —le recordó ella con delicadeza—. No tiene ni idea de lo que está pasando realmente ni de por qué es tan importante que acepte la invitación de lady Presting.

—¿Qué es esto? —preguntó Algie—. ¿Has recibido una invitación de lady Presting?

Stanhope asintió con la cabeza.

—Ha invitado a Emily a visitarla con su hija.

—¡Excelente! —Norbert dio un golpe en el brazo de su silla—. Sin duda, es un paso en la dirección correcta.

—Y lo sé muy bien. Pero, por supuesto, Emily no quiere ir.

—Hablaré con ella —aseguró Alis—. ¿Dijo que tenía algo que ver con las chicas del colegio? Dígame, milord, ¿Emily siempre ha sido una niña activa? Quiero decir, si pudiera elegir, ¿preferiría ir de compras o montar a caballo?

—Montar a caballo, —respondió sin dudar—. Y siempre está más sucia que limpia. Ha gastado más vestidos porque insiste en correr como una marimacho en lugar de comportarse como una señorita.

Alis sonrió.

—Yo era muy parecida. Supongo, lord Stanhope, que Alis no encaja con la mayoría de las chicas de su edad. Prefiere actividades

más activas, mientras que sus compañeras están obsesionadas con cosas como la última moda y fantasías románticas.

—¡Sí! —exclamó Stanhope—. Ella me dijo algo parecido. Algo sobre las chicas de la academia y sus aburridas conversaciones.

—Recuerdo sentirme igual, —señaló Alis—. No quería ser una niña porque las niñas se quedaban atrás. Quería ser marinera como mi hermano, y practicaba escalada para poder demostrarle lo buena que era con las jarcias. Trepaba a los árboles, a los muebles, incluso a los edificios. —Se rió—. Mi pobre madre estaba fuera de sí.

—No me lo puedo imaginar —murmuró Norbert, negando con la cabeza—. No viéndote como eres ahora.

—Créeme —respondió Alis—, Emily es perfectamente normal, pero apuesto a que teme visitar a la hija de Lady Presting porque teme no encajar. Hablaré con ella y trataré de descubrir qué clase de chica es para que Emily pueda estar preparada.

—Si logras semejante milagro —intervino Stanhope—, le deberé la vida.

—No hace falta que me prometa su vida, milord —replicó Alis, un poco nerviosa por el brillo intenso en sus ojos—. Estaré encantada de ayudarle con su pupila, tanto por ella como por usted.

—¿Y si decido comprometer mi vida? —susurró él, con una sonrisa ladeada.

Alis carraspeó. No iba a dejar que ese tono coqueto la afectara.

—Como ya le he dicho, milord, no es necesario.

—¿Y si insisto?

—Milord, está siendo ridículo.

—¿Lo estoy?

—Sabe que sí. —Se aclaró la garganta de nuevo y miró nerviosa a Algie.

Su primo miró especulativamente de Alis a Stanhope. Dándose golpecitos en la barbilla con un dedo manchado de bayas, dijo:

—Dime, Stanhope, ¿tienes un buen jardinero?

—¡Algie! —exclamó Alis—. ¡No te atrevas a decir una palabra más!

—¿Qué es eso del jardinero? —preguntó Stanhope, mirando de uno a otro.

—Nada, milord —contestó Alis. Miró a su primo con ira—. *Nada*.

Algie se encogió de hombros.

—Como tú digas. —Se volvió hacia Stanhope—. ¿Y tus perros? ¿Has pensado alguna vez en criarlos?

Alis dejó caer en el plato la tarta que estaba a punto de morder.

—¡Algie!

Stanhope sonrió al verla cada vez más nerviosa.

—La verdad es que no. ¿Hay alguna razón por la que debería hacerlo?

—Solo por curiosidad —rió Algie.

—¡Ya está bien! —Alis dio un golpe en la mesa con el plato y se puso en pie de un salto—. ¡No me voy a casar con lord Stanhope!

Los dos hombres la miraron con sorpresa. Sintió que se le subían los colores a la cara. Dios mío, ¿de verdad había dicho e*so*?

Eleanor entró en la habitación antes de que ninguno de los dos hombres pudiera decir nada.

—Algernon, ¿cuántas tartaletas te has comido?

—Solo una o dos, querida. —Se levantó y le tendió la mano a su esposa, que la ignoró para limpiarle una mancha de baya en la barbilla.

—Ya veo —dijo ella.

Alis se sentó de nuevo en el sofá, deseando cambiar de tema.

—Mañana iré a hablar con su pupila, lord Stanhope.

—Muchas gracias, señorita Huntly-Chilton. —El tono demasiado suave de Stanhope le valió una mirada sospechosa de Alis, que entrecerró los ojos. Él los abrió de par en par con aire inocente.

—¿Qué le pasa a Emily? —preguntó Eleanor, sentándose junto a Alis.

—Milord ha recibido una invitación de lady Presting para que Emily visite a su hija —explicó Alis.

—¡Qué maravilla! —exclamó Eleanor—. Lord Stanhope, es una excelente oportunidad social para usted.

—Lo sé —dijo él—. Pero Emily se niega a ir.

—Oh, querida. —Eleanor miró a Alis con expresión interrogativa.

—A Emily le gustan las actividades más activas y, al parecer, no encajaba bien con las chicas más elegantes de su academia —explicó Alis—. Teme convertirse en una de esas chicas refinadas.

—Pobre niña —murmuró Eleanor—. ¿Quiere que hable con ella?

—Alis se encargará —intervino Norbert—. Parece que ha creado un lazo especial con la niña.

—Perfecto. Avísame si puedo ser de ayuda.

Ella frunció los labios, pensativa, y volvió la mirada hacia Stanhope.

—Dígame, milord, ¿Emily se ha sentido irritable últimamente? ¿Con un mal humor inexplicable?

—Así es Emily la mayor parte del tiempo —refunfuñó Stanhope.

—¿Y tienes catorce años?

—Sí, cumplirá trece en septiembre.

—Ya veo. —Eleanor miró a Alis—. Quizá quieras tenerlo en cuenta, Alis, cuando hables con ella.

—¿Su edad? —preguntó Alis, alcanzando la tarta a medio comer.

—Su edad... y lo que les pasa a las chicas de su edad. Físicamente.

—¡Por supuesto! —Alis sacudió la cabeza, sorprendida por su propia falta de visión—. Debería haberlo pensado yo misma. —Le dio un mordisco a la tarta.

Algie y Stanhope miraron a las damas con expresiones igualmente desconcertadas.

—¿Te importaría dar más detalles, querida? —preguntó Algie. Eleanor se estiró para coger la última tarta de la bandeja.

—No.

—¿No?

—No. No es una conversación adecuada para la compañía. —Se sonrojó con un tono rosado muy favorecedor mientras mordisqueaba la tarta.

—¿Le pasa algo a Emily? —preguntó Stanhope, con preocupación en el rostro—. ¿Necesito llamar a un médico?

—En absoluto, milord. —De algún modo, sin mancharse los labios con el relleno de bayas, Eleanor sonrió a Stanhope—. Dígame, ¿ha probado las tartas de bayas de la cocinera? Están realmente deliciosas.

—Lady Norbert, por favor.

Alis no pudo resistirse a la súplica en la voz de Stanhope, aunque Eleanor sí pudo.

—Se refiere a que Emily se está convirtiendo en mujer, milord, con los problemas propios de una mujer.

—¿Qué**...**? —Palideció—. Eso no.

—Alis —la reprendió Eleanor—. En serio, este *no es* un tema que una dama deba discutir, especialmente en presencia de hombres.

—Es demasiado joven, ¿no? —preguntó Stanhope con cierta desesperación—. Seguro que no puede ser...

Eleanor siguió comiendo su tarta sin expresión, mientras Alis le hacía un imperceptible gesto de asentimiento a Stanhope. Él gimió.

—Ya ve por qué le pregunté si tenía alguna pariente que pudiera ayudarle —dijo Alis—. Así no tendría que preocuparse por... esto.

—Ya se lo he dicho, no hay nadie.

Norbert se estremeció.

—Razón de más para casarte, muchacho.

—¿Por qué la conversación sigue girando en torno al matrimonio? —preguntó Alis con exasperación.

Norbert se encogió de hombros.

—Me refería a Stanhope, no a ti.

—Bueno, yo no tengo ningún deseo de casarme con nadie— anunció Alis.

—¿En serio? —Stanhope se recostó en su silla y le sonrió—. Qué extraordinario para una mujer de su edad.

—Alis, por favor —suspiró Eleanor con decepción.

—Debe haber algo más en la vida que el matrimonio —repuso Alis. Tras terminar su tarta, dejó el plato y se dio cuenta de que tenía un poco de relleno en el pulgar.

—Para la mayoría de las jóvenes, el matrimonio es el objetivo final en la vida —dijo Stanhope. Entrecerró los ojos cuando ella se llevó el pulgar a la boca y se chupó el pegajoso relleno de bayas. La expresión de su rostro la hizo quedarse paralizada con el pulgar aún

cerca de la boca. La habitación pareció hacerse más pequeña hasta que solo quedaron ellos dos.

—Para mí no —susurró ella, bajando lentamente la mano.

—El matrimonio tiene sus ventajas —le recordó Stanhope con una sonrisa lenta y cómplice que volvió a encender el fuego—. Quizá cambie de opinión.

Oh, cómo deseaba ceder a la seducción de su voz, volver a sus brazos. Pero no se atrevió.

—No lo creo —respondió ella, con tono agudo debido a la emoción—. Quiero hacer algo que valga la pena con mi vida.

—Ya estamos otra vez —gimió Algie.

—Ser esposa es algo que vale la pena —aseguró Stanhope—. Una esposa es una compañera para toda la vida, la madre de los hijos de un hombre. Una anfitriona permanente. Una compañera.

—Exactamente —murmuró Eleanor.

—Me sorprende oírle decir eso, milord, ya que así es como ven el matrimonio los estadounidenses —asintió Alis—. Pero aquí, en Inglaterra, parece que los hombres se casan con el único propósito de mejorar su estatus social o aumentar su fortuna. Y para tener herederos. Una vez que los tiene, ignoran a sus esposas y persiguen a otras mujeres.

—¡Alis! —exclamó Eleanor—. Esto no es**...**

—**...**no es un tema de conversación apropiado para una dama, lo sé —concluyó Alis—. Y probablemente os haya ofendido a ti y a Algie, y lo siento. Pero es la verdad en la mayoría de los matrimonios ingleses. Y por mucho que parezca una dama inglesa, no lo soy. Soy estadounidense y prefiero abrirme camino en el mundo por mí misma.

Algie se limitó a mirarla con la boca abierta, en estado de shock, pero Eleanor respondió con calma:

—Estoy de acuerdo en que muchos matrimonios de conveniencia son como tú los has descrito, pero no todos. Algernon y yo nos casamos por amor.

—Sí, vosotros sí, —asintió Alis—. Y yo no me conformaré con menos.

—Creía que había dicho que no quería casarse, —señaló Stanhope.

—Si conociera a un hombre al que amara con todo mi corazón, lo consideraría. —Su amable sonrisa se volvió maliciosa.

—Entonces sí que aspira al matrimonio.

—No tan rápido, milord. —Ella le lanzó una mirada burlona—. Él también tendría que amarme.

Norbert se rió entre dientes.

—Ahí está el reto.

—Pero ¿estaría el duque de acuerdo con tal unión? —preguntó Eleanor, frunciendo ligeramente el ceño.

—Una vez me contó que le prometió a Alis que podría casarse con quien quisiera —comentó Algie sin mirar a Stanhope—, siempre que el hombre tuviera un título o una fortuna igual a la suya. Alis se preguntó si aquello era solo un intento de emparejamiento imaginado.

—¿Podrían dejar de hablar de matrimonio, por favor? —rogó Alis—. ¿No podemos cambiar de tema?

—Como quieras —aceptó Algie—, aunque la charla me ha parecido bastante entretenida. ¿No te parece, Stanhope?

Stanhope inclinó la cabeza con un aire altivo.

—Cierto, Norbert —asintió—. Nunca se sabe cuándo se te antojará una tarta de bayas. Luego lanzó a Alis una mirada cargada de doble sentido.

Capítulo 10

¿Qué le había llevado a hacer algo así?

Stanhope miró por la ventana de su dormitorio al gris temprano del amanecer y se preguntó qué le había impulsado a sacar el tema del matrimonio con Alis. ¿No había decidido ya que no tenía nada que ofrecerle en ese momento? ¿No había decidido que no se atrevía a desviar su atención de su búsqueda para cortejar a una mujer?

Sin embargo, había ido y le había declarado que algún día sería su esposa.

Idiota.

Alis era una distracción que no podía permitirse. Miren lo que había pasado en la reunión del viernes por la noche. Había ido allí con el propósito expreso de buscar a la señora Warington. En cambio, había sobrevivido a un enfrentamiento con el hermano de Ofelia (que habría ocurrido de todos modos, tenía que admitirlo) y luego había pasado el resto de la noche bailando con esa guapa americana como un tonto enamorado.

Imogene Warington podría haber ido y venido de la reunión y él nunca se habría enterado. Por suerte, sus informantes le habían enviado un mensaje diciendo que la dama había enfermado el viernes por la noche y, por lo tanto, no había asistido al evento, así que no había perdido nada, salvo su propia paciencia consigo mismo.

Alis era lo único en más de seis años que había conseguido hacerle olvidar, aunque fuera temporalmente, su misión de limpiar su nombre.

Ella iba a venir hoy a hablar con Emily. Quizás era mejor que él no estuviera en casa cuando llegara.



Por mucho que Alis quisiera mantenerse lo más alejada posible de Stanhope, todavía tenía que pensar en Emily. Así que Alis llegó a Stanhope Hall al día siguiente con su doncella a cuestas para hablar con la niña.

—Soy Grimm —anunció el mayordomo al aparecer en la puerta —. Su señoría no se encuentra en casa, señorita, pero he avisado al personal de su llegada. Por favor, espere en el salón mientras llamo a la señorita Emily.

—Gracias, Grimm. Lizzie —se dirigió a su doncella—, quizás puedas tomar algo en la cocina. Quiero hablar con Emily a solas.

—Muy bien, señorita —respondió Lizzie con una reverencia, siguiendo a un lacayo desde el vestíbulo. Grimm acompañó a Alis al salón.

—Iré a buscar a la señorita Emily —dijo Grimm antes de dejarla sola.

El salón, decorado al estilo chino, tenía las paredes cubiertas por un papel pintado azul océano que servía de fondo a estatuas de jade y delicados jarrones que reposaban en todas las superficies planas disponibles. El sofá donde se sentó presentaba patas de madera tallada que recordaban garras de tigre, y estaba revestido de seda roja con un patrón de dragones negros en espiral; los cojines, de un verde oscuro, lucían borlas en las esquinas. En conjunto, no era el estilo que ella esperaba de lord Stanhope.

Resultaba un tanto... demasiado moderno. Stanhope era un hombre con gustos propios, ajeno a las modas sociales, y ella no podía imaginarlo disfrutando realmente del estilo chino.

Aunque tal vez lo había hecho como uno de sus esfuerzos por apaciguar al mundo de la moda.

—Horrible, ¿verdad? —comentó Emily al entrar en la habitación —. Mi abuelo tenía un gusto espantoso. Su último amor, la señora Pelton, lo convenció de que lo chino estaba de moda. —Puso los ojos en blanco al pronunciar las últimas palabras, dejando clara su opinión al respecto.

Alis, por su parte, se sorprendió por la naturalidad con la que la niña aceptaba el "amor" de su abuelo.

—¿Te molestaba que dejara que ella decorara la casa? —preguntó Alis.

Emily se rió y se dejó caer con un irreverente rebote en una silla cercana cubierta de seda roja.

—No. El abuelo se sentía solo y papá me explicó que las damas le hacían buena compañía. Nunca se habría casado con ella.

—Ya veo.

—¿Le digo a Grimm que traiga algo para tomar? —preguntó Emily con un tono maduro que contrastaba con la forma infantil en que se había dejado caer en la silla.

—No, gracias —respondió Alis—. No pareces sorprendida de verme.

Emily se encogió de hombros.

—El primo Michael me dijo que vendrías a visitarme hoy. Sin duda quiere que hables conmigo. ¿Qué he hecho ahora?

Alis contuvo una sonrisa ante la impaciencia en la voz de Emily.

—¿Qué te hace pensar que has hecho algo malo?

—Porque el primo Michael me dijo que ibas a venir de visita y luego se fue corriendo a inspeccionar las casitas de los inquilinos al otro lado de la finca. Y él odia *las* inspecciones —añadió con una sonrisa burlona.

—Ya veo. Bueno, tu primo me pidió que hablara contigo —explicó Alis, convencida de que la sinceridad era lo mejor con la niña —. Quiere que lo acompañes a casa de Lady Presting.

Emily frunció los labios.

—Me lo imaginaba.

—Pues has acertado, listilla. Y ya que eres tan perspicaz, quizá te convenga escucharme cuando te explique por qué deberías ir.

Emily se encogió en la silla, apretando los labios con expresión obstinada.

—¿Puedo negarme?

Alis frunció el ceño.

—Verás, Emily, he venido hoy porque pensé que ya eras lo bastante mayor como para entender los matices de lo que sucede a tu alrededor. Pero, viéndote ahora, empiezo a preguntarme si no me equivoqué al confiar en ti.

Emily se enderezó rápidamente y su mohín desapareció.

—¿Qué matices?

—Hay cosas que están pasando a tu alrededor y que nadie te ha contado porque piensan que eres solo una niña —explicó Alis—. Sin embargo, yo sé que eres lo suficientemente inteligente como para entender algo de lo que le está pasando a tu primo, y confío en que eres lo suficientemente madura como para querer ayudar en lugar de complicar las cosas.

—¿De qué estás hablando?

Ahora tenía toda la atención de la niña.

—Emily, tu primo no es muy querido por la mayoría de la sociedad en este momento.

—¿Quién puede culparlos? —murmuró con un pequeño resoplido.

Alis ignoró el comentario y continuó.

—Este es un problema grave. Hay personas en la sociedad que querrían que tu primo fuera excluido de muchos eventos si no fuera por su título y su riqueza. Y este ostracismo se extendería a ti si no se hace algo al respecto.

—*¿*Yo*?* ¡Yo no he hecho nada!

—Eres pariente del conde de Stanhope, —repuso Alis—. Cuando eras pequeña, hubo un accidente aquí, en Stanhope Hall, y murió una mujer.

La niña palideció.

—Lo recuerdo.

—¿De verdad? Pensaba que eras demasiado pequeña.

Emily negó con la cabeza y la cinta amarilla que le atravesaba los rizos le cayó sobre un ojo. Con un gruñido de impaciencia, se arrancó la cinta del pelo y la aplastó entre los dedos.

—Tuve pesadillas durante años después de lo que pasó. Cuando era pequeña, el primo Michael siempre hacía que desaparecieran las pesadillas, pero él ya se había ido para entonces.

—Se fue porque algunas personas pensaban que tenía algo que ver con la muerte de la señora, —le dijo Alis—. Tu padre y tu abuelo pensaron que era mejor que se marchara del país hasta que se calmara el escándalo.

—¿Entonces no fui yo? —preguntó Emily con tal alivio que Alis casi podía sentirlo—. Siempre pensé que había hecho algo para enfadarlo. El día antes de marcharse, alguien le robó de su habitación su alfiler de corbata favorito. —Su voz se suavizó—. Él

pensó que yo lo había cogido porque siempre me había gustado mucho. ¡Pero yo no lo cogí!

—Claro que no, —asintió Alis.

—Estaba enfadado conmigo y al día siguiente se marchó.

—Pero no tuvo nada que ver contigo. —Alis se inclinó hacia delante y tocó la mano de la niña—. Tu primo te quiere mucho. Hay gente que está difundiendo esos viejos rumores y haciéndole la vida muy difícil en este momento.

—El primo Michael no tuvo nada que ver con la caída de la señora por las escaleras —se burló Emily—. Es un tirano, pero no haría daño ni a una mosca. Y si la sociedad no lo entiende, es que son todos unos estúpidos.

Alis no pudo evitar reírse ante la sinceridad de la niña.

—Estoy de acuerdo contigo, pero los rumores siguen extendiéndose. Por eso es tan importante esta invitación de Lady Presting.

Las lágrimas brillaban en los ojos de la niña.

—Pero ¿por qué tengo que ir yo? ¿Por qué no va él a hablar con esa señora?

—Porque lo hace por ti. —No lo entiendo.

—Emily, lo que le afecta a él te afecta a ti. Está intentando arreglar las cosas para que, cuando salgas en sociedad, no tengas que lidiar con esos rumores tan desagradables. Quiere lo mejor para ti.

—Claro que sí. —La bravuconería de las palabras se desvaneció cuando la voz de la niña se quebró.

—De verdad que sí, Emily. Alis le dedicó una sonrisa tranquilizadora. —Por lo que me ha contado tu primo, tengo entendido que has tenido algunos problemas con las otras chicas de la academia.

Emily asintió.

—Volví a casa cuando murieron papá y el abuelo, y le dije al primo Michael que no quería volver. Él me dejó quedarme aquí.

—¿Por qué no querías volver? ¿Por las otras chicas?

Emily dudó y luego volvió a asentir.

—Creen que soy rara —susurró—. Dicen que actúo como un chico.

Alis se rió.

—No hay nada raro en ti —aseguró—. Yo era igual que tú cuando era pequeña. Lo único que quería era correr y trepar a los árboles. Mi madre estaba desesperada porque pensaba que nunca conseguiría convertirme en una señorita.

—¿De verdad? —preguntó Emily mirándola con incredulidad, fijándose en el peinado perfecto de Alis y en su vestido de muselina blanca con ramitas verdes—. Pero tú... tú *pareces* una señorita.

—Puedo ser las dos cosas, ¿no? Y tú también.

—¿Yo también? —La niña frunció la nariz con recelo—. No estoy segura.

—Te contaré un secreto —dijo Alis, inclinándose hacia delante y bajando la voz—. A mí todavía me gusta correr y trepar a los árboles. Todavía me gusta montar a caballo más rápido que el viento. Pero ya no puedo hacerlo todo el tiempo. A veces tengo que comportarme como una dama por mi abuelo, para no avergonzarlo. Pero eso no significa que tenga que ser solo una dama.

—Pero, ¿y si a esa tal Anne solo le importa la moda? —preguntó Emily—. ¿De qué hablaríamos?

—Puedes decirle simplemente que, debido al luto por tu padre y tu abuelo, no has estado al día de las últimas tendencias. Luego pregúntale qué está *à la mode* últimamente. A la gente le encanta hablar de sus propios intereses. Será aburrido, pero tu secreto estará a salvo. —Alis le dedicó una sonrisa cómplice—. Y si no

puedes soportar a la chica, simplemente di que te duele la cabeza. Es la forma que tienen las damas de salir de una situación difícil.

—¿Puedo hacerlo?

—Por supuesto que puedes. Y tu tutor no se enfadará contigo, siempre que seas cortés y te comportes como una dama en todo momento.

Emily, que claramente no le creía, arqueó las cejas de una forma que a Alis le recordó mucho a Stanhope.

—Entonces, ¿todo lo que tengo que hacer es fingir ser una dama y nadie me molestará? —preguntó Emily.

Alis soltó una carcajada.

—Querida niña, moverse en sociedad es una cuestión de apariencias. La gente creerá que eres lo que aparentas ser. Ve a visitar a la hija de Lady Presting. Quédate al menos media hora y, si la chica te aburre mortalmente, simplemente di que te duele la cabeza y tu primo te llevará a casa. —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro burlón—. Te garantizo que tu tutor estará encantado de tener una excusa para escapar del salón de Lady Presting. —Le guiñó un ojo.

Emily también se echó a reír.

—Está bien —asintió—. Iré a visitar a esa tal Anne. Y si es horrible, diré que me duele la cabeza y le pediré al primo Michael que me lleve a casa.

—Y debes comportarte como una dama en todo momento —le recordó Alis.

—Lo sé —suspiró Emily con un dramático movimiento de ojos —. No te preocupes, puedo fingir ser una dama durante media hora.

—Eso es todo lo que te piden.

El movimiento fuera de la puerta llamó la atención de Alis, y su corazón se aceleró al reconocer la voz de Stanhope en el pasillo. Unos instantes después, el hombre abrió la puerta del salón.

Iba vestido con ropa de montar que acentuaba cada centímetro de su cuerpo delgado y musculoso. Se detuvo cerca de la puerta y el calor de sus ojos oscuros al ver a Alis hizo que el pulso de esta se acelerara.

—Buenas tardes, milord —saludó Alis, haciendo un gesto de dolor al oír el tono entrecortado de su voz. ¡Dios mío, parecía una colegiala enamorada!

Stanhope no pareció darse cuenta.

—Buenas tardes, damas. ¿Interrumpo?

—No, ya hemos terminado —respondió Emily con el tono despectivo que suele reservarse a los sirvientes.

Alis suspiró.

Stanhope entrecerró los ojos.

—¿Qué le ha pasado a tu pelo, Emily?

Emily abrió los labios para soltar algún comentario, sin duda mordaz. Alis la miró y articuló en silencio la palabra «dama». Emily suspiró y se levantó de la silla, con la cinta del pelo colgando de los dedos.

—Parece que he perdido la cinta —declaró a Stanhope con un aire tan majestuoso como el de una reina—. Haré que alguien me la arregle enseguida.

Alis apretó los labios para no sonreír mientras Emily pasaba junto al conde y se detenía en la puerta, como si midiera cada paso para conseguir el máximo efecto dramático.

—Por cierto —anunció—, he decidido acompañarte a visitar a la hija de Lady Presting el jueves.

Con esas palabras, salió de la habitación y Stanhope se volvió hacia Alis con expresión completamente atónita.

—¿Cómo lo has hecho?

Alis se encogió de hombros.

—Simplemente le expliqué la situación.

Su expresión de curiosidad se transformó rápidamente en una de furia.

—¿Qué has hecho? —rugió.

—Le dije la verdad —repitió Alis, y luego miró la puerta abierta con el ceño fruncido—. De verdad, milord, baja la voz.

—Esta es mi casa. —Cerró la puerta de un portazo. Volviéndose hacia ella, la inmovilizó con la fuerza de su furiosa mirada—. Y si quiero gritar, lo haré.

—Abre esa puerta, —exigió Alis, levantándose.

—No hasta que me des una respuesta. —Se cruzó de brazos—. ¿Qué creías que estabas haciendo, llenándole los oídos a esa niña de chismes?

—No estaba chismeando. —Alis se puso las manos en las caderas mientras su propio temperamento se encendía—. Emily tiene doce años, lord Stanhope, no es una niña pequeña. Tiene edad suficiente para entender algunas cosas.

—¿Entender qué? ¿Que toda la sociedad cree que maté a una mujer? Estoy empezando a forjar una relación con la niña y tú le dices que la gente cree que soy un asesino. Estoy convencido de que eso la hará sentirse segura conmigo.

—Para tu información —replicó Alis—, Emily cree que los rumores son ridículos. Te encuentra autoritario, pero no cree que tuvieras nada que ver con el accidente de Ophelia.

—¿Accidente? ¿Eso es lo que cree?

—Sí —Alis lo miró con severidad—. No soy estúpida, milord. Le dejé creer que fue un accidente y que tú eres simplemente víctima de chismes sin fundamento. También le expliqué que estabas tratando de reparar su reputación y que su visita a Anne le ayudaría a conseguirlo.

—¿Y ella estuvo de acuerdo?

—Sí, accedió. Y, por cierto, siempre ha pensado que tu marcha tuvo que ver con un alfiler de corbata que desapareció al mismo tiempo. Dijo que tú pensabas que ella lo había cogido.

—¿Cómo es posible que te haya contado todo eso? —preguntó él, con la sorpresa superando a la ira—. Llevo un año intentando hacerle entrar en razón.

—Quizá porque soy mujer. O quizá porque soy una desconocida. —Se encogió de hombros, y su propia furia se desvaneció—. En cualquier caso, prometió ir contigo a casa de lady Presting y comportarse como una dama, pero si se queja del dolor de cabeza, milord, debes traerla a casa inmediatamente.

—Emily nunca ha estado enferma en su vida —se burló él.

—Milord, no lo entiendes. Si Emily se queja de dolor de cabeza, es porque está aburrida con Anne. Le prometí que la traería a casa.

—No puede librarse de hacer algo que no quiere solo diciendo que le duele la cabeza.

—Claro que puede. Así es como actúan las damas.

Él la miró fijamente.

—No, no es así.

—Pregúntaselo a Eleanor si no me crees. La cuestión es, milord, que debes prometerme que traerás a Emily a casa si dice que le duele la cabeza. De lo contrario, no puedo predecir lo que podría hacer.

—Está bien, lo haré.

—Gracias, milord.

—¿Quieres dejar de llamarme así? —espetó él—. Me llamo Michael. O Stanhope. Con lo que hay entre nosotros, podrías llamarme de otra manera que «milord».

Ella se puso rígida.

—No hay nada entre nosotros, milord, salvo una especie de amistad y uno o dos deslices.

—¿Eso es lo que piensas? —En dos zancadas llegó hasta ella y, antes de que pudiera apartarse, le tomó el rostro entre las manos—. ¿De verdad crees que lo que hay entre nosotros es un desliz? ¿O es un desliz intentar ignorarlo? Dios sabe que eso es lo que he estado intentando.

Dios mío, estaba demasiado cerca. Y olía demasiado bien y era demasiado guapo. Y la forma en que la miraba la hacía sentir como si fuera la única mujer en el mundo.

—No —logró decir, aunque se le había secado la boca—. Por favor, no hagas esto más difícil de lo que ya es.

—Así que admites que es difícil resistirse a mí. —Sonrió, una sonrisa maliciosa y pecaminosa que le hizo pensar en todas las advertencias que le había dado su madre sobre la naturaleza primitiva de los hombres.

Stanhope definitivamente parecía primitivo. Y tenía que admitir que ella también se sentía un poco primitiva.

—Admito que esto es impropio —dijo.

Él se rió.

—¿Impropio? ¿No fuiste tú, querida Alis, quien me dijo que te hacía pensar cosas que ninguna dama debería pensar?

Ella cerró los ojos mientras el calor le invadía las mejillas.

—No debería haber dicho eso.

—¿Es verdad? —Su tono insistente la hizo abrir los ojos. Ahora estaba tan cerca, con la boca a solo un suspiro de la de ella. —¿Es verdad, Alis?

—Sí. —susurró ella—. Por favor...

—¿Por favor qué?

—Por favor, bésame. —Ella lo miró directamente a esos ojos oscuros, ojos que parecían infinitamente hambrientos—. Michael, bésame antes de que cambie de opinión.

—Nunca decepciono a una dama. —La besó, encontrando su boca con una precisión infalible. Al primer contacto de sus labios, su cuerpo pareció explotar con una miríada de emociones. Una pasión ardiente e implacable la invadió, ahogando las dudas y despertando el deseo. Se arqueó hacia él, deslizando los brazos alrededor de su cuello y aferrándose a él mientras la llevaba a un lugar en el que nunca había estado.

Todo. Quería todo de él. Era tan guapo, tan pecaminosamente sensual. Quería devorarlo como si fuera un postre, enredar sus dedos en su cabello, presionar su cuerpo hambriento de pasión contra el suyo. Quería sentir su piel bajo sus manos, explorar los planos extraños y desconocidos de su cuerpo, aprender lo que le gustaba.

Quería saber qué se sentía al ser tomada físicamente por el hombre que amaba.

Sus pensamientos se agitaron y se le entrecortó la respiración. ¿Amado? ¿Estaba enamorada de Stanhope? Locura. Pura locura.

Pero una locura deliciosa. El miedo y el pánico se ahogaron bajo el torrente de deseo que la poseía. Más tarde. Lo pensaría más tarde.

En ese momento no podía pensar, solo sentir.

—Me vuelves loco —murmuró él, alejándose de su boca para recorrerle el cuello con besos provocadores y chupándole suavemente la piel.

—Esto es una locura —susurró ella—, y no me importa.

—A mí tampoco. —La tomó en sus brazos y ella dejó escapar un gritito de sorpresa.

Él se volvió y se sentó en el sofá con ella acurrucada en su regazo. Ella podía sentir el duro bulto de su... reacción... contra sus

nalgas. En lugar de escandalizarla, la excitaba.

Ella le había hecho eso.

Él enterró la cara en su cuello, lamiendo la base de su garganta con una delicadeza que contrastaba con la insistencia de sus manos, que la mantenían en su sitio. Ella echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y gimió suavemente mientras el placer la invadía.

Él se movió y le cubrió un pecho con la mano.

Ella abrió los ojos de golpe.

—¿Qué estás haciendo? —jadeó.

—Esto. —Le pellizcó el pezón ligeramente a través del vestido, observando su rostro mientras el botón se endurecía entre sus dedos.

—Dios mío —gimió Alis. Él le acarició el pecho a través del vestido, trazando círculos lentos alrededor del pezón ahora rígido con un toque tan ligero que ella apenas lo notaba. Pero cuanto más lo hacía, más se excitaba ella.

Inclinó la cabeza sobre su otro pecho y respiró a través de la fina muselina, provocando el pequeño pezón duro con el calor de su aliento. Luego le rozó el pezón con la lengua y ella casi se salió de su regazo.

Él se rió entre dientes, calmando su cuerpo ahora retorcido con manos expertas.

—Michael. Ella se estiró hacia él, completamente perdida en la pasión a la que él la había iniciado. Acercó su boca a la de él y lo besó con avidez, pasando su lengua ligeramente por su labio inferior.

Él respondió con un gruñido sordo, pero dejó que ella siguiera explorando su boca a su antojo. Su mano acarició su cuerpo, sus pechos, su vientre, sus muslos. Ella le clavó las uñas en los hombros y le mordió el labio.

Él se apartó, con el rostro tenso por el deseo masculino, y luego le bajó la parte delantera del vestido, quitándole la camisola

con un movimiento experto, dejando al descubierto uno de sus pechos ante su mirada.

La sorpresa la dejó inmóvil, y sus miradas se cruzaron. Su expresión la desafiaba a protestar, pero ella permaneció en silencio. Quería esto, quería saber qué se sentía, lo quería con Stanhope y con nadie más.

Él inclinó la cabeza y tomó su pezón desnudo entre los labios, y ella echó la cabeza hacia atrás con un largo gemido de rendición absoluta.

Él la levantó hasta su boca con el brazo que tenía debajo de su espalda, lamiendo alternativamente su pezón y tirando suavemente de él con los dientes. Su otra mano se deslizó bajo el vestido, acariciando sus piernas desnudas, acariciando sus muslos.

Luego le acarició el monte de Venus y presionó con el pulgar ese punto secreto. Ella arqueó la espalda y separó las piernas para permitirle más.

—Sí —murmuró él contra su pecho—. Sí, déjame enseñarte.

Le acarició entre los muslos, avivando el fuego que ardía en ella hasta que se retorció en sus brazos, desesperada por algo que estaba fuera de su alcance.

—Por favor, —gimió ella—. Michael, por favor...

Ni siquiera sabía qué estaba suplicando. Solo sabía que le dolía**...** oh, cómo le dolía**...** y que necesitaba algo, tenía que tener algo que solo Michael podía darle.

—Lo sé, amor. —La besó profundamente, entrelazando su lengua con la de ella mientras sus dedos acariciaban sus pliegues resbaladizos. Ella se aferró a él con los brazos alrededor de su cuello, la tensión creciendo tan rápido y con tanta fuerza que pensó que se partiría en dos.

Y entonces se partió. Con un gemido de liberación, se tensó en sus brazos y luego se estremeció cuando su cuerpo explotó. Un

placer ardiente inundó sus venas, recorriendo su piel, todo su cuerpo inundado de nuevas sensaciones.

—Eso es —susurró Stanhope, besándole la mejilla, los labios—. Sí, eso es lo que quiero.

Ella se desplomó contra él, agotada y aturdida, hundiendo el rostro en su pecho. Él le acarició el cuerpo, mimándola, tranquilizándola, rozándole la frente con los labios.

De vez en cuando se estremecía, pero en general yacía completamente satisfecha en sus brazos, esperando recuperar las fuerzas y que el mundo volviera a girar.

—Dios, estabas preciosa —gimió él, hundiendo el rostro en su cabello y abrazándola con fuerza. Ella se movió en su regazo y notó con asombro que su —reacción— había aumentado. Se había endurecido.

—¿Siempre es así? —preguntó ella—. No —respondió él—. Es algo poco habitual.

—Lo imaginaba. Si no, estarías bastante incómodo la mayor parte del tiempo.

Él levantó la cabeza.

—¿Qué?

—Esto. —Ella movió el trasero contra su erección—. No puede estar así todo el tiempo.

Él emitió un sonido que era en parte risa y en parte gemido.

—No, solo se pone así cuando estás cerca.

—Eso es lo que pensaba.

—Más o menos haces tú. —Le rozó el pezón, que seguía al descubierto, con un dedo y observó cómo se endurecía inmediatamente—. Eso es lo que me haces a mí.

—Entonces, si te hiciera eso... a tu parte masculina, quiero decir... ¿pasaría lo mismo?

La expresión de asombro en su rostro dio paso a una intensa excitación.

—Cariño, si me tocas así, voy a explotar.

—Oh. Solo era curiosidad.

—Curiosea todo lo que quieras. Dime lo que piensas, hazme preguntas. Sin duda, todas me parecerán increíblemente interesantes.

Su tono descaradamente sexual la hizo sonrojarse, a pesar de lo que acababan de hacer juntos. De repente, tímida, se colocó el vestido en su sitio.

Él observó su gesto con una pizca de pesar en el rostro.

—Es una pena que las mujeres tengan que ocultar su belleza bajo tantas capas de ropa.

Ella se rió nerviosamente e intentó escabullirse de su regazo. La pasión había remitido y estaba un poco sorprendida por su propio descaro.

—¿Adónde vas? —La agarró antes de que pudiera levantarse y la volvió a sentar en su regazo.

—Por favor, Michael. Puede entrar alguien en cualquier momento.

—Tienes razón. —Su expresión se volvió seria—. Alis, sabes que no era mi intención que esto sucediera.

—La mía tampoco. —Se soltó de sus brazos y se puso de pie temblorosa—. No tenía ninguna intención de involucrarme contigo. —Suspiró—. Me haces perder la cabeza.

—Tú también me haces olvidarme de mí mismo.

Ella soltó una risa nerviosa.

—Probablemente no es lo que se le debe decir a un conocido libertino. —Para ganar tiempo y calmarse, se acercó al espejo que colgaba sobre la repisa de la chimenea y examinó su aspecto. Por

algún milagro, su cabello seguía más o menos en su sitio, aunque tuvo que ajustarse el corpiño del vestido.

Observó en el espejo cómo él se levantaba del sofá y se acercaba a ella.

—Alis, sabes que esto fue más que un capricho pasajero. Significas mucho más para mí que eso.

Su cabello estaba revuelto, por sus propias manos, se dio cuenta de repente, y sus ojos aún ardían con deseo masculino. Los pantalones le quedaban tan ajustados que podía ver cada detalle del duro bulto de su virilidad. Su enorme tamaño le hizo latir el corazón con fuerza. Dios mío, ¿cómo se podía hacer eso con algo tan grande?

Era todo lo que podía hacer para no volver con él y pedirle que se lo mostrara.

Pero si lo hacía, si cedía a esos impulsos peligrosos y poco femeninos, ambos quedarían atrapados en el matrimonio antes de que pudiera pestañear. Y eso no era lo que quería.

No es que no se sintiera tentada. Pero tenía que haber algo más.

—Deberíamos olvidar que esto ha pasado.

—No puedo olvidarlo. —Le puso las manos sobre los hombros y la giró para que lo mirara—. Alis, lo dije en serio. Significas mucho para mí. Pero hasta que no limpie mi nombre, no puedo pensar en casarme.

Ahí estaba otra vez, hablando de matrimonio.

—No espero que te cases conmigo.

—Deberías. —La culpa brilló en sus ojos—. Me aproveché de ti.

—No hiciste nada que yo no deseara. —Lo miró a los ojos—. Michael, no soy una criatura indefensa. Sabía perfectamente lo que hacía.

—Sé que no lo eres. Eres hermosa, enérgica, inteligente. —Le acarició la mejilla con la palma—. Eres todo lo que deseo en una mujer. Y no tengo derecho a hablarte de esto hasta que pueda ofrecerte cuanto mereces en un marido.

Ella negó con la cabeza.

—Michael, eres muy persuasivo, pero no me casaría contigo aunque te sintieras libre de pedirme matrimonio.

—¿Qué? —frunció el ceño, con el orgullo masculino ofendido reflejado en su rostro—. ¿Por qué no? Tengo un título y riqueza. Soy agradable a la vista y un amante considerado. Aparte de mi reputación, sería el mejor partido de la temporada. ¿Qué más quieres?

—Si no lo sabes, no puedo decírtelo. —Extrañamente decepcionada, volvió al espejo y se colocó un rizo rebelde—. Míranos, Michael.

Él la miró a los ojos a través del espejo.

—Estamos muy bien juntos.

—Es solo apariencia —dijo ella con una pequeña sonrisa—. El espejo solo muestra un reflejo de la persona real. Al igual que el rostro que mostramos al mundo solo refleja una pequeña parte de una persona.

—¿Qué intentas decir?

—Estoy diciendo que no te conozco, Michael, y tú no me conoces. No a mi verdadero yo. Y hasta que lo hagas, hasta que puedas conocer y amar a quien soy en realidad, y yo pueda conocer y amar al verdadero tú, ni siquiera podré considerar la idea de casarme contigo. No me uniré en matrimonio con un desconocido.

—El amor puede crecer dentro del matrimonio —replicó él.

—Pero el amor debería ser su principio.

Apretó la mandíbula y, por un instante, volvió a parecer el conde oscuro.

—¿Es por los rumores? ¿Porque crees que de verdad maté a Ofelia?

Ella no pudo ignorar el dolor en su voz.

—No, Michael. No creo que la mataras.

—Al menos es algo.

—Te creo. —Lo miró a los ojos a través del espejo—. De verdad, te creo. No tiene nada que ver con eso.

—No puedo pedir tu mano formalmente hasta que haya demostrado mi inocencia —afirmó él—. Pero, una vez lo consiga, puedes estar segura de que acudiré a tu abuelo para pedirte en matrimonio.

—No me estás escuchando. Hay muchas cosas que ambos debemos aprender el uno del otro antes de poder siquiera considerar el matrimonio. —Se apartó del espejo para mirarlo de nuevo—. Michael, hoy me has enseñado algo: una lección de pasión. Gracias a ti, sé lo que se siente.

—Aún no te he mostrado todo. —Le acarició la mejilla con los dedos—. Dame una oportunidad, Alis. Quiero enseñártelo todo.

Ella cerró los ojos para resistirse a la tentación y respiró hondo. Luego se apartó de él.

—No lo entiendes, Michael. No se trata de ti ni de lo que puedes darme. Se trata de que yo descubra dónde pertenezco. Hasta que lo descubra, no me casaré con nadie.

—No lo entiendo.

—Pasaría de ser la hermana de alguien, a la nieta de alguien, y luego a la esposa de alguien —explicó—. ¿Cuándo podré ser simplemente Alis?

—¿Qué quieres que haga? —preguntó él, con frustración en el tono de su voz.

—No puedes hacer nada. Solo el tiempo puede ayudar.

—¿Tiempo, dices? ¿Tiempo suficiente para limpiar mi nombre, tal vez?

—Ya te lo he dicho.

—Que no importa. Pues bien, para mí sí importa. —La miró con esa expresión feroz e imperturbable que siempre le hacía pensar que, en cualquier momento, podría dejar atrás los modales de caballero y arrastrarla, de buena gana, por el camino de la perdición. Un escalofrío de excitación le recorrió la espalda.

—Te daré tiempo, Alis —prosiguió él—, pero solo el necesario para encontrar al asesino de Ofelia y recuperar mi honor. Después, pretendo hacerte mi esposa.

La determinación absoluta en su voz la conmovió, aunque también la inquietó.

—Por supuesto que no puedo detenerte —respondió—. Pero no puedes garantizar que yo consienta. Que tengáis un buen día, milord.

Con una sonrisa cortés, abandonó la estancia, dejándolo allí, de pie, contemplando su propia expresión de estupefacción reflejada en el espejo.

Capítulo 11

La señorita Anne Harcroft, hija de lord y lady Presting, era la viva imagen de una hija de noble a la moda. Rubia, de ojos azules, con rizos adornados con lazos y un vestido azul pálido con volantes, lucía modales impecables, un comportamiento recatado y una postura dolorosamente erguida. Respondía a cada una de las directrices dictatoriales de su madre con voz suave y la mirada baja.

Una tonta débil de mente, pensó Emily con desdén. Y su corazón se hundió en la desesperanza. Había albergado la esperanza de que Anne pudiera ser la amiga que tanto anhelaba, pero, en cambio, parecía que sus peores temores se confirmaban.

Sin duda, acabaría dándole dolor de cabeza.

—Ahora entretén a tu invitada, Anne, mientras tu padre y yo hacemos lo propio con lord Stanhope —ordenó lady Presting.

—Sí, mamá —respondió la joven Emily con voz melosa.

Emily miró a su tutor, que parecía tan consternado como ella. Él la observó, luego posó la vista en la frágil señorita Harcroft, y volvió a mirarla con el ceño fruncido, visiblemente preocupado.

—¿Quizá les gustaría ver las últimas tendencias en moda? —sugirió lady Presting—. Acabo de recibir el último número de La Belle Assemblée.

Emily hizo una mueca. Ya era bastante molesto tener que hacer compañía a la insípida Anne. Si además debía fingir entusiasmo por los bocetos de moda, no sabía si podría mantener la fachada.

Habló por impulso:

—Lady Presting, he oído maravillas sobre sus jardines. ¿Cree que podríamos dar un paseo para que pudiera admirar sus preciosas flores?

—No sé... —repuso lady Presting, pensativa—. Me preocupa que Anne se exponga al sol. Ya sabe, las pecas

—Me encantaría enseñarle los jardines a la señorita Everton, mamá —respondió Anne, siempre cortés—. Prometo que no tardaremos mucho y que me mantendré alejada del sol.

—Bueno...

—A mi pupila le encantan los jardines —dijo el primo Michael—. No veo ningún inconveniente.

—Muy bien —cedió lady Presting—. Pero llévate la sombrilla, Anne.

—Sí, mamá —respondió la joven, obediente.

Emily puso los ojos en blanco, y el primo Michael carraspeó ruidosamente. La mirada severa que le dirigió hablaba por sí sola.

—¿Le gustaría que le prestara una de las sombrillas de Anne? —preguntó lady Presting—. Estoy segura de que tiene una en verde sauce que combinará con su precioso vestido.

Emily se mordió las palabras que le habría gustado decir y, en su lugar, respondió con cortesía:

—No, gracias, milady. No me molestan las pecas.

—Qué suerte tiene —replicó lady Presting.

Emily captó el suspiro de alivio de su tutor con el rabillo del ojo. En otro tiempo, habría disfrutado diciendo lo que pensaba sobre semejante tontería, pero no después de lo que le había contado Alis. Ojalá el primo Michael dejara de esperar a que hiciera alguna barbaridad. Al fin y al cabo, ya no era una niña.

Lady Presting envió a una doncella a buscar la sombrilla de Anne, una pieza con volantes que combinaba casi a la perfección con su vestido, y luego las muchachas salieron a los jardines, mientras el tutor de Emily y lady Presting se retiraban a uno de los salones.

Caminaron en silencio. Emily buscaba frenéticamente algo que decir, pero ninguna idea parecía adecuada. Anne, por su parte, no parecía especialmente conversadora.

—¿Aún se ve la casa? —susurró Anne de pronto.

Sorprendida, Emily miró por encima del hombro.

—No. Los setos la cubren.

—¡Por fin! —Anne cerró la sombrilla de un golpe y se la entregó a Emily—. ¿Me la sostienes?

Desconcertada, Emily cogió aquel ridículo adorno con volantes y observó cómo Anne sacaba un pequeño frasco del bolsillo de su vestido.

—¿Qué es eso?

—Una crema que le pedí a mi doncella que comprara en la botica. Previene las pecas. Mi madre se pondría morada si me saliera una sola. —Empezó a untarse la crema blanca por la nariz—. ¿Quieres un poco?

—No, gracias. A mi tutor no le importa si tengo pecas o no.

—Eres muy afortunada —aseguró Anne, mientras se untaba las manos con la crema y las frotaba hasta que esta se absorbió por completo—. Mi madre está obsesionada con que me salga una sola peca y que, por ello, ningún caballero quiera casarse conmigo. Creo que es porque es pelirroja y se llena de pecas con facilidad. —Volvió a guardar el frasco en el bolsillo—. ¡Me alegro tanto de que hayas propuesto visitar los jardines! Si tuviera que mirar La Belle Assemblée una vez más, creo que acabaría gritando.

—Sé bien lo que se siente. —Emily se adentró con paso ágil por uno de los senderos, y Anne la siguió, aún cargando con la sombrilla, fascinada por aquella muchacha vivaz que había reemplazado a la insípida señorita Anne Harcroft—. Al menos el primo Michael no me obliga a repasar los catálogos de moda.

Anne se estremeció.

—Dios mío, cuánto los detesto. Pero consiguen apaciguar a mamá, y eso me permite hacer lo que quiero cuando ella no está cerca. Prefiero no darle motivos para vigilarme más de lo necesario.

Llegaron a una verja que daba a un campo extenso, y Anne la abrió.

—¿Adónde vamos? —preguntó Emily.

—A los establos. Espero que te gusten los caballos.

—¡Los adoro!

—Yo también. —Con una sonrisa traviesa, Emily le quitó la sombrilla de las manos y la abrió—. Tendré que portarme como una dama ejemplar para que nos dejen entrar, pero después estaremos a salvo. Ebbie, el mozo de cuadra, lleva años guardando mi secreto.

Impresionada, Emily no pudo sino negar con la cabeza en señal de admiración.

—Ah, por cierto —añadió Anne—, la señorita Anne Harcroft teme a los caballos que corren sueltos por el prado, así que siempre se refugia en los establos, donde esos animales tan horribles están encerrados. —Volvió a esbozar su encantadora sonrisa—. Cuando estemos dentro, te presentaré a Faraón, el semental más preciado de mi padre.

—Suena divertido —respondió Emily con sinceridad—. Déjame contarte sobre mi yegua, Guinevere...

Charlando amigablemente, ambas se dirigieron hacia los establos.

El salón de Lady Presting estaba decorado al estilo griego, repleto de jarrones y biombos con representaciones de héroes y diosas clásicas. Sintiendo como si lo llamaran al tapete por alguna falta, Stanhope se sentó al borde de una silla de aspecto delicado, con respaldo en forma de lira, intentando no imaginar lo que ocurriría si las patas cedieran bajo su peso.

Había un sofá robusto en la estancia que habría soportado sin dificultad su corpulencia, pero lord y lady Presting lo ocupaban, y entre la alta y severa lady Presting y el lord Presting, más bajo pero corpulento, no quedaba ni un centímetro libre para un ratón, y menos aún para un conde de anchos hombros y piernas inusualmente largas.

—Pedí refrescos hace un rato —se quejó Lady Presting, frunciendo el ceño al mirar el reloj sobre la repisa de la chimenea—. Peter, te juro que los criados son cada vez más lentos. Es insoportable.

—Sí, querida —respondió lord Presting, parpadeando con lentitud y quedando absorto mirando por la ventana.

—Le pido disculpas, lord Stanhope —intervino Lady Presting—. Es muy difícil encontrar buenos criados en el campo.

—En absoluto —respondió Stanhope, fijando también la vista en el reloj de la repisa. Emily y la señorita Harcroft llevaban ya diez minutos fuera. No había llegado a sus oídos ningún grito, ni llanto ni estruendo alguno. Y lo mejor de todo: Emily no se había quejado de dolor de cabeza. El silencio podía ser buen presagio o mala señal. O bien se estaban llevando bien, o la había encerrado en algún armario.

Lo cual no resultaba tan descabellado, dado que precisamente eso había hecho con la segunda institutriz.

Tras otro momento de tensa quietud, lady Presting se levantó.

—Discúlpeme, lord Stanhope. Iré a ver qué ocurre con el retraso en la cocina. —Se dirigió a la puerta y la abrió para hablar con el lacayo que esperaba al otro lado.

Lord Presting observó a su esposa distraído, luego metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó una pequeña petaca de plata.

—¿Quiere un trago? —le susurró a Stanhope.

—No, gracias.

Lord Presting se encogió de hombros.

—Lo necesitará después de una hora con Euphrenia. —Destapó la petaca y bebió de un trago.

—Espero no tener que aguantar siquiera una hora —murmuró Stanhope.

—¿Qué ha dicho? —Lord Presting tapó la petaca y la guardó justo cuando su esposa regresaba.

—Nada —respondió Stanhope.

Lady Presting sonrió con cierta tensión mientras volvía a sentarse en el sofá.

—Los refrescos llegarán enseguida, milord.

—Es usted muy amable, lady Presting. —Stanhope volvió a mirar el reloj.

Veinte minutos.

—¿Tiene otra cita, lord Stanhope?

Stanhope dirigió la mirada hacia lady Presting, que lo observaba con los ojos entrecerrados.

—En absoluto, milady. Solo me preguntaba cómo les iba a mi pupila y a su hija.

—Estoy segura de que se llevan de maravilla —aseguró Lady Presting—. Mi Anne es una niña obediente y dulce. No tengo duda

de que ella y la señorita Everton congeniarán perfectamente. Al fin y al cabo, ambas son jóvenes de buena familia y educación refinada.

—Una de ellas sí —murmuró Stanhope.

—Disculpe, ¿qué ha dicho, milord?

Stanhope esbozó una sonrisa cortés.

—He dicho que, por supuesto, tiene usted razón. Me temo que no poseo su experiencia en lo que atañe a Emily, milady.

Lady Presting asintió con aire majestuoso.

—Es natural que le preocupe el comportamiento social de su pupila, lord Stanhope, sobre todo al no tener pariente femenina que la guíe. Sin embargo, puedo asegurarle que me parece una joven muy agradable, aunque aún algo tosca. Quizá aprenda un par de cosas de Anne para pulir sus asperezas.

—Eso, milady, sería de gran ayuda.



—¡Cógela! —chilló Anne, saltando arriba y abajo.

—Casi la tengo**...** ¡Maldita sea, se dirige hacia ti! —Emily se abalanzó sobre el montón de heno tras el gatito gris pálido—. ¡Rápido, ven por aquí!

Anne corrió alrededor del heno tras la pequeña criatura. El gatito, al darse cuenta de que estaba atrapado, giró bruscamente y desapareció entre el heno. Emily chilló y saltó tras él.

—Tú cava por ese lado y yo cavaré por este —dijo Anne jadeando, hurgando en el heno. La paja se le enredaba en los rizos y en el encaje del vestido—. Si lo hacemos por ambos lados, seguro que lo encontramos.

—Siempre he querido tener una mascota —murmuró Emily, poniéndose a cuatro patas sobre la paja. Cavaba con la misma frenética energía que Anne, y la paja le pinchaba los dedos como si fueran picaduras de mosquitos—. Qué suerte que tu gato tuviera gatitos.

—Y qué mala suerte que abriéramos la puerta del establo —replicó Anne—. ¿Quién iba a saber que esa cosita corría tan rápido?

—Solo quería acariciarlo. —Emily extendió las manos entre la paja, esparciéndola por todas partes—. Al menos se metió en este establo. Y menos mal que estaba vacío.

—Con la puerta cerrada no podrá escapar —añadió Anne—. Lo encontraremos pronto.

—Espero que el primo Michael me deje quedármelo —confesó Emily—, aunque tenga que tenerlo en el granero. —Frunció el ceño al ver el heno esparcido—. ¿Dónde se ha metido el pequeño?

—Quizá, si nos quedamos muy quietas, pensará que nos hemos ido —sugirió Anne, quitándose un trozo de paja que colgaba de la manga—. Seguro que saldrá en cuanto crea que nos hemos marchado. Creo que lo hemos asustado.

—Tienes razón.

Las dos niñas se quedaron muy quietas y en silencio, y al cabo de unos instantes vieron recompensada su espera cuando una parte de la paja se movió, seguida de un pequeño maullido del gatito asustado. Un momento después, la cabecita del animal asomó entre la paja.

Emily cogió al gato en brazos y se sentó de nuevo sobre la paja, acallando al gatito que maullaba lastimosamente.

—Ya está, ya está. No te haremos daño.

Anne se arrastró por el heno hasta donde estaba sentada Emily y extendió la mano para rascar al pequeño gato detrás de las orejas. Este dejó de maullar inmediatamente y arqueó la cabeza hacia ella.

Unos instantes después, el pequeño cuerpo del gato comenzó a vibrar al empezar a ronronear.

Anne se rió.

—Todo su cuerpo tiembla por los ronroneos. Sigue rascándole.

—Lo haré. Emily acarició el lomo del animal con la mano y se detuvo para rascarle las ancas. El gatito levantó la cola en el aire, lo que hizo reír a las dos niñas. —Creo que lo llamaré Lancelot.

—Para que haga juego con tu Ginebra. —Anne suspiró—. Ojalá mamá me dejara tener un caballo más vivaracho para montar, pero el único que me deja montar es el viejo Dulcinea, al que monto desde que era un bebé. Creo que Dulcinea ni siquiera sabe galopar.

—¿No se supone que las damas saben montar a caballo? —preguntó Emily.

—Por supuesto, pero solo con faldas y a paso lento —respondió Anne haciendo una mueca—. A menudo pienso que mamá ni siquiera me dejaría hacer eso si no fuera un pasatiempo socialmente aceptable.

—Te invitaré a visitarme en Stanhope Hall —propuso Emily—. Allí podrás montar a caballo.

Anne negó con la cabeza.

—Ni siquiera allí; mamá insistiría en que montara el caballo más viejo y dócil que hubiera.

—No importa —replicó Emily—. Saldremos a montar y, cuando estemos lejos de la casa, cambiaremos de caballo y te dejaré montar a Guinevere. El primo Michael no insiste en acompañarme si llevo un lacayo.

—¿Harías eso por mí? ¡Eres la mejor amiga que podría tener! —Anne extendió un brazo para abrazar a Emily, y el pobre gatito soltó un maullido de protesta al quedar aplastado entre sus cuerpos. Riendo, las dos niñas se separaron y Anne le entregó el gato a Emily —. Toma. Ahora es tuyo.

—Mío —exclamó Emily con asombro. Volvió a rascar al gatito detrás de las orejas, lo que hizo que el pequeño felino ronronease extasiado—. Aunque no sé cómo voy a llevarlo a casa.

—No te preocupes por eso —trató de tranquilizarla Anne—. Haré que uno de los lacayos lo lleve a la finca de tu tutor. ¿Hay alguien en los establos en quien puedas confiar para que lo cuide?

—Peeves, nuestro mozo de cuadra jefe. Me conoce desde que nací.

—Entonces mañana enviaré a Lancelot a Stanhope Hall, a cargo de Peeves, el mozo de cuadra jefe. —Anne se alisó el pelo—. ¿Tengo paja por todas partes?

—Me temo que sí. ¿Y yo?

Anne asintió.

—Tendremos que arreglarnos antes de volver a la casa. Mamá me enviaría a Escocia a vivir con mis tías solteras si supiera que he estado retozando en el heno.

—Te arreglaré el pelo si tú me arreglas el mío —se ofreció Emily—. Así una de las dos podrá sujetar a Lancelot.

—Hecho. Te lo arreglo primero a ti.

Emily se movió hasta sentarse de espaldas a Anne. La otra niña le quitó la cinta verde sauce del pelo y empezó a peinarle los rizos con los dedos para quitarle la paja.

Con Anne arreglándole el peinado y su nueva mascota acurrucada en sus brazos, Emily se sintió invadida por una sensación de felicidad que nunca había experimentado. Nunca antes había tenido una amiga, una chica de su edad con la que poder reírse e intercambiar secretos. Alguien que la entendía y la quería tal y como era.

¡Y pensar que se había resistido a venir! Si Alis no la hubiera convencido, nunca habría conocido a Anne, nunca habría sabido lo que se sentía al ser aceptada tal y como era.

Conmovida hasta las lágrimas, miró por encima del hombro.

—Anne, nunca**...**

—Shhh —susurró Anne, deteniéndose en lo que estaba haciendo —. Viene alguien.

Emily se quedó muy quieta. Por su propio bien, no le importaba que la pillaran revolcándose en el heno y persiguiendo gatitos por los establos. Pero sabía que Anne se metería en problemas y quería conservar a su nueva amiga. Se quedó callada.

—Ha vuelto pronto, milord —dijo una voz masculina ronca.

—Es Ebbie —susurró Anne—. Es nuestro mozo de cuadra jefe. No dirá nada si nos ve.

Emily asintió con la cabeza.

—El caballo ha perdido una herradura —protestó una voz culta y arrastrada, llena de irritación—. Y he tenido que volver hasta aquí andando por ese camino embarrado con el animal. ¡Y mira! ¡Se me han estropeado las botas!

—Mis disculpas, milord —respondió Ebbie con calma—. ¿Le gustaría montar otro caballo?

—No hasta que me haya cambiado las botas. Mírelas. Mi ayuda de cámara se pondrá histérico.

—Puedo tener a Solomon listo en un santiamén, lord Fenton.

Anne frunció la nariz con disgusto.

—Es ese desagradable lord Fenton —susurró—. Siempre está gritando a los sirvientes.

Emily asintió y tragó saliva al oír cómo la voz del noble se alzaba.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? —gruñó lord Fenton, haciendo que un escalofrío de alarma recorriera a Emily—. Mis botas han sufrido por tu trabajo chapucero y voy a llegar tarde a mi cita.

—Los caballos pierden herraduras todo el tiempo —replicó Ebbie—. Lo único que puedo hacer es pedirle disculpas a Su Señoría y traerle otro caballo.

—¡Impertinente! —rugió lord Fenton—. ¡Harás lo que se te ordena!

—¡No puede hablarle así a Ebbie! —protestó Anne, justo cuando el mozo volvía a disculparse ante lord Fenton.

Emily apretó con más fuerza al gatito y comenzó a temblar.

—Cállate, Emily —le rogó.

Anne le lanzó una mirada molesta. Luego, la irritación desapareció de su rostro y fue sustituida por preocupación.

—¿Qué te pasa? Estás temblando.

—¡Lord Presting se enterará de esto! —rugió lord Fenton.

Emily se estremeció y cerró los ojos.

—No soporto los gritos —susurró—. Ojalá dejara de gritar.

—No te hará daño. —Anne se sentó junto a Emily y le rodeó los hombros con el brazo—. No pasa nada. No te hará daño.

—Lo sé. Pero tengo miedo de todos modos. —Una lágrima le resbaló por la mejilla—. Desde que era pequeña, me aterrorizan los hombres que gritan. Y no sé por qué.

—¿Me has oído, hombre? —vociferó lord Fenton—. ¡Tu amo se enterará de este atropello! Antes de que se ponga el sol, estarás buscando otro trabajo.

—Le he oído, milord —contestó Ebbie con voz tranquila—. Y Solomon estará listo cuando venga a buscarlo.

—¡No te atrevas a alejarte de mí! —Se oyó un estruendo. Emily se encogió.

—¡Ebbie! —susurró Anne alarmada. Tocó el hombro de su amiga—. Estaré aquí. Solo quiero mirar y asegurarme de que Ebbie está bien.

Emily asintió, aún aferrada al gatito, y abrió los ojos para ver a Anne asomarse por la puerta del establo.

Se oyeron murmullos y pasos apresurados. Luego, pasos que se alejaban a toda prisa. Emily suspiró y volvió a sentarse junto a su amiga.

—Bueno, lord Fenton se ha ido. Parece que simplemente ha dado una patada a un cubo de pienso en el establo. Probablemente se enfadó cuando Ebbie se alejó de él. Lord Fenton es muy altivo.

—Me alegro de que se haya ido —murmuró Emily, avergonzada —. Debes de pensar que soy una tonta.

—En absoluto. Todo el mundo tiene miedo de algo, y lord Fenton enfadado da mucho miedo. —Anne sonrió—. Deberías ver cómo reacciono yo al ver una araña. Me vuelvo completamente histérica.

Emily consiguió reír, pero todo su cuerpo parecía estar hecho de gelatina.

—Creo que quizá deberíamos volver a la casa, Anne. De repente no me encuentro muy bien.

—Por supuesto. Levántate. —Ayudó a Anne a levantarse y luego le quitó el gato de los brazos—. Le daré Lancelot a Ebbie con instrucciones de que lo lleve a Stanhope Hall. Luego nos turnaremos para quitarnos la paja de encima.

Emily asintió y se apoyó en la pared del establo. Sus piernas parecían no querer sostenerla.

Anne se detuvo antes de salir del establo.

—Ahora vuelvo —le aseguró a Anne—. Y te recuerdo lo que me prometiste sobre Guinevere.

—De acuerdo. —La débil sonrisa que Emily logró esbozar se desvaneció de sus labios cuando Anne se marchó para ocuparse del gato. Agotada, cerró los ojos y se obligó a dejar de temblar.

No había sido del todo sincera con Anne. Sí, le aterrorizaban los hombres que gritaban cuando se enfadaban. Los hombres que se volvían violentos, lanzaban objetos, daban patadas o golpeaban a las personas que les rodeaban.

Su primo Michael a veces gritaba cuando se enfadaba con ella, pero ella siempre conseguía mantener la calma hasta que salía de la habitación. Entonces cedía a su debilidad.

Pero esta vez había sido mucho peor que antes. Algo en este incidente le había quitado las fuerzas y la había dejado temblando de miedo. Algo en el tono o en los modales de lord Fenton le había tocado la fibra sensible. Había oído algo así antes.

En sus pesadillas.



La puerta del salón se abrió de golpe.

—Presting, exijo**...** —Lord Fenton se detuvo en seco en medio de su diatriba—. Stanhope. Lo siento, no le había visto.

—Lord Fenton, qué sorpresa —Lady Presting se puso en pie y miró nerviosa de Stanhope a Fenton—. Creía que se había ido al pueblo.

—Sí, pero el caballo perdió una herradura. —Fenton golpeó impacientemente su fusta contra el muslo y miró a lord Presting, que estaba guardando a escondidas la petaca en el bolsillo—. Presting, he venido a quejarme de su mozo de cuadra. Ha sido muy impertinente conmigo.

—¿Impertinente? ¿Ebbie? —Lord Presting frunció el ceño—. Estoy seguro de que se equivoca, Fenton.

—No se hizo responsable de que mi caballo perdiera una herradura, se quedó ahí parado y me preguntó descaradamente si

quería otro caballo. Ni siquiera le importó que el barro me hubiera estropeado mis botas favoritas.

—Qué escándalo —comentó Stanhope con tono sarcástico.

—A mí me parece que hizo lo que debía —opinó lord Presting, frunciendo los labios, pensativo—. Te ofreció otro caballo, ¿no? Bueno, pues ya está.

Fenton soltó un suspiro de exasperación y miró expectante a lady Presting.

Ella esbozó una sonrisa débil.

—Es muy difícil encontrar buenos sirvientes en el campo, milord.

—Evidentemente. —Fenton clavó una mirada iracunda en lord Presting—. Espero que haga algo al respecto, Presting.

A Stanhope no le gustó el tono exigente de Fenton, por lo que sugirió con suavidad:

—Quizá debería hablar con su criado, Presting. Para aclarar el asunto.

—Cierto. Así haré. Gracias, Stanhope —asintió lord Presting. Miró a Fenton—. Hablaré con Ebbie, Fenton. Lamento lo de sus botas.

Lord Fenton negó con la cabeza y, con un bufido de disgusto, dio media vuelta y salió furioso de la habitación.

Se produjo un momento de silencio incómodo.

—Le pido disculpas, lord Stanhope —se excusó lady Presting mientras tomaba asiento con lentitud—. Esperaba que lord Fenton estuviera en el pueblo todo el día.

—No pasa nada, milady. —Stanhope consiguió pronunciar las palabras con bastante calma, aunque por dentro estaba conmocionado. ¿Acababa lady Presting de disculparse con él por la presencia de Fenton?

—No exactamente. —Juntó las manos sobre el regazo—. Entiendo que usted y lord Fenton han llegado a algún tipo de... entendimiento. Pero, aun así, esperaba poder arreglar las cosas para que ustedes dos no tuvieran que verse.

—Como he dicho, no tiene importancia.

—¿Lo has oído, Euphrenia? No tiene ninguna importancia. —Lord Presting se rió entre dientes y dio una palmada en el brazo del sofá—. Son dos hombres maduros. Déjalo estar.

Lady Presting se sonrojó y miró a su marido, que estaba claramente ebrio.

—Como quieras, Peter.

En ese momento, Anne entró en la habitación, del brazo de una Emily pálida y algo temblorosa.

—Mamá —intervino Anne—, la señorita Everton no se encuentra muy bien.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó lady Presting, incorporándose de inmediato para ayudar a Emily a sentarse.

Stanhope consultó el reloj. Milagro de milagros, la joven había aguantado casi una hora.

—¿Habéis estado las dos en el jardín todo este tiempo? —inquirió lady Presting—. El exceso de aire no es bueno para la salud de una joven.

—No hemos estado fuera mucho tiempo —repuso Anne con modestia.

—Sea como sea... —lady Presting negó con la cabeza—. No importa. ¿Puedo ayudarla, señorita Everton? ¿Se encuentra mal? Puedo pedirle a mi doncella que traiga un poco de amoníaco.

Stanhope se levantó, decidiendo que la farsa ya había durado bastante.

—¿Qué te pasa, Emily? —preguntó—. ¿Te duele la cabeza?

En lugar de la respuesta afirmativa que esperaba, Emily negó débilmente con la cabeza y se llevó la mano al estómago.

—Me encuentro mal, primo Michael.

Stanhope frunció el ceño al oír el débil sonido de su voz. Se acercó a ella y observó que su pupila estaba inusualmente pálida. El brillo había desaparecido de sus ojos y tenía la expresión insegura de alguien que podría vomitar en cualquier momento. Le tomó la mano y se alarmó al encontrarla fría y temblorosa.

¡Dios mío, estaba realmente enferma!

Conmocionado, le soltó la mano y dio un paso atrás. Pensar. Tenía que pensar. ¿Qué debía hacer?

—Primo Michael —susurró Emily con tono lastimero.

—Estoy aquí —murmuró él, tomando una vez más su fría mano entre las suyas.

—¿Llamo al médico? —preguntó lady Presting.

—No —gimió Emily, aferrándose a la mano de Stanhope con una fuerza sorprendente—. Llévame a casa, primo Michael. Solo quiero irme a casa.

—Entonces iremos. —La tomó en brazos, se detuvo para saludar con la cabeza a lord Presting y luego se volvió hacia su esposa—. Por favor, perdone nuestra precipitada partida, milady.

—Por supuesto, por supuesto —respondió lady Presting, haciendo un gesto tranquilizador con las manos—. Manténganos informados de cómo evoluciona, milord.

—Anne—susurró Emily.

—¿Sí, Emily? —Anne se acercó, pero su madre la detuvo con la mano.

—No te acerques tanto, Anne —murmuró lady Presting—. No lo olvides.

—No lo haré —respondió la señorita Harcroft con una sonrisa.

Alzó la vista hacia Stanhope, y este se sorprendió al ver un destello de vida en los ojos azules de la joven.

—Cuídela mucho, milord. Nos hemos hecho muy amigas.

Stanhope asintió con gravedad.

—Así lo haré, señorita Harcroft.

Tras saludar con un leve gesto a los presentes, salió del salón con su pupila en brazos, resguardándola con firmeza.

Capítulo 12

Alis estaba sentada en la sala de música de Norbert Chase y frunció el ceño una vez más al mirar el reloj. Su profesora llevaba casi media hora de retraso. Muy extraño.

Aunque solo había recibido dos clases con la signora Vitessa, cada vez estaba más convencida de que la música podría ser su vocación. La antigua cantante de ópera ya había descrito su voz como «algo que nunca había oído antes» y le había recomendado varias lecciones para desarrollar su oído musical.

A Alis le halagaba que la signora la considerase tan prometedora. Sin duda, la música estaba resultando mucho más satisfactoria que la botánica o la cría de perros.

Volvió a mirar el reloj. Cuarenta minutos.

¿Habría anotado mal la cita? No, era jueves a las tres en punto.

Jueves. El mismo día en que Emily iba a visitar a la hija de lady Presting. Alis frunció el ceño de nuevo. Maldición, no quería pensar en Stanhope hoy.

Su conversación sobre el matrimonio del domingo la había tomado por sorpresa, al igual que la pasión que le había mostrado. ¿Por qué de repente estaba tan decidido a casarse con ella? No podía ser que se hubiera enamorado de ella.

Por supuesto que no.

Alis suspiró y pasó los dedos por el teclado del pianoforte. Las notas flotaban en el aire como palabras no pronunciadas entre amantes, y luego se disolvieron en silencio.

Si la amara, sería peor, se aseguró a sí misma. Después de todo, como él no la amaba, era más fácil resistirse a él.

¿No?

Dios mío. Alis se sentó pesadamente en el banco del pianoforte y pulsó las teclas sin rumbo fijo. *Plink, plink*. Apenas podía resistirse a él tal y como estaban las cosas. Si él descubría lo vulnerable que era para él....

Plink, plunk. Quizá ya lo había descubierto. Quizá aquel... incidente en su salón la había delatado. ¿Sospechaba algo? ¿Sabía que le había costado todo alejarse de él?

Plunk, plunk, plunk. Tenía que rechazarlo. Había hablado en serio. Toda su vida había vivido a la sombra de ser la hermana de Alex Chilton, y su hermano había supervisado cada uno de sus movimientos como si fuera una niña. Luego había escapado a Inglaterra para conocer al abuelo que nunca había conocido, solo para descubrir que ahora era conocida como la nieta del duque de Wessex, y que la sociedad inglesa era tan restrictiva como lo había sido su antigua vida.

Por mucho que anhelara labrarse su propio camino en el mundo, por mucho que se lo hubiera jactado a Stanhope, era lo suficientemente realista como para comprender que probablemente tendría que casarse en algún momento. Era eso o vivir bajo el yugo de su hermano. Pero antes de casarse, necesitaba algo a lo que aferrarse, algo propio que viviera en su corazón, algún *lugar* donde solo fuera Alis.

Y hasta que encontrara ese lugar, no se atrevería a aceptar la propuesta de matrimonio de nadie. Especialmente la de Stanhope.

¿Cómo *le había ido* a Emily con la hija de Lady Presting? Estaba loca por saberlo.

Deslizó los dedos por el teclado y luego lo golpeó con fuerza. Un profundo zumbido resonó en la habitación. Se perdió en la nota, con los ojos cerrados, solo la música y los latidos de su corazón.

Alguien carraspeó.

Alis abrió los ojos de par en par. Algie estaba en la puerta de la sala de música.

—Mis disculpas, prima —anunció con cierta incomodidad—. Los sirvientes oyeron el pianoforte y se asustaron… Quiero decir, vinieron a buscarme para que te diera una mala noticia. Me temo que la signora Vitessa no vendrá hoy. Ni ningún otro día, por cierto.

—¿Por qué no? —Alis se levantó del banco de un salto—. ¿Está enferma? ¿Ha pasado algo?

—En absoluto. —Algie carraspeó, miró a la pared, al techo, al suelo—. La verdad es que le he pagado para que no te dé más clases de canto.

—*¿Qué*? ¿Qué te ha poseído para hacer algo así?

Norbert se estremeció al oír el tono cada vez más alto de su voz.

—A ver, prima, déjame que te lo explique.

—Por favor, hazlo. —Alis cruzó los brazos sobre el pecho y dio una patada en el suelo.

—Yo soy el señor aquí —proclamó él—, y es mi deber proteger a quienes están en mis tierras y en mi casa.

—Algie, por favor, ve al grano.

—Muy bien. La cuestión es... —Respiró hondo—. Tu voz cuando cantas es horrible, prima.

—Por eso contraté a una profesora de canto.

—Sí, bueno... —Carraspeó de nuevo, incómodo—. La cuestión es que la ama de llaves amenazó con dimitir si se rompía otra copa de cristal.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Estás diciendo que mi voz rompió tu cristal?

—Podría ser una coincidencia, supongo… aunque sucedió cada vez que cantaste. Y luego estaban los perros.

—¿Los perros?

—Sus aullidos molestaban a los sirvientes.

—¿Aullidos?

—Sí. —Finalmente la miró con expresión incómoda—. Prima, no creo que la música sea lo tuyo. Quizá deberías pensar en otra cosa.

—¡Se me están acabando las cosas que puedo probar! —exclamó, dejándose caer con frustración en el banco del pianoforte —. Pensé que al menos podría aprender a cantar, aunque no tuviera talento. La gente que se dedica a la música parece disfrutar de verdad… Esperaba encontrar algo de eso para mí.

Algie se rascó la oreja, incómodo.

—Alis, estoy tratando de entender lo que quieres hacer, pero lo admito: estoy desconcertado. La mayoría de las damas que conozco aspiran al matrimonio y a la maternidad. Tú me desconciertas.

—Algie, ¿no hay algún pasatiempo que te apasione? ¿Algo que simplemente te encante hacer? ¿Algo en lo que seas bueno?

—Soy bastante bueno con las cartas —respondió—. Y con la esgrima. Me encanta la intrincada danza de la esgrima, el silbido de la espada, la habilidad de un buen oponente.

—Eso es lo que quiero —dijo Alis, inclinándose hacia delante con seriedad—. Quiero saber que hay algo en el mundo que se me da bien, algo que me hace feliz con solo hacerlo.

—Hmm. —Algie se encogió de hombros—. Te deseo suerte en tu búsqueda... siempre y cuando no tenga que ver con cantar.

Alis suspiró.

—Me temo que tendré que renunciar al canto. ¿Qué más hacen las damas inglesas de buena cuna para pasar el tiempo?

—Jardinería

Alis negó con la cabeza.

—Sí, bueno, ya sabemos lo que pasó allí. ¿Qué tal la música o el bordado?

Alis puso cara de asco.

—El bordado me aburre hasta la exasperación.

—Acuarelas.

—¿Acuarelas? —repitió ella—. Pintar... eso podría ser una posibilidad.

—Ciertamente, —asintió Algie—. Muchas damas se dedican a las acuarelas. Y tengo entendido que pintar puede ser una pasión muy absorbente.

—Eso podría gustarme —murmuró Alis—. Pintar... pero no tus insípidas acuarelas. —Le dedicó una enorme sonrisa—. Óleos.

—¿Óleos? Pero ensucian muchísimo y huelen fatal.

—Siempre puedo llamar a la signora Vitessa —replicó Alis, mirándolo de soslayo.

—Sin embargo —continuó Algie sin perder el ritmo—, pintar es tranquilo, ¿no? Y supongo que podemos ponerte en una habitación alejada del resto de la casa, donde el olor no se propagará.

Alis saltó del banco y aplaudió.

—¡Algie, eres el mejor de los primos!

Él se sonrojó un poco.

—Sí, bueno, al menos pintar es una actividad femenina, bastante inobjetable.

—Creo que iré al pueblo inmediatamente a ver si consigo los materiales necesarios. —Alis se acercó y, impulsivamente, le besó en la mejilla—. Gracias, Algie.

Norbert se sonrojó aún más y Alis salió apresurada de la sala de música.

—Atrevida americana, —le dijo con cariño mientras se alejaba.

Su risa le llegó desde el pasillo.



Stanhope acunaba el delgado cuerpo de su pupila contra él en el carruaje. Sus finos dedos se aferraban a su brazo, una muestra clara de la gravedad de su estado. Normalmente, evitaba tocarlo siempre que podía.

Parecía tan pequeña, tan frágil, despojada de toda rebeldía. En ese momento no era más que una niña huérfana que dependía de él para que su mundo no se desmoronara.

Reclinó la cabeza contra el respaldo del asiento, abrumado por el peso de la responsabilidad. Le costaba respirar. El corazón le latía con fuerza y los dedos le temblaban al acariciarle el cabello.

Estaba aterrorizado.

¿Qué sabía él de niños, y menos aún de niños enfermos? Lo único que podía hacer era llevar a Emily a casa lo antes posible y llamar al médico. Sin duda, eso era lo correcto. El médico sabría qué hacer.

—Por favor, no te preocupes, primo Michael —susurró Emily—. Estoy segura de que pronto me sentiré mejor.

—Llamaré al médico en cuanto lleguemos a casa —respondió él —. No te preocupes, Emily. Yo te cuidaré.

Ella no dijo nada más, pero se acurrucó un poco más contra él. Él apoyó la cabeza sobre la suya.

—Yo te cuidaré —repitió en voz baja.



—No puedo creer que no haya pinturas al óleo en ninguna de las tiendas del pueblo —dijo Alis, caminando con paso firme por la calle principal, reflejo de su creciente impaciencia—. Tendremos que pedirlas a Londres, supongo.

—No hay mucha demanda de esas cosas en el campo —comentó Lizzie, su doncella, esforzándose por seguirle el ritmo—. La mayoría de las damas usan acuarelas.

—Yo no soy como la mayoría de las damas. —Alis se detuvo en seco—. Lizzie, ¿no es esa la librea de lord Stanhope?

Lizzie se frenó justo a tiempo para no chocar con ella, recuperó el equilibrio y entrecerró los ojos.

—¿Se refiere al carruaje que hay delante de la casa del médico? Sin duda parece el escudo de lord Stanhope, señorita.

—Alguien debe de estar enfermo. —Alis se adelantó a paso aún más rápido, con Lizzie siguiéndola a toda prisa, y llegó al carruaje justo cuando el médico salía corriendo de la casa con su maletín negro en la mano.

Un lacayo saltó del carruaje y abrió la puerta para que el médico pudiera subir. Alis reconoció al sirviente de sus anteriores visitas a Stanhope Hall.

—¿Qué ha pasado, Matthew? —preguntó Alis al lacayo—. ¿Hay alguien herido?

—Es la señorita Emily —respondió Matthew—. Se ha puesto enferma esta tarde en casa de Lady Presting. —Cerró de un portazo la puerta del carruaje.

Alis se interpuso para impedir que volviera a subir.

—¿Era un dolor de cabeza?

El lacayo negó con la cabeza.

—No, señorita, está temblando y muy débil. Su señoría ha enviado el carruaje para llamar al doctor Peters.

El médico asomó la cabeza por la ventana.

—¡No puedo ayudar a la chica hasta que lleguemos, así que dejen de parlotear!

Matthew asintió con la cabeza y subió a su asiento.

Alis abrió de un tirón la puerta del carruaje.

—¡Esperen! ¡Yo también voy!

—¡Señorita Huntly-Chilton! —protestó Lizzie.

Alis se subió al carruaje y se sentó en el asiento opuesto al del médico. Luego cerró la puerta con un golpe seco y miró por la ventana.

—Lizzie, lleva nuestro carruaje de vuelta a Norbert Chase y dile a mi primo dónde estoy.

—Pero, señorita**...** —comenzó la criada.

—Señorita Huntly-Chilton —la interrumpió el médico desde el otro lado del carruaje—, usted sabe que esto no es precisamente apropiado.

—La decencia no tiene cabida ante la enfermedad de una joven, doctor Peters. —Alis cruzó los brazos sobre el pecho y lo miró con ira—. Conozco muy bien a la señorita Everton y quizá pueda ayudarla. Voy a ir. —Levantó la barbilla y entrecerró los ojos, desafiándolo en silencio a que siguiera discutiendo.

Él la observó durante un momento y luego suspiró.

—Es usted estadounidense, ¿verdad?

—Sí.

—Eso lo explica. —Asomó la cabeza por la ventana—. ¡Vamos, cochero! —gritó.

—¿Eso lo explica? —repitió Alis mientras el carruaje se ponía en marcha.

Algo ofendida, le dirigió al doctor su mirada más altiva.

Él se limitó a encogerse de hombros y ponerse cómodo en el lujoso asiento.

—He conocido a algunos estadounidenses. Todos ellos son tan testarudos como mulos.

—Ah. —Aplacada, Alis observó el paisaje que se deslizaba a toda velocidad—. Entonces no pasa nada.



Stanhope caminaba de un lado a otro en el vestíbulo. ¿Dónde demonios estaba el médico? Había enviado su carruaje, con los caballos más veloces, hacía más de un cuarto de hora para traerlo. ¿Por qué tardaba tanto?

Quizá debería haber ido él mismo a buscar a Alis.

No. No podía seguir acudiendo a ella cada vez que surgiera un problema con Emily, sobre todo después de su rechazo tan tajante. No quería que pensara que era un inepto, perdido sin su ayuda, incapaz de cuidar a su pupila.

Aunque, en el fondo, eso era exactamente como se sentía.

No, si quería ser un buen tutor para Emily, debía aprender a manejar esas emergencias por sí mismo.

Ojalá supiera con certeza que estaba haciendo lo correcto.

Entonces, el traqueteo de las ruedas en el camino captó su atención. Abrió la puerta de un tirón, incluso antes de que Grimm alcanzara el pomo, y salió corriendo justo cuando el carruaje se detenía.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó mientras Matthew, el lacayo, saltaba para abrir la puerta del carruaje.

—Ha habido una pequeña complicación, milord —respondió Matthew respetuosamente.

—¿Qué tipo de complicación? —exigió Stanhope—. ¿No estaba el médico?

—No, milord. No es esa la complicación.

—¿Entonces cuál?

—Me temo que yo soy la complicación —respondió Alis, apareciendo en la puerta del carruaje.

Stanhope solo pudo mirarla, atónito. ¿Cómo podía estar allí? Era como si la hubiera convocado con la sola fuerza de su voluntad, y tan agradecido por aquel milagro, no hizo más que tenderle la mano en silencio y ayudarla a bajar.

Ya con los pies en tierra firme, ella se plantó frente a él.

—Estaba en el pueblo y me impuse a su lacayo. Me temo que no pudo impedir que viniera.

Incapaz de articular palabra ante su presencia, el silencio se instaló entre ambos, mientras la incertidumbre nublaba sus ojos azules. Bajó la mirada.

—Perdona si me he entrometido donde no debía —susurró.

Por fin recuperó la voz.

—No te preocupes. —La emoción le ahogaba la garganta. Estaba tan hermosa con su vestido verde pálido que, en ese instante, la habría considerado exquisita aunque fuera la mujer más fea de toda Inglaterra. De algún modo, su sola presencia le otorgaba calma—. Eres muy bienvenida, Alis.

—Gracias.

—¿Es usted el médico? Soy lord Stanhope.

—Soy el doctor Peters, milord. ¿Dónde está la señorita Everton?

—Mi ama de llaves le indicará el camino. —Señaló a la señora Milton, que estaba cerca.

El médico asintió con rapidez y siguió a la regordeta ama de llaves al interior de la casa.

Stanhope se volvió hacia Alis. Ella lo observaba con calma, y él sintió cómo parte de su ansiedad se desvanecía. Sin apartar la mirada, tomó su mano y la llevó a sus labios.

—Gracias por venir.

Su sonrisa ahuyentó las sombras de su alma.

—No podía quedarme sin venir. —Le ofreció el brazo y la condujo al interior.



Alis permitió que Stanhope la guiara hasta la casa. Entregó sombrero y guantes al mayordomo con movimientos automáticos, consciente de que él seguía cada gesto con esos enigmáticos ojos oscuros. Era capaz de permanecer inmóvil cuando quería, y su mirada penetraba con una intensidad casi incómoda. Las mariposas revoloteaban en su estómago al volverse hacia él.

—¿Alguien podría indicarme dónde está la habitación de Emily? —preguntó.

—Yo mismo te acompañaré.

Aunque la frase salió con naturalidad, la puso nerviosa. Solo pensar en subir las escaleras con él le llenaba la mente de ideas impropias.

Emily. Debía pensar en Emily.

—Gracias, milord —respondió con una sonrisa cortés, pero mientras ascendían la larga escalera hacia la habitación, era muy consciente de la presencia de Stanhope a sus talones.

Al llegar a la habitación de la joven, Alis llamó suavemente y una criada entreabrió la puerta.

—He venido a ver a la señorita Emily —susurró Alis.

—Sí, señorita. Se alegrará de verla. —La criada abrió la puerta lo suficiente para que Alis entrara, pero cuando Stanhope hizo ademán de seguirla, la mujer dio un grito ahogado de alarma.

Alis miró hacia atrás y comprendió la situación de inmediato. Se volvió y bloqueó a Stanhope cuando este iba a entrar en la habitación.

—¿Qué haces? —exigió él—. Quiero oír lo que tiene que decir el médico.

—Tienes que esperar —murmuró Alis, bajando la voz y sujetando la puerta con firmeza mientras la criada se retiraba a la habitación de la enferma—. Emily está desnuda. No es apropiado que la veas así.

—Que le den a la modestia —gruñó él—. La niña está enferma. ¡Soy su tutor, maldita sea!

Cuando intentó entrar a empujones, Alis puso la mano en su pecho y lo detuvo. Él se quedó paralizado. Al ver la mirada tan intensa que le dirigía, ella retiró la mano con suavidad.

—¿No has pensado que Emily podría sentirse avergonzada si te ve ahora? ¿Que se podría poner peor si se altera?

La furia se esfumó de su rostro.

—No quiero ponerla más nerviosa.

—Entonces déjale algo de intimidad. El médico te contará todo cuando termine. Te mantendré informado, lo prometo.

Él suspiró, cansado, y se frotó la cara.

—Está bien. Cuando termine el médico, mándalo a mi despacho.

—Lo haré —aseguró ella.

Él miró hacia la habitación.

—Llegó tan pálida en el carruaje... tan pequeña...

—Todos los niños se enferman alguna vez —lo tranquilizó Alis —. Seguro que mañana ya estarás discutiendo con ella otra vez.

—Nunca pensé que diría esto, pero lo deseo de verdad — extendió la mano para tocarle la mejilla y la retiró—. Te la dejo en confianza, Alis. Cuida de ella por mí.

Ella tragó saliva con dificultad, sintiendo que el pulso se le aceleraba por aquel breve y tierno contacto.

—Lo haré. Tienes mi palabra.

Cerró la puerta con firmeza.

Se recostó contra el portal, cerró los ojos y respiró hondo. Luego, otra vez. Su corazón seguía acelerado y su cuerpo cantaba. Incluso en ese momento tan serio, la atracción entre ellos ardía con tanta intensidad que le robaba los sentidos.

Tenía que hacer algo con Stanhope. Pero no sabía qué.

Emily la vio entonces y la llamó. Apartando de su mente al atractivo conde, Alis centró su atención en la niña que la necesitaba.

Capítulo 13

Stanhope estaba sentado tras su escritorio, mirando fijamente los libros de contabilidad y los papeles dispersos sobre la mesa. ¿Qué le había hecho pensar que sería capaz de trabajar mientras esperaba el veredicto del médico?

En aquel momento le había parecido una buena idea, pero ahora, al intentar llevarla a cabo, se daba cuenta de que no lograba concentrarse lo suficiente para sumar una columna de números o leer una carta. Su mente se escapaba constantemente hacia el drama que se desarrollaba arriba.

Se recordó a sí mismo que los niños se enfermaban con frecuencia. Había aprendido, gracias a su ama de llaves, que los niños no solo enfermaban, sino que lo hacían de manera muy dramática, con vómitos y fiebre ante la más leve dolencia. Pero Emily no era una niña cualquiera.

¿Qué haría si las noticias eran malas? ¿Y si Emily había contraído alguna enfermedad mortal? ¿Cómo enfrentaría una noticia tan terrible?

Hasta ahora, no se había dado cuenta de lo mucho que quería a esa niña. Era el único miembro de su familia que nunca lo había criticado, que nunca lo había menospreciado. Al contrario, siempre lo había admirado, y de pequeña solía llamarlo su —caballero blanco—. Incluso a los seis años, Emily estaba fascinada por las historias de caballeros, damiselas y monstruos derrotados.

¿Cómo podría soportar que le pasara algo?

Las manos le temblaban al pensarlo, y dejó con cuidado la pluma que sostenía. Emily estaría bien. Tenía que estarlo. Se negaba a pensar otra cosa.

Pero ¿y si no era así?

Se apartó del escritorio y se levantó para recorrer la habitación. Ella *estaría bien*. Si estaba en su mano, se recuperaría por completo y mañana volvería a molestarle.

Un suave golpe llamó su atención.

—¡Adelante! —gritó.

Grimm abrió la puerta.

—El doctor Peters desea verle, milord. —Gracias, Grimm. El mayordomo se hizo a un lado para dejar entrar al médico en la habitación y luego se retiró en silencio. Stanhope se enfrentó al doctor, agarrándose con ambas manos al respaldo de la silla de su escritorio.

—¿Y bien, doctor?

—Su pupila se recuperará, milord.

El alivio le quitó las fuerzas, pero en lugar de dejar que las rodillas se le doblaran, su educación y su orgullo mantuvieron la espalda recta y la expresión impasible.

—¿Está bien, entonces? ¿Qué le ha pasado?

—Por lo que puedo deducir, lord Stanhope, algo parece haber asustado mucho a la joven, lo que le provocó un fuerte ataque de vapores.

—¡Vapores! —Stanhope no se dio cuenta de que había gritado hasta que vio que el médico se estremecía—. Doctor Peters, mi pupila no se desmayó, como es habitual en un ataque de vapores, y no dio ninguna señal de que estuviera luchando contra el impulso. ¿Está seguro de su diagnóstico? Tenía la piel pálida y húmeda, y sentía náuseas.

—Todos esos son también síntomas de los vapores.

Stanhope frunció el ceño al médico, que se mostraba tranquilo y seguro de sí mismo.

—¿Y dice que algo la asustó? ¿Dijo quién o qué?

El médico negó con la cabeza.

—Esa es mi propia conclusión, milord. ¿Le tiene miedo a algo la señorita Everton? ¿A los insectos? ¿A los caballos? Ella dijo que estaba cerca de los establos cuando se sintió mal.

Stanhope soltó una carcajada.

—Emily no le tiene miedo a nada. Y en cuanto a los caballos, la muchacha es una auténtica Diana a caballo.

—Entonces no tengo otra explicación, milord. Sufrió algún tipo de susto o conmoción. Solo ella puede decirle por qué.

Stanhope frunció el ceño y dio unos golpecitos con los dedos en el respaldo de la silla.

—¿Qué hay que hacer para acelerar la recuperación de mi pupila, doctor Peters?

—Como desconozco la causa de la dolencia, solo puedo tratar los síntomas —manifestó el médico—. Recomiendo que permanezca en cama el resto del día. Corra las cortinas, manténgala tranquila y déle comidas ligeras por ahora. Un poco de caldo y pan deberían ser suficientes. También le he dejado un poco de láudano para ayudarla a dormir.

—Muy bien.

El médico dudó un instante y añadió:

—Sería conveniente que la persuadiera para que durmiera, milord. Es lo mejor para ella en este momento.

—Creí haber escuchado que ya le había dado láudano.

—No, milord, he dicho que dejé el láudano —replicó con una leve sonrisa—. Su pupila es una joven muy testaruda, lord Stanhope.

Se negó a tomarlo hasta que le permitieron hablar en privado con la señorita Huntly-Chilton. Nos expulsó a todos de la habitación.

—Ya veo. —Stanhope miró con curiosidad al techo, como si pudiera ver a través de él y llegar hasta el dormitorio de arriba. ¿Qué tenía que decirle Emily a Alis que fuera tan importante como para necesitar total privacidad? ¿Estaría contándole quién o qué la había asustado?

Fuera lo que fuera, él tenía que saberlo. ¿Cómo podría protegerla si no?

—Si me permite, lord Stanhope, desearía regresar al pueblo —comentó el médico, dirigiendo la palabra al conde—. Pasaré mañana a ver cómo se encuentra la señorita Everton.

—Por supuesto. Gracias, doctor.

El doctor Peters hizo una reverencia.

—Es un placer, milord. Por favor, llámeme si necesita algo.

Una vez que el médico hubo abandonado la habitación, Stanhope se rindió y se dejó caer en su silla. El alivio absoluto al saber que Emily se recuperaría rápidamente lo había dejado tan débil como un potro recién nacido.

Y igual de tembloroso.

¿Qué habría hecho si la hubiera perdido?

La sola idea lo hizo levantarse de la silla y cruzar la habitación hasta la licorera que guardaba en el estudio. Tenía los nervios a flor de piel y le temblaban las manos.

—Como una maldita mujer —murmuró.

Cogió la licorera y una copa, se sentó detrás del escritorio y se sirvió la primera copa.

¿Qué podía haber asustado tanto a Emily como para sucumbir a un mal tan femenino como los vapores? ¿Acaso la joven Anne había sido cruel con ella? ¿Quizás le había gastado alguna broma

para asustarla? Las dos chicas parecían bastante amigas, pero si Anne había herido los sentimientos de Emily de alguna manera...

Bueno, alguien lo pagaría.

Ojalá supiera lo que había pasado. Aunque le dolía que Emily no confiara en él, se consolaba pensando que Alis llegaría al fondo del asunto y, por supuesto, le contaría lo que había pasado.

Era curioso, pero en otros tiempos la idea de depender de alguien para resolver un problema le habría resultado insoportable. Sin embargo, tratándose de Alis... bueno, no le molestaba en absoluto.

Se sirvió una segunda copa de brandy, miró por la ventana e intentó calmar sus nervios mientras esperaba la llegada de Alis.



Los vapores.

Alis había oído el diagnóstico del médico, pero nunca habría pensado que una joven tan activa y valiente como Emily pudiera sucumbir a una dolencia tan femenina. Aun así, la chica *estaba* comenzando su viaje hacia la feminidad. Quizás eso tuviera algo que ver.

Se sentó en la silla junto a la cama de Emily y reprimió una sonrisa cuando la chica despidió imperiosamente tanto a los sirvientes como al médico. A pesar de su frágil apariencia, el espíritu de Emily seguía imperturbable.

Una vez que la puerta se cerró tras los expulsados, Emily se volvió hacia Alis y se burló:

—¡Qué charlatán!

—No lo creo —respondió Alis con indiferencia—. El doctor Peters parece muy competente.

—Señorita Huntly-Chilton, por favor. —La exasperación de Emily se reflejó en el movimiento de sus ojos—. Dijo que sufría de vapores. ¡Mi primo Michael pensará que soy una completa tonta!

—No creo que tu tutor piense tal cosa —respondió Alis—. Estaba muy preocupado y sin duda se sentirá aliviado al saber que tu enfermedad es algo tan común.

Emily resopló.

—Algo tan femenino, querrás decir.

—Bueno, al menos no te desmayaste.

—Gracias a *Dios*. —Los ojos de Emily se abrieron con horror, acentuando su palidez—. ¡Me habría avergonzado muchísimo!

—No lo hiciste, así que ni se te ocurra pensar en ello. —Alis se inclinó para arropar a la delgada figura de la joven—. ¿De qué querías hablarme? Sonabas muy enfadada cuando echaste a todo el mundo de la habitación.

Emily soltó una risita.

—Intentaba imitar a mi primo Michael.

—Pues lo conseguiste. Estabas muy imperiosa.

—Pero no grité. —La sonrisa se borró de su rostro—. Hay algo que me gustaría contarte. Hoy ha pasado algo un poco raro.

—¿Tiene que ver con la hija de lady Presting?

—No, para nada. —Emily sonrió—. ¡Anne es genial! Seguro que seremos las mejores amigas.

—Me alegra escucharlo.

—Necesito amigas, señorita Huntly-Chilton. —Emily se recostó en los cojines, con el rostro apagado—. Me siento muy sola.

—Querida niña... —Impulsivamente, Alis se levantó y la abrazó con fuerza—. No estás sola. Me tienes a mí, y también a tu primo Michael.

—Me gusta pensar que somos amigas —murmuró Emily—, o incluso hermanas. Me atrevo a decir que no tienes edad para ser mi madre.

—Tienes razón —rió Alis—. Y ya que somos amigas, o casi hermanas como tú dices, debes llamarme Alis.

—Alis —repitió Emily, probando el nombre como quien degusta algo nuevo—. Me alegro mucho de haberte conocido aquel día en el bosque. A veces necesito a alguien con quien hablar.

—Puedes hablar conmigo.

Emily asintió.

—Por eso he despedido a los sirvientes. Necesito hablar contigo.

—También puedes hablar con tu tutor —le recordó Alis—. Te quiere mucho.

—Si tú lo dices... —La expresión incrédula de Emily lo decía todo—. Siempre me está mandando y gritando. Antes era muy divertido.

Su voz se tornó tan llena de nostalgia que Alis le tomó la mano y se la apretó.

—Lo extrañaste mientras estuvo fuera, ¿verdad?

Emily asintió.

—En un momento estaba allí, paseando a caballo por los establos conmigo en la silla. Y al momento se había ido sin decir nada. Sin dejar una nota. Y papá no me decía adónde había ido.

Alis suspiró.

—Los hombres tienden a querer proteger a las personas que aman, Emily. Solo puedo suponer que tu padre intentaba protegerte de los rumores sobre tu primo. Te das cuenta de que eras prácticamente un bebé y que era imposible que entendieras todo ese lío.

—Podrían haberme dicho algo. —Emily apretó los puñitos—. Ese día esperé y esperé a que el primo Michael viniera a jugar conmigo a Arturo y Ginebra. Esperé todo el día y no vino. —Se le quebró la voz.

—Oh, Emily. —Alis se sentó en el borde de la cama y abrazó a la niña. Emily no se resistió. Enterró la cara en el hombro de Alis, con los puños aún apretados y los delgados brazos fuertemente envueltos alrededor de ella. Alis le acarició la espalda para tranquilizarla—. Emily, por favor, entiende que tu primo te quiere. No le dejaron ponerse en contacto contigo. Tu padre y tu abuelo lo prohibieron.

—Pero ¿por qué? —lloriqueó Emily—. Necesitaba saber qué le había pasado. ¿Por qué me hizo eso papá?

Alis volvió a suspirar.

—Como te he dicho, los hombres tienden a ser protectores, a veces en exceso. Quizá tu padre pensó que eras tan pequeña que con el tiempo te olvidarías de Michael.

—¡Nunca lo olvidé! ¡Nunca!

—Sé que no lo hiciste. —Le acarició el pelo—. Todos cometemos errores, Emily. Incluso los padres.

—Siempre pensé que era culpa mía —dijo Emily, sollozando, y se recostó de nuevo contra las almohadas.

—Y ahora sabes que no lo era. —Alis volvió a la silla junto a la cama—. ¿Qué ha pasado hoy, Emily? ¿Qué te ha asustado tanto?

Emily dudó.

—No estoy muy segura. Anne y yo estábamos en los establos y entró un hombre. Empezó a gritarle al mozo y, de repente, no podía respirar bien. De pronto sentí como si**...** —Se detuvo y respiró hondo.

Alis le puso la mano sobre la de la niña.

—No pasa nada, Emily. Aquí estás a salvo.

Emily tragó saliva con dificultad, como si el terror aún la atenazara.

—De repente sentí como si estuviera en medio de una de mis pesadillas —susurró.

Aunque muy preocupada, Alis mantuvo una expresión tranquila.

—¿Tienes pesadillas?

—Solía tenerlas. Ahora ya no tanto.

—Me alegro de oírlo. ¿Qué te asustó de ese hombre? ¿Lo recuerdas?

La niña frunció el ceño.

—Había algo en su voz que me resultaba familiar. Fueron los gritos lo que me asustó.

Al ver lo angustiada que se ponía Emily al hablar de ello, Alis dejó el tema. Le sonrió para tranquilizarla.

—Bueno, ahora estás a salvo. Seguro que tu tutor vendrá a verte enseguida.

Emily le dedicó una tímida sonrisa.

—Me abrazó en el carruaje, Alis. Y me sacó de la casa de Lady Presting, tal y como habría hecho Lancelot.

Alis parpadeó ante la admiración evidente en la voz de la niña. Al parecer, no sentía un rechazo total hacia Stanhope. De hecho, lo había convertido en su caballero andante. Eso era un buen augurio para el futuro.

—¿Lo ves? —murmuró Alis con una sonrisa—. Te dije que todavía se preocupaba por ti.

—Ya me lo habías dicho —replicó Emily, radiante—. Debería ponerme algo más apropiado para recibir al primo Michael, ¿no crees?

—Excelente idea —asintió Alis, poniéndose en pie—. Mandaré llamar a tu doncella antes de bajar a hablar con tu tutor.

—Gracias —respondió Emily mientras se estiraba—. Ya me siento mucho mejor.

—Me alegra escucharlo. —Alis se dirigió hacia la puerta, pero Emily la detuvo cuando tenía la mano en el pomo.

—Alis, ¿te quedarás con nosotros un rato? ¿Al menos para cenar?

Aunque sabía que no debía quedarse, que Stanhope era una tentación peligrosa, no pudo resistirse a la súplica de los ojos de Emily.

—Se lo diré a mi primo —aceptó—, siempre que tu tutor esté de acuerdo.

Emily cruzó los brazos, con una mirada decidida en los ojos.

—Yo me encargaré de ello.

Alis se rió.

—Eres incorregible, señorita Everton.

La risita de la joven le alegró el corazón mientras salía de la habitación en busca de Stanhope.

Este acababa de terminarse su segundo brandy cuando Grimm anunció que la señorita Huntly-Chilton deseaba hablar con él.

Ya era hora. Al menos no tendría que perseguirla por toda la casa para obtener respuestas.

—Que pase —ordenó, y se levantó cuando Alis entró—. Y Grimm, asegúrate de que no nos molesten.

Grimm asintió y se retiró, dejando la puerta entreabierta.

Alis puso las manos en las caderas y lo miró con recelo.

—He venido a hablar de Emily.

Y nada más. Bien podría haber gritado las palabras, tan clara era la implicación.

—Tengo toda la intención de hablar de Emily —respondió Stanhope. Levantó una ceja negra—. A menos, claro está, que prefieras hablar de asuntos de carácter más personal.

—No, claro que no. Ya he dicho todo lo que tenía que decir sobre ese tema.

Stanhope señaló con la mano una silla vacía.

—Entonces, siéntate, y hablaremos de mi pupila.

Alis ocupó la silla que él le indicó y él se acomodó en la suya.

—Estoy segura de que el doctor Peters habló contigo —comentó ella.

—Así es. —Se recostó en la silla, complacido por cómo se veía ella en su estudio. Ahora que había recuperado el control, podía relegar a un segundo plano los momentos de debilidad que había sentido antes, cuando temió por la vida de Emily. La atracción que siempre había sentido por Alis le resultaba familiar, casi tranquilizadora. Le recordaba que seguía siendo un hombre, no un pusilánime dominado por el miedo—. El doctor también me ha dicho que Emily pidió hablar contigo en privado.

—Sí, quería comentarme algunas cosas.

—¿Te importaría compartir alguna de ellas?

—No... no me gustaría.

Stanhope parpadeó.

—¿He oído bien? ¿No vas a contarme lo que te dijo?

—Has oído bien. Emily ha pasado por una experiencia traumática y confía en mí. No pienso traicionar esa confianza.

Él frunció el ceño.

—Alis, soy el tutor de la niña. El médico cree que algo la asustó. ¿No crees que tengo derecho a saber qué fue?

Alis se mordió el labio inferior. Stanhope siguió el gesto con la atención de un gato acechando a su presa, y no pudo evitar disfrutar de la excitación que le provocaba.

—En realidad, milord...

—Michael —la interrumpió él.

Ella le lanzó una mirada que podría haberlo hecho arder.

—Hay un par de cosas que creo que puedo contarte —concedió —, porque podrían ser importantes para el bienestar de Emily.

Por fin la verdad.

—¿Y cuáles serían?

—Por un lado, no le gusta que le grites. Le asusta.

—¡¿Qué?! —gritó él—. ¿No le gusta que *yo* le grite?

Alis hizo un gesto de dolor.

—Así es.

Stanhope frunció el ceño.

—¿Estás insinuando que yo soy en parte responsable de la enfermedad de Emily?

—En absoluto —replicó ella—. Pero tu tendencia a gritar como un toro enfurecido la pone nerviosa. Pensé que te gustaría saberlo.

—¿Un toro enfurecido? —Golpeó con los dedos el brazo de la silla, debatiéndose sobre cómo responder a semejante insulto—. Cuidado, querida Alis. No me gusta que me comparen con algo así.

Ella alzó la barbilla y sus ojos brillaron con obstinación.

—Entonces, quizá pienses antes de levantar la voz delante de la niña.

Stanhope se inclinó hacia adelante, sintiendo cómo el deseo por ella crecía con fuerza renovada. Era magnífica. ¿Cómo demonios esperaba vivir sin tenerla a su lado?

—¿Te atreves a darme órdenes, querida?

—Solo intento darte un consejo para ayudarte con tu pupila. —Le regaló una sonrisa dulcemente sarcástica—. Por supuesto, lo has estado haciendo de maravilla por tu cuenta.

—Te estás volviendo muy atrevida, Alis. No creas que por haber rechazado mi propuesta he renunciado a mi causa. —Sonrió como un pirata al verla abrir los ojos con sorpresa.

Ella tragó saliva.

—Ya te he dado mi respuesta, milord.

—Me llamo Michael. No pareciste tener problema en usarlo la última vez que estuviste en mi casa.

El color le subió a las mejillas.

—Han pasado muchas cosas desde entonces.

—Ciertamente. —Se recostó en la silla, dueño de su casa—. Y quién sabe qué puede pasar a partir de ahora.

Ella se agarró a los brazos de la silla y él sonrió; la encantadora estadounidense no era tan inmune como fingía.

Ella carraspeó.

—Emily está esperando que vayas a verla. Estoy segura de que no querrás decepcionarla.

—Por supuesto que no. —Se puso en pie y ella hizo lo mismo con rapidez—. ¿Algo más, Alis?

—Sí.

Tuvo que inclinar la cabeza para mirarlo; él disfrutó de la suave curva de su cuello, la gracia de su garganta, semejante a la de un cisne. Recordó el sabor de sus labios.

—Emily me pidió que me quedara a cenar. Dadas las circunstancias, creo que sería mejor que rechazara la invitación.

—¿Rechazar la petición de mi pupila cuando está tan enferma? —Negó con la cabeza y casi se rió al ver la consternación en ella—.

Ni se me ocurriría. Debes quedarte a cenar, Alis. Después de todo lo que ha pasado hoy, seguro que es lo mejor para Emily.

—Quizá sería más aconsejable que le llevaran la cena a su habitación —propuso Alis—. El médico dijo que debe dormir. —Le dedicó una sonrisa encantadora.

—¿No le dará miedo cenar conmigo?

Ella lo miró con recelo.

—No te temo, pero estoy aquí por Emily. Por favor, acuérdate de eso.

—Soy muy consciente. —Con una sonrisa satisfecha, extendió el brazo hacia la puerta—. ¿Quieres refrescarte un poco? Una criada te acompañará arriba.

—Con gusto, milord.

—Michael —la corrigió de nuevo, divertido al notar la chispa de irritación en sus ojos.

—Lord Stanhope —respondió ella con voz tensa y una sonrisa provocadora, disfrutando del juego entre ellos—. Te agradecería que avisaras a Norbert Chase de la situación. Y que quede claro que me quedo a cenar solo porque me lo pidió Emily.

—Ay, Alis, ¿por qué te empeñas en llamarme así? Ya te dije que me llames Michael.

—Porque no tienes derecho. —Le lanzó una mirada desafiante —. Además, me gusta molestarte un poco.

—Por supuesto, querida. No pensaba lo contrario. —La tomó del brazo para acompañarla fuera de la habitación, riéndose cuando ella se tensó—. Cálmate, Alis. Mientras te ocupas de tus necesidades, iré a ver cómo está Emily.

—Estoy tranquila —siseó ella.

—Ya lo veo. —Divertido y animado por su nerviosismo, la acompañó al vestíbulo y llamó a una criada para que la atendiera—. Nos vemos en la cena, señorita Huntly-Chilton.

—Quizá, milord. —Su tono gélido y la forma en que se puso rígida mientras seguía a la criada dejaban muy claros sus sentimientos.

Le entraron ganas de reír a carcajadas. Alis estaba lejos de ser indiferente hacia él. Observó el balanceo de sus faldas mientras subía las escaleras delante de él, más decidido que nunca a convertirla en su esposa. Esta última emergencia lo había decidido. Alis sería su mujer.

La necesitaba, al diablo con su reputación.

Y todo lo que tenía que hacer para conquistarla era demostrar su inocencia y hacer que se enamorara de él.

Capítulo 14

Debería marcharse. Alis miró el reloj de la repisa de la chimenea. Eran casi las siete y media. La cena había terminado, Stanhope disfrutaba de su oporto, y ella se había retirado, como correspondía a una dama, al salón. ¿Por qué seguía esperando? Debía irse ya, antes de que él se le acercara. Sin embargo, permaneció allí. Podía engañarse a sí misma, decir que era por Emily.

Pero Emily, pobre niña, había seguido el consejo del médico y tomado el láudano, cayendo en un sueño profundo y reparador mucho antes de que comenzara la cena, dejando a Alis sola con Stanhope en el comedor. Debería haberse marchado antes. Al ver a Emily dormida en su habitación, habría debido apresurarse a la seguridad de Norbert Chase. Pero le preocupaba que la niña despertara y descubriera que Alis había roto su promesa de quedarse a cenar.

Así que cenó con Stanhope, sola en aquel enorme y formal comedor que parecía mucho más pequeño con el apuesto y corpulento conde a su lado. El propio Stanhope era otro problema. Apenas había probado la comida y se había pasado toda la cena observando cada uno de sus movimientos con esos ojos oscuros. Su peculiar talento para permanecer inmóvil durante tanto tiempo le recordaba a una pantera, y ella se había sentido como una joven gacela, vulnerable, sentada frente a él.

Sus educadas conversaciones habían caído en saco roto, y fue un gran alivio poder escapar al saló

Debía marcharse**...** ahora. A pesar de su silencio durante la cena, a pesar de su mirada hambrienta, ella seguía deseándolo. Y eso era muy peligroso.

Su determinación de ser dueña de sí misma se debilitaba ante el deseo evidente de él, pero no se atrevía a ceder. La alternativa —aceptar una propuesta de matrimonio— la llevaría exactamente adonde no quería: a una vida en la que todo su tiempo y energía se dedicarían a su marido y a sus intereses, sin dejar nada para ella. Alis Chilton dejaría de existir, y todo cuanto la hacía única se desvanecería.

Si alguna vez se casaba, solo lo haría con un hombre que entendiera su necesidad de mantener una relación igualitaria. No podía aceptar menos.

Sin embargo, el matrimonio no tenía nada que ver con la pura atracción animal, y se sentía tentada a ceder a la pasión y olvidar todo lo demás. Lo único que deseaba era caer en los brazos de Stanhope y rendirse a su dulce persuasión.

La oleada de calor que la recorrió al tener esos pensamientos lascivos le dejó las cosas más claras que nunca. Si se quedaba, acabaría en su cama.

Inquieta por la fuerza de su reacción, se dirigió hacia la puerta a paso rápido. Buenas maneras o no, se marchaba**...** antes de hacer alguna tontería.

Abrió de un tirón la puerta del salón y casi chocó con Stanhope.

—¿De verdad te vas, Alis? —Su seductora voz envolvió sus sentidos como seda cálida mientras la tomaba por los brazos para sostenerla.

Estaba demasiado cerca, su tacto la distraía demasiado.

—Estoy segura de que Algie se estará preguntando dónde estoy. —Como él bloqueaba la puerta, se apartó de él y volvió al salón.

—Necesitarás mi carruaje —le recordó él, siguiéndola al interior de la habitación.

—Por supuesto. —Apretó los dedos para detener su temblor y trató de esbozar una sonrisa cortés—. Si fuera tan amable de llamar a uno...

—A su debido tiempo.

El brillo de sus ojos la puso en guardia.

—Lord Stanhope, creo que debería volver a casa de mi primo. Emily está dormida y sin duda seguirá así toda la noche.

—Ahora estamos solos, Alis. —Extendió la mano y le cogió la barbilla entre los dedos—. Llámame Michael.

Ella se apartó de él.

—No es correcto.

—Al diablo con las convenciones. —La atrajo hacia sí y la abrazó con fuerza. La audacia de su gesto la dejó aturdida—. Hay algo más entre nosotros que las convenciones sociales.

—Ese es precisamente el problema. —Se retorció entre sus brazos—. He venido aquí por Emily, no para entretenerle

—No eres el tipo de mujer con la que un hombre pierde el tiempo, Alis.

—Entonces déjame ir.

Él la abrazó con más fuerza.

—Me alegro de que hayas venido hoy.

El quiebro en su voz le hizo darse cuenta de que algo más que el deseo lo impulsaba. Dejó de intentar liberarse y lo miró profundamente a los ojos, fijándose en el brillo casi salvaje que no tenía nada que ver con el deseo.

Dios mío. Le tomó el rostro entre las manos, obligándole a mantener la mirada cuando él intentó apartarla.

—Hoy estabas asustado.

—Los condes de Stanhope no se asustan.

—Tonterías. Tenías miedo por Emily. —Sonrió con dulzura—. No pasa nada por admitirlo, ¿sabes? Es muy natural.

—Estaba un poco preocupado. —Ante su mirada cómplice, suspiró—. Está bien, admito que me preocupaba que le pasara algo terrible a la niña.

—Yo también estaba preocupada. Pero ahora está bien.

—Sí, ella está bien, pero yo no. —Stanhope apartó la mano de ella y cruzó la habitación con paso firme—. ¿Cómo voy a administrar estas propiedades y luchar contra la opinión de la sociedad si no soy capaz de mantener el equilibrio cuando se trata de una niña pequeña? Detesto la debilidad, sobre todo en mí mismo.

—No es debilidad admitir que te importa.

Se volvió hacia ella.

—Hago más que preocuparme por Emily, Alis. La adoro. Estaría completamente perdido si le pasara algo. —Soltó una risa áspera—. No imaginas el poder que tiene sobre mí.

—Michael...

—¿Sabes lo feliz que me hizo verte hoy? —la interrumpió él—. Me alegré tanto cuando bajaste del carruaje que casi me arrodillo y te beso los pies. Y no porque pensara que podrías ayudarme con Emily, sino porque no quería pasar por esto solo. Patético, ¿no crees?

Ella negó con la cabeza.

—Me alegré de poder ayudar.

—Al menos tuve el sentido común de llamar al maldito médico.

—Lo hiciste muy bien. Nadie podría haberlo hecho mejor.

—Parecía tan pequeña en el carruaje —murmuró él, perdido en sus recuerdos—, tan indefensa. Yo me sentí impotente.

—Ya basta —le ordenó ella—. Teniendo en cuenta que eres un hombre que no está acostumbrado a los niños, creo que lo hiciste muy bien. Y la profundidad de tu amor por Emily no es nada de lo que debas avergonzarte.

—Lo sé, lo sé. —Hizo un gesto impaciente con la mano—. Es solo que... me sentí... incómodo.

Ella soltó una risita.

—Michael, ese mito de que los hombres no sienten emociones tiernas es absurdo. Todos somos humanos. Todos amamos, tememos y, a veces, nos sentimos indefensos. No hay nada de qué avergonzarse.

Él le dedicó una sonrisa tímida que hizo que el corazón de ella diera un largo y lento vuelco en el pecho.

—Todavía estoy aprendiendo a ser padre.

Alis sonrió, buscando con urgencia palabras que disolvieran la intimidad que había surgido entre ellos. Stanhope era devastador cuando se mostraba malicioso, pero, Dios mío, ahora que había revelado su vulnerabilidad, lo hallaba aún más irresistible. Y sospechaba que él lo sabía, a juzgar por la mirada de complicidad que asomó en su rostro.

El reloj dio las ocho.

—Debería irme —dijo, absurdamente agradecida por el recordatorio de la hora. Se apresuró hacia la puerta—. Algie se estará preguntando dónde me he metido.

—Quédate.

Su suave súplica la hizo detenerse. Lo miró y casi se derritió ante el anhelo absoluto de su rostro.

—Debería irme —dijo, absurdamente agradecida por el recordatorio de la hora. Se apresuró hacia la puerta—. Algie se estará preguntando dónde me he metido.

—Quédate.

Su suave súplica la hizo detenerse. Lo miró y casi se derritió ante el anhelo absoluto en su rostro.

—Debería irme —susurró.

—¿Por qué? Norbert sabe dónde estás. —Se acercó y le tomó la mano—. Por favor, Alis. Ha sido un día horrible y me gustaría disfrutar un poco más de tu compañía.

El calor de su mano sobre la suya la distrajo. Era un contacto tan pequeño, piel con piel. Sin embargo, bastó para agudizar todos sus sentidos, acelerar su pulso y sonrojarle las mejillas.

—No debería. —¿Era esa su voz? Tan ronca y seductora.

—Me comportaré como un perfecto caballero. —Una sonrisa pícara iluminó su rostro—. Si tú quieres.

—Por supuesto que te quiero —respondió ella, para luego abrir los ojos con horror—. Quiero decir, claro que es lo que quiero.

—¿De verdad? —Se acercó un paso más—. Quizá tenías razón la primera vez.

Ella cerró los ojos para resistirse al encanto de aquel rostro demasiado atractivo. Pero aún podía sentir el calor de su cuerpo, aún podía oler el aroma dulce y picante de su colonia.

—Quizá tenía razón, pero ya hemos hablado de esto, Michael.

—Hemos hablado de matrimonio —la corrigió él—. No de esto.

—Le tomó el mentón con la mano y la persuadió:

—Mírame.

Ella abrió lentamente los ojos. Estaba demasiado cerca, con esa boca tan bien formada a solo unos centímetros de la suya. Tan cerca de él, pudo ver que sus famosos ojos negros eran en realidad de un cálido tono marrón oscuro con pequeñas motas verdes.

Era una tontería pensar en sus ojos cuando estaba a solo unos centímetros de besarla.

Pero con su lenta y cómplice sonrisa, el mundo se inclinó sobre su eje. La habitación desapareció, al igual que su urgencia por irse a casa. Solo existían Stanhope y las suaves y embriagadoras emociones de sus ojos.

—Te necesito —dijo—. Te necesito de una forma que no tiene nada que ver con lo físico. Hoy habría sido un día insoportable si no fuera por ti.

—Me alegro de haber podido ayudar. —Su sencilla honestidad la sedujo por completo, más que las palabras bonitas.

—Eres la única mujer que me mira como si fuera un hombre. — Levantó la mano de ella hasta sus labios, sin apartar los ojos de su rostro—. La única mujer que no espera de mí que la viole o algo peor.

—Nunca harías daño a nadie, —susurró ella. Y, de repente, lo creyó. Sabía con total certeza que Stanhope no tenía nada que ver con la muerte de Ophelia. Era un buen hombre, pero lo habían expulsado de su hogar, habían destrozado su relación con Emily y habían mancillado su buen nombre.

—¿Cómo puedes soportarlo? —le preguntó ella, con el corazón enternecido mientras él seguía sosteniéndole la mano.

—Lo odio. —Las palabras quemaron el aire y él apretó los dedos alrededor de los de ella—. Odio cada momento.

—Oh, Michael. —Conmovida, ella le rodeó el cuello con los brazos y le abrazó. Él se estremeció por la sorpresa, pero luego le devolvió el abrazo, atrayéndola con fuerza contra su cuerpo y hundiendo el rostro en su cabello.

Aunque era impropio estar en sus brazos, ella no podía ignorar la silenciosa desesperación de su abrazo. Ahí estaba un hombre juzgado injustamente por sus compañeros, un hombre que sentía emociones tan profundas que lo ponían nervioso. Un hombre que adoraba a su joven prima con todo el fervor de un verdadero padre.

¿Cómo no iba a amar a un hombre así?

La revelación la sacudió. Dios mío, era verdad. Estaba enamorada de Stanhope.

No quería estar enamorada de él. Era peligroso para sus planes.

Pero no podía ignorar la verdad que albergaba en su corazón. Lo amaba.

Y él nunca debía saberlo.

Sin embargo, cuando él levantó la cabeza para mirarla, su determinación de resistirse se desvaneció. Y cuando él se inclinó para besarla, ella no pudo apartarlo.

No permitiría que sus sentimientos por él se impusieran a su necesidad de encontrar su propio camino; hacerlo sería destruir su alma. Ni siquiera por Stanhope podía renunciar a ser quien era. Por eso nunca se casaría con él.

Pero tal vez podría quedarse con eso, con ese momento, con esos sentimientos. Estaban completamente solos y él la deseaba. Y ella también lo deseaba. Quería saber qué se sentía al estar en los brazos del hombre al que amaba.

Así que se derritió en sus brazos, respondió a su beso y se entregó a la pasión.

Sintió su sorpresa, luego su impaciencia cuando ella abrió la boca para él, lo rodeó con sus brazos y presionó su cuerpo contra el suyo.

Pecaminoso.

Ahora hambrienta y con una curiosidad insaciable, enredó sus dedos en su cabello.

Suave. ¿Quién diría que el cabello de un hombre podía ser tan suave, tan sedoso?

Las manos de él se movieron por su espalda con un patrón lento pero inquieto, alisándole los hombros, acariciándole la columna

vertebral, acariciándole las nalgas. Sus atrevidas caricias primero la hicieron tensarse por la sorpresa, luego suspirar de placer.

—Alis —murmuró él, mordisqueándole la curva del cuello. Ella movió la cabeza para darle mejor acceso y él hundió la cara en su pecho.

—Michael. Ella le tiró del pelo.

—No pasa nada —la tranquilizó él. Su aliento rozó la parte desnuda de sus pechos, que quedaban al descubierto gracias al escote de moda de su vestido. Sus pezones se endurecieron cuando él le dio suaves besos en la piel expuesta.

El calor la recorrió desde los pechos hasta la entrepierna. Y cuando él enganchó un dedo en el escote de su vestido y le dejó un pecho completamente al descubierto, ella se mareó por la sensación.

—Qué bonito. —Le acarició el pezón rosado con el pulgar. Ella arqueó la espalda con un gemido de descubrimiento y luego gimió abiertamente cuando él bajó la cabeza y se metió el pezón en la boca.

Ella volvió a pronunciar su nombre y le agarró el pelo con fuerza.

Él se rió de su reacción y el sonido vibró contra su piel excitada, provocándole una nueva sensación. Se apartó, tirando juguetonamente de su pezón entre los dientes antes de soltarlo. Luego calmó la carne dura como una piedra con una lenta y sensual lamida con la lengua antes de volver a colocarle el vestido con cuidado.

—Eso, —susurró—, ha sido un postre realmente delicioso.

Como en un sueño, ella desentorció una mano de su cabello y le acarició la mejilla.

—¿Por qué te detuviste?

La sorpresa iluminó sus ojos, seguida por el rápido resurgimiento del deseo.

—Mi querida niña, deberías alegrarte de que lo haya hecho.

—Bésame de nuevo.

Él cerró los ojos y negó con la cabeza.

—No sabes lo que estás pidiendo.

—Sí lo sé. Dejó que sus dedos se deslizaran por su mandíbula hasta llegar a su boca. —Me has mostrado lo suficiente como para saber lo que estoy pidiendo. No soy una de esas señoritas inglesas protegidas.

—Cierto. Tragó saliva con dificultad mientras ella le acariciaba la oreja con los dedos y bajaba por su cuello hasta llegar al borde de la corbata.

—Te deseo, Michael —confesó ella, mirándolo a los ojos con intención audaz—. Quiero que me enseñes todo lo que sabes. Y luego quiero descubrir si lo que me has enseñado tiene el mismo efecto en ti que en mí.

Deslizando un dedo por su pecho, lo miró fijamente durante un largo momento, luego se acercó y cerró deliberadamente la puerta.

—Maldita sea, Alis —murmuró él, con la voz ronca por la excitación—. Piensa en tu reputación.

—Aquí no hay nadie más que tú y yo. —Se acercó más y presionó los labios contra la suave piel debajo de su oreja. El pulso de él latía con fuerza bajo sus labios.

—Alis. —Él la agarró por los hombros con la clara intención de alejarla. Pero entonces ella le rozó la garganta con la lengua y él gimió, atrayéndola hacia sí—. Alis, debes parar. Un hombre solo puede aguantar hasta cierto punto antes de...

—Antes de qué? —Ella le lamió la oreja con curiosidad.

Él se estremeció y la abrazó con más fuerza.

—Antes de que tus instintos más básicos se apoderen de ti. Alis, por favor, detente. No quiero hacerte daño.

—Mi querido lord Stanhope, —dijo ella con una risita coqueta —. No tengo intención de detenerme.

—Alis**...**

Ella se apartó para poder verle la cara.

—¿No lo entiendes, Michael? Te deseo. La única forma en que puedes hacerme daño es alejándome de ti.

Él exhaló un largo y tembloroso suspiro.

—Entonces que el cielo nos ayude a los dos, Alis, porque solo soy humano.

Se acercó a ella.

Lo arreglaría más tarde.

El pensamiento se le pasó por la mente mientras tomaba a Alis en sus brazos, casi gimiendo de placer al sentir su exuberante cuerpo joven contra el suyo. Ella lo deseaba. Lo deseaba a *él*, fuera o no el conde oscuro. Y le importaba un comino su reputación.

Su boca estaba ansiosa bajo la de él, sus manos curiosas mientras le acariciaban los hombros. Él se quitó el abrigo, loco por sentir esas delicadas manos femeninas sobre su piel, y ella le ayudó a quitarse la corbata, arrugando los pliegues perfectos con sus dedos entusiastas. Con un suave grito de descubrimiento, ella presionó su boca contra su cuello desnudo.

Él maldijo en voz baja cuando los inocentes besos de ella le provocaron una erección casi dolorosa. Debía de estar loco para tomarla allí, en el salón. Quería esperar. Pero cuando ella se quitó las horquillas del pelo y los rizos oscuros como la tinta cayeron como satén negro sobre sus hombros, supo que no podría resistirse.

Sería allí, sería ahora, y nada, ni siquiera una pistola en la sien, podría detenerlo.

Quizás ni siquiera eso.

Agarró uno de sus rizos, tirando suavemente de ella para acercarla más, luego se inclinó y probó la cremosa piel de su hombro

con los labios. Dejó un rastro de besos a lo largo de la piel lechosa, hasta el borde de su vestido, y luego apartó la tela que le estorbaba.

Ella le ayudó a desvestirla. Cada vez que él desabrochaba un botón o tiraba de un lazo, ella le ayudaba con entusiasmo. Pronto, su precioso vestido yacía abandonado en el suelo y Alis se quedó ante él con solo una fina camisola de lino blanco.

La prenda, casi transparente, no le ocultaba nada.

—Eres tan hermosa. —Deslizando un dedo por su piel, le bajó juguetonamente un tirante del hombro.

—Quiero estar guapa para ti. —Ignorando la tira que colgaba, le sonrió y luego acurrucó la nariz en su pecho.

—Lo estás, querida. Lo estás. —Le deslizó la otra tira por el hombro, de modo que lo único que sostenía la camisola eran sus pezones erectos. Con una sonrisa pícara, ella giró las caderas con un movimiento sinuoso y la prenda cayó hasta sus pies.

Alis estaba desnuda en su salón.

Por un momento, estuvo a punto de detenerla. Pero entonces ella le sonrió como debió de sonreír Eva a Adán cuando le ofreció la manzana, y él se perdió.

Alis sería suya esa noche.

Pensó en cerrar la puerta con llave, pero entonces Alis le cogió la camisa.

—Vas demasiado vestido, milord.

Él arqueó una ceja.

—¿De verdad? —Con una sonrisa, se quitó la camisa y la tiró al suelo junto a las prendas de ella—. ¿Y ahora?

—Mucho mejor. —Se humedeció los labios, se acercó y le acarició el pecho peludo con las manos—. Eres un espécimen magnífico, Michael. Lo pensé desde que te vi por primera vez.

—yo pensé que tú estabas loca. —Él siseó con un respiro agudo cuando ella le lamió el pezón—. Veo que tenía razón. Esto es una locura.

Él le agarró la cabeza, enredando las manos en aquella masa sedosa de cabello oscuro, y le sujetó el rostro contra su pecho mientras la lengua de ella jugaba con su sensible pezón.

—Esto es maravilloso —murmuró ella. Sus manos se deslizaron hasta su cintura y juguetearon con la pretina de sus pantalones.

Con una risa ronca, él apartó sus manos inquietas.

—No tan rápido, muchacha. No creo que estés preparada para eso todavía.

—Quizá lo estoy —susurró, recostándose contra él y frotando sus pechos sedosos contra su torso.

—Ya lo veremos —replicó, deslizando una mano entre sus piernas. El calor húmedo de ella casi lo hizo perder el control—. Quizá lo estás.

—No dejes de tocarme —suplicó, cerrando los ojos y moviéndose contra su mano—. Dulce cielo, si paras, moriré, lo sé.

—No tengo intención de parar. —Apoyó la frente contra la de ella y luchó por contenerse. El aroma de su excitación inundó sus sentidos—. El sofá —indicó—. Vamos al sofá.

De alguna manera lo consiguieron. Cayeron sobre el sofá enredados, él sobre ella en la ancestral posición del apareamiento. Se apretó contra su cuerpo, saboreando su calor incluso a través de los pantalones.

—Michael... Dios mío. —Ella se movió bajo él—. No creo que hayas tenido nunca una... reacción... tan intensa.

—Nunca antes te había tenido desnuda bajo mí. —Sus instintos le gritaban que se hundiera sin demora en los cálidos pliegues femeninos que tenía a solo unos centímetros, pero sabía que era su primera vez y se obligaba a mantener un mínimo de control.

Deliberadamente ignoró el aroma inconfundible que lo llamaba y bajó la cabeza para capturar sus pechos con la boca. Ella gimió suavemente y arqueó la espalda, presionando instintivamente su sexo contra la dureza que tensaba los botones de sus pantalones.

Dios, estaba tan húmeda. Tan preparada para él.

Tenía que asegurarse de que fuera perfecto para ella. Chupando con más fuerza el pezón que atrapaba entre los labios, deslizó una mano entre sus muslos y la acarició con delicadeza, buscando ese pequeño botón oculto que desataría su éxtasis. Ella gimió desde lo más profundo de la garganta, aferrándose a sus hombros en busca de apoyo, arqueando aún más la espalda y separándose del sofá en un impulso instintivo.

—Michael, Michael, Michael —canturreó.

Él siguió acariciando suavemente su carne femenina, encontrando y acariciando el centro de su placer. Ella jadeaba, se aferraba a él y gemía su nombre. Con cada ruido, con cada movimiento, su propio deseo lo atormentaba, exigiendo liberarse. El sudor perlaba su frente mientras luchaba contra el impulso de empujar fuerte y profundo.

De repente, ella gritó, levantando las caderas del sofá mientras un gran temblor sacudía su cuerpo. Sus uñas se clavaron en los hombros de él, empapando sus dedos acariciadores con la prueba de su placer.

—Sí —murmuró él, mientras ella se dejaba caer lentamente sobre el sofá—. Sí... así es como debía ser. Justo eso era lo que deseaba.

Un delicado rubor se extendió por su rostro y bajó hasta sus pechos. Abrió los párpados, pesados de deseo, y lo miró con asombro. Él sonrió ante esa expresión de absoluta satisfacción en sus ojos… y casi perdió el control cuando sus dedos rozaron la tela de sus pantalones.

—Más.

Esa única palabra hizo añicos lo poco que le quedaba de dominio.

De algún modo, logró liberarse de la presión de sus pantalones, aunque no pudo quitárselos por completo. Sus ojos se agrandaron al verlo —sin duda era la primera vez que contemplaba a un hombre desnudo y completamente excitado—, pero no hubo rubor, ni titubeo, ni desvió la mirada como una doncella. Por el contrario, alzó la mano con natural curiosidad y acarició la punta tensa de su erección.

Él murmuró una maldición gutural y atrapó su mano entre las suyas, entrelazando sus dedos mientras se colocaba al borde de su entrada cálida y húmeda. Ella levantó la otra mano, y él también la tomó, sujetándola con firmeza mientras comenzaba a penetrarla con lentitud.

Un gemido suave y tembloroso escapó de sus labios al sentirlo invadirla con movimientos pausados, apenas superficiales, que la torturaban tanto como la incitaban. Entonces encontró su himen. Murmurando una disculpa apenas coherente, cubrió su boca con un beso fiero y profundo al tiempo que empujaba a través de la delgada barrera.

Ella dejó escapar un gemido ahogado de angustia y se tensó, pero él no pudo detenerse. No ahora, no tan cerca. Se sentía tan bien dentro de ella, tan cálida, tan acogedora... como volver a casa. Intentó suavizar el ritmo cuanto pudo, susurrando palabras tiernas contra sus labios, tratando de distraerla del dolor.

Una lágrima solitaria resbaló por su mejilla, pero poco a poco su cuerpo dejó de temblar. Se acomodó sobre el sofá, enredando sus piernas en torno a sus caderas, y lo atrajo más profundo dentro de sí.

Con un gemido contenido, él se rindió. Se hundió hasta el fondo, temblando mientras se vaciaba en ella, sobrepasado por la intensidad del momento.

Y entonces, como si sus cuerpos se hubieran sincronizado, algo se desató en su interior. Ella se arqueó de pronto, se contrajo con fuerza a su alrededor y ahogó un grito de liberación bajo su boca. Le rodeó la cintura con las piernas, apretándolo contra sí, y sus dedos se cerraron con desesperación sobre los de él.

Todo se desvaneció. Ella se derrumbó sin fuerzas bajo su cuerpo, y él hundió el rostro en la curva de su cuello, exhausto, abrumado, embriagado por ella.

Ya era suya. Y no pensaba dejarla marchar.

Capítulo 15

Pasaron largos momentos, solo roto el silencio por el tictac del reloj de la repisa de la chimenea y el sonido de sus latidos. Rebosante de satisfacción, Stanhope fue tomando conciencia poco a poco del aire que enfriaba su piel desnuda y de los suaves miembros de la mujer que yacía debajo de él. Su conciencia le remordía. Sabía que lo que habían hecho estaba mal, pero no podía arrepentirse del todo. Alis era suya ahora, y seguiría siéndolo. Este acto lo había hecho inevitable.

El único obstáculo ahora era su reputación. ¿Les permitiría el duque casarse?

Levantó la cabeza y se apoyó en los antebrazos para mirarla.

—Peso demasiado para ti.

Ella le dedicó una sonrisa y le acarició el pelo con la mano.

—En absoluto.

—Sí que lo soy. —Se apartó de ella, separando suavemente sus cuerpos y poniéndose de pie. Se quedó allí un momento, mirándola, todo suave y cálido por el acto amoroso—. Bueno, esta vez sí que lo hemos hecho.

—Desde luego que sí. —Ella se estiró sensualmente, sonriendo como un gato que acaba de darse un festín con un barril de nata—. Y ha sido maravilloso.

Le encantaba saber que él había provocado esa expresión en su rostro. Pero el honor le pesaba. Se subió los pantalones Dios mío, ¡ni siquiera se había desvestido del todo! y se los abrochó.

—Ya que tu abuelo no está, mañana pediré tu mano a Norbert.

La sorpresa se reflejó en su rostro.

—No hay motivo para eso.

—¿No hay motivo? —La miró horrorizado. ¿Qué dama de buena cuna se atrevería a rechazar una oferta en estas circunstancias?— Mi querida niña, ¿no te has dado cuenta de que acabo de quitarte la inocencia?

—Y sin siquiera quitarte los pantalones por completo, —bromeó ella, pero sus ojos brillaban con pánico—. Quizás la próxima vez deberíamos pedirle ayuda a tu ayuda de cámara.

—¿Te parece gracioso? —Cogió la camisola y se la tiró—. ¿Te das cuenta, pequeña descarriada, de que la puerta estaba abierta todo el tiempo? ¿Que alguien podría haber entrado en cualquier momento?

—Oh, Dios mío —mordiéndose el labio, cogió la camisola y se la puso rápidamente—. No querría eso.

—No, porque entonces todos se enterarían de lo que ha pasado aquí. —Cogió su camisa y se la puso—. Tengo toda la intención de pedirte la mano, así que más vale que te acostumbres a la idea. Es lo correcto.

Ella se levantó del sofá y se ajustó la camisa sobre las caderas, con una mirada rebelde en los ojos.

—No, mi querido lord Stanhope, será mejor que te hagas a la idea de que no me casaré contigo. Ya lo hemos hablado.

—¡Maldita sea, Alis! —La ira lo invadió de golpe, desplazando toda culpa, y recogió del suelo la corbata arrugada, colgándosela al cuello con gesto brusco—. Sé que tienes esa absurda idea de descubrir tu verdadero yo o alguna fantasía similar antes de casarte, pero debes enfrentarte a la realidad. Las cosas han cambiado. Debemos casarnos. Es una cuestión de honor, tanto para ti como para mí.

—¿Absurda? —exclamó ella, plantándose con las manos en las caderas—. ¿Te parece una tontería? ¡Pues mi búsqueda personal es tan importante para mí como lo es para ti demostrar tu inocencia!

—Alis, tienes que entrar en razón. La situación ya no es la misma.

—En lo que a mí respecta, sí lo es. —Le dio un golpecito en el pecho con el dedo—. ¿Acaso crees que, por haber compartido mi cuerpo contigo, ahora tienes algún derecho sobre mí?

—Bueno... sí. Así es como suelen funcionar estas cosas.

Ella negó con la cabeza y se puso de puntillas para acercar su rostro al de él.

—No me ganarás tan fácilmente, Michael. Solo un hombre que realmente me comprenda y respete ganará mi corazón. Y mi mano. —Con el ceño fruncido, retrocedió y miró alrededor de la habitación —. ¿Dónde, por todo lo sagrado, está mi vestido?

Apretando la mandíbula, Stanhope miró a su alrededor y descubrió la prenda tirada descuidadamente sobre un taburete.

—Te pido disculpas por mi comentario —dijo mientras se lo entregaba—. Pero debes darte cuenta de lo que ha pasado aquí, Alis. Te he comprometido. El honor exige que nos casemos. No puedes seguir con tu vida como antes con la conciencia tranquila.

—Tú no me has comprometido —replicó ella, buscando entre los pliegues del vestido la forma adecuada de ponérselo—. Si lo recuerdas bien, fui yo quien te atrajo hacia el sofá. Pisoteé tus escrúpulos a propósito y me salí con la mía. Así que, si alguien debe proponer matrimonio, esa soy yo.

—Eso es ridículo.

—Como la razón de tu propuesta. —Encontró el bajo del vestido y se lo puso por la cabeza.

—Una propuesta de matrimonio nunca es ridícula. ¡Te he quitado la inocencia, maldita sea!

—Te equivocas. —Su cabeza asomó por el cuello del vestido y metió los brazos en las mangas—. Yo te di mi inocencia, Michael. No hay razón para que te sacrifiques en el altar del matrimonio.

—No sería ningún sacrificio. —Se acercó a ella y le tocó la mejilla—. Sería un honor tenerte como esposa, Alis. Creo que podríamos ser felices juntos. Cásate conmigo.

Ella cerró los ojos ante la expectación de su rostro. Tenía que admitir que, en secreto, había fantaseado con que un hombre le pidiera casarse con ella y, más recientemente, su pretendiente imaginario había adquirido los rasgos de Stanhope. Pero ¿dónde estaban las palabras de amor? ¿Qué sentía él?

¿Perdería toda oportunidad con él si no decía que sí? Temiendo la respuesta, le hizo la pregunta que más le rondaba por la cabeza.

—¿Me amas, Michael?

Él dudó.

—El amor llega, Alis. Con el tiempo, podría amarte con toda mi alma.

Ella mantuvo el rostro impasible para que él no viera cómo sus palabras habían aplastado sus esperanzas nacientes.

—Si no me amas, ¿por qué insistes tanto en que sea tu esposa? El deseo físico no suele ser suficiente para obligar a un hombre de tu posición a casarse.

—Te deseo, —señaló él—. Y ahora que hemos actuado según ese deseo, debemos casarnos. El honor está en juego. —Como ella no respondió, él continuó—: ¿No lo ves, Alis? Mi reputación ha quedado destruida estos últimos años por algo que nunca hice. Pero *este* pecado sí lo cometí, y debo rectificarlo. Seguro que lo entiendes.

—Lo entiendo. —Y su corazón se rompió por ello—. Michael, no me casaré por obligación.

Él la miró boquiabierto.

—Te he ofrecido todo lo que valoro —susurró incrédulo—. Mi nombre. Mi honor. Y tú me has echado ambas cosas en cara. Otra vez.

—Lo sé. —Las lágrimas amenazaban con brotar, pero ella se negó a dejarlas salir. Se dio cuenta de lo que él debía de pensar de ella. Por supuesto que culparía a su nombre mancillado de su negativa, pero ella no podía decirle la verdadera razón: que quería que él la amara.

Lo había intentado. Si él seguía sin entenderlo, no iba a explicárselo con palabras.

—¿Qué más quieres? —exigió él, apretando los puños a los lados—. Te he comprometido y he cumplido con mi parte. Cualquier otra mujer estaría encantada.

—Yo no soy —cualquier otra mujer —le recordó. —Soy estadounidense y hago las cosas de otra manera.

—Estoy tentado de ponerte sobre mis rodillas —gruñó—. Te comportas más como una niña que como la mujer independiente que dices ser.

—Sé lo que hago —dijo ella, esperanzada.

—No creo que lo hayas pensado bien. Podrías estar embarazada de mí.

—Oh, Dios mío —exclamó ella, abriendo mucho los ojos y llevándose una mano al vientre—. No había pensado en eso.

—Por lo que veo, no has pensado en nada. Alis, tienes que casarte conmigo. Por el bien del niño.

Su convicción vaciló por un momento, pero luego negó con firmeza.

—Michael, puede que no haya ningún niño.

—¿Y si lo hay? No es un asunto baladí. Yo soy un conde y tú eres la nieta de un duque. Nuestro hijo sería mi heredero.

—Michael, ¡no voy a casarme contigo por un niño que puede que ni siquiera exista!

—¿Y si existe? —insistió él—. ¿Qué haremos entonces? ¡No permitiré que mi heredero nazca bastardo!

—*Si* estoy embarazada —indicó ella con voz tensa—, solo entonces hablaremos de lo que hay que hacer.

Él vaciló, apretando los músculos de la mandíbula.

—No me gusta esto. El honor me obliga a ir a ver a Norbert en ausencia de tu abuelo y pedirte en matrimonio de inmediato.

—¡No, no lo harás! —Ajustó el escote de su vestido y se colocó las mangas—. No permitiré que vayas al único hombre de Inglaterra que no te considera una bestia deshonrosa y le confieses tus pecados. ¿Cómo afectaría eso a tu amistad con Algie? *Si estoy embarazada, entonces iremos juntos a verle y decidiremos qué hacer.*

—¿Y Emily?

Ella se detuvo en medio de arreglarse el vestido.

—¿Qué hay de Emily?

—Si te casaras conmigo, Emily tendría la madre que tanto necesita.

Ella le lanzó una mirada incrédula.

—Por favor, Michael. ¡Ninguna mujer quiere que le propongan matrimonio porque sería una buena madre! Y tú no necesitas mi ayuda con Emily.

—Pero es cierto. —Le tomó la mano—. Alis, necesito tu ayuda. No tengo ni idea de cómo criar a una niña, y mucho menos a una tan activa como Emily. Todos los días vivo con el terror de hacer algo mal.

Su corazón se derritió.

—Lo estás haciendo muy bien, Michael.

—No es cierto —insistió él—. Mira lo que ha pasado hoy. Pensé que la había perdido, y la magnitud de lo sucedido casi me derriba. Si no hubieras llegado en ese momento, ahora estaría delirando en Bedlam.

Ella le dedicó una tierna sonrisa y retiró suavemente la mano de la de él.

—Michael, sé que te incomodan estos sentimientos más tiernos, pero, por favor, créeme cuando te digo que no son débiles ni poco masculinos. Saber lo mucho que te importa Emily solo me hace estar más segura de que serás capaz de darle el tipo de amor que necesita para convertirse en una mujer.

—Pero ella necesita la influencia de una mujer.

—Quizás. Pero no necesito casarme contigo para eso. Podemos seguir como hasta ahora, y me aseguraré de pasar todo el tiempo que pueda con Emily.

Él gruñó frustrado.

—Te he comprometido irremediablemente y aun así no quieres casarte conmigo. No quieres casarte por honor ni por el hijo que podríamos tener juntos. Ahora ni siquiera quieres ser mi esposa por el bien de mi pupila. ¿Qué quieres de mí?

Alis se estremeció al oír su rugido resonar en la habitación.

—Si no lo entiendes, Michael, entonces estoy haciendo lo correcto al rechazarte.

—Entre tú y Emily, moriré de apoplejía en una semana.

—Ni lo sueñes. —Dándole la espalda, lo miró por encima del hombro con una dulce sonrisa—. Ahora sé bueno y abróchame el vestido, ¿quieres?

Stanhope frunció el ceño ante las filas de ganchos y lazos que se le presentaban. Su piel cremosa se asomaba entre los bordes del vestido, e incluso ahora, a pesar de estar tan furioso con ella, seguía

sintiendo la tentación de besarle la espalda y hacerla suspirar de placer.

Pero no estaba dispuesto a permitir que ella le escupiera su honor en la cara y luego esperara que él la atendiera como un cachorro enamorado.

Apartándose de la tentación, comenzó a atarse la corbata que le colgaba.

—Me parece, querida, que si tanto deseas ser una mujer independiente, será mejor que aprendas a hacer esas cosas por ti misma.

Su grito de indignación le arrancó una sonrisa cínica. Con esfuerzo, resistió la tentación de volver a mirarla.

—¡Michael, no puedes dejarme así! —exclamó Alis—. Ni siquiera la mujer más independiente tiene ojos en la nuca.

—Qué pena. —Hizo un nudo sencillo con la corbata, se volvió hacia ella y chasqueó la lengua con simpatía.

—¡Michael! —Su expresión de enfado se transformó en una sonrisa persuasiva.

—Por favor, ayúdame a arreglarme el vestido. Alguien podría entrar en cualquier momento.

Él ladeó la cabeza, divertido por sus artimañas.

—¿He oído bien? ¿Han salido de tus labios las palabras —por favor, ayúdame?

—Levantó las cejas, sin hacer ningún esfuerzo por ocultar su burla. —¿Acaso una mujer independiente necesita la ayuda de un simple hombre?

—No seas difícil, Michael.

—¿Yo soy difícil? —Su falsa indiferencia se desvaneció—. Eres tú, querida, quien no da un comino por su reputación... ni por la mía, ya que estamos. Has rechazado una propuesta perfectamente respetable, incluso en estas circunstancias extremas, una que

cualquier dama de buena cuna habría aceptado sin titubear. ¿Y yo soy difícil?

Ella suspiró, con algo que parecía arrepentimiento en los ojos. Fuesen cuales fuesen sus razones, rechazarlo no le resultaba fácil.

—Michael, solo te pido que me ayudes a abrocharme el vestido, no tu alma inmortal.

—Ahí está el quid de la cuestión. —La ira se desvaneció, disipada por la genuina angustia de ella por el asunto. Se acercó a ella, le acarició los hombros con las manos y la giró suavemente para que le diera la espalda. Inclinándose para cumplir con su tarea, le susurró al oído—: Porque yo quería darte mi alma, querida Alis, y tú la has rechazado.

Esperó una respuesta tajante, pero ella solo inclinó la cabeza hacia delante, con el largo cabello cubriéndole el rostro, mientras los hombros se le encogían en una rendición silenciosa.

La culpa lo atormentaba. Las emociones estaban a flor de piel y ella era muy joven, a pesar de su bravuconería americana. ¿Había sido demasiado duro con ella?

Quizás.

Pero su rechazo aún le dolía y la ira seguía ardiendo, así que decidió guardar silencio mientras comenzaba a abrocharle lentamente la parte trasera del vestido.

Sin embargo, lo que comenzó como una tarea tediosa se convirtió poco a poco en un festín de sensualidad. Sus dedos rozaban la piel sedosa de ella con cada corchete que abrochaba, con cada cinta que ataba. A pesar de su voluntad, sus caricias se hicieron más deliberadas. Ella contenía el aliento con cada roce, instándolo a continuar. Y cuando él se inclinó y le dio un suave beso en la nuca, ella dejó escapar un pequeño gemido.

Y así fue como Norbert los encontró.

Capítulo 16

Cuando se abrió la puerta del salón, Stanhope levantó la cabeza para gruñir una advertencia al sirviente intruso. Pero las palabras se le congelaron en la garganta al encontrarse con la mirada de Norbert.

—¡¿Qué diablos**...**? —Norbert cerró la puerta de un portazo antes de que los sirvientes curiosos pudieran asomarse—. ¡Suelta a mi prima, Stanhope!

—¡Algie! —Alis levantó la cabeza bruscamente—. ¿Qué haces aquí?

—Te estaba buscando. —Algie se acercó y la apartó de Stanhope—. Son más de las nueve y Eleanor estaba preocupada por tu reputación. Le dije que no se preocupara, que estabas con Stanhope, pero insistió en que no era apropiado.

Miró a Stanhope con desdén.

—Y parece que tenía razón.

—Para —Alis se soltó del brazo de su primo, y la expresión angustiada de ambos le oprimió el corazón—. No estaba pasando nada.

—¿Nada? —exclamó Norbert, señalando su cabello desordenado y la ropa medio desabrochada—. ¿A esto llamas nada?

Un rubor le tiñó las mejillas, pero sostuvo la mirada firme.

—No soy una niña, Algie.

Norbert la despidió con una mirada y se volvió hacia Stanhope.

—¡Y tú! ¿Qué tienes que decir sobre esto? Se supone que eres mi amigo, ¡que te lleve el diablo! Siempre te he apoyado, ¿y así me pagas mi lealtad?

Las duras palabras hicieron que Alis se estremeciera. Stanhope la miró por encima del hombro de Algie, y el dolor creciente en sus ojos dejó clara la gravedad de la situación.

Cuando solo ellos dos conocían los detalles de su cita, resultaba más fácil ignorar las consecuencias. Pero ahora que Algie estaba al tanto... rechazar a Stanhope sería mucho más complicado. Por la expresión pétrea de Stanhope, era evidente que lo único que quería era gritarle a Algie, aunque apretó la mandíbula y contuvo su temperamento con evidente esfuerzo.

—No tengo excusa —murmuró Stanhope, con un tono sorprendentemente calmado—. Por supuesto, haré lo honorable y me casaré con tu prima.

—¡Por el diablo, lo harás! —exclamó Algie, agitándole el puño.

—No nos precipitemos —intervino Alis, colocándose entre ambos hombres. Algie parecía dolido, y la dignidad herida de Stanhope le partía el alma. No había comprendido cuánto significaba para él respetar la tradición. No podía aceptar su propuesta sin saber si la amaba y la entendía tal como era. Pero si se negaba a seguir las convenciones sociales, ¿no acabaría perdiendo todo?

Era un riesgo que tenía que correr. Su alma estaba en juego.

Miró a su primo.

—Michael ya me lo ha pedido y yo lo he rechazado. Se acabó.

Algie bajó lentamente el puño.

—¿Ya se lo has pedido, Stanhope?

—Sí —respondió Stanhope con el ceño fruncido—. Varias veces, de hecho. Pero esa testaruda no quiere saber nada de mí.

—¡¿Qué?! —Algie la miró con ira—. ¿Estás loca? Debes aceptar a este hombre.

—No lo haré. —Alis levantó la barbilla, decidida a mantener su postura a pesar de las urgencias de su corazón para que cediera—. No lo acepté antes y, desde luego, *no* voy a casarme con él solo porque hayas entrado en un momento privado.

—¿Un momento privado? —Norbert levantó las manos en señal de rendición—. Alis, eres nieta de un duque. Los «momentos privados» con un hombre sencillamente no están permitidos.

—Esto no es asunto tuyo, Algie.

—Soy responsable de ti, así que sí que es asunto mío. —Con el rostro enrojecido por la emoción, Algie volvió a cogerla del brazo y la apartó—. Cálmate, Alis, mientras Stanhope y yo discutimos esto racionalmente.

—*No* voy a dejar que me despachen como a una niña tonta. —Alis volvió a soltarse de su agarre—, Michael ya me ha pedido matrimonio. Y yo lo he rechazado.

—No lo entiendo. —Algie se volvió hacia Stanhope—. ¿Por qué no acudiste a mí? Podríamos haber contactado con el duque y haberos comprometido antes de que ella se enterara.

—¡No te atreverías! —Alis miró a su primo y luego a Stanhope. Seguramente estos dos hombres que decían quererla no la traicionarían de esa manera, ¿verdad?

—Por supuesto que lo haría —respondió Algie con un gesto de asentimiento.

Stanhope se encogió de hombros.

—Esas cosas se hacen todo el tiempo.

Un escalofrío la recorrió mientras miraba de uno a otro.

—¿Así que actuarías a mis espaldas y arreglarías un matrimonio sin mi consentimiento? ¿A pesar de que he rechazado expresamente la oferta de Michael?

—Las mujeres rara vez saben lo que les conviene —advirtió Algie—. No te metas en líos, Alis.

—¿Que no me meta en líos? —su voz se alzó en las últimas palabras. Algie parecía ajeno a su creciente enfado, pero Stanhope permaneció inmóvil, entrecerrando los ojos mientras la observaba.

—Ahora ya da igual —replicó Algie—. Dados los hechos, no hay otra opción.

—¡Claro que la hay! Y la mía es decir que no.

—¡Alis, modera tu lenguaje! —la miró fijamente, sorprendido.

—Tendrás que preocuparte por algo más que mi vocabulario si no empiezas a escuchar, Algie.

Algie dio un paso atrás.

—Vamos, Alis, sabes que solo quiero lo mejor para ti.

Alis soltó un bufido de incredulidad y recibió una mirada severa de Stanhope, quien dio un paso adelante antes de que Alis pudiera soltar una respuesta mordaz.

—Te pido mis más sinceras disculpas por este incidente, Norbert. Pero ya es agua pasada, y estoy más que dispuesto a cumplir con mi deber y casarme con tu prima.

Norbert se frotó la sien con cansancio.

—Ojalá hubieras seguido la tradición, Stanhope.

—Quería hacerlo —respondió Stanhope con aire humilde y arrepentido.

—Necesitaremos el permiso del duque —explicó Norbert—. En ausencia de su hermano, él es su tutor.

—Disculpar —interrumpió Alis, ignorando la señal de Stanhope para que guardara silencio—. ¿Ninguno de vosotros ha escuchado cuando dije que no me casaré con Michael?

—Tus deseos no cuentan en este asunto —replicó Algie con un gesto de desprecio—. Debes hacer lo que es correcto.

Alis puso las manos en las caderas.

—Hay un pequeño detalle que estás olvidando, Algie. Necesitas que dé mi consentimiento cuando esté delante del altar, y te aseguro que *no* lo haré.

Claramente sorprendido, su primo abrió y cerró la boca varias veces.

—Pero debes hacerlo —balbujeó finalmente.

Alis cruzó los brazos.

—Tengo casi veintitrés años, Algie, y no puedes obligarme a hacer nada.

—Pero... pero... se lo diré al duque —insistió él—. Sí, lo visitaré en Bath y él te hará entrar en razón.

La culpa la hizo dudar. ¿De verdad quería disgustar a su abuelo? No. Y Algie tampoco.

Lentamente, negó con la cabeza.

—Mi abuelo está muy enfermo, Algie, y sería muy cruel por tu parte angustiarlo por lo que en realidad es un incidente sin importancia. Si tuviera otro ataque, sería culpa tuya por haberlo angustiado.

—¿Culpa mía? —repitió Algie.

—¿Sin importancia? —preguntó Stanhope arqueando las cejas, con voz cargada de insinuaciones—. Por favor, Alis.

Ella se sonrojó.

—Compórtate, Michael.

—Pero no podemos fingir que esto nunca ha pasado —exclamó su primo—. Estás arruinada, Alis. ¿No lo entiendes?

—Solo estaré arruinada si la noticia llega a Londres —indicó Alis—. Y como solo nosotros tres lo sabemos, no hay razón para creer que eso vaya a pasar.

Stanhope puso una mano sobre el hombro de Algie cuando su primo iba a protestar de nuevo.

—Déjame hablar con ella —murmuró—. Quizá pueda hacerla entrar en razón.

—Como quieras, pero yo no voy a salir de la habitación. —Claramente consternado por cómo se habían desarrollado los acontecimientos, Norbert se volvió para sentarse en el sofá.

Stanhope lo agarró del brazo antes de que se sentara.

—Allí no —replicó—. ¿Qué te parece la silla junto a la chimenea?

Los dos hombres se miraron con complicidad, y Algie siguió la sugerencia de Stanhope, sonrojándose al sentarse junto al fuego.

—No creas que voy a desmayarme en tus brazos y decir que sí —advirtió Alis cuando él se acercó—. Ya te he dejado claro que no me casaré contigo.

—Alis —su voz se volvió suave, y su tacto, tierno al inclinar su rostro hacia el de ella—. Estás poniendo incómodo a tu primo.

Dios mío, ¿tenía que ser tan atractivo? Ya se sentía derretirse bajo su tacto y luchaba por concentrarse en mantenerse firme.

—Nadie le ha pedido que irrumpa aquí —murmuró, imitando su tono bajo.

—Alis. —Stanhope le tomó la mano—. Él se preocupa por ti. Quiere que hagas lo correcto.

—Estoy haciendo lo correcto. Lo que es correcto para *mí*.

—¿De verdad?

—Sí. —Luchando por contener las lágrimas, se apartó de él y comenzó a recogerse el cabello en un moño en la nuca—. Y si tenía alguna duda, la forma en que tú y mi querido primo me han tratado acaba de disiparla. Ambos insisten en descartar mi opinión como si fuera una tonta sin cerebro.

—No creo que seas tonta —suspiró él—. Esta situación es complicada, Alis. Va contra todos los principios que me inculcaron

saber que te he deshonrado y que no me permites enmendar mi error.

—Y a mí me va en contra casarme con un hombre solo por obligación —dijo mientras, una a una, se colocaba las horquillas en el cabello—. Michael, el matrimonio es para siempre, y no puedo pasar el resto de mi vida con alguien que me vea como un simple recurso.

—Eres mucho más que eso.

—¿De verdad? —Con el cabello ya en su lugar, lo miró a los ojos con firmeza—. Michael, no me pides matrimonio porque me hayas conocido realmente ni porque me hayas dejado conocerte. Lo haces porque hay una norma social que te obliga. Y porque necesitas una madre para Emily —esbozó una sonrisa triste—. Y porque soy de las pocas mujeres de buena familia que siquiera te dirige la palabra. Ninguna de esas razones basta para casarse. Yo necesito algo más.

—Hay más. Hay pasión. —Dio un paso hacia ella—. Puedo darte pasión, Alis. E hijos. Y riqueza y una posición social segura.

—No se trata de lo que puedas darme, Michael. —Ella negó con la cabeza—. No vamos a llegar a ninguna parte con esto.

—Dime lo que quieres.

—Ya te lo he dicho. Parece que no lo entiendes. Y hasta que lo hagas, hasta que puedas tratarme como a una igual y convencerme de que me amas, no me casaré contigo.

—Esto no es un cuento de hadas, Alis. Muchas parejas se casan por motivos que no son el amor, aunque el amor acaba llegando.

—Eso no es suficiente.

—Está bien. —Él fijó esos ojos oscuros en ella—. Pero tengo la intención de conquistarte, Alis —advirtió con una voz que le provocó un escalofrío de deseo—. Cueste lo que cueste.

—Espero que lo consigas, Michael. De verdad que lo espero.

Él cambió de tema.

—Date la vuelta. Tienes todos los botones desabrochados.

—Inténtalo tú sin una doncella, —refunfuñó ella, pero le obedeció

—Oye, Stanhope**...** —protestó Norbert.

Stanhope lo silenció con una mirada.

—¿Quieres que tu prima salga de la habitación semivestida, Norbert? —replicó Stanhope con tono seco—. Solo estoy abrochándole el vestido.

—No es correcto —murmuró Norbert.

—Creo que todos estamos de acuerdo en que mi relación con Alis dejó de ser correcta hace tiempo.

Algie se sumió en un silencio taciturno y Stanhope le volvió a abrochar el vestido con destreza.

—Ya está. Vuelves a ser toda una dama.

Alis miró por encima del hombro.

—No es lo mismo —murmuró solo para que él la oyera—, pero nadie se dará cuenta.

Él le apretó el hombro y se apartó de ella.

—Mañana asistiré a la reunión del viernes por la noche, Alis. Espero verte allí.

—Es posible, Michael. —Le lanzó una mirada significativa a Algie—. Si mi primo no me encierra en Norbert Chase.

Norbert se levantó.

—Ninguno de los dos parece tomarse en serio la situación.

—Y tú te la estás tomando *demasiado* en serio —replicó Alis con acritud.

—Alis, ¿por qué no vas a ver a Emily antes de marcharte? —sugirió Stanhope—. Una de las criadas puede acompañarte.

—Creo que lo haré. —Con una última mirada resentida a Algie, salió de la habitación.

—Vaya, con todo lo que está pasando, se me había olvidado tu pupila. ¿Cómo está la niña?

—No ha sido nada grave. Se pondrá bien. —Stanhope se sentó en un sillón cercano y miró fijamente a su amigo—. Espero que comprendas que detesto esta situación tanto como tú, Norbert. Sabes que nunca haría nada que pudiera dañar nuestra amistad.

—Lo sé. —Norbert volvió a sentarse en la silla junto a la chimenea—. Pero, Stanhope, la chica está arruinada. Tú lo sabes y yo también.

—Sí. —Stanhope tamborileó con los dedos en el brazo de la silla—. Pero tu prima no es una señorita insulsa, Norbert. Ella habla en serio. A menos que pueda convencerla de lo contrario, se negará a casarse, incluso delante del altar si es necesario.

—Si el duque se entera...

—Lo sé. El buen nombre de Alis no es lo único que está en juego. —Apretó las manos con fuerza—. El duque me arruinaría por completo. No habría forma de que pudiera recuperar mi reputación. Y Emily sufriría por ello.

—Debes convencer a Alis de que haga lo correcto —insistió Norbert—. Te conozco. Siempre has sabido cómo persuadir a las mujeres para que hagan lo que tú quieres. Seguro que mi prima no es tan distinta. —Soltó una risa amarga—. De hecho, ya has demostrado que no lo es.

—La quiero, ¿sabes? —murmuró Stanhope—. Si no fuera así, nunca me habría dejado llevar de ese modo. Va a ser mi esposa. Solo necesito tiempo para que entienda que esto tiene sentido.

—Pues más te vale conseguirlo —repuso Norbert, poniéndose de pie—, porque si no lo haces, me temo que nada volverá a ser

igual entre nosotros.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire entre ellos.

—Lo entiendo, —dijo Stanhope finalmente. También se levantó —. Valoro tu amistad, Norbert. No me gustaría perderla.

—Y yo odiaría tener que retirarla. —La expresión de Norbert oscilaba entre la furia y el dolor—. ¡Maldita sea, hombre! Ya es bastante malo que mi amigo de la infancia haya comprometido a mi prima, pero con *tu* reputación...

La culpa volvió a apretarle el corazón.

—No puedo deshacer lo que ya está hecho —susurró Stanhope en voz baja—. Lo único que puedo hacer es arreglarlo.

—Asegúrate de hacerlo. —Norbert suspiró y negó con la cabeza, impotente—. ¿Qué le voy a decir a Eleanor?

—No le digas nada. Cuanta menos gente sepa lo que ha pasado, mejor.

—Tienes razón, por supuesto, pero no suelo ocultarle nada a mi esposa. Y el duque regresa de Bath dentro de un mes.

—Dame ese mes.

Stanhope le dio una palmada en el hombro a Norbert.

—Si para entonces no he convencido a Alis de que se case conmigo, serás libre de seguir tu conciencia y hacer lo que creas necesario, aunque eso signifique contárselo al duque. Pero te lo juro, Norbert, Alis será *mi* esposa.

—Más te vale. —Norbert se apartó, dejando que la mano de Stanhope cayera a su lado—. Será mejor que lleve a mi prima a casa.

Stanhope lo vio salir de la habitación con el corazón encogido. Norbert había sido un verdadero amigo durante los largos años de su exilio. Algie siempre había creído en su inocencia e incluso se había tomado la molestia de invitarlo a su boda. Saber que había decepcionado a su mejor amigo le partía el corazón.

¿Cómo iba a convencer a Alis de que se casara con él? ¿Cómo podría arreglar las cosas?

Había echado a perder todo su cortejo al quitarle la inocencia. Seducirla con pasión había sido su mejor oportunidad para llevarla al altar, y ahora había perdido esa preciosa ventaja. No es que tuviera intención de comprometerla. Su honor nunca le permitiría arruinar deliberadamente a una dama.

Aun así, cuando Norbert los había sorprendido, se había preguntado si el destino le había sonreído. Sin ninguna maquinaria por su parte, los habían descubierto solos juntos. Comprometidos. Perdidos. Según las reglas de la sociedad, tenían que casarse. Alis sería suya, con reputación o sin ella.

A menos que el duque lo matara primero.

Oyó voces en el pasillo, luego el sonido de la puerta principal cerrándose. Le pareció incluso oír el silbido de las ruedas del carruaje mientras Norbert se llevaba a Alis de vuelta a Norbert Chase.

La casa quedó en silencio, salvo por los suaves pasos de los sirvientes que realizaban sus tareas. Con la partida de Alis, parecía como si se hubiera llevado consigo toda la alegría y el calor de su hogar. La soledad se apoderó de él como una sombra.

¿Eran los acontecimientos de esta noche una bendición disfrazada o la sentencia de muerte de sus posibilidades de compartir su vida con ella?

La verdadera gravedad de su situación se abatió sobre él. Ceder a la pasión había sido un error monumental. Ahora no solo cargaba con la responsabilidad de restaurar su buen nombre en sociedad, sino que había puesto en peligro lo poco que había logrado cuando, por fin, algunas puertas comenzaban a abrirse. Si el abuelo de Alis llegaba a enterarse, el duque podría arruinarlo para siempre... y con él, el futuro de Emily. Y, además, perdería también la valiosa amistad de Norbert.

Y a Alis.

Porque ella nunca sería suya.

Y él la necesitaba.

La necesitaba a su lado en los días buenos y en los malos. Quería reír con ella, abrazarla cuando llorara. Quería que fuera la madre de sus hijos.

Y lo único que se interponía en su camino era la propia Alis. Alis y su inquebrantable determinación de encontrar... lo que fuera que estuviera buscando.

¿Pero qué era eso que anhelaba? ¿Ese descubrimiento esquivo, intangible, que parecía perseguir como si su vida dependiera de ello? Podría tardar años en hallarlo.

Y él solo tenía un mes para conquistarla.

Quizá debería ocuparse de averiguar qué estaba tratando de hacer. Si era tan importante para ella, no podía ignorar sus necesidades a la ligera. Alis no era una mujer típica, y ya era hora de que dejara de utilizar métodos típicos para intentar conquistarla. Ella era única.

Mañana, cuando se vieran en la reunión del viernes por la noche, ni siquiera le besaría la mano. La mente de Alis era la clave para conquistarla; su cortejo se había convertido en una batalla de ingenio. Y él estaba preparado para el reto.

Capítulo 17

Alis entró en la sala de reuniones justo detrás de Algie y Eleanor. Una rápida mirada le bastó para comprobar que Stanhope no estaba presente.

No supo decir si aquello la aliviaba o la decepcionaba. Los acontecimientos del día anterior se sentían casi como un sueño... salvo por los dolores muy reales que aún le pesaban en los músculos, recordándole, con un calor traicionero, el motivo de su malestar.

No se arrepentía de haberse entregado a Stanhope. Pero sí lamentaba las consecuencias. Su descubrimiento había herido a Algie, había creado tensión entre ella y su primo y, lo peor de todo, había dañado la larga amistad entre Stanhope y él.

Y, a los ojos de todos, la única forma de reparar aquel desastre era que ella se casara con Stanhope.

Oh, qué tentadora era esa idea. Se sentía atraída por él como jamás lo había estado por ningún otro hombre. Todo en él la fascinaba: su vulnerabilidad, su perverso sentido del humor, su profundo sentido del honor. Y ahora que lo había conocido en la intimidad, no anhelaba otra cosa que pasar el resto de su vida entre sus brazos.

Pero ese camino era peligroso.

Era fácil dejarse arrastrar por un rostro atractivo y una pasión tan ardiente. Más aún por un hombre que no temía mostrar la profundidad de sus sentimientos. Por un instante, se sintió tentada

de aceptar su propuesta y rendirse sin reservas al calor dichoso de su abrazo.

Pero rendirse era precisamente lo que intentaba evitar.

Norbert y Eleanor se detuvieron a saludar a unos conocidos. Alis sonrió y murmuró las frases de cortesía apropiadas, aunque su mente seguía atrapada en el torbellino de pensamientos.

Stanhope era un hombre de carácter fuerte y, dado que había tomado su inocencia —por muy libremente que ella se la hubiese ofrecido—, su honor exigía que se casaran. Y él era un hombre de principios. No descansaría hasta verla convertida en su esposa.

Y, sin embargo, *ella* no se conformaría con ser simplemente una esposa. Necesitaba más y no se rendiría**,** ni se daría por vencida, hasta encontrarlo.

La forma en que Algie y Stanhope habían empezado a planear su boda, ignorando por completo sus propios pensamientos al respecto, solo había servido para que estuviera más decidida que nunca a casarse solo cuando *ella* estuviera preparada. Ni un momento antes.

La mujer que era Alis Chilton no se sacrificaría en el altar del matrimonio solo para satisfacer los caprichos de la sociedad.

Volvió al presente cuando un susurro recorrió la multitud y oyó el nombre de Stanhope. Al mirar hacia la puerta, lo vio allí de pie, resplandeciente con su traje negro de gala.

Se derritió por dentro. Dios, era irresistible.

Él la vio y se abrió paso entre la multitud hasta llegar a su lado. Norbert se puso tenso cuando Stanhope se unió a ellos, pero Eleanor sonrió y le tendió la mano con un saludo cálido.

—Lord Stanhope, qué alegría verle esta noche.

—Lady Eleanor. —Stanhope se inclinó sobre la mano de Eleanor, luego se enderezó y saludó brevemente a Algie—. Norbert.

Algie respondió de la misma manera.

—Stanhope.

Eleanor frunció el ceño ante la formalidad entre ellos cuando Stanhope se volvió hacia Alis.

—Buenas noches, señorita Huntly-Chilton —dijo—. ¿Le apetece una copa de ponche?

Ella no pudo negarse. Sus ojos oscuros se iluminaron al contemplarla y, por mucho que quisiera resistirse, no pudo hacerlo. Su sonrisa bastaba para seducirla.

—Muchas gracias, lord Stanhope —respondió ella, posando la mano en el brazo que él le ofrecía.

—Alis**...** —comenzó Algie.

Alis le lanzó una mirada fulminante.

—Ahora mismo vuelvo, Algie.

—Que así sea. —Su ceño fruncido hacia Stanhope dejaba claro que iría a buscarla si no lo hacía.

Stanhope le dirigió a Algie una de sus miradas frías e impasibles.

La tensión aumentó. Justo cuando Alis empezaba a preocuparse de que pudieran llegar a las manos en medio del salón, Eleanor rompió el silencio entre los dos hombres.

—Algernon, estás muy alterado esta noche —observó con el ceño fruncido—. Ven a bailar conmigo.

—Quizá cuando regrese Alis —replicó Norbert con terquedad.

Eleanor arqueó una delicada ceja rubia.

—Oh, deja de quejarte, Algernon. Alis estará bien con lord Stanhope, y permanecerán en el salón todo el tiempo.

—Así es, milady —corroboró Stanhope.

—Muy bien —cedió Norbert a regañadientes—. Pero os estaré vigilando a los dos.

—Entendido. —Stanhope inclinó brevemente la cabeza hacia Algie antes de ofrecerle el brazo a Alis.

—Nunca había visto a Algie comportarse así —comentó ella mientras se acercaban a la mesa de refrescos.

—¿Puedes culparlo? —Los labios de Stanhope se curvaron en una sonrisa burlona—. Después de todo, ya he demostrado que no se puede confiar en mí cuando estoy a solas contigo.

—¿En serio? —Alis le lanzó una mirada de reojo—. Creía que yo era la que no debía confiar en ti a solas, milord.

Él soltó una risa contenida.

—Qué descarada eres. Me sorprende que puedas bromear con nuestra situación.

—No hay ninguna situación. Solo tú, yo y Algie sabemos lo ocurrido, y él no dirá palabra.

—Eres una necia si crees que todo es tan sencillo. —La apartó de la ponchera y de los curiosos que escuchaban a escondidas—. Aún queda por resolver el pequeño asunto de si estás encinta de mi heredero.

Ella se sonrojó y miró a su alrededor.

—Michael, este no es lugar para discutir ese asunto.

—¿Ahora te preocupan las convenciones?

Ella se detuvo y lo miró fijamente.

—Sabes bien que no me refiero a eso.

Él se encogió de hombros.

—No importa. —Comenzó a guiarla de nuevo entre la multitud —. La verdad siempre acaba por salir a la luz, querida. Siempre.

—Hablando de eso —cambió de tema rápidamente—, ¿cómo va tu búsqueda para probar tu inocencia? ¿Has descubierto algo importante?

Él sonrió con aire misterioso.

—No es nada que deba preocuparte.

Se detuvieron en un rincón tranquilo, visible desde la pista de baile donde estaban Norbert y Eleanor, pero lo suficientemente apartado para que nadie pudiera oír su conversación. Stanhope la observó, elevando su oscura mirada.

—Quería preguntarte si te encuentras bien hoy. ¿No te sientes mal?

—No. —Se sonrojó y apartó la mirada.

—No quisiera causarte ninguna angustia —murmuró él—. Intenté ser lo más delicado posible, pero es muy normal que una mujer sienta dolor después de la primera vez.

—Michael, no es momento para hablar de esas cosas. —Dejó el ponche intacto en la bandeja de un criado que pasaba, abrió rápidamente el abanico y se lo puso delante de la cara enrojecida.

—Mis disculpas, querida. Dado tu comportamiento de ayer, pensé que no te importaban los chismes.

—Veo que sigues enfadado. —Le lanzó una mirada llena de desafío—. Lamento haber herido tu orgullo, pero para mí tampoco ha sido fácil.

—¿Entonces quieres decir que sí quieres casarte conmigo?

Ella abrió la boca, pero volvió a cerrarla.

—No puedo casarme contigo, Michael. Ya te dije por qué.

—Así es. —La pieza terminó y Stanhope señaló con la mano hacia la pista de baile—. ¿Te gustaría bailar?

Ella estuvo a punto de aceptar, pero luego lo pensó mejor. ¿Cómo iba a seguir resistiéndose si no se alejaba de sus brazos? Así que negó con la cabeza.

—No, gracias.

Una luz sombría brilló en sus ojos por un instante, pero luego volvió a aparecer su familiar expresión impasible.

—Como quieras. Permíteme acompañarte con tu primo.

Sin decir nada más, la acompañó hasta Algie y Eleanor y se alejó. Alis lo siguió con la mirada, con el corazón encogido. Lo único que quería era llamarlo, pedirle perdón por rechazarlo. Aceptar su invitación.

Y por eso se quedó callada, observándolo hasta que desapareció entre la multitud.

—Qué extraño se comporta lord Stanhope —comentó Eleanor.

Alis cruzó la mirada con Algie en un instante de complicidad y luego se volvió hacia Eleanor.

—Creo que todavía está conmocionado por la enfermedad de Emily.

—Ah, sí, claro —sonrió Eleanor—. Le tiene mucho cariño a esa niña.

—Sí, es verdad —pensó Alis con una punzada agridulce. Esa era otra razón por la que lo amaba.

Ya echaba de menos su presencia.



Stanhope se abrió paso entre la multitud, con el sabor amargo del rechazo aún en la boca. Alis parecía alarmantemente decidida a mantener la distancia entre ellos**,** tanto que ahora incluso se negaba a hacer algo tan inocente como bailar con él.

Podría haberla forzado. Sabía que ella lo deseaba físicamente y podría haberla seducido para que bailara con él. Pero él la quería dispuesta, no coaccionada. Era mejor marcharse que dejar que su mal genio empeorara la situación.

Con esfuerzo, apartó a Alis de su mente. Tenía otros asuntos que atender esa noche, asuntos que había descuidado en su persecución de aquella obstinada estadounidense.

Una risa sensual llegó a sus oídos, un sonido familiar que atrajo su atención como una liebre la de un sabueso. Siguiendo esa risa distintiva, se dirigió a un rincón apartado donde un grupo de hombres ansiosos se había reunido alrededor de una rubia bajita y pechugona. Aunque sabía que había pasado los treinta, los años no habían tenido ningún impacto negativo en su impresionante figura, y ella cautivaba a la multitud de hombres con la misma facilidad con la que Eva había seducido a Adán.

La señora Imogene Warington.

Ella lo vio en cuanto se detuvo al borde de su círculo de admiradores. Sus ojos color avellana se agrandaron y sus labios carnosos se separaron en una sonrisa seductora.

—Vaya, vaya —ronroneó con su voz inusualmente grave—. Buenas noches, lord Stanhope.

Al oír su nombre, un murmullo de sorpresa recorrió a los pretendientes y el grupo se apartó para dejarlo pasar.

Stanhope hizo una breve reverencia.

—Señora Warington. Tengo entendido que debo felicitarla**...** y darle el pésame**...**

—¡Qué malvado! —respondió la dama, dándole un golpecito juguetón en el brazo con el abanico—. ¿Es que no tiene modales?

—Creo que no. Sin embargo, veo que sigue deslumbrando a Devon con su sonrisa.

El placer se reflejó en su rostro, casi ocultando el cálculo de sus ojos.

—Y usted, lord Stanhope, sigue siendo tan encantador como siempre.

—¿Me concede este baile?

Ella dudó apenas un instante y luego asintió.

—Será un placer, milord. —Con un gesto de la mano, despidió a sus pretendientes y luego apoyó los dedos ligeramente en el brazo de él—. Pensaba que no deseaba volver a verme.

—La gente cambia —respondió él—. Han pasado seis años.

—Ciertamente. —Se acercaron a la pista de baile—. Y usted se ha convertido en todo un hombre, lord Stanhope.

Él no pasó por alto ni el tono coqueto ni la mirada lasciva que ella dirigió a su entrepierna.

Tragó su disgusto y dijo:

—Siempre ha sido usted una mujer atractiva, señora Warington. Quizá me precipité al rechazar su oferta, tantos años atrás.

—No era más que un niño —respondió ella con una sonrisa indulgente, sacudiendo sus rizos rubios—. Y su tío lo habría desaprobado.

—Ya no soy un niño. —Con la mirada fija en ella, Stanhope tomó posición para bailar.

—No, ya no. —El deseo se coló en su voz—. La oferta sigue en pie, milord.

Así que estaba entre dos amantes. Eso le facilitaba mucho el trabajo.

Le dedicó su sonrisa más pícara.

—Hablemos un poco de los viejos tiempos, mi querida señora Warington, y luego decidiremos qué nos depara el futuro.

—Estoy a su disposición, milord. —El ansia en sus ojos contradecía su tono sumiso.

Se inclinó un centímetro hacia ella, deseando que fuera morena y estadounidense.

—Hablemos en privado después del baile —murmuró, y se puso en fila cuando comenzó la música.

Su sonrisa tentadora fue toda la respuesta que necesitó.



—Buenas noches, Norbert. —El hombre que se detuvo junto a Algie era bajo, con un rostro redondo y aniñado y el pelo rubio rizado—. ¿Puedo felicitarle por su matrimonio?

—Buenas noches, Fenton. —La incertidumbre se reflejó en su rostro, pero Algie se volvió hacia Eleanor—. Mi querida Eleanor, ¿puedo presentarte a lord Fenton?

—Lord Fenton. —Eleanor extendió la mano como dictaba la cortesía, pero su sonrisa desalentó cualquier otra cortesía.

—Es un sincero placer, milady. —Fenton se inclinó sobre la mano de Eleanor y luego volvió sus ojos azul oscuro hacia Alis—. ¿Tendría la amabilidad de presentarme, Norbert?

—Esta es mi prima, la señorita Huntly-Chilton —anunció Algie —. Alis, él es lord Fenton.

—Buenas noches, lord Fenton —saludó Alis, extendiendo la mano, sin estar muy segura de cómo reaccionar al ser presentada al hermano de Ophelia.

—Encantado —respondió él, inclinándose sobre su mano y añadiendo—: ¿Me concede el honor de este baile, señorita Huntly-Chilton?

Como no llevaba mucho tiempo en el baile y aún no le habían pedido bailar, no tenía excusa para negarse. Asintió con la cabeza, puso con cautela la mano en el brazo extendido de lord Fenton y dejó que la condujera a la pista. Tomaron su lugar entre las otras parejas.

—¿Era lord Stanhope con quien la he visto antes? —preguntó Fenton.

—Sí —respondió Alis, lanzándole una mirada de advertencia—. Es un amigo de la familia.

—Sí, recuerdo que él y Norbert eran muy amigos en Eton. —La música comenzó y Fenton se adentró en el baile. —En otro tiempo, conté a Stanhope entre mis amigos, señorita Huntly-Chilton.

—¿De verdad? —Ella se volvió, dio un paso y se colocó en la siguiente posición.

—Así es. Hasta la tragedia. —Sus ojos azules se llenaron de tristeza—. Estoy seguro de que conoce la historia.

—Parte de ella. —Estuvo a punto de insistir en los detalles, pero entonces vio a Stanhope bailando con una rubia de curvas exuberantes. Alis casi hace perder el paso a su pareja al estirarse para mirarlos.

Stanhope actuó como si no la hubiera visto.

—¿Señorita Huntly-Chilton?

Ella volvió rápidamente la mirada hacia lord Fenton y le dedicó una sonrisa comprensiva.

—Mi más sentido pésame por la muerte de su hermana, milord.

—Gracias —suspiró él—. Es muy trágico que una chica tan guapa muera tan joven.

Ella lo miró con agudeza, pero solo encontró una inocencia insulsa en sus ojos. ¿Había imaginado una advertencia en sus palabras?

—En efecto, milord. Muy trágico.

—Ojalá no volviera a ocurrir algo así.

Volvieron a pasar junto a Stanhope y la mujer rubia, cuyo escote era tan pronunciado que era como si no llevara nada puesto. Stanhope no apartó los ojos de su acompañante.

¿Quién era ella y por qué Stanhope bailaba con ella?

Porque tú no lo has hecho.

—No le conviene seguir en compañía de Stanhope, señorita Huntly-Chilton —dijo Fenton, y Alis volvió su atención hacia él.

Le dirigió una mirada fulminante.

—Se está extralimitando, lord Fenton.

—Sé que lo hago —concedió él a modo de disculpa—. Pero lo hago al preocuparme por su bienestar.

—Ya le he dicho que lord Stanhope es amigo de la familia. Él nunca me haría daño.

Él sonrió con tristeza.

—Nadie pensaba que haría daño a Ofelia, y la mataron.

Ella casi se detuvo en medio de la pista de baile.

—Milord, su conversación me resulta ofensiva.

—Mis disculpas, señorita Huntly-Chilton. ¿Cambiamos de tema? —Miró a Stanhope y a su pareja, y Alis se dio cuenta de que no había sido tan discreta en su interés como esperaba—. Es la señora Warington —señaló—. Acaba de enterrar a su sexto marido. Ella y Stanhope son... viejos amigos.

¿Viejos amigos? Alis entrecerró los ojos cuando la mujer rubia se acercó demasiado a Stanhope mientras bailaban. ¿Habían sido amantes?

¿Lo había perdido después de todo?

Lord Fenton pareció darse cuenta de que ya había dicho suficiente y limitó el resto de la conversación a un monólogo sobre el tiempo.

Conmocionada por el encuentro, Alis se alegró cuando terminó el baile y lord Fenton la acompañó de vuelta junto a Algie y Eleanor. No se entretuvo, se limitó a hacer una reverencia y se marchó directamente.

—No me gusta ese hombre —murmuró Eleanor a su marido.

—A mí tampoco. —Norbert frunció el ceño al ver a lord Fenton, que estaba hablando con alguien al otro lado de la sala—. Aunque supongo que no se le puede culpar, teniendo en cuenta lo que pasó hace seis años.

Alis no miraba a lord Fenton, sino a Stanhope, que acompañaba a la señora Warington fuera del salón de baile, con la risa de ella resonando a sus espaldas.

No quería pensar adónde podían ir. Y no le gustaba el lamento que le arrancaba el corazón al pensar que quizá había conseguido alejar a Stanhope de una vez por todas.

Algie frunció el ceño.

—Alis, ¿estás bien?

—Por supuesto. —Se frotó la sien, aunque era el corazón lo que le dolía—. Creo que me está dando dolor de cabeza. Quizá busque un rincón tranquilo donde sentarme un rato.

—¿Te ha molestado lord Fenton? —preguntó Eleanor, poniéndole una mano en el brazo—. Podemos irnos si quieres.

—No, no lo hagas. Acabamos de llegar.

—¿Ha dicho Fenton algo inapropiado? —preguntó Norbert.

—Solo eran los cotilleos de siempre —respondió Alis con un suspiro—. Cree que lord Stanhope mató a su hermana.

—No tomes en serio lo que ha dicho —le aconsejó Eleanor—. Tiene una perspectiva única de la situación.

—Nadie parece creer que lord Stanhope sea inocente.

—Lamento decir que yo tampoco —indicó Eleanor—. Fue Algie quien me convenció.

—Sí, yo creo que es inocente —afirmó Algie con determinación —. Al menos, del asesinato.

Eleanor frunció el ceño.

—Algernon, ¿qué te preocupa esta noche? ¿Has discutido con lord Stanhope?

Alis contuvo el aliento. Algie la miró con el rostro atravesado por un claro conflicto. Luego se encogió de hombros y respondió a Eleanor:

—Es solo una pequeña discusión. No es nada.

—Entonces, por favor, no dejes que eso afecte la velada —respondió Eleanor. La orquesta comenzó a tocar un vals y ella miró ansiosamente a su marido—. Baila conmigo, Algernon. Sabes cuánto me gusta el vals.

Una pequeña sonrisa se dibujó en los labios de Algie mientras miraba a su esposa.

—Pero, querida, si bailamos dos veces en una noche, daremos que hablar. Y si lo hacemos tres, tu padre esperará que pida tu mano.

—Qué escándalo —rió Eleanor—. Vamos, Algernon, bailar el vals contigo es una de las ventajas de estar casada desde hace tiempo.

—¿Solo una de las ventajas? —murmuró Algie con una mirada pícara.

Alis no pudo evitar sonreír ante sus payasadas. ¿Cómo sería ser amada como Algie amaba claramente a Eleanor? Eran tan perfectos el uno para el otro.

Suspiró, llamando la atención de la pareja.

La sonrisa de Eleanor se apagó.

—Oh, querida, se me había olvidado tu dolor de cabeza, Alis. —Lanzó una mirada anhelante a la pista de baile y luego se volvió hacia Alis, claramente decidida a tomarse en serio su responsabilidad como chaperona—. Ven. Busquemos un lugar tranquilo donde sentarnos un rato.

—¿Y el vals? —preguntó Alis.

—Ya habrá tiempo para eso.

—Por supuesto, —asintió Algie—. Tu bienestar es lo primero.

—No estoy de acuerdo. —Alis miró a Algie al hablar, con un matiz que solo él sabría interpretar—. Por favor, no dejes que mis problemas te arruinen la velada. Buscaré un sillón tranquilo cerca de las viudas y me sentaré allí hasta que termine el vals.

—¿Estás segura? —preguntó Eleanor, pero Algie ya negaba con la cabeza.

—No, no me parece buena idea —replicó—. En estas reuniones hay demasiados caballeros de dudosa reputación, y es nuestro deber protegerte de ellos.

—Estaré sentada con los pilares de la sociedad —le recordó Alis —. Mira, veo a Lady Hemmingford justo allí. Es amiga de tu abuela. Seguro que estaré a salvo con ella. —Le dirigió una mirada suplicante—. Por favor, Algie. No quiero arruinaros la velada a ti y a Eleanor, no cuando habéis sido tan amables conmigo.

Algie dudó, y Eleanor le puso una mano en el brazo, con expresión esperanzada.

—Está bien —dijo él por fin.

Eleanor soltó un chillido de alegría poco digno, que hizo sonreír a Algie.

—Vamos a dejarte con lady Hemmingford —le comentó a Alis. Y así, en cuestión de minutos, Alis se encontraba sentada junto a la viuda, casi sorda, desde donde observaba a Algie y Eleanor unirse al torbellino de bailarines en la pista.

No había mentido; realmente le dolía la cabeza, sin duda por la desagradable escena con Stanhope y la conmoción de verlo con la señora Warington.

¿Acaso no le importaba en *absoluto*?

Solo quería irse a casa, pero no quería arruinar la velada. Además, le gustaba volver a ver sonreír a Algie. Se había vuelto tan

severo y protector con ella que se preguntaba si volvería a oírle reír alguna vez.

Y le había partido el corazón ver la brecha en su amistad con Stanhope y saber que ella era la causante.

Lady Hemmingford charlaba con un conocido a su otro lado, dejando que Alis cerrara los ojos y descansara la cabeza cansada contra la pared detrás de ella. La música era relajante y, mientras no miraba a los bailarines que giraban a su alrededor, parecía aliviarle el dolor de cabeza. Sentada con la formidable Lady Hemmingford a su derecha y una gran palmera en una maceta a su izquierda, estaba protegida de los ardientes pretendientes que buscaban un lugar en su tarjeta de baile.

Solo había un hombre que ella quería en su tarjeta de baile, y ya se había marchado... con otra mujer.

—¿Los has visto juntos? —preguntó una voz femenina al otro lado de la palmera—. ¿Crees que es cierto que le va a pedir matrimonio?

—Eso es lo que se rumorea por todo Devon —respondió otra mujer—. Solo acude a eventos en los que es probable que ella esté.

Alis sonrió un poco mientras escuchaba los típicos cotilleos que se oían en todos los eventos sociales. Siempre había rumores y especulaciones sobre quién perseguía a quién, quién poseía la mayor fortuna y quién necesitaba casarse con alguien. Era reconfortante que fuera algo tan normal. Tan inofensivo.

—Me sorprende que lo hayan invitado a algo —dijo la primera mujer—. Pensaba que no lo recibirían después de lo que pasó.

—No, no, no —replicó la segunda—. Es precisamente por lo que pasó que lo invitan a todas partes. En serio, ¿querrías que el conde oscuro se enfadara contigo? Mira lo que le ocurrió a la pobre Ophelia Haversham.

Alis se enderezó en su silla. ¡Estaban hablando de Stanhope!

—Supongo que tienes razón. Pero ¿qué relación tiene con la señorita Huntly-Chilton? ¿De verdad crees que planea casarse con ella?

—Sin duda alguna. —La mujer bajó la voz y Alis se inclinó hacia las hojas de palmera para oírla mejor—. ¿No has notado cómo ha cambiado la gente hacia él desde que empezó a salir con ella? Es la nieta del duque de Wessex y su hermano heredará el título cuando muera el viejo duque. Aliarse con esa familia le abrirá puertas que durante mucho tiempo han estado cerradas para lord Stanhope.

—Pero, ¿y si ella lo rechaza?

—Lo dudo. Los dos han estado muy enamorados desde que ella llegó a Devon.

—Bueno, él es rico, por no mencionar que es guapo. Su madre era francesa, ¿sabes?

—¡En serio!

—Así es.

Claramente encantada de compartir este escandaloso cotilleo, la segunda mujer insistió:

—Cuéntame más.

—Ahora no puedo, mi marido me está llamando desde el otro lado de la sala. Venga a visitarme esta semana y le contaré todo lo que sé sobre el conde de Stanhope y la señorita Huntly-Chilton.

Sus voces se desvanecieron poco a poco al alejarse de su rincón, y dos debutantes tomaron su lugar tras la palmera, susurrando con entusiasmo mientras evaluaban a sus diversos pretendientes como si compararan sombreros en un escaparate.

Alis se quedó atónita, sin siquiera inmutarse ante las risitas agudas de las jóvenes.

¿Todo el mundo sabía que Stanhope la cortejaba? ¿Todos esperaban que le propusiera matrimonio? Y si lo hacía y ella lo

rechazaba...

Dios mío, no tenía ni idea de que fuera tan complicado.

Se recostó en la silla y se quedó mirando fijamente a los bailarines. Tenía mucho sentido que una alianza entre su familia y la de Stanhope contribuyera en gran medida a reparar la reputación de él y a asegurar el futuro de Emily. Pero ¿era esa la única razón por la que él la quería?

¿Habían sido sus encuentros amorosos una estrategia calculada para llevarla al altar y que su reputación reparara la de él?

La traición se le hizo un nudo en la garganta mientras luchaba por contener las lágrimas. Stanhope y su maldito honor le romperían el corazón.

Su honor.

Se enderezó y se secó las lágrimas antes de que nadie las viera. Stanhope era un hombre de honor. Aunque era posible que la estuviera cortejando por su posición social como nieta del duque de Wessex, no creía que fuera a comprometerla deliberadamente para conseguir su mano. Era demasiado honorable.

Si tan solo la amara...

Sacudió sus pensamientos melancólicos y centró su atención en otro nuevo descubrimiento. Si se hacía público que había rechazado la propuesta de Stanhope, nada de lo que él hiciera podría restaurar su buen nombre. Y Emily también sufriría por ello.

Al casarse con Stanhope, se arriesgaba a perder una parte de sí misma que tal vez nunca recuperaría. Pero al no casarse con él, condenaba tanto a él como a Emily al ostracismo de por vida. Emily se vería obligada a aceptar alguna oferta poco deseable para poder sobrevivir.

Había visto lo dura que podía ser la situación de una mujer cuando se criaba para ser una dama de buena cuna y las circunstancias la obligaban a casarse con el primer hombre que se lo pedía. Su cuñada, Caroline, se había encontrado en esa situación

cuando Alis la conoció. Ahogada por las deudas de su difunto marido y perseguida con intenciones ilícitas por su lascivo cuñado, Caroline, la bien educada hija de un famoso general, había sido contratada por el duque para enseñar a Alis a desenvolverse en la sociedad inglesa. Aunque trabajar era el peor pecado que podía cometer una mujer de buena familia, era la única forma que tenía Caroline de seguir saliendo en sociedad, donde podría encontrar otro marido y, por lo tanto, sobrevivir. Consiguió mantener en secreto su verdadera posición en la casa del duque hasta que el hermano de Alis, Alex, se casó con ella y se la llevó a Estados Unidos.

Aunque la historia de Caroline había tenido un final feliz, la idea de que Emily se viera obligada a pasar por una situación así la horrorizaba.

Y Stanhope... Era un conde. Necesitaba un heredero. Si ella seguía rechazándolo, pronto se daría por vencido y buscaría esposa en otra parte. Sin embargo, con su reputación por los suelos, ni su título ni su riqueza serían suficientes para atraer a una mujer de cuna aceptable que se casara con él.

Si no se casaba con Stanhope, condenaba tanto a él como a Emily a una vida de destierro y miseria. Si se casaba con él, la reputación de Stanhope estaría a salvo, al igual que el futuro de Emily, pero ella misma podría perder algo muy valioso: su alma.

Tenía que haber otra manera.

Norbert y Eleanor se acercaron desde la pista de baile, y fue entonces cuando se le ocurrió la idea. Era tan sencilla que le sorprendió no haberla pensado antes.

Todo lo que tenía que hacer era demostrar la inocencia de Stanhope. Entonces ambos serían libres.

Capítulo 18

Sin duda, había estropeado las cosas, ¿no? Stanhope se sentó a la mesa del desayuno y se preguntó si existía alguna forma de empeorar aún más la situación con Alis.

Había planeado acudir a la fiesta para hechizarla con su ingenio, deslumbrarla con su encanto, provocarla con recuerdos de sus encuentros y dejarla hambrienta sin siquiera tocarla. En cambio, había permitido que su temperamento tomara el control.

No podía olvidar aquel rostro suyo al negarse a bailar, esa expresión de suave pesar. Fue entonces cuando supo que el mejor plan era una retirada estratégica.

¿De qué le había acusado? ¿De considerarla un medio para lograr algo? Tenía razones prácticas para querer casarse con ella, eso era cierto: su afinidad con Emily, sus conexiones sociales, el hecho de que aún no se había satisfecho el honor.

El hecho de que, incluso ahora, ella pudiera estar esperando un hijo suyo.

Pero, dejando a un lado el escándalo, era a Alis a quien quería a su lado como condesa. Alis, con su bravuconería americana y su ingenio. Alis, cuya mera presencia le ayudaba a concentrarse en una crisis.

Era a Alis a quien quería en su cama por las noches.

Sin embargo, la velada no había sido un desastre total. Había conseguido acercarse a la señora Warington. Aunque era evidente que *ella* había querido acercarse aún más.

Hizo una mueca y dio un sorbo al café, como para borrar el desagradable recuerdo. Imogene no había cambiado nada desde que era la amante de su tío, años atrás. Seguía persiguiendo a cualquier hombre que le gustaba como una gata en celo. Aunque había utilizado deliberadamente su propia licenciosidad en su contra para poder estar a solas con ella, tuvo suerte de escapar de la violación.

La había atraído al pequeño jardín de rosas del salón de actos, con la esperanza de que el romanticismo de la noche iluminada por la luna la animara a hablar. Le había hecho sus preguntas, pero ella las había eludido juguetonamente, acariciándole el brazo, la cara, el hombro e incluso el muslo. Y cuando la mano que tenía en el muslo se deslizó hacia arriba, supo que no iba a conseguir lo que quería.

Pero tampoco ella.

Se rió en voz alta al recordar la mirada frustrada de Alis cuando le había retirado la mano del muslo y le había dicho que era hora de retirarse. Su tacto le había puesto la piel de gallina y comprendió que Alis le había arruinado para cualquier otra mujer. Solo su promesa de volver a ver a Imogene había impedido que ella montara una escena allí mismo.

Y tenía intención de volver a verla. De hecho, había ideado un plan para reencontrarse con todos los invitados a la fiesta… y demostrar finalmente su inocencia.

Pero necesitaría la ayuda de sus amigos para hacerlo. Esperaba que Norbert *siguiera siendo* su amigo y que, con suerte, Alis aún le dirigiera la palabra. Había vislumbrado su rostro cuando ella lo vio con Imogene. No se había atrevido a mirarla mientras intentaba sonsacarle la verdad a la lujuriosa viuda; Imogene habría notado inmediatamente su distracción y se habría enfadado. Y él la necesitaba en su momento más dócil para poder interrogarla.

Ahora solo tenía que explicárselo todo a Alis.

—Buenos días, primo Michael.

Sacudió los recuerdos de la noche anterior y miró hacia la puerta, donde Emily estaba de pie, vacilante, observándolo con recelo.

—Buenos días, Emily. ¿Has venido a desayunar conmigo? —Le indicó la silla vacía a su derecha.

Ella carraspeó.

—Creo que sí, primo Michael.

—Estupendo. —Le dedicó su sonrisa más encantadora—. El cocinero ha preparado los huevos tal y como te gustan. ¿Quieres que le diga a uno de los criados que te sirva un plato?

—Puedo hacerlo yo. —Emily cogió su plato y seleccionó los huevos y las salchichas antes de sentarse a la mesa.

Stanhope la observó con aire crítico. Era el primer día que se levantaba desde el misterioso ataque de vapores que había sufrido el jueves. Aunque su piel parecía pálida, no observó ningún otro indicio de que su enfermedad aún persistiera.

Pero le molestaba que ella lo observara de reojo. Pensaba que habían llegado a una especie de tregua. Incluso se había acurrucado contra él en el carruaje de vuelta a casa desde la casa de Lady Presting. ¿Por qué lo miraba ahora con tanta cautela?

—Me han dicho que te has recuperado completamente de tu enfermedad —dijo, tratando de que su voz sonara lo más suave posible—. Nos has dado un susto de muerte a todos, ¿sabes?

Emily le lanzó una mirada de reojo mientras cortaba la salchicha.

—¿Incluso a ti, primo?

—Incluso a mí. —Hizo un gesto de escalofrío—. Espero que no vuelvas a hacerme eso nunca más.

Su tono debió de ser más brusco de lo que pretendía, porque, en lugar de responder, ella se echó hacia atrás y volvió a centrar su atención en el plato.

Maldita sea, ¿y ahora qué?

La observó cortar la salchicha en trozos más pequeños y buscó la manera de tranquilizarla de nuevo.

—Emily —dijo finalmente, con el tono más amable que pudo—, no tienes por qué tenerme miedo.

Ella le dirigió una mirada recelosa, luego asintió y siguió desayunando en silencio. No era la respuesta que esperaba.

—Emily —continuó él—, sé que a veces grito. Pero eso no significa que debas temerme. Tú y yo éramos amigos. ¿No te acuerdas?

Ella dejó el tenedor y lo miró.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—Sé que la señorita Huntly-Chilton te explicó que tuve que marcharme durante un tiempo, que no podía ponerme en contacto contigo. Y lo siento. Pero ahora he vuelto y sigo queriendo ser tu amigo.

Ella no dijo nada.

—El jueves, cuando te pusiste enferma, éramos amigos —le recordó él.

—Lo sé —habló ella por fin—. Es solo que me siento tan... estúpida.

—¿Estúpida? —Se recostó en la silla, atónito por la respuesta inesperada.

—Sí, estúpida —se sonrojó—. Tuve vapores —susurró con tono avergonzado—, como una niña pequeña y débil.

Él contuvo una risita.

—Me alegro de que no fuera grabe —le sonrió—. No quiero que te pase nada, Emily.

Ella se sonrojó de nuevo, pero esta vez fue por el placer que le causaban sus palabras. Stanhope sonrió. Al menos estaba haciendo

progresos con una de las mujeres de su vida.



—¿Qué sorpresa es? —preguntó Alis a Algie a la mañana siguiente—. Vamos, Algie. Me muero de curiosidad.

—Sígueme —pidió él, conduciéndola a través de un ala poco utilizada de la casa.

—Como si pudiera hacer otra cosa. —Intrigada, Alis siguió a su primo. Él había aparecido mientras ella desayunaba sola esa mañana y le había dicho que tenía una sorpresa para ella. Por más que lo rogaba, no conseguía que le dijera qué era; solo debía seguirlo para que él se lo mostrara.

Después de la noche anterior, necesitaba animarse un poco.

Algie se detuvo ante una pequeña habitación poco utilizada al final del pasillo del tercer piso. Abrió la puerta, la abrió de par en par y le hizo un gesto para que entrara.

—Aquí está.

Curiosa, entró en la habitación.

La preciosa alfombra de felpa que adornaba el suelo había sido enrollada y colgada en una de las paredes. Todos los muebles habían sido apartados y cubiertos con lonas, dejando un gran espacio vacío en el centro de la habitación.

No del todo vacío. Un caballete, varios lienzos y las preciadas pinturas al óleo nuevas de Alis esperaban a ser utilizadas.

Alis juntó las manos con alegría.

—Mi estudio —susurró—. Nadie viene mucho por este pasillo —dijo Algie—, así que el olor de los

óleos no debería molestar a nadie. Y Eleanor tiene un par de vestidos viejos que puedes tomar prestados cuando pintes.

—¡Es maravilloso! —Con un grito de alegría, lo abrazó y le dio un beso en la mejilla—. Eres el mejor de los primos.

Norbert se sonrojó.

—Sí, bueno, parecía significar mucho para ti.

—Gracias, Algie. —Se acercó para tocar el caballete y pasó un dedo vacilante por un lienzo—. Me sorprende que hayas hecho esto por mí, teniendo en cuenta lo que ha pasado estos últimos días.

Una expresión de dolor cruzó su rostro.

—No hablemos de eso, Alis.

—¿Por qué no? Es lo que se interpone entre nosotros, Algie.

Él negó con la cabeza.

—No sé por qué sigues rechazando a Stanhope. ¿No te das cuenta de que tu abuelo regresa de Bath dentro de un mes? Entre ahora y entonces, debo encontrar una solución a esto. No puedo dejar que sigas así.

—No puedes hacer nada por mi situación con Stanhope —murmuró ella con suavidad—. Esa decisión la tomaré yo misma. Pero odio cómo nos ha separado.

—En ausencia del duque, yo soy responsable de mantenerte a salvo, y he fracasado en mi cometido —replicó él con expresión preocupada—. Alis, ¿no te das cuenta de que Stanhope te ha arrebatado algo muy valioso? ¿Cómo vas a conseguir un matrimonio ventajoso cuando ya no eres... eh...

—Inocente, —completó ella.

Se sonrojó.

—Alis, sabes que cuando un hombre se casa, necesita que su esposa sea... eh... pura, para poder estar seguro de que sus herederos son realmente suyos. —Se movió, claramente incómodo

—. No puedo creer que me vea obligado a abordar un tema tan delicado contigo.

—Siento que te hayas visto envuelto en esto. Debería haber quedado entre Michael y yo.

—Alis, lo siento, pero nunca podría ser así. —Se acercó a ella con las manos extendidas en señal de sinceridad—. Eres la nieta de un duque. Y Stanhope es un conde.

—Pero ante todo somos personas.

Él negó con la cabeza.

—No. Alis, debes hacer lo correcto. Debes casarte con Stanhope.

—¿O qué? ¿Arreglarás el compromiso a mis espaldas con el abuelo, como le dijiste a Michael que harías? —Luchando por ocultar la traición en su voz, miró fijamente las pinturas de colores.

—Incluso eso habría sido difícil, pero lo habría intentado por el bien de Stanhope, porque él es... él era mi amigo.

—Sigue siendo tu amigo. —Levantó la vista—. Nada ha cambiado.

—Todo ha cambiado —aseguró Algie, frotándose la nuca con cansancio—. Confié en mi amigo para que cuidara de ti y él ha traicionado mi confianza.

—Yo le animé, Algie.

—No quiero oír los detalles —dijo él, levantando una mano.

—Me sorprendes, Algie. Pareces decidido a condenar a Michael sin conocer los hechos. Tú, el único hombre en Inglaterra que creyó en él cuando todos los demás lo consideraban un asesino.

—Ahora me pregunto si eso fue muy sensato, —murmuró él.

—¡Oh, no, no lo harás! No vas a retirar tu apoyo en lo que respecta al asesinato de Ophelia. —Se acercó, le tocó el brazo y lo miró a los ojos—. Algie, Michael sigue siendo tu amigo. Está más

que dispuesto a hacer lo que le corresponde. Yo soy la que no quiere cooperar. Si tienes que culpar a alguien, cúlpame a mí.

Él negó con la cabeza.

—Stanhope lo sabía mejor. Traicionó mi confianza.

—Yo también, Algie. —Ella se apartó de él—. Michael no me sometió ni se aprovechó de mí. Créeme, si acaso, fue al revés.

Se sonrojó.

—Alis, por favor.

—¿No puedes hacer algún tipo de concesión? Este hombre es tu amigo.

—¡Sé que es mi amigo! —estalló Algie—. Le he dado un mes, ¿no? No le he llamado para una cita al amanecer, aunque Dios sabe que debería hacerlo.

—¿Cómo que le has dado un mes?

Él hizo una mueca de dolor.

—¿He dicho eso?

—Sí. —Ella cruzó los brazos sobre el pecho y lo miró expectante—. ¿Qué significa eso exactamente?

—El duque regresa dentro de un mes. —Él se encogió de hombros bajo la mirada severa de ella—. Stanhope sabe que debo contarle al duque lo que ha pasado. Debería enviar una carta a Bath, pero, bueno, el duque está enfermo.

—Y Michael es tu amigo.

—Exacto. Le dije que esperaría a contarle al duque lo que ha pasado hasta que regresara de Bath.

—Y en ese tiempo, esperas que Michael me convenza de alguna manera para que me case con él.

Él asintió con la cabeza.

—Sí. Espero que Dios quiera que lo haga.

—Oh, Algie —suspiró ella.

—Es la mejor solución —afirmó Algie con firmeza—. Si no fuera por su reputación, Stanhope habría sido un partido ventajoso para ti en circunstancias normales.

—Creo que no deberíamos seguir hablando de esto —replicó Alis—. Es evidente que no podemos llegar a un acuerdo al respecto, y no quiero discutir contigo, Algie.

Aunque parecía querer protestar, su primo finalmente asintió.

—Pero esto no ha terminado —advirtió—. Esto no es como el jardín de rosas o las clases de canto, Alis. Es un lío en el que te has metido y que no puedo ignorar.

—Entendido.

Se dio la vuelta como para salir de la habitación, pero dudó.

—Además, no te prometo nada sobre el duque. Si creo que debe saber lo que ha pasado, se lo diré. No te equivoques.

Ella quiso protestar, pero la seriedad de su expresión la disuadió.

—Lo entiendo, Algie. Y siento haberte puesto en esta situación.

Él le dedicó una sonrisa forzada.

—Disfruta de tu nuevo estudio. —Luego se marchó, dejando a Alis sola con sus pinturas y sus emociones revueltas.

A las tres en punto, Stanhope se presentó en casa de Norbert Chase. Consideró una buena señal que el mayordomo lo dejara pasar en lugar de echarlo a patadas.

Norbert y Eleanor lo recibieron en el salón, con té y galletas preparados.

—Lord Stanhope —saludó Eleanor con cordialidad—. Qué alegría verle. ¿Le apetece un té?

—Sí, gracias.

Norbert asintió brevemente.

—Stanhope.

—Norbert —respondió él, devolviéndole el gesto, odiando la rígida formalidad entre ellos. Miró a su alrededor con curiosidad—. ¿Dónde está Alis? Hay algo que me gustaría discutir con ustedes tres.

Al mencionar el nombre de Alis, Norbert lanzó una mirada de descontento a Stanhope, luego se acomodó en el sofá y se estiró para coger una galleta de la enorme pila que había en la bandeja del té.

—No te comas todas las galletas, Algernon —le reprendió Eleanor. Mirando a Stanhope, añadió—: Enviaré a alguien a buscar a Alis, milord.

Antes de que pudiera dar dos pasos para hacerlo, la puerta entreabierta se abrió de golpe y Alis irrumpió en la habitación arrastrando un lienzo.

—¡Algie! ¡Eleanor! —gritó—. ¡Mirad lo que he hecho! —Se detuvo en seco al darse cuenta de la presencia de Stanhope.

Stanhope parpadeó al verla. Llevaba un vestido azul viejo que parecía más un saco de trapos. Se había recogido el pelo con una cinta sencilla y le caía por la espalda en rizos rebeldes. Estaba cubierta de pintura.

Tenía una mancha roja en la mejilla. Salpicaduras de verde, azul y amarillo cubrían el vestido. Tenía la nariz salpicada de blanco y el pelo decorado con salpicaduras que parecían copos de nieve en sus oscuros mechones. Tenía los dedos manchados con todos los colores del arcoíris.

—Oh, Alis —gimió Eleanor, llevándose una mano a la mejilla.

Un rubor se extendió por el rostro manchado de pintura de Alis.

—Lord Stanhope. ¿Qué hace aquí?

—Alis —siseó Eleanor, con una expresión de vergüenza en el rostro—. Lord Stanhope ha venido a visitarnos, evidentemente.

El rubor de Alis se intensificó.

—Mis disculpas, milord. Permítame cambiarme de vestido y enseguida estaré con usted.

—Un momento, por favor —pidió Stanhope. Se acercó y le quitó con delicadeza el lienzo de los dedos—. Veamos qué tienes aquí.

—Todavía está húmedo, —advirtió Alis—. Cuidado con su elegante abrigo.

—No se preocupe por mi abrigo. —Con cuidado, levantó el lienzo para que todos pudieran verlo.

Se hizo el silencio en la habitación.

—Vaya —comentó Norbert—. ¿No es... eh... interesante?

—Muy colorido —respondió Eleanor con voz entrecortada, impactada tanto por el cuadro como por la familiaridad con que lord Stanhope se dirigía a Alis.

—Alis —murmuró Stanhope, contemplando con asombro la obra—, es maravilloso.

Una explosión de color danzaba sobre el lienzo en una sinfonía de matices que cantaban pasión y alegría. Pinceladas de azul cerúleo resonaban en un verde intenso, salpicadas de amarillo y atravesadas por rayas carmesí que se arremolinaban con feliz abandono.

Stanhope no lograba apartar la vista. El tumulto de colores le evocaba a Alis, a su pasión y belleza, a su naturaleza impetuosa, a su amor por la vida. Quedó fascinado.

—¿Qué es? —inquirió Algie, entrecerrando los ojos.

—Parece... eh... un jardín de flores —musitó Eleanor con una débil sonrisa. Stanhope y Alis intercambiaron una mirada que lo decía todo.

—Eso no es un jardín de flores —se burló Norbert—. Cualquiera puede ver que es un arco iris.

—¿Estáis locos los dos? —preguntó Stanhope—. No es ninguna de las dos cosas. Es solo... Alis.

Alis volvió hacia él sus ojos luminosos, con una mirada de asombro en el rostro.

—Exactamente, milord. Solo soy yo. Lo que siento.

—Maravilloso —dijo Stanhope, contemplando el cuadro con una media sonrisa—. Supongo que no considerarías venderme esto, ¿verdad?

Los ojos de Norbert se agrandaron.

—¿Quieres comprarlo?

—¿Por qué no? ¿No crees que ya es hora de que empiece a redecorar Stanhope Hall a mi gusto?

—Por supuesto —asintió Eleanor con una sonrisa cortés en los labios—. Y qué detalle que considere la obra de nuestra Alis para su hogar.

—Lo considero. Alis tiene mucho talento.

—Gracias, milord —agradeció Alis con una sonrisa deslumbrante—. Ahora, si me disculpan, hay que dejar que se seque antes de que puedan llevársela a casa.

—¿Entonces me lo venderás?

—No. Es suyo, milord, es un regalo. —Cogió el cuadro y le dedicó una breve sonrisa a los desconcertados Norberts, antes de salir de la habitación.

—Un regalo. —Stanhope sonrió, tontamente conmovido por el gesto.

—Maravilloso, —murmuró Norbert, antes de servirse otra galleta.



Alis se cambió lo más rápido que pudo y bajó corriendo las escaleras. Estaba extrañamente ansiosa por volver a ver a Stanhope, teniendo en cuenta lo mal que habían terminado en la reunión del viernes por la noche. Aun así, la admiración que él había mostrado por su pintura la había dejado con el ánimo alegre. Parecía creer sinceramente que ella tenía talento.

Ella también lo creía. Nunca antes se había sentido tan libre como cuando estaba pintando.

Estaba tan absorta en su arte que ni siquiera se había dado cuenta de que había pasado el tiempo. ¡Qué vergüenza encontrar a Stanhope en el salón cuando estaba cubierta de pintura de la cabeza a los pies! Debía de tener un aspecto espantoso.

Si se había fijado en su aspecto, su educación no le había permitido demostrarlo. Pero sí *se había* dado cuenta de su pintura. Ni siquiera una educación tan meticulosa como la suya le había impedido mostrar su sincero aprecio. Y su oferta de comprar el cuadro era más que generosa. No había nada que hacer, salvo regalárselo.

Sobre todo porque llevaba una semana rechazando sus propuestas de matrimonio.

Alis volvió al salón, ahora vestida adecuadamente con un delicado vestido rosa salpicado de diminutas flores. Al entrar en la habitación, se encontró con la mirada de Stanhope y se sintió mareada al ver el sincero aprecio en sus ojos.

Ojalá estuviera enamorado de ella...

¡Dios mío! ¿En qué estaba pensando? ¡Que Stanhope se enamorara de ella sería lo peor que podría ocurrirle! Ya la cortejaba con insistencia cuando lo único que le impulsaba era el deber; si su corazón llegara a estar verdaderamente implicado, ¿con qué vehemencia se entregaría entonces?

Ya era bastante problemático que ella lo apreciara más de lo debido. Si él llegaba a corresponder sus sentimientos, acabaría casándose con él antes de poder pronunciar «condesa de Stanhope».

—Lamento haberle hecho esperar —murmuró, tomando asiento en un sillón.

—Ha valido la pena —replicó Stanhope con galantería.

Ella se sonrojó, aunque sabía que sus palabras no eran más que fórmulas de cortesía.

—Ya estamos todos, milord —anunció Eleanor—. ¿De qué quería hablarnos?

Stanhope dirigió una mirada a Norbert y declaró:

—Creo haber hallado la manera de probar mi inocencia, pero necesito tu ayuda para lograrlo.

—¿En serio? —Algie parecía dispuesto a ayudar solo a elegir las pistolas para un duelo—. Ilústranos, Stanhope.

—Alguien debe saber qué ocurrió realmente con Ofelia —expresó Stanhope con firmeza—. Propongo recrear la fiesta en la que murió e interrogar a todos los que estuvieron presentes. Es la única forma de descubrir la verdad.

—¡Es una idea maravillosa! —exclamó Alis, visiblemente emocionada por la posibilidad de limpiar el nombre de Stanhope. Sin embargo, una punzada de pesar la atravesó. Una vez que su inocencia quedara restablecida, ella podría rechazar públicamente sus propuestas sin temor a las repercusiones sociales para él… ni para Emily.

Eso era lo que quería, ¿no? Entonces, ¿por qué ese remordimiento?

Stanhope esbozó una sonrisa sombría y continuó.

—El problema es que ninguna de esas personas se acercará a Stanhope Hall. De hecho, los Aggerly intentaron excluirme del baile de lady Denniston.

—Oh, cielos, es cierto —apuntó Eleanor, alarmada.

—Por eso me atrevo a sugerir —añadió Stanhope con tono contenido— que lord y lady Norbert sean quienes organicen la fiesta.

—¡¿Qué?! —soltó Algie, perplejo.

—Es una idea brillante —intervino Alis enseguida—. Recuerdo que los Aggerly estaban deseosos de ganarse el favor de Algie. No podrán resistirse a una invitación suya.

Eleanor frunció los labios.

—Alis tiene razón. No tengo ninguna objeción, lord Stanhope. Estaré encantada de ayudar. —Le lanzó una mirada significativa a su marido—. Y Algernon también.

Algie parecía afligido.

—Estaré de acuerdo, Stanhope, porque no puede hacerte ningún daño limpiar tu nombre... *en cualquier* situación en la que te encuentres actualmente.

Stanhope asintió con la cabeza en señal de aceptación.

—Muchas gracias.

—Irán a una fiesta en casa del conde y la condesa de Norbert —reflexionó Alis—. Y debemos mantener en secreto la presencia de lord Stanhope hasta el último momento.

—De acuerdo —dijo Eleanor.

Stanhope miró a uno y otro con determinación.

—Os agradezco a todos vuestra ayuda.

—Esperemos que funcione —murmuró Algie.

Capítulo 19

Como era de esperar, nadie rechazó la invitación del conde y la condesa de Norbert.

Al día siguiente de enviarlas, comenzaron a llegar las confirmaciones. Sentada en el salón, Eleanor planificaba el menú del evento mientras Alis organizaba cuidadosamente las notas de aceptación.

—Han dicho todos que sí —anunció Alis, sorprendida—. Y apenas han pasado dos días desde que las mandamos.

Eleanor alzó la mirada y le dedicó una sonrisa serena, cargada de seguridad.

—¿Y por qué no habrían de hacerlo? La buena sociedad está encantada con mi matrimonio con Algernon.

—Porque es un matrimonio por amor —replicó Alis con una sonrisa pícara—. Y eso rompe todas las reglas.

Eleanor se rió.

—¡Y yo pasé tanto tiempo siguiendo todas las reglas de la sociedad antes de que Algernon me pidiera en matrimonio! Quizás si hubiera sido lo suficientemente valiente como para romper una o dos reglas, él habría reunido el valor y me habría pedido en matrimonio antes.

—No puedo ni imaginarme rompiendo ninguna de las reglas de la sociedad —dijo Alis—. Siempre sabes qué hacer en cualquier situación.

Eleanor asintió.

—Por eso me conocían como la Eleanor Perfecta. ¡Cómo odiaba ese horrible apodo! ¿Sabes que eso fue lo que impidió que Algernon me cortejara?

—¿Tu apodo?

Eleanor asintió. —Es ridículo, ¿verdad?

—Quizá simplemente no estaba preparado para casarse.

—Tonterías —dijo Eleanor riendo—.Él conocía su deber, igual que yo conocía el mío. Por suerte para los dos, nuestro deber incluía un matrimonio por amor.

—Así que tu deber era casarte.

—Por supuesto. Como el tuyo.

—Pero ¿y si no quiero casarme? —preguntó Alis—. ¿Y si quiero hacer otra cosa?

—Eres la nieta de un duque. No hay nada más que puedas hacer.

—Me temía que ibas a decir eso —respondió Alis con tristeza.

El rostro de Eleanor se suavizó en una sonrisa.

—Alis, el matrimonio no es una sentencia de muerte. Ser una mujer casada tiene muchas ventajas, entre las que destaca la libertad que tienes dentro de la sociedad. Hay muchas cosas que una mujer casada puede hacer y que una soltera simplemente no puede.

—Supongo.

—Está la compañía de tener a alguien con quien envejecer —continuó Eleanor—. La alegría de tener hijos. La satisfacción de ser la dueña de tu propio hogar. No descartes el matrimonio como una prisión, Alis. Es realmente la clave para vivir una vida plena y satisfactoria.

Antes de que Alis pudiera responder, se oyó un golpe frenético en la puerta. Sin esperar respuesta, la ama de llaves irrumpió en la habitación.

—Señora Belton, ¿qué demonios**...**

—Disculpe, milady, pero debe venir inmediatamente. Es Monsieur Corveau. ¡Está amenazando con volver a presentar su renuncia!

—Oh, Dios mío. —Eleanor se puso de pie—. ¿Qué pasa esta vez?

—El perrito, milady. Se ha vuelto a colar en la cocina, y ese francés testarudo ha montado en cólera. Ha amenazado con rellenar al pobre Pudding y servirlo asado.

—¿De veras? —Eleanor frunció los labios mientras sus ojos centelleaban—. Ya veremos quién termina relleno, ¿no cree? Vamos, señora Belton.

Eleanor salió rápidamente de la habitación, seguida por la ama de llaves, que se retorcía las manos. Al ver la expresión de enfado de Eleanor, Alis no tuvo ninguna duda de que Monsieur Corveau pronto se encontraría en el barco más rápido de vuelta a Francia.

Todavía se reía por lo bajo cuando el mayordomo anunció la llegada de lord Stanhope.

Alis se puso en pie de un salto cuando Stanhope entró en la habitación. Su pulso se aceleró al verlo, lo que la irritó sobremanera.

—¿Qué hace aquí? —le espetó.

—Menudo saludo —respondió él, arqueando las cejas—. He venido a hablar de la fiesta en la casa.

—Por supuesto. —Se obligó a recordar sus modales—. Por favor, siéntese.

¿Le apetece tomar algo?

—No, gracias. —Le dedicó una sonrisa maliciosa mientras se sentaba en un sillón—. A menos que te incluyas entre los refrescos.

—¡Michael! —El calor le inundó el rostro**...** y algunos otros lugares. ¡Maldito sea ese hombre! ¿Cómo era posible que una sola sonrisa suya hiciera que todos sus pensamientos sensatos se esfumaran? Esa misma mañana había reafirmado su promesa de resistirse a sus encantos. No podía sucumbir.

No podía casarse con él. Tenía que mantenerse fiel a sus principios.

Pero, por alguna razón, cuando él le sonreía así, le costaba recordar por qué era tan importante seguir rechazándolo.

—¿No lo has pensado? —murmuró él—. ¿Pensar en qué?

—En lo que se siente al estar en brazos del otro.

—Por supuesto que lo he pensado —respondió ella bruscamente—. Me ha causado un sinfín de problemas, ¿no?

—El hecho de que estemos juntos no te ha causado ningún problema —la corrigió él—. Ha sido tu propia terquedad.

—¿Cómo puedes decir eso y seguir llamándote caballero?

Él sonrió.

—Lo siento, querida, pero en tu presencia, mis instintos caballerosos parecen desvanecerse.

—Ya me había dado cuenta. —De repente, cansada de los giros emocionales de la situación, preguntó con impaciencia—: ¿Qué te trae por aquí esta tarde, Michael?

La diversión se desvaneció de su expresión.

—He venido a decirte que llevaré a Emily a la fiesta.

—¿Por qué? Buscar a un asesino no es tarea para una niña.

—Lo sé, y tenía intención de dejarla en casa, pero han vuelto sus pesadillas. —Su expresión se tornó preocupada—. No me gusta la idea de que me necesite por la noche cuando no estoy allí. Encararé a alguien que vele por su seguridad, pero ella va a venir.

El corazón de Alis se ablandó al ver su preocupación por la niña.

—Entonces, por supuesto que debes traerla.

—Muchas gracias —dijo él con un breve gesto de cabeza—. Espero que todo salga bien y se demuestre mi inocencia.

—Yo también lo espero. —Apiló un montón de cartas, incapaz de mirarlo—. Limpiar tu nombre es la única forma en que ambos podemos salir de la situación en la que nos encontramos.

—Te equivocas, querida. El matrimonio es la única salida, un camino que tú has decidido no tomar.

—Tengo mis razones.

—Ya me lo has dicho. Pero dime, Alis, ¿cómo va a borrar el escándalo de nuestro amorío el hecho de que limpien mi reputación?

Ella se sonrojó ante sus palabras tan directas.

—¿Sabes que ya hay rumores sobre nosotros?

—Claro que sí —replicó él con una sonrisa ladeada—. Me sorprendería que no los hubiera.

—Nuestra... amistad... no ha pasado desapercibida, y todo el mundo está esperando que me pidas matrimonio.

—Ya te he pedido la mano. Varias veces.

Ella ignoró el tono irritado de su voz.

—Pero no se lo has dicho oficialmente a mi abuelo. La sociedad está esperando a ver si te rechaza como pretendiente. Si se hace público que te he rechazado, se creerá que los rumores que rodean la muerte de Ofelia son ciertos, y tanto tú como Emily quedaréis arruinados.

—Soy consciente de ello —aseguró él, poniéndose en pie—. Por eso te he propuesto todo esto.

Por supuesto que habría tenido en cuenta las circunstancias, pensó ella con un rubor de vergüenza. Él conocía las reglas de la

sociedad mucho mejor que ella.

Ella carraspeó.

—Ambos sabemos que no tengo intención de casarme contigo, Michael, pero al mismo tiempo no quiero que mi elección sea el factor decisivo en tu destino social.

—Muy generoso de tu parte, —señaló él con sarcasmo evidente.

—Por lo tanto, —continuó ella, lanzándole una mirada de advertencia—, nuestro único recurso es intentar demostrar tu inocencia. Entonces, si te rechazo, habrá algunos chismes, pero será una tormenta en un vaso de agua y se desvanecerá rápidamente.

—Veo que lo has pensado todo, —dijo él—. ¿Pero has considerado esto?

Se inclinó y colocó las manos en los brazos de la silla, atrapándola. Luego la besó.

Sus manos se cerraron con fuerza sobre los brazos de la silla. A pesar de su voluntad, su cuerpo respondió. A pesar de sus muchas razones para rechazarlo, sus brazos se deslizaron alrededor de su cuello. Y a pesar de su ya precaria situación, no pudo resistirse a devolverle el beso.

Él gruñó y rodeó su cintura con un brazo, levantándola y apretándola contra él. Le acarició la nuca, la mantuvo en su sitio y la besó como si no hubiera un mañana.

El deseo la invadió. No quería nada más que perderse en sus brazos para siempre. Pero el matrimonio era más que pasión. La unión entre dos personas era más que deseo.

No podía olvidarlo, por mucho que lo deseara.

—Para —logró susurrar contra su boca—. Michael, no podemos.

Él se apartó, pero solo lo suficiente para romper el beso. Apoyó la frente contra la de ella y la miró profundamente a los ojos.

—No es tan fácil de olvidar, ¿verdad?

Ella cerró los ojos.

—No quiero hacerte daño.

—Entonces cásate conmigo —insistió él—. Hazme el hombre más feliz del mundo.

—Ojalá pudiera. —Abrió los ojos, lo miró durante un largo rato y luego le dio un tierno beso en los labios—. Pero no puedo, Michael. No puedo arriesgarme a perder todo lo que tengo.

—¿Y qué hay de las cosas que no tienes? —Se apartó de ella—. Un compañero en la vida. Tu propio hogar. Hijos.

—Esas cosas llegarán. Algún día.

—Algún día puede ser demasiado tarde.

Se oyeron voces en el pasillo y Stanhope regresó rápidamente a su asiento. Eran la imagen de la corrección cuando Algie entró en la habitación.

—¡Dios mío, Stanhope! ¿Qué haces aquí? —exclamó Algie, lanzando una mirada rápida a Alis. Sus ojos se detuvieron en sus labios, aún hinchados por los besos, y entornó la mirada—. No importa... Ya veo lo que habéis estado haciendo. ¡Nombra a tus padrinos, señor!

—¡Algie, no! —protestó Alis, incorporándose de un salto.

—La primera vez no dije nada —gruñó Algie—, pero esta vez te ha deshonrado en mi propia casa. ¡Exijo una explicación!

Eleanor entró justo cuando terminaba aquella diatriba.

—¡Algernon, por todo lo santo! ¿Acabas de desafiar a lord Stanhope?

—Sí —replicó él—. Ahora solo falta que se digne responder...

—¿Has perdido el juicio? —exclamó Eleanor, atónita.

—Estaban aquí solos —insistió Algie—. ¿Dónde estabas tú?

—Tenía un problema con el chef. Algernon, creo que la agitación social te ha afectado los sentidos. Como si lord Stanhope fuera a aprovecharse de Alis.

—Ya lo ha hecho —gruñó Algie—. Pero esta vez voy a hacer algo al respecto.

Eleanor palideció.

—¿Qué?

—¡Algie, detente! —gritó Alis—. Sabes que lord Stanhope no ha hecho nada malo.

—No sé nada de eso. Stanhope, espero tu respuesta.

—¡Algernon, exijo saber qué está pasando! —Eleanor tomó a Algie por el brazo—. ¿Estás diciendo que lord Stanhope ha deshonrado a Alis? ¿Aquí, en nuestro salón?

—No, —dijo Alis desafiante—. No puede decir eso porque no es cierto.

Algie se sonrojó.

—Aquí no. Quiero decir que la ha deshonrado, pero ocurrió en otro lugar, hace unos días.

—*¡¿Qué?!*

—Norbert, aquí no ha pasado nada, —intervino Stanhope con suavidad—. Desde luego, nada que justifique un duelo. Aun así, las reglas dicen que una disculpa anula el desafío, así que, por favor, acepta mis más sinceras disculpas por cualquier cosa que creas que haya podido pasar aquí hoy.

—No me trates con condescendencia, Stanhope, —advirtió Algie—. No intentes decirme que estabas a solas con Alis y no pasó nada. No después del jueves por la noche.

—¿Fue el jueves? —Eleanor se volvió hacia Alis—. ¿Lord Stanhope se aprovechó de ti el jueves pasado y yo no me he enterado?

—No se aprovechó de mí —protestó Alis—. Fue totalmente mutuo.

—¡Dios mío! —Eleanor se tambaleó y Stanhope se apresuró a sujetarla.

—¡Suelta a mi esposa, Stanhope!

—¿Quieres que la deje caer al suelo? —Stanhope lo miró con disgusto—. De verdad, Norbert, estás llevando todo esto demasiado lejos.

—Por favor, suélteme, lord Stanhope —susurró Eleanor—. Y luego se marchará de mi casa.

Un silencio atónito se apoderó de todos al oír sus palabras. Stanhope primero se mostró sorprendido, luego resignado. Inclinó la cabeza.

—Como desee, milady.

Algie parecía incómodo.

—Vamos, Eleanor, no es necesario. Stanhope se ha ofrecido hacer lo correcto.

—¿De verdad? —Eleanor se zafó de las manos de Stanhope, que intentaba ayudarla, y recuperó el equilibrio—. Entonces, ¿por qué nadie me lo ha dicho? ¿Cuándo es la boda?

—No va a haber boda —dijo Algie—. Alis lo ha rechazado.

Por un momento, pareció que Eleanor iba a desmayarse de nuevo.

—¿Qué dices que ha hecho? —musitó, con los ojos clavados en su hermano. Luego, sin esperar respuesta, se volvió hacia Alis—. ¿Lo has rechazado?

Alis levantó la barbilla.

—Sí, lo he rechazado.

Eleanor se volvió hacia Algie.

—¿Y tú me lo cuentas ahora?

—Eh... bueno...

El precioso rostro de Eleanor se tensó en una expresión de gélida formalidad. Señaló a Stanhope.

—A ver si lo he entendido bien. Usted, lord Stanhope, deshonró a Alis el jueves pasado. ¿Es eso cierto?

El arrepentimiento se dibujó en su rostro.

—Me temo que sí.

—¿Está dispuesto a reparar el daño casándose con Alis?

—Lo estoy.

—Y tú, Alis. —La desaprobación de Eleanor la inundó como nieve derretida—. Después de que lord Stanhope intentara hacer lo correcto, ¿tuviste la osadía de rechazarlo?

Alis tragó saliva.

—Sí.

—Entonces eres una tonta. Pero ya me ocuparé de ti después. ¿Algernon?

Algie dio un paso adelante.

—¿Sí, mi amor?

—No intentes seducirme, marido. ¿Cómo has podido mantener en secreto algo tan importante durante todo este tiempo? ¿Alguna vez pensaste en contármelo?

—Tenía la intención de...

Eleanor esperó, pero, aunque Algie movió los labios, no pronunció ninguna palabra más.

—Humph —soltó ella—. Para mí es obvio que no tenías intención de decir nada al respecto.

—Pero, Eleanor...

—Ya hablaremos de esto más adelante. Por ahora, lord Stanhope, le ruego que se retire. Le llamaremos si llegamos a necesitarle.

Ni siquiera un hombre tan audaz como lord Stanhope se atrevía a llevarle la contraria a Eleanor cuando desplegaba todo su carácter.

—Como desee, milady. —Stanhope hizo una leve reverencia y dirigió una mirada a Algie—. Supongo que el desafío queda cancelado, Norbert.

Algie asintió con rigidez.

—Que tenga un buen día, milord —despachó Eleanor con frialdad.

Stanhope se inclinó de nuevo antes de abandonar la estancia.

—Algernon —pronunció Eleanor con firmeza—, déjanos solas, por favor. Quiero hablar con Alis.

—Por supuesto, querida.

Con el aspecto de quien ha escapado por los pelos de la horca, salió de la habitación sin pensárselo dos veces.

Alis se quedó a solas con una Eleanor furiosa y visiblemente decepcionada.

—Bueno, Alis, has conseguido armar un buen lío, ¿no?

Ella se irguió, decidida a mantener la dignidad.

—Nunca quise provocar semejante escándalo. Solo quiero poder decidir cuándo casarme y con quién.

—Me temo que ese lujo ya no está a tu alcance —replicó Eleanor, negando con la cabeza—. Por Dios, muchacha, estás comprometida. El hombre que ha comprometido tu reputación está más que dispuesto a hacer lo correcto, ¿y tú lo rechazas?

—No estoy preparada para casarme.

Los ojos azules de Eleanor se agrandaron y sus perfectas fosas nasales se dilataron.

—¿No estás preparada para casarte? ¿Esa es la razón por la que te has deshonrado?

—Bueno... sí.

Eleanor señaló el sofá.

—Siéntate. —Alis se sentó.

Eleanor se sentó frente a ella y juntó las manos en el regazo.

—Dado que tu madre ha fallecido y ni Lady Agatha ni tu nueva cuñada están aquí, me corresponde a mí, como tu pariente femenina más cercana, aconsejarte. —Miró a Alis con gran seriedad.

—Debes casarte con lord Stanhope. No hay otra opción.

—¡No! —exclamó Alis, levantándose de un salto—. Estoy harta de que la gente me diga lo que tengo que hacer. Toda mi vida, otros han tomado las decisiones por mí. Pues bien, esta vez, yo voy a tomar la decisión. Y digo que no estoy preparada para casarme.

—Pero te arruinarás. ¿Tienes idea de lo que te pasaría si se enterara alguien? ¿La humillación que sufriría toda tu familia, especialmente tu abuelo? Serías completamente repudiada, y ni siquiera tu relación con el duque podría salvarte. —Jadeó—. Dios mío, ¿lo sabe el duque?

Alis negó con la cabeza.

—Convencí a Algie para que no se lo dijera. Me preocupa que la noticia le provoque otro ataque.

—Y podría ser. Otra cosa más de la que tú eres totalmente responsable, muchacha.

La melancolía la invadió.

—Lo sé.

Eleanor suspiró.

—No puedo creer que esto haya sucedido. ¿Sabes? En mi boda, parecías tan enamorada de lord Stanhope que deliberadamente te dejé libre para que socializaras con él. Y seguí

haciéndolo porque pensé que tal vez querías casarte con él, pero sabías que su reputación haría que tu abuelo se lo pensara dos veces antes de dar su permiso. —Le dedicó a Alis una sonrisa frágil —. Pensaba que te importaba lord Stanhope.

—Sí que me importa.

—Entonces, ¿por qué le has humillado de esa manera? —exclamó Eleanor, levantando las manos.

—Oh, vaya, nunca lo había pensado así. Toda la situación se ha complicado bastante.

Eleanor se inclinó hacia delante.

—Cuéntame, Alis. Quizá pueda ayudarte.

Esas palabras, pronunciadas en un tono tan maternal, despertaron en Alis emociones que no había sentido desde que murió su madre.

—Oh, Eleanor —dijo, hundiéndose de nuevo en el sofá—. ¡Es un lío!

Eleanor puso la mano sobre la de Alis.

—Dime qué te preocupa, Alis, porque te encuentras en una situación muy grave.

—No me había dado cuenta de lo grave que era hasta ahora.

—Sí, veo que no te has dado cuenta de cómo lo que has hecho va a hacer daño a las personas que quieres.

—Nunca quise hacer daño a nadie, —susurró Alis—. Solo quería protegerme.

—Lo mejor que puedes hacer es aceptar la propuesta de lord Stanhope.

—La fiesta en la casa demostrará su inocencia. Entonces no tendremos que casarnos.

Eleanor la miró horrorizada.

—Querida niña, eso no funciona así. Stanhope te ha arruinado. Aunque no sea de dominio público, lo hecho, hecho está. —Se inclinó hacia delante para enfatizar su argumento, sonrojándose al abordar un tema tan íntimo—. Los hombres esperan que sus esposas sean inocentes, Alis. La pureza de una mujer es lo más importante que puede aportar a un matrimonio. Sin ella, la unión comienza con desconfianza. Le has entregado tu inocencia a lord Stanhope y ahora tu valor como esposa potencial ha disminuido considerablemente.

—¡No soy un animal de granja! —exclamó Alis, enrojecida por la franqueza de Eleanor—. El hombre con el que me case tiene que querer algo más que eso.

—Puede que no te guste, pero la aristocracia inglesa tiene mucho en común con el ganado en lo que respecta al matrimonio. Hay que casarse adecuadamente y aportar a la unión un árbol genealógico que tenga valor para el marido. También hay que intentar, siempre que sea posible, casarse por encima de las propias posibilidades y ascender a la familia a las clases más altas de la sociedad.

—¿Y si una quiere casarse por amor? —preguntó Alis con sarcasmo.

Eleanor la miró con lástima.

—No todo el mundo puede hacerlo. Y la nieta de un duque no es la excepción. Al parecer, tú y lord Stanhope sois compatibles en... ciertos aspectos del matrimonio. Es muy probable que seas muy feliz a su lado.

—No permitiré que me obliguen a casarme. Quiero algo más que escalar posiciones en la sociedad.

El rostro de Eleanor se ensombreció.

—No has escuchado ni una palabra de lo que te he dicho, ¿verdad?

—Lo siento, Eleanor, pero soy estadounidense. Tal vez vemos las cosas de forma distinta a los ingleses.

—De eso no me cabe la menor duda. —Eleanor se levantó y alisó la falda con gesto mecánico—. ¿Te das cuenta de que, si no fuéramos parientes, estaría obligada a repudiarte ahora que sé que has caído en desgracia?

Alis palideció.

—Entonces es una suerte que seamos parientes.

—Muy bien. —Eleanor hizo una pausa—. Sabes, Alis, eres muy firme en tu decisión de no casarte. ¿Es realmente el matrimonio lo que te repugna? ¿O es otra cosa, algo que ni siquiera te atreves a admitir ante ti misma? ¿Qué es lo que realmente quieres?

Alis abrió la boca, pero entonces se dio cuenta de que no tenía respuesta.

—Piénsalo. Ahora, si me disculpas, tengo que ultimar algunos detalles para la fiesta en casa. —Eleanor se dio la vuelta y salió de la habitación.

Alis la vio marcharse, sintiéndose más perdida que nunca en su vida.

¿Estaba equivocada por querer algo más que una unión insulsa entre dos linajes? ¿Por querer respeto y compañerismo? ¿Por querer encontrar a su pareja en igualdad de condiciones, como una persona con derechos propios?

Desde el punto de vista inglés, aparentemente estaba muy mal. Eleanor estaba enfadada con ella, al igual que Algie. ¿Y Stanhope?

Suspiró. Stanhope era persistente. Y difícil de resistir.

Ella lo amaba. Sabía que lo amaba; no era un secreto que se ocultaba a sí misma como una heroína de novela. Eleanor estaba equivocada. No se estaba engañando a sí misma. Solo estaba siendo realista.

A Stanhope le gustaba. La deseaba. ¿Pero amor? No.

Y haría falta un hombre que la amara para apreciar a la persona en la que estaba tratando de convertirse. No podía aceptar nada menos.

Capítulo 20

La fiesta organizada por el conde y la condesa de Norbert era el evento más comentado en Devon. Todas las patronas de las reuniones de los viernes por la noche se reunieron y discutieron la primera fiesta organizada por lord y lady Norbert.

Alis se vistió para la cena con una sensación de inquietud. Los invitados habían llegado a lo largo del día y se habían retirado a sus habitaciones para descansar o participar en otras actividades. Se preguntaba qué pasaría cuando todos los reunidos en el salón se dieran cuenta de la importancia de la reunión.

Solo había una forma de averiguarlo.

Vestida de satén blanco, con perlas en el pelo y alrededor del cuello, Alis parecía una joven Diana al entrar en el salón. En la mayoría de los eventos, la conversación fluiría, pero en este caso los ocupantes de la sala permanecían en un silencio inquietante. Se miraban de reojo y murmuraban entre ellos detrás de abanicos que agitaban frenéticamente.

Mientras se dirigía hacia Algie y Eleanor, echó un vistazo a la sala. Lord y Lady Aggerly estaban presentes. Sin duda, el carruaje de la pareja había dejado nuevos surcos en el camino por la velocidad con la que habían acudido a la cita**,** sobre todo teniendo en cuenta que Algie les había ignorado socialmente en el baile de Lady Denniston.

Lord Fenton también estaba presente. Ella se quedó en el lado opuesto de la sala. Aún no había olvidado la extraña advertencia que le había hecho en la reunión del viernes por la noche.

Y allí estaba la señora Imogene Warington, la mujer rubia de pechos increíblemente grandes con la que Stanhope había bailado en la reunión. Aunque Stanhope le había explicado a Alis que solo había intentado preguntarle a la señora Warington por la muerte de Ophelia, Alis no pudo evitar fijarse en que la mujer había estado mirando a Stanhope todo el tiempo como un gato hambriento que observa un cuenco de nata.

Había otras personas allí: un hombre delgado y mayor que parecía un hombre de campo; dos matronas de la alta sociedad que ella no conocía; un hombre mayor calvo y regordete; y una joven de cabello oscuro con un hombre que parecía ser su marido.

Eleanor le presentó a todos. El hombre de aspecto rudo resultó ser Sir Charles Wraxton, un viejo amigo y compañero de caza del difunto conde de Stanhope. Las dos matronas de la alta sociedad eran Lady Tilton y la viuda Lady Alston, que era la amante de Sir Charles desde hacía mucho tiempo. El hombre calvo era Lord Tilton, y la joven que estaba con su marido era Lady Nussburton, hija de Lord y Lady Tilton.

Había algunos invitados de la fiesta original que no estaban presentes, como la señorita Eugenia Minor, la anciana tía de lord Fenton, que había hecho de chaperona de su hermana en aquella ocasión. La señorita Minor había cogido un resfriado dos años antes y había fallecido mientras dormía. Los demás ausentes eran el difunto conde y Desmond Everton.

Y, por supuesto, Ofelia.

El reloj dio las cuatro y los invitados levantaron la vista expectantes al oír un gong que resonó por toda la casa, indicando que la cena estaba servida. Mientras se reunían para bajar a cenar, se abrió la puerta del salón y se anunció al último invitado.

—¡El conde de Stanhope!

Un grito ahogado se oyó en toda la sala cuando Stanhope entró en el salón. Se detuvo en la puerta, con un aspecto peligrosamente atractivo en su traje negro de noche, y pasó

lentamente la mirada de una persona a otra. Su mirada fija y fría inquietó incluso a Alis, aunque la mirada que le dirigió a ella fue considerablemente más cálida que la que dedicó a los invitados. Luego, con un gesto de asentimiento a los allí reunidos, se adelantó para saludar a los anfitriones.

—¿Qué está pasando aquí? —exigió lord Aggerly—. ¿Qué hace Stanhope aquí?

Algie miró fijamente al hombre.

—Quizá hayas olvidado que lord Stanhope es un amigo muy especial para mí, Aggerly.

Aggerly se sonrojó y retrocedió.

—A mí también me gustaría saber la respuesta —exigió lord Tilton—. Todo esto es muy sospechoso.

Stanhope echó un vistazo a la sala.

—Todos están aquí para ayudar a resolver un misterio —comentó con una pequeña sonrisa—. Antes de que esta fiesta termine, habremos descubierto quién mató realmente a Ophelia Haversham.

—¡Todo esto es un engaño! —protestó sir Charles, con el rostro delgado encendido de ira—. Todos sabemos quién fue.

Stanhope le dirigió una de sus largas y penetrantes miradas.

—¿Ah, sí? —murmuró.

Sir Charles se sonrojó aún más y apartó la vista, mascullando algo entre dientes.

—No me gusta nada esto —se quejó lady Tilton—. Edward, llama al carruaje. Nos vamos.

—Pero no pueden irse —intervino Eleanor con voz melosa—. Necesitamos la colaboración de todos para descubrir al verdadero asesino.

—Nosotras también nos marchamos —añadió lady Nussburton, siguiendo el ejemplo de su madre—. ¿Cómo se atreven a convocarnos bajo un pretexto falso?

—Debería haber sabido que era demasiado bueno para ser cierto —se lamentó la señora Warington, frunciendo los labios en un puchero decepcionado dirigido a Stanhope—. Por supuesto que llamaré a mi carruaje.

Lady Aggerly se puso en pie con aire indignado.

—Nosotros también nos marchamos. Vamos, Robert. ¡Esto es intolerable!

—Haz algo —le murmuró Algie a Stanhope entre dientes.

Lord Fenton se levantó con aplomo del sofá.

—Queridos señores y señoras —intervino con una sonrisa encantadora—, por favor, al menos quédense a cenar.

—Lord Fenton —musitó lady Alston, con esa voz suya notoriamente suave, apenas audible en la estancia—, me parece que usted es quien más debería sentirse ofendido por este atroz drama.

—¿Cómo es eso? —preguntó Fenton—. ¿Porque mi hermana fue la víctima inocente de todo esto? No puedo culpar a Stanhope por querer deshacerse de las sombras que han planeado sobre él durante los últimos seis años. De hecho, este pequeño cuadro es extremadamente ingenioso. ¿Qué mejor manera de limpiar su reputación que convencer a las mismas personas que estuvieron presentes en la fiesta original de que es inocente?

—¿Así que cree que es inocente? —exigió Sir Charles. Fenton sonrió.

—Nunca he dicho eso.

—Ya basta —intervino Alis con firmeza—. Lord Fenton, no está contribuyendo en nada.

—¿Y por qué habría de hacerlo? —replicó él—. Fue mi hermana quien murió y, aunque en gran parte fue culpa suya, la mataron

injustamente en la flor de la vida. He perdonado a Stanhope porque estoy convencido de que todo fue un accidente. Pero no puedo permitir que se le exonere por completo de toda responsabilidad.

—Yo no maté a Ophelia —aseveró Stanhope—. Y nadie saldrá de esta casa hasta que descubramos quién fue el verdadero culpable.

—¿Está acusando a uno de *nosotros*? —exigió lord Tilton—. ¡Qué descaro! No tenemos por qué escuchar esto ni un minuto más. Vamos, Lucretia.

Lord y lady Tilton encabezaron la fila de invitados que comenzaron a dirigirse hacia la puerta. Alis miró impotente a Stanhope, cuya expresión sombría le partió el corazón.

Algie parecía atónito.

—No recuerdo que nadie se haya marchado nunca de una fiesta de Norbert.

—¡Deténlos, Algernon! —susurró Eleanor.

Algie extendió las manos.

—¿Cómo? No puedo hacerles tropezar y atarlos a las sillas.

Justo antes de que el primer invitado pudiera salir de la sala, la puerta se abrió y el mayordomo anunció:

—¡El duque de Wessex y la condesa viuda de Millington!

—¡Abuelo! —exclamó Alis.

El duque apareció en la puerta y miró a los invitados que salían con altivo desdén.

—Buenas noches.

Los Tilton se detuvieron, con la incertidumbre reflejada en sus rostros.

—La cena está servida —señaló el duque mientras sonaba de nuevo la campana—. Supongo que es allí adonde se dirigían todos.

Lady Tilton esbozó una enorme sonrisa.

—Sí, Su Excelencia. —El resto de los invitados murmuraron su asentimiento.

—Eso pensaba. Ahora, me gustaría saludar a mis anfitriones, a mi nieta y a lord Stanhope. En privado, si no les importa.

Los invitados salieron en fila, olvidando por completo sus planes de marcharse. Cuando el último de ellos hubo cruzado la puerta, el duque la cerró tras ellos y se volvió hacia las personas que quedaban en la sala.

—Ahora, ¿alguien podría tener la amabilidad de explicarme qué diablos está pasando aquí?

El duque miró con aire altivo a los cuatro, con sus ojos negros brillando con arrogancia y la piel sonrosada por la buena salud. Alis pensó que estaba sencillamente maravilloso. Corrió hacia él y se arrojó a sus brazos.

—Abuelo, ¡qué alegría verte!

El duque le dio unas palmaditas en la espalda con torpeza.

—Ya, ya, niña.

—Abuela —se acercó Algie, depositando un beso en la mejilla de Lady Agatha—. Me alegra verte. Habéis llegado en el momento justo. ¿Cómo habéis venido hasta aquí?

—Buena pregunta —respondió Stanhope con voz cargada de insinuación.

Lanzó a Algie una mirada llena de significado.

—¿Qué? —replicó él—. ¿Acaso crees que fui yo quien los llamó?

—¿Y si lo hubiera hecho? —preguntó el duque—. ¿Hay algo malo en ello, Stanhope?

Stanhope se puso tenso ante el tono autoritario de la voz del duque.

—En absoluto, Su Excelencia.

—Él no los ha llamado —dijo Eleanor—. He sido yo.

—¿Tú? —Alis se volvió hacia Eleanor.

—Necesitábamos la ayuda del duque. Y él tenía que saber lo que estaba pasando.

—Claro que tenía que saber lo que estaba pasando. —El duque miró con severidad a Alis—. Señorita, tiene usted mucho que explicar.

Alis palideció.

—Eleanor, ¿cómo has podido? —gimió Algie.

—¿Cómo he podido... qué? —respondió Eleanor—. ¿Cómo pude escribirle al duque y decirle que lord Stanhope había declarado su intención de pedir la mano de Alis? ¿Que habíamos montado todo este elaborado drama para demostrar la inocencia de lord Stanhope con el fin de que su propuesta fuera más aceptable para el abuelo de Alis?

Alis, Stanhope y Algie miraron a Eleanor con asombro.

—Sí, —dijo Algie finalmente, con un hilo de voz—. Por supuesto. Solo desearía que me hubieras dicho que lo habías mandado llamar.

Eleanor miró a Algie con aire significativo.

—Yo también desearía que me hubieras dicho algunas cosas.

Algie se sonrojó.

—Sí, bueno...

El duque clavó su feroz mirada en Stanhope.

—Espero que hablemos cuando haya terminado este asunto.

Stanhope asintió.

—Sí, Su Excelencia.

Alis se quedó clavada en el sitio. Eleanor había llamado a su abuelo, ¡que parecía estar a favor de la propuesta de Stanhope! Y aunque el duque aparentemente no sabía nada de su desgracia, su intervención significaba que la oferta de Stanhope se tomaría en serio.

Una parte de ella estaba emocionada, y otra parte sentía como si las paredes se le echaran encima.

—Mañana comenzaré a entrevistar a los invitados —declaró el duque—. Llegaré al fondo de este asunto, sin duda.

—¿Tú, abuelo? —preguntó Alis—. ¿Crees que es prudente? Debes pensar en su salud.

—Prudente o no, esta gente no le dirá nada a Norbert ni a Stanhope. Pero conmigo hablarán, por Dios, o arruinaré socialmente a todos y cada uno de ellos. —Le dio una palmadita en la mano—. No temas, Alyson. Demostraremos la inocencia del muchacho.

Alis parpadeó, asombrada de que alguien pudiera referirse a Stanhope como un chico, pero, sabiamente, no dijo nada. Si el duque estaba dispuesto a respaldar a Stanhope, eso contribuiría en gran medida a que la alta sociedad olvidara los terribles rumores.

Y una vez que Stanhope recuperara su reputación, ella podría rechazar su propuesta de matrimonio de una vez por todas sin temor a condenarlo a él y a Emily a una vida de ostracismo.

De nuevo sintió una punzada de consternación al pensar en despedir a Stanhope, pero el miedo que sentía en su interior no le permitía hacer otra cosa. No podía arriesgarse a casarse con un hombre que no la entendía. Que no la amaba.

—Bien, entonces —dijo Eleanor—. ¿Entramos a cenar? Estoy segura de que nuestros invitados nos están esperando.

—Más les vale, si saben lo que les conviene —refunfuñó el duque. Le ofreció el brazo a Alis.

Stanhope se inclinó ante Lady Agatha.

—¿Me concede el placer de acompañarla a cenar, milady?

Lady Agatha se rió.

—Por supuesto, guapo sinvergüenza. Alégrate de que no sea veinte años más joven.

—Diez —replicó Stanhope.

Lady Agatha volvió a reír y le puso la mano en el brazo.

—Adulador.

Algie ofreció el brazo a su esposa y el grupo se dirigió a cenar.



La cena fue extraña, extrañamente silenciosa, con estallidos de conversación excesivamente animada por parte de los invitados, que estaban nerviosos. A nadie le sorprendió que después nadie se quedara en el salón para jugar a las cartas o escuchar música. Todos se retiraron a sus habitaciones bastante temprano, inquietos por los acontecimientos del día.

Alis tenía toda la intención de acostarse, pero no dejaba de pensar en Emily y se preguntaba cómo se encontraría la niña después de su enfermedad. Antes de desvestirse, bajó a la habitación de Emily para ver cómo estaba.

Entreabrió la puerta del dormitorio de la niña. Emily dormía profundamente, con el pecho subiendo y bajando al ritmo de su suave respiración. Un movimiento en la oscuridad llamó la atención de Alis, y vio que Pudding levantaba la cabeza desde donde yacía acurrucado en los brazos de Emily.

Alis sonrió.

—Cuídala bien, Pudding —susurró, y luego salió silenciosamente de la habitación y cerró la puerta detrás de sí. Se

volvió para regresar a su habitación y gritó cuando una sombra se desprendió de la pared.

—Silencio —dijo Stanhope, poniendo un dedo sobre sus labios —. No tengo ningún deseo de encontrarme con Norbert a primera hora de la mañana.

Alis apartó su mano, con el corazón latiéndole con fuerza.

—¡Me has dado un susto de muerte! ¿Qué haces merodeando por el pasillo?

—Iba a ver cómo estaba mi pupila, pero vi que alguien había llegado antes que yo. —Sus labios se estrecharon—. Iba a entrar en la habitación cuando saliste. No tenía ni idea de quién estaba allí.

—Entonces los dos nos hemos llevado un buen susto hoy — susurró ella—. Así es.

El silencio se instaló incómodo. De pronto, el pasillo se tornó más oscuro y aislado. La quietud dominaba la casa dormida, y Alis comprendió con un sobresalto que estaba completamente sola con Stanhope.

Peligroso.

—Bueno, milord, debo regresar a mi habitación —murmuró con una sonrisa forzada—. Que tenga buenas noches.

—Espera un momento —replicó él, sujetándola del brazo—. Es la primera vez que estamos a solas sin interrupciones.

—Como ya me han advertido, milord, no se me permite tener momentos a solas con usted.

—¿Quieres dejar de llamarme «milord» y, sobre todo, de usted? —la desafió él.

Ella lo miró con firmeza.

—Es el título que te corresponde.

—Solías llamarme Michael.

Ella negó lentamente con la cabeza.

—Intento hacer lo correcto. Y no es correcto dirigirme a ti por tu nombre de pila.

—Eres una verdadera hipócrita, —gruñó él en un repentino arrebato de ira—. ¿Te acuestas conmigo y luego rechazas mi propuesta de matrimonio, y ahora te escondes detrás de las convenciones sociales?

—¡No me estoy escondiendo! Solo quiero evitar que las cosas empeoren.

—¿Qué puede ser peor que esto? Te he deshonrado y te niegas a casarte conmigo. Eleanor sabe lo que ha pasado y ha llamado al duque. Norbert me ha retado a duelo**...**

—¡Lo ha rescindido!

—Y, por si fuera poco, es muy probable que una de las personas de esta casa sea un asesino.

—¿Quieres dejar de sermonearme sobre el honor? —siseó Alis —. ¿Acaso crees *que el honor* tiene algo que ver con que me case contigo?

—En este momento, es la razón más convincente.

—Para mí no. —Se señaló a sí misma—. Soy estadounidense. ¡Deja de esperar que actúe como una típica inglesa!

—Créeme, Alis, no hay nada típico en ti.

Por la forma en que lo dijo, Alis se dio cuenta de que no era un cumplido.

—Si fuera inglesa —comentó—, sin duda estaría encantada de aceptar tu propuesta de matrimonio. Pero en Estados Unidos hacemos las cosas de otro modo. El matrimonio se funda en el amor y los intereses compartidos, no en las normas ni en el honor.

—Tenemos intereses comunes. Emily, por ejemplo.

Ella negó con la cabeza.

—No lo entiendes. En Inglaterra, el matrimonio se basa en la reproducción. Es un juego de emparejamientos en el que el dinero cuenta y la gente compite por conseguir el linaje que mejor enriquezca el suyo.

—No hay nada de malo en eso. La nobleza inglesa lleva siglos siguiendo esa norma.

—¡Pero yo no quiero ser una esposa inglesa! —Con esfuerzo, bajó la voz—. He visto a las parejas casadas en Inglaterra ser infieles entre sí. Usarse unas a otras. He visto cómo los lores ingleses dejan a sus esposas a pastar en el campo mientras ellos se divierten en Londres, y te digo, Michael, *¡*no volveré a quedarme sola nunca más*!* —Se le quebró la voz.

Stanhope se acercó para tomarla por los hombros.

—Alis —murmuró—, nunca podría dejarte en ningún sitio. Te necesito demasiado.

Ella sollozó. Las lágrimas brotaron de sus ojos cuando las emociones que había ocultado durante tanto tiempo se desataron y se hicieron sentir.

—Te necesito —repitió él.

—Por Emily —susurró ella.

—No. Por mí. —Le tocó la barbilla con la mano, instándola a que lo mirara—. Te necesito por mí, Alis. Necesito tu sonrisa y tu risa. Haces que la gente se sienta bien. Les encanta estar contigo.

—Entonces, ¿por qué siempre se han ido todos?

—Yo no voy a ir a ninguna parte. —La atrajo hacia sí y la abrazó con ternura.

—¿Es esto lo que has estado intentando hacer, prepararte para que te vuelvan a abandonar?

—Quizás. —Se acurrucó en sus brazos, buscando consuelo por un momento—. Solo quería tener algo en mi vida para mí, como todo el mundo. Quería tener algún propósito, algún talento.

—Tú tienes talento. Y no me refiero solo a tu obra artística.

Acercó la cabeza a su oído.

—Alis, ¿no te das cuenta de cuál es tu verdadero don? No es pintar, ni cantar, ni la jardinería, ni ninguno de esos pasatiempos. Tu talento reside en las personas, Alis. Tienes un don para ver los deseos más íntimos de una persona y ayudarla a cumplirlos.

—¿De verdad? —Ella lo miró, conmovida hasta lo más profundo de su alma por la idea de que eso pudiera ser cierto.

—Claro que sí. Mira cómo lograste la reconciliación entre tu hermano y tu abuelo. He oído que apenas se hablaban cuando tu hermano llegó a Inglaterra.

—Es cierto.

—Y mira lo que has hecho por mí —señaló él—. Y por Emily. Ahora podemos hablar, mientras que antes siempre discutíamos.

—Eso era solo un simple problema de comunicación.

—Pero ¿no lo ves, Alis? Eso es lo que se te da bien, hacer que la gente se comunique. Si fueras un hombre, serías un excelente diplomático.

—Quizá.

—No tengas miedo. —Le tomó el rostro entre las manos—. Cásate conmigo, Alis.

—No tengo miedo. Solo quiero algo más que el honor como motivo para casarme.

—¿Qué más quieres? Mi honor es todo lo que tengo para ofrecerte.

—Lo sé —susurró ella con tristeza.

—¿Por qué sigues siendo tan terca? ¿Has pensado en que podrías estar esperando un hijo mío?

—Es muy improbable.

—Pero existe la posibilidad. —Él la miró con profunda decepción—. He intentado todo lo que se me ha ocurrido para convencerte de que hagas lo correcto. No entiendo por qué te comportas de forma tan infantil.

—¡Infantil! A mí me parece que sería más infantil casarse sin pensarlo bien que esperar, como he decidido hacer yo. Me casaré cuando yo lo decida, Michael, y no antes.

—Te creo, —dijo él—. Por desgracia, tu obstinación está haciendo daño a las personas que quieres.

—Exageras, —se burló ella, aunque temía con toda su alma que fuera cierto.

—Eres como una niña pequeña que tiene miedo a las sombras, — dijo él con voz llena de lástima—. Enciende una vela, Alis. Afronta tus responsabilidades. Mira lo que está pasando de verdad a tu alrededor. Y luego dime que estás haciendo lo correcto.

Se dio la vuelta y la dejó sola en la oscuridad, con solo sus miedos para consolarla.

¿Estaba actuando como una niña?

No podía quitarse esa idea de la cabeza. ¿De verdad se negaba a casarse porque tenía miedo de que la hicieran daño? ¿De quedarse sola?

Pensaba que quería un hobby para mantener su individualidad frente al matrimonio. Pero ¿era esa realmente la razón? Quizás quería otra cosa. Consuelo, tal vez.

Algo a lo que recurrir cuando sucediera lo inevitable y volviera a quedarse sola.

Un suave sollozo escapó de sus labios mientras se obligaba a considerar las palabras de Stanhope. ¿Cómo estaba haciendo daño a las personas que quería al intentar mantenerse firme en su decisión de casarse por algo más que las consecuencias sociales?

Eso por sí solo no hacía daño a nadie... pero la situación había cambiado cuando ella y Stanhope hicieron el amor.

Eso era lo que estaba causando el problema, se dio cuenta. Algie estaba enfadado con ella. Eleanor estaba decepcionada e incluso había dicho que solo la conexión familiar impedía que rompiera completamente con Alis. Stanhope estaba dolido porque ella seguía echándole en cara sus honorables intenciones.

Y así siguió. La amistad entre Stanhope y Algie estaba al borde de la destrucción por el incidente. Eleanor estaba furiosa con Algie por mantener el escándalo en secreto. Y ahora Eleanor había involucrado al duque, que no sabía nada de sus relaciones amorosas y solo ayudaba a Stanhope porque creía que Alis quería casarse con él.

Todo lo que tenía que hacer era aceptar casarse con Stanhope y todos volverían a ser felices.

Sin embargo, si el matrimonio no funcionaba, si él la abandonaba como ella esperaba, eso la devastaría.

No es que él fuera a abandonarla para siempre, oh, no. Pero la nobleza inglesa tenía una preocupante tendencia a vivir separada de sus cónyuges. Eso no era un matrimonio, era una convivencia. Y ella quería más.

Amaba a Stanhope. Lo sabía, lo sabía desde hacía mucho tiempo. Y aunque no deseaba otra cosa que convertirse en su esposa, no se atrevía. ¿Y si él se cansaba de ella? ¿La desterraría al campo mientras él seguía con su vida elegante en Londres?

Pero, por otra parte, ¿y si no lo hacía?

Era una idea nueva que disipaba los miedos infantiles que la atenazaban. Alis, que siempre se había quedado sola con su madre mientras su hermano se iba de viaje por mar, había anhelado siempre que él volviera, que se quedara en casa para siempre. No quería estar esperando a que Stanhope volviera a casa con ella.

¿Estaba siendo egoísta?

—Afróntate a tus responsabilidades, —le había dicho él—. Mira lo que está pasando a tu alrededor.

Ella había entregado voluntariamente su inocencia a Stanhope porque quería estar con él. Aunque no se arrepentía de lo que había hecho, sí lamentaba las consecuencias.

Algie los había sorprendido, lo que había provocado una grave ruptura en su amistad con Stanhope. Sin embargo, parecía apaciguado por la disposición de Stanhope a casarse con ella.

Y Algie estaba enfadado con *ella* tanto por sucumbir a los encantos de Stanhope como por rechazar la oferta de este. Solo había aceptado la fiesta en la casa porque esperaba que el duque pudiera convencerla de que se casara con Stanhope una vez que se hubiera restaurado su reputación. Como era un inglés bien educado, Alis solo podía suponer que Algie estaba horrorizado por sus acciones, y la mortificación la invadió al considerar la situación desde su punto de vista.

¿Cómo se sentiría si una joven a la que apreciaba se le ocurriera cometer un suicidio social entregándose a un hombre fuera del matrimonio y luego negándose a casarse con él?

Enojada. Frustrada. Impotente.

Alis comenzó a sentir vergüenza. ¿Cómo había podido hacerle eso al pobre Algie?

Y Eleanor. Se estremeció al recordar aquella conversación. Eleanor estaba profundamente decepcionada con ella. A Alis le había impactado descubrir que solo los lazos familiares impedían que Eleanor la repudiara. Sin duda, su conducta también había sido un golpe duro y deshonroso para ella. Alis no recordaba haber visto nunca una disputa entre recién casados, pero ahora Eleanor estaba enfadada con Algie por ocultarle a su propia esposa el escándalo. Otra relación rota. La situación era tan delicada que Eleanor había decidido llamar al duque. De todos ellos, solo ella comprendía que necesitarían la influencia del duque para salvar la reputación y salir airosos de aquel escándalo.

Especialmente Stanhope.

Era un hombre cuyo honor estaba en entredicho por la mayor parte de la sociedad, pero ella lo había encontrado honorable hasta el extremo. Él estaba más afectado por su desliz que ella, y le había pedido la mano una y otra vez, volviendo tras cada rechazo. Quería hacer lo correcto. Le había ofrecido su nombre y su protección, por muy mancillados y empañados que estuvieran, y ella se los había echado en cara.

Dios mío, ¿cómo debía de haberle afectado? Era tan orgulloso y estaba tan decidido a restaurar su buen nombre. Quería el mejor futuro para Emily y, sin embargo, Alis le había arrebatado sin miramientos la poca credibilidad social que le quedaba y casi la había arruinado con su continua negativa a aceptar lo que era realmente una oferta muy honorable.

¿Y todo porque tenía miedo de quedarse atrás?

¡Dios mío, había *estado actuando* como una niña! Sus miedos habían enredado la situación en un terrible embrollo, enfrentando a todas las personas que quería. ¿Cómo podría arreglarlo?

La respuesta era sencilla. Solo tenía que decir que sí.

Amaba a Stanhope, ¿no? E incluso si él no la amaba, *le gustaba*, ¡e incluso le gustaban sus pinturas! Ser querida por tu marido podría ser incluso más importante que tenerlo enamorado de ti. Al fin y al cabo, la belleza se marchita, y cuando fueran ancianos seniles, prefería que él se riera de sus chistes a que llorara la pérdida de su belleza.

Además, ya sabía que la suya sería una unión apasionada.

Quizás tenía suficiente amor para los dos.

Y luego estaba Emily. No le importaba en absoluto ser madre de la niña, ya que había establecido un vínculo con ella. Y si su posición social ayudaba a disipar la sombra de la deshonra que rodeaba a Stanhope, ¡mucho mejor!

¿Por qué había tenido tanto miedo? Era todo lo que quería. Solo tenía que alargar la mano y tocarlo.

Entonces, un grito desgarró la noche, sacando a Alis de sus pensamientos con una fuerza aterradora. El terror se apoderó de ella.

El grito había venido de la habitación de Emily.

Capítulo 21

Las puertas se abrieron a lo largo del pasillo. Se oían voces confusas. Alis irrumpió en la habitación de Emily.

La niña estaba sentada en la cama, agarrada a Pudding y temblando de miedo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Alis—. ¿Estás herida?

—N-no —respondió la niña—. Ha sido ese sueño. Ese *horrible*, *espantoso* sueño.

Alis se sentó en el borde de la cama.

—¿La misma pesadilla? Emily asintió.

—¿Qué demonios ha pasado? —Algie apareció en la puerta con Sir Charles justo detrás de él.

—¿Ha gritado alguien? —Lady Nussburton apareció de repente, con la mano en la garganta.

—Emily ha tenido una pesadilla —explicó Alis.

—¿Eso es todo? —Algie suspiró aliviado—. Temía que alguien estuviera herido.

—O muerto— añadió Sir Charles.

Lady Nussburton dio un grito ahogado.

—¡Por Dios, Sir Charles!

—No hay nada de qué preocuparse —la tranquilizó Algie—. Solo ha sido una pesadilla de Emily.

—Qué tranquilizador —dijo Lady Nussburton cruzando los brazos sobre el pecho—. ¿Quién es Emily?

—La pupila de Stanhope —respondió Algie.

En ese momento, Stanhope apareció empujando a la gente que se agolpaba en la puerta.

—Emily —musitó al entrar en la habitación—, ¿estás bien?

—¡Primo Michael! —exclamó ella, abriendo los brazos para abrazarlo.

Alis se levantó y Stanhope tomó su lugar al borde de la cama, envolviendo a la niña entre sus brazos.

Alis se dirigió hacia la puerta mientras Stanhope susurraba palabras de consuelo a su pupila.

—Haz que todos regresen a sus habitaciones —ordenó en voz baja a Algie—. Déjalos a solas.

—Por supuesto —asintió Algie—. Es lo mejor.

Mientras Algie acompañaba a los invitados fuera de la habitación, Alis se volvió hacia Stanhope y Emily. Se entretuvo encendiendo las velas y ahuyentando las sombras de la habitación.

—¿Qué ha pasado en tu sueño, muñeca? —preguntó Stanhope, acariciándole el pelo.

—Siempre es lo mismo —sollozó Emily—. ¡Es horrible!

Alis abrió la boca para hablar, pero dudó, y Emily se dio cuenta. Tanto ella como Stanhope miraron a Alis.

—¿Sí, Alis? —preguntó Stanhope.

—Solo quería decir que muchas veces hablar de tus miedos puede hacer que desaparezcan.

—¿De verdad? —Arqueó las cejas en señal de burla, recordando la conversación anterior.

—Sí, de verdad. —Se aclaró la garganta y se centró en Emily—. Quizá si nos cuentas el sueño, ya no te dará tanto miedo.

—Yo... no sé.

—No pasa nada, Emily —aseguró Stanhope—. No tienes que hablar de ello si no quieres.

Emily dudó.

—Quizá debería —dijo finalmente—. Estoy harta de esos sueños, primo Michael. Odio tener miedo de irme a dormir.

—Está bien, entonces. —Stanhope hizo una señal a Alis, que se acercó—. Cuéntanoslos.

—El sueño empieza bien —comentó Emily, con la mirada perdida, como si contemplara algo invisible para los demás—. Estoy en casa, en Stanhope Hall, y camino por todos los pasillos. Veo a todos los sirvientes y todos me sonríen. Y papá está allí, y el abuelo. —Sonrió con dulzura—. Me gusta esa parte del sueño.

—Sigue —la animó Stanhope, acariciándole el cabello—. Ya estás despierta, así que no hay razón para tener miedo.

Emily asintió.

—Sigo deambulando por los pasillos hasta que llego a uno que está oscuro. Todo en este pasillo parece extraño. Las puertas tienen formas diferentes y los cuadros de las paredes dan miedo. Entonces aparece el dragón.

—¡Un dragón! —exclamó Alis—. Pueden ser aterradores.

—Este es dorado y ruge con voz de hombre. Grita tan fuerte que tengo que taparme los oídos. Y la señora también está asustada.

Stanhope se puso de repente en alerta.

—¿Qué señora?

—La guapa de pelo castaño. Lleva un gran anillo de esmeraldas y, aunque está asustada, le grita al dragón.

—¿Qué le dice?

—Algo sobre la justicia.

—¿La justicia? —Stanhope miró a Alis, que estaba igual de desconcertada.

—Y la señora intenta darle una estrella al dragón, pero él le golpea la mano y la estrella sale volando por los aires. Entonces, el dragón ruge muy fuerte y la empuja por las escaleras. Ella cae y cae, y su cabeza empieza a dar vueltas... —Emily se detuvo con un sollozo—. Luego el dragón viene por el pasillo hacia mí, y creo que también va a empujarme, pero no me ve. Pasa de largo.

—Una pesadilla terrible —murmuró Stanhope, acariciándole el hombro con ternura—. ¿Quieres que una criada duerma aquí contigo esta noche?

Emily lo pensó un momento y luego negó lentamente con la cabeza.

—No, tengo a Pudding conmigo. Estaré bien.

—¿Estás segura?

Emily asintió con la cabeza.

—Muy bien, entonces —dijo Stanhope—. Si me necesitas, estoy al final del pasillo.

Se levantó y, mientras Emily se acomodaba en la cama, le hizo una señal a Alis para indicarle que quería hablar con ella en el pasillo.

Alis se tomó un momento para arroparla.

—Pudding morderá a cualquier dragón que se acerque —le aseguró con una sonrisa—. Que duermas bien.

—Buenas noches —susurró Emily.

Stanhope y Alis salieron de la habitación y se detuvieron justo fuera de la puerta de Emily.

—Creo que Emily vio el asesinato de Ophelia —soltó sin preámbulos.

—¡¿Qué?!

Él asintió.

—Estoy casi seguro. Ophelia tenía el pelo oscuro y el anillo de compromiso que le dio Desmond era una esmeralda llamativa. Nunca se lo quitaba.

—Obviamente, el dragón debe de ser el asesino —reflexionó Alis—. Parece que hubo una discusión y empujaron a Ophelia por las escaleras.

Stanhope asintió.

—¿Y eso de que le daba vueltas la cabeza? Le rompieron el cuello.

Alis frunció la nariz.

—Ay, Dios mío.

—Pero ¿qué hay de la justicia? ¿Y la estrella? Nada de eso tiene sentido.

—Es solo un sueño, Michael. A veces, la imaginación toma el control mientras dormimos —explicó Alis con suavidad. Luego chasqueó los dedos, como recordando algo—. ¿Dijo «justicia»? ¿O tu nombre?

—¿Piensas que hablaba de mí?

—Es posible. He oído rumores de que tu primo te tenía celos... y también que Ophelia te buscaba constantemente.

Michael desvió la mirada, visiblemente incómodo.

—Sí, pero te juro que nunca la toqué.

—Pero Desmond no estaba seguro de eso. Por Dios, Michael, ¿podría ser él el asesino?

—No me gusta ni pensarlo, pero es posible. Ophelia era muy insistente con sus atenciones, y tal vez lo acorraló demasiado. Quizá discutieron por mi culpa y todo se salió de control. Tal vez fue un accidente... no lo sé.

Alis le puso la mano en la manga.

—Lo averiguaremos. Juntos.

Él bajó la mirada hacia su mano y luego volvió a mirarla a la cara. Algo en su expresión le dio esperanza.

—¿Alis?

Ella sabía lo que él le estaba pidiendo. Respiró hondo y dijo:

—Sí, Michael. Me casaré contigo.

La alegría iluminó su rostro y él la levantó, haciéndola girar en círculos por el pasillo mientras ella intentaba contener la risa. Luego la besó, devorándole la boca con un hambre que le hizo dar vueltas a la cabeza.

Ella quería apartarlo, decirle otras cosas. Como que primero necesitaban el permiso de su abuelo. Pero cuando levantó las manos para posarlas sobre su pecho, se encontró tirando de él hacia sí en lugar de empujarlo. De algún modo, sus dedos se enredaron en su cabello y su cuerpo se apretó contra el suyo. Su beso era todo calor y hambre, y ella respondió con ardor.

Finalmente, él movió la boca hacia su cuello.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión? —le susurró al oído.

—Tú. —Cerró los ojos mientras un escalofrío de deseo le recorría la espalda—. Tenías razón. Tenía miedo.

—No tengas miedo de mí. —Levantó la cabeza y la miró profundamente a los ojos.

—¿No sabes que nunca te dejaría? Te quiero, Alis.

Ella se quedó boquiabierta.

—¿Qué?

—Te quiero. —Le acarició la mejilla y le dedicó una sonrisa pícara —. Me encanta tu franqueza y tu valentía americana. Me encanta que me enfades tanto que casi no pueda hablar y, sin embargo, me excites tanto que lo único que puedo hacer es hacerte el amor.

—Oh, Michael. —Se arrojó de nuevo a sus brazos—. Yo también te amo.

—¿De verdad? —La sorpresa se reflejó en su rostro, sustituida por una gran satisfacción—. ¿Te he dicho lo inteligente que eres?

Alis se rió y lo abrazó con más fuerza.

—Solo espero que podamos conseguir que el abuelo apruebe la unión.

—Creo que lo hará. —Stanhope le acarició la mejilla con un dedo —. Te adora y hará cualquier cosa para hacerte feliz.

—Hablaré con él por la mañana. Una vez me dijo que me dejaría elegir a mi propio marido, siempre y cuando tuviera un título o una fortuna igual a la mía.

—Yo tengo ambas cosas.

—Lo sé. —Ella le sonrió—. Eres el marido perfecto con el que sueña toda madre que quiere casar a su hija.

—Excepto por la mala reputación.

Su sonrisa se desvaneció.

—No te preocupes por eso, Michael. Demostraremos tu inocencia.

—Eso espero. —La atrajo hacia sí—. Por tu bien y por el de Emily.

—Y por el de nuestros hijos.

Él le sonrió.

—Me gusta cómo suena eso. —Le acarició el pelo con la mano, con la mirada tierna posada en su rostro—. Te prometo que nunca te

dejaré en el campo.

Alis sonrió.

—Te tomaré la palabra. Y si lo olvidas, te seguiré a Londres y te lo recordaré. Soy una mujer independiente, no lo olvides.

—Como si pudiera. —Estudió su rostro y le acarició la mejilla. Luego le dedicó una sonrisa pícara—. Mañana iré a hablar con tu abuelo sobre nuestra boda, pero mientras tanto... —Se inclinó y le susurró al oído una sugerencia tan pecaminosa que ella se quedó genuinamente sorprendida.

—¡Michael! ¡No podemos!

—Ya te he comprometido. —Bromeando, le mordisqueó el cuello—. Ya que lo he hecho, mejor volver a hacerlo.

—Debería decirte que no.

—Deberías —admitió él—. Pero no lo harás. Porque soy el conde oscuro y te voy a secuestrar para llevarte a mi cama. —Y, diciendo esto, la tomó en brazos y se la llevó por el pasillo, mientras ella reía ahogadamente contra su hombro.

En la profunda oscuridad, una sombra se movió.



Michael llevó a cabo todas las sugerencias perversas que le había susurrado, y algunas más. Y justo antes del amanecer, la despertó con suavidad.

Alis se estiró, ronroneando mientras las sábanas se enredaban alrededor de sus miembros desnudos. Se dio la vuelta y abrió los ojos para ver a Michael inclinado sobre ella, con la barbilla oscurecida por la barba de la mañana y los ojos marrones llenos de ternura.

—Buenos días —dijo, depositando un beso en sus labios.

Ella le rodeó el cuello con un brazo.

—Aún no es de día.

—Bien. Entonces nos queda parte de la noche. —Sonrió y tiró de la sábana, dejando al descubierto sus suaves pechos blancos.

—Debería volver a mi habitación —susurró ella, y luego jadeó cuando la boca de él encontró su pezón. Ella le agarró el pelo con los dedos.

—¿De verdad quieres irte? —Él hizo girar la lengua alrededor de un pezón y luego pasó al otro para prestarle la misma atención.

—Quiero quedarme aquí contigo. —Arqueó la espalda y abrió las piernas para dejar que la mano inquieta se deslizara bajo la sábana—. Pero no podemos. Ya casi es de día.

—Entonces será mejor que me dé prisa. —Apartó la sábana por completo y volvió a acariciar la suavidad entre las piernas de ella—. Mira eso —murmuró él—. Ya estás lista para mí.

—Siento que siempre estoy lista para ti. —Su apasionada declaración terminó en un jadeo cuando él se deslizó dentro de ella.

—Despacio, con cuidado —susurró él, iniciando un ritmo lento y constante.

Ella cerró los ojos mientras la fricción la excitaba.

—Por favor... por favor, Michael.

—Te daré placer.

Alis envolvió las piernas alrededor de su cintura, atrayéndolo con fuerza hasta lo más profundo de su ser. Él gimió y aceleró sus embestidas. Ella supo el instante exacto en que alcanzó el clímax, porque lo sintió aún más grande, más duro dentro de ella. Y eso bastó para que todo en su interior estallara en un torbellino de éxtasis, su gemido ronco de liberación resonando contra su piel mientras él la seguía hasta el final.

Mucho más tarde, ella murmuró:

—Tengo que irme.

—Iré contigo —respondió él, incorporándose con esfuerzo—. Dame un momento.

—De verdad, tengo que irme. Mi abuelo no sabe lo de la otra vez y prefiero que siga así.

Ella se levantó de la cama.

Se vistieron en silencio y Stanhope se aseguró de que el pasillo estuviera despejado antes de bajar a la habitación de Alis, que estaba justo al lado de la de Emily. Se detuvieron frente a la puerta de Alis para darse un último beso prolongado.

—Me parece una eternidad hasta que pueda tenerte en mis brazos otra vez —murmuró él.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y le sonrió seductoramente.

—Siempre puedes entrar conmigo.

—Por mucho que me gustaría**...**

Un ladrido furioso rompió la paz de la noche.

—¿Qué demonios...? —Stanhope se apartó de ella—. Ha venido de la habitación de Emily.

Entonces, un grito desgarrador rasgó el aire y Stanhope corrió hacia la habitación de su pupila, con Alis pisándole los talones.

La niña aterrorizada se acurrucó en la esquina de la cama, con Pudding gruñendo en sus brazos. Y un hombre se alzaba sobre su cama, con una almohada en las manos. Lanzó una fuerte maldición cuando se abrió la puerta.

Stanhope irrumpió en la habitación y se abalanzó sobre la oscura silueta.

En el instante en que los dos hombres rodaron fuera de su camino, Emily salió disparada de la cama y corrió hacia Alis, que estaba en el pasillo.

Stanhope siguió luchando con el hombre que quería hacer daño a Emily, pero este era rápido. Consiguió ponerse en pie mientras Stanhope aún estaba en el suelo y corrió hacia la puerta.

Alis pudo verle bien la cara.

—¡Lord Fenton!

—¡Fuera de mi camino! —gritó Fenton, empujándolas a un lado.

Emily palideció.

—¡Es la voz de mi sueño, Alis!

Dios mío. Alis abrazó a Emily con fuerza. ¿Lord Fenton había asesinado a su propia hermana?

—Quédate aquí, —le dijo, y salió corriendo tras Fenton.

—¡Alis, no! —gritó Stanhope desde atrás, pero ella no le hizo caso. Quizás podría ralentizarlo, retrasarlo. Incluso conseguir que los sirvientes lo detuvieran.

—¡Deténgase, lord Fenton! —gritó, aumentando la velocidad.

El villano se detuvo en lo alto de las escaleras, luego se giró de repente y se abalanzó sobre ella. La agarró con ambas manos por los brazos.

—Mi querida señorita Huntly-Chilton. ¿No le advertí que no se relacionara con lord Stanhope?

—¿Qué hacía en la habitación de Emily?

Una sonrisa enigmática se dibujó en sus labios.

—Sabe perfectamente lo que hacía. He oído a la chica hablar con usted y con Stanhope antes. Sé lo que ha visto.

Alis sintió un vuelco en el estómago.

—¿Iba a matarla?

Él se inclinó hasta que quedaron prácticamente nariz con nariz.

—No puede haber testigos —murmuró con voz grave, y luego la empujó hacia las escaleras.

Alis gritó mientras salía volando. La ornamentada escalera de Norbert Chase era una de las características más bellas de la casa y estaba hecha completamente de mármol. Su cadera golpeó uno de los escalones con un doloroso golpe, pero logró agarrarse al pasamanos antes de caer por completo. Se puso de pie y se balanceó precariamente en el escalón. Entonces Fenton se acercó y la agarró por la parte delantera de la falda, tirando de ella y haciéndola perder el equilibrio de nuevo. Ella agitó las manos impotente en el aire, pero dependía completamente de él para no caer.

—Ella quería a Michael, ¿sabe? —le espetó—. Yo le conseguí a Desmond. Le conseguí un título y riqueza, pero lo único que ella deseaba era un amante guapo en su cama.

—¡No lo hagas, Fenton! —exclamó Stanhope, que por fin había llegado hasta ellos. Emily corrió detrás de él con Pudding en brazos.

—No te acerques. —Fenton sacudió a Alis, que soltó un chillido de angustia—. Si das un paso más, la suelto.

—¿Por qué lo hiciste, Fenton? —increpó Stanhope. Detrás de él, los invitados habían salido de sus habitaciones para presenciar el drama que se desarrollaba ante ellos—. ¿Por qué mataste a Ophelia?

Se oyó un grito ahogado colectivo entre la multitud, pero Stanhope no apartó los ojos de Fenton.

Fenton miró al grupo de nobles y les dedicó una sonrisa angelical.

—Fue un accidente —alegó—. Discutimos. Ella quería ser la amante de Michael y yo deseaba que fuera fiel a Desmond, al menos hasta que le diera un heredero. Ella lo quería todo. Pensó en sobornarme y me ofreció un alfiler de diamantes, pero no lo acepté.

—La estrella, —susurró Emily.

Alis se estiró tambaleante hacia la barandilla.

—¿Por qué la mataste? —preguntó Stanhope.

—¡Ya te lo he dicho, fue un accidente! —gruñó Fenton—. Cuando me dijo que quería ser tu amante aunque perdiera a Desmond, discutimos. Ella me gritó, yo la empujé y se cayó por las escaleras. Y entonces murió.

El duque se abrió paso entre la multitud.

—¡Fenton! —ladró—. ¡Suelta a mi nieta inmediatamente!

—No creo que quiera que lo haga —dijo Fenton—. A menos que quiera que se caiga.

Stanhope miró a Alis. Ella asintió y se estiró unos centímetros para agarrarse con fuerza a la barandilla.

—Así que, Fenton, has interpretado el papel de hermano afligido todos estos años y has visto cómo yo cargaba con la culpa de algo *que tú* hiciste.

Fenton se rió entre dientes.

—Estaba afligido. Si la mujerzuela de mi hermana no hubiera estado tan ansiosa por meterse en tu cama, ahora seríamos ricos. Ella sería una viuda rica y tal vez incluso le habría dado un heredero a Desmond.

—Así que llorabas por el dinero.

Fenton soltó una risita.

—Desde luego, no por Ophelia.

—Estás arruinado, Fenton —le espetó el duque.

—¿Cómo esperas escapar? —preguntó Stanhope—. No puedes retener a Alis allí todo el día. Y si la dejas ir, te perseguiré hasta los confines de la tierra.

—Qué dilema —se burló Fenton—. Si tu señorita Huntly-Chilton yace destrozada al pie de las escaleras, te garantizo que no pensarás en seguirme.

—Ya me has causado suficiente dolor, Fenton. No pienso dejar que me causes más.

—Qué valiente suenas —comentó, irónico.

De repente, Emily gritó:

—¡Pudding, ataca! —y soltó al perrito. Gruñendo, Pudding se abalanzó sobre Fenton, cuya expresión cambió cómicamente a una de alarma.

Pudding saltó con rapidez.

Fenton alzó las manos para protegerse del ataque.

Stanhope dio un brinco tras Alis y la sujetó por la falda para ponerla a salvo.

El impulso del pequeño empujó a Fenton por las escaleras, y el perrito aterrizó cerca de la parte superior, resbalando apenas un par de peldaños.

Fenton cayó de cabeza y aterrizó con fuerza en el suelo con un grito de dolor, con la pierna en un ángulo extraño.

Mientras Norbert y lord Tilton bajaban a ver al lord Fenton, que gritaba, Stanhope ayudó a Alis a subir las escaleras y la tomó en sus brazos, abrazándola con fuerza.

—Creí que te había perdido.

Un carraspeo poco sutil hizo que Stanhope levantara la vista. El duque de Wessex lo estaba mirando fijamente.

—¿Puedo suponer que tiene algo que decirme, joven?

Stanhope soltó a Alis a regañadientes.

—Sí, Su Excelencia.

—Lo imaginaba. —El duque miró a Alis—. ¿Es esto lo que quieres, querida?

—¡Oh, sí, abuelo! —Alis besó al anciano en la mejilla.

—Muy bien. —El duque volvió a mirar a Stanhope—. Me reuniré con usted más tarde, a las once, en el estudio de Norbert. No llegue tarde.

—No lo haré, Su Excelencia. —Sonrió a Alis—. Tengo toda la intención de convertir a esta mujer en mi esposa lo antes posible.

—Por fin —sonrió Alis.

—Para siempre —aseguró Stanhope.

—Ya era hora —refunfuñó Emily, y se fue a buscar a Pudding.

Epilogo

Stanhope Hall, Devon Un año después

-Fascinante.

—Bastante... pintoresco.

—Sí, interesante.

Stanhope sonrió mientras escuchaba los comentarios de sus invitados sobre las pinturas de Alis. Habían decidido celebrar una cena en su casa de Londres para mostrar las últimas obras de Alis. En los meses transcurridos desde su boda, ella se había dedicado al arte con fervor, solo interrumpido por el tiempo que pasaba con Emily o haciendo el amor con él. Apenas habían asistido a ningún evento social.

No es que él se quejara.

Estudió una de las obras expuestas en la pared del salón, una armonía discordante de rojos, amarillos y verdes con manchas de azul intenso que ensombrecían los colores más vivos. Recordaba haberla visto pintarla.

Desnuda.

Después de hacer el amor en su noche de bodas. Seguía siendo su obra favorita.

—No puedo decir que lo entienda —comentó Alex, hermano de Alis y marqués de Falcox, mientras se acercaba a Stanhope y

examinaba el cuadro—. No se parece a nada. Es solo que... de alguna manera... es Alis.

Stanhope asintió.

—Exactamente.

Alex sonrió y fingió decepción.

—Bueno, ya que es tu esposa, tú eres el afortunado que puede colgar estos cuadros en tu casa. ¡Qué envidia!

Stanhope arqueó las cejas mirando a su cuñado.

—De hecho, creo que Alis le ha regalado uno a Caroline esta mañana. Para el bebé.

Alex hizo una mueca.

—El pequeño William se quedará ciego. —Stanhope se echó a reír a carcajadas.

Al oír su estruendosa risa desde donde estaba, al otro lado de la habitación con su cuñada Caroline y Emily, Alis no pudo evitar sonreír. Con el paso de los meses, Michael se reía más que nunca.

El conde oscuro y su temperamento taciturno habían desaparecido. En su lugar había un hombre guapo y encantador que sonreía con facilidad y se dedicaba en cuerpo y alma a su familia.

Caroline miró a los dos hombres y luego sonrió a Alis.

—Has elegido bien, Alis. Será un padre maravilloso.

Alis le devolvió la sonrisa y puso una mano sobre su vientre aún plano y la otra sobre el hombro de Emily.

—Ya lo es.

Ella cruzó la mirada con Stanhope al otro lado de la sala y le sonrió. Él le devolvió la sonrisa, con los ojos oscuros llenos de amor y deseo. Entonces, una mirada pícara se apoderó de su rostro.

—Señoras y señores, —exclamó—. Me gustaría rendir homenaje a la talentosa artista de las obras que ven aquí expuestas

esta noche**:** mi esposa, Lady Stanhope.

Los atronadores aplausos hicieron sonrojar a Alis, al tiempo que su corazón se llenaba de alegría al ver el orgullo en el rostro de su marido.

Al fin y al cabo, parecía que había ganado.

Había encontrado a un hombre que la amaba con más intensidad de lo que ella jamás pudo imaginar, haciendo realidad sus sueños más profundos. En ese instante, con la mirada de él clavada en ella, supo que juntos construirían un mundo donde el amor sería su refugio y su fuerza, un vínculo invencible que ningún obstáculo podría quebrantar.